

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN  
DE HISTORIA  
Rafael Rojas

DIRECTOR FUNDADOR  
Jean Meyer

JEFE DE REDACCIÓN  
David Miklos

CONSEJO DE REDACCIÓN  
Adolfo Castañón  
Clara García Ayluardo  
Luis Medina  
Antonio Saborit  
Mauricio Tenorio

DISEÑO Y FORMACIÓN  
Natalia Rojas Nieto

CORRECCIÓN  
César Albarrán Torres

Comité Editorial  
Yuri Afanasiev  
*Universidad de Humanidades,  
Moscú*

Carlos Altamirano  
*Editor de la revista Prisma  
(Argentina)*

Pierre Chaunu +  
*Institut de France*

Jorge Domínguez  
*Universidad de Harvard*

Enrique Florescano  
*CONACULTA*

Josep Fontana  
*Universidad de Barcelona*

Manuel Moreno

Fraginals +  
*Universidad de La Habana*

Luis González +  
*El Colegio de Michoacán*

Charles Hale +  
*Universidad de Iowa*  
Matsuo Kazuyuki

*Universidad de Sofía, Tokio*  
Alan Knight

*Universidad de Oxford*

Seymour Lipset +  
*Universidad George Mason*

Olivier Mongin  
*Editor de Esprit, París*

Daniel Roche

*Collège de France*

Stuart Schwartz

*Universidad de Yale*

Rafael Segovia

*El Colegio de México*

David Thelen

*Universidad de Indiana*

John Womack Jr.

*Universidad de Harvard*

- 
- ISTOR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
  - El objetivo de ISTOR es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
  - Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
  - Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
  - Todos los artículos son dictaminados.
  - Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
  - Puede consultar ISTOR en internet: www.istor.cide.edu
  - Editor responsable: Jean Meyer.

- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

- ISSN: 1665-1715
- Impresión: IEPISA San Lorenzo 244, Col. Paraje San Juan, Iztapalapa, México, D.F.
- Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6094
- e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu
- e-mail redacción: david.miklos@cide.edu

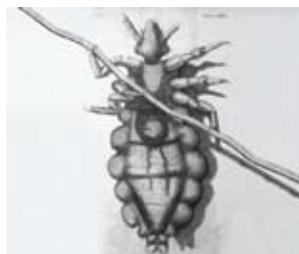


Ilustración de portada: Diagrama de un piojo (1667), Robert Hooke, tomado de *Micrographia: or some physiological descriptions of minute bodies made by magnifying glasses: with observations and inquiries thereupon* (MDCLXVII [1667]).

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

#### DOSSIER

- 3 **Mauricio Tenorio.** De piojos, ratas y mexicanos
- 67 Una bibliografía aleatoria sobre epidemias

#### TEXTOS RECOBRADOS

- 73 **Pierre Chaunu.** Violencia, guerra y paz
- 90 **Pedro Espinosa y Dávalos.** Dos cartas

#### USOS DE LA HISTORIA

- 99 **Ishita Banerjee.** Historia, Historiografía y Estudios Subalternos

#### NOTAS Y DIÁLOGOS

- 119 **Jorge Rodríguez Beruff.** Juan Bosch y las visiones geopolíticas del Caribe

#### VENTANA AL MUNDO

- 138 **Isami Romero Hoshino.** Cambio político en Japón

- 146 CAJÓN DE SASTRE

#### RESEÑAS

- 152 Rafael Rojas, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica* (Pablo Mijangos). Congreso sobre minorías étnicas de China: El Colegio de México, 17 y 18 de septiembre de 2009 (María Teresa Rodríguez y Rodríguez). *L/istor: Rusia-URSS-Rusia. I. Antes de 1917* (Jean Meyer)

---

# De piojos, ratas y mexicanos

Mauricio Tenorio\*

Es éste un fragmento del momento post pasteuriano en la historia de la relación entre la ciencia y las ciudades; en especial, aquí se trata de la búsqueda de la etiología y la cura de lo que fuera conocido en náhuatl como *matlazahuatl* y que en España y Nueva España era denominado *tabardillo*: la fiebre del tifus endémica y epidémica a lo largo de la historia de la ciudad de México.

Entre 1900 y 1940, la relación entre la ciudad de México y el tifus sufrió diversas encarnaciones: la ciudad como abominación que germina enfermedad, la ciudad como un objeto de estudio científico, la ciudad como un gran laboratorio mundial, y la ciudad como la casa de las pasiones y aventuras de los bacteriólogos del mundo. La historia de estas múltiples encarnaciones involucra una trama plagada de escenas polutas, grandes errores e importantes logros; héroes y antihéroes, cien científicos muertos y muchos miles de víctimas; ganadores del premio Nobel y hombres de ciencia olvidados; novelistas y criaturas urbanas anónimas, así como, claro está, ratas, pulgas y piojos: los callados aunque “meros” protagonistas principales de la narración.

La historia puede ser contada como una tragicomedia. Pero antes, se impone una introducción mínima que esboza el escenario, los personajes y las motivaciones esenciales de la trama. La tragicomedia que me ocupa presenta dos actos principales, 1910 y 1931. En ambos momentos, la acción se desarrolla en la ciudad de México; aún más, los entreveros en todo momento son acerca de la ciudad, haciendo de la metrópoli el punto de en-

\* Traducción del inglés de María Gabriela Muñoz y César Albarrán Torres.

cuentro de varias corrientes históricas que tienen que ver lo mismo con México o Estados Unidos que con Francia, África y Europa.

#### ANTES DE QUE SE LEVANTE EL TELÓN

Que las urbes matan es axioma incuestionable, ya se trate de 1800 o de 1900, y en especial si se habla de ciudades como la de México, donde se amalgamaron el consabido *boom* urbano de la modernidad con lo que los científicos del siglo XIX consideraban atraso endémico y suciedad atávica. Pero el tifus y la ciudad de México tienen vidas muy paralelas; es decir, una historia modernista compartida, porque fue entre 1880 y la década de 1940 que la investigación mundial en torno al tifus adquirió un ritmo acelerado, y uno de sus escenarios principales fue la ciudad de México. De seguro, éste fue simplemente un episodio más en la larga historia de las interacciones entre ciudades y enfermedades, un capítulo marcado por tres factores: primero, la peculiar naturaleza bacteriológica del tifus; segundo, los hábitos científicos creados por la revolución pasteuriana en el mundo; y, finalmente, el largo y tendido enredo de la ciudad con el mal.

#### LA EXTRAÑA VIDA DEL PERSONAJE PRINCIPAL DE LA HISTORIA QUE, A MÁS SEÑAS, ES MUDO

Lo menos interesante de la historia que quiero contar es el desenlace de la trama, pero hay que narrarlo para comprender cómo la ciudad y sus científicos parecían moverse en un laberinto sin salida. Ahora se sabe que el tifus no es sino una de las muchas enfermedades causadas por las riquetsias: un microorganismo que no puede ser cultivado artificialmente —es incapaz de existir fuera de células vivas—, y cuyo nombre deriva, precisamente, de la trama y de los actores del momento de esta historia, del cual doy fe aquí. Baste decir que en ese año de 1910, en vista de una nueva y severa epidemia de tifus en la ciudad y de los planes para celebrar el Centenario de la Independencia, el gobierno de Porfirio Díaz aceleró la lucha contra el mal a través de un concurso que ofrecía la friolera de 50 mil pesos oro para quien lograra descubrir la etiología y la cura de la enfermedad. Se dio, pues, una cerrada competencia entre varios equipos científicos, mexicanos y extran-

jeros, en la ciudad de México. Uno de ellos fue el comandado por el científico estadounidense de la Universidad de Chicago, Howard T. Ricketts. En 1910, Ricketts murió de tifus en la ciudad de México, infectado por los piojos que utilizaba en sus investigaciones. De ahí el nombre y el principio de la trama de la que estas líneas dan cuenta.

Las riquetsias incluyen a varios microorganismos, los cuales producen diferentes tipos de tifus, hecho que complicó aún más la investigación. Se sabe que los agentes transmisores del tifus son artrópodos, pero cada tifus tiene un método particular de acceder al cuerpo humano. Los dos tipos de tifus que son importantes para esta historia son el “tifus epidémico” y el “tifus murino” o “tifus mexicano”. El primero es producido por *rickettsia prowazekii*—descrita a profundidad por primera vez en 1916, por el doctor brasileño Henrique da Rocha Lima, en el Instituto de Medicina Tropical, en Hamburgo, pero que venía de la prominente escuela bacteriológica impulsada por Oswaldo Cruz en Brasil—. El huésped artrópodo para esta cepa del tifus en los humanos es el piojo blanco, o piojo del cuerpo. La investigación de esta cepa se tornó más difícil porque no es el piquete del piojo lo que desata la enfermedad, sino algo más repelente: no bien el piojo se alimenta de sangre humana, el muy caramba defeca; cuando los humanos se rascan los piquetes, las heces (que contienen al agente de contagio) se introducen en la herida. Los piojos del cuerpo o de la ropa eran comunes en las ciudades sobrepobladas, especialmente en aquellas con amplios segmentos de población viviendo en la pobreza y con un clima moderado salpicado de episodios estacionales o diarios de frío. Pobreza, aglomeración y frío relativo y estacional se traducen en la reutilización constante de las pocas prendas que se tienen, sin tiempo para, ni manera de, lavar la ropa.

El tifus murino, o “tifus mexicano”, fue descrito inicialmente por algunos doctores mexicanos (Miguel Otero, Ángel Gaviño), por un doctor suizo residente en la ciudad de México, Hermann Mooser (1928) y, finalmente por el doctor germano-estadounidense Hans Zinsser y los doctores mexicanos Maximiliano Ruiz Castañeda y Gerardo Varela (1931-1940). El artrópodo que transmite la enfermedad es la pulga, mediante las ratas de la ciudad. Los tipos murinos y epidémico se combinan, el primero como una enfermedad endémica y el segundo a manera de brotes epidémicos; una vez que

los humanos son infectados con el murino, pueden desarrollar el otro tipo y transmitirlo de persona a persona a través de los piojos.

El tipo murino es más benigno, pero ambos tipos presentan síntomas similares: debilidad, fiebre alta, dolores de cabeza y musculares, irritaciones tanto en forma de ronchas como de salpullidos (primero en la espalda, pecho y abdomen, después en brazos y piernas). A menudo los síntomas duran de siete a doce días, y en los casos más severos se produce inflamación del corazón o del cerebro y, finalmente, la muerte. La mayoría de los infectados sobreviven y desarrollan inmunidad. Entre 1870 y 1915, la mortalidad por tifus fue de entre 17 y 25 por ciento.<sup>1</sup>

#### LA FIEBRE PASTEURIANA

Si Thomas A. Edison fue el epítome del espíritu de invención de una era, Louis Pasteur fue el símbolo de la ciencia, la filantropía, la observación y la lógica capaz de mejorar la vida de ciudades, países e imperios. Los descubrimientos de Pasteur, su estilo de investigación y la institucionalización de su ciencia a través del Estado, constituyeron una revolución más que biológica, porque el pasteurismo también fue una manera social, cultural y personal de interactuar con la enfermedad, las ciudades, las guerras y la “ciencia como vocación”. El tifus y muchas otras enfermedades se convirtieron en convites para los muchos aspirantes a Pasteur. En la década de 1930, el más prominente tifólogo del siglo xx, Charles Nicolle, decía que él y sus colegas eran conocidos como *les pasteurians*, y eran una suerte de orden religiosa. La creencia de que todos los científicos tenían que dar la talla del genio de Pasteur, merecer el patrocinio del Estado y la fama mundial, devino en una investigación científica sin paralelo. Pero también hizo más visible un aspecto de la ciencia moderna que en ocasiones es considerado como un remanente arcaico de eras pre científicas; es decir, el encuentro de los egos, el crudo darse patadas bajo la mesa de la ciencia. De hecho, las

<sup>1</sup> *Rickettsial Diseases*, editado por Didier Raoult y Philippe Parola. Nueva York: CRC Press, 2007; Hans Zinsser, *Rats, Lice and History: Being a Study in Biography, Which, After Twelve Preliminary Chapters Indispensable for the Preparation of the Lay Reader, Deals With the Life History of Typhus Fever*. Boston: Printed and Pub para Atlantic Monthly Press por Little, Brown, and Company, 1935.

interacciones post pasteurianas entre enfermedad y ciudad fueron una lucha entre personajes emprendedores, suspicaces y ególatras. Muchos murieron en el intento de ser pasteurs, otros emergieron como héroes y algunos más se convirtieron en los paladines traicionados de la ciencia. Todos se consideraban a sí mismos genios poco apreciados, ya fuera en París, en Nueva York o en la ciudad de México.<sup>2</sup>

#### EL ESCENARIO, EL ELENCO

Las guerras europeas e imperiales fueron el escenario natural del tifus. Millones de personas adquirieron este mal en las muchas guerras europeas a lo largo del siglo XIX, en trincheras, hospitales o campos de prisioneros. Algunos estiman que entre 1917 y 1923, tan sólo en el área europea de Rusia, la enfermedad cobró unas tres millones de víctimas.<sup>3</sup> México no fue la excepción: el héroe de la defensa de Puebla en contra de las tropas imperiales francesas, el general Ignacio Zaragoza, murió en 1862 abatido por la epidemia de tifus que mató a miles de soldados, tanto imperiales como mexicanos. Hasta la década de 1900, pocas medidas fueron efectivas en la batalla contra la enfermedad. A raíz de la revolución pasteuriana, poco a poco la lucha contra el tifus ganó laboratorios metropolitanos (en Londres, París, Berlín, Santiago de Chile, Río de Janeiro, Boston, la ciudad de México y

<sup>2</sup> Bruno Latour, *The Pasteurization of France*, traducido por Alan Sheridan y John Law. Cambridge: Harvard University Press, 1988; Steven Shapin, *The Scientific Life. A Moral History of a Late Modern Vocation*. Chicago: Chicago University Press, 2008; Ana Barahona Echeverría e Ismael Ledesma-Mateos, “El positivismo y los orígenes de la biología en México: El entrelazado de los desarrollos filosófico y científico en un contexto histórico particular”. *Archives Internationales d’Histoire des Sciences* 52, 2002, pp.277-305; Juan José Saldaña y Natalia Priego, “Entrenando a los cazadores de microbios de la república: la domesticación de la microbiología en México”. *Quiju*, vol. 13, 2000, pp.225-242; Ana María Carrillo, “Los comienzos de la bacteriología en México”, *Elementos*, 32, 2001, pp.23-27; Natalia Priego, *Science, Culture and Society in Mexico 1860-1940. The Contradictions of the Quest for Modernity*. Saarbrücken: VDM Verlag Dr. Müller, 2009; Antonio Cadeddu, *Dal mito alla storia: biologia e medicina in Pasteur*. Milán: FrancoAngeli, 1991; Jean-Pierre Dedet, *Les Instituts Pasteur d’outre-mer: cent vingt ans de microbiologie française dans le monde*. París: L’Harmattan, 2000; Diego Armus, “Disease in the Historiography of Modern Latin America” en *Disease in the History of Modern Latin America, from Malaria to Aids*. Editado por Diego Armus. Durham: Duke University Press, 2003, pp.1-24.

<sup>3</sup> Hans Zinsser, *Rats, Lice, and History*, p.160; Francisco Guerra, “Origen y efectos demográficos del tifo en el México colonial” en *Colonial Latin American Historical Review*, vol. 8, no. 3, 1999, pp.273-319.

Nueva York), pero los índices de mortalidad en la ciudad de México disminuyeron lentamente: de 49.8 por millar de habitantes en el periodo de 1891-1900 a 29 en el de 1921-1924, mientras que la población creció de aproximadamente 400 mil habitantes en 1910, a poco más de un millón en 1930.<sup>4</sup>

No obstante, las guerras fueron sólo uno de los hábitats naturales del tifus. Las ciudades fueron el otro. A finales del siglo XIX existían dos capitales del tifus y su investigación: Túnez y la ciudad de México. Ambas ciudades sufrían de epidemias periódicas y contaban con las instituciones políticas y científicas necesarias para hospedar la nueva investigación. Como protectorado francés, hacia 1910 Túnez tenía dos décadas de ser el laboratorio de Francia para el estudio de toda clase de enfermedades, en particular del tifus y de la sífilis. Al inicio del siglo XX, los Institutos Pasteur fueron establecidos en muchas ciudades, incluyendo Túnez; y una personalidad, el biólogo francés Charles Nicolle, dominaba la investigación del tifus desde ahí.

La ciudad de México, por su parte, había padecido varias epidemias de tifus a lo largo de la colonia y de la era independiente, mismas que devastaron calles, barrios, hospitales y prisiones. Según el doctor Fernando Ocaranza, entre 1800 y 1921 la ciudad de México sufrió doce epidemias de tifus: 1812-14, 1824, 1835-39, 1848-49, 1861, 1867, 1875-77, 1892-93, 1901-1902, 1906-1908, 1911, y 1915-1917.<sup>5</sup> Pero la enfermedad era endémica, aunque no el factor de mortalidad en la ciudad, una distinción que hasta 1930 era monopolio de la neumonía, la tuberculosis, las enfermedades gastrointestinales y los problemas hepáticos –en particular la cirrosis y las infecciones amebianas del hígado (hijas del divino pulque)–. Las estadísticas en la ciudad de México en el siglo XIX e inicios del XX trataban de encontrar algún patrón geográfico, climático o social en los ciclos del tifus. Se logró

<sup>4</sup>Ricardo Granillo, “La mortalidad en la ciudad de México”, en *Boletín del Departamento de Salubridad Pública*, no. 1. Ciudad de México: Editorial Cultura, 1925, p.10; Dolores Morales, “La expansión de la ciudad de México (1855-1910)” en Gustavo Garza, *Atlas de la ciudad de México*. Ciudad de México: COLMEX, 1987.

<sup>5</sup>Lourdes Márques Morfín, *La desigualdad ante la muerte en la ciudad de México, el tifo y el cólera*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1994; Fernando Ocaranza, “El tifo en el Distrito Federal en el año de 1921” en *Memoria y actas del segundo congreso nacional del tabardillo, verificado en la ciudad de México del 25 al 31 de diciembre de 1921, bajo el patronato del Departamento de Salubridad*. Ciudad de México: Imprenta y Encuadernación de Rosendo Terrazas, 1922.

establecer que la enfermedad y el invierno tenían una clara correlación: el tifus andaba a sus anchas entre diciembre y marzo. El documento fundacional de la tifología mexicana fue escrito en 1844 por el doctor Manuel Jiménez: *Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo que se observa en México*. A este documento siguieron incontables estudios de científicos mexicanos, especialmente relacionados con la ciudad capital y sus alrededores.

Al cambio de siglo, la ciudad de México, sin embargo, seguía siendo una asesina eficiente. Padeció brotes periódicos de tifus y cólera, así como episodios de tormentas de polvo y pestes fecales. En 1876 se convocó al primer Congreso de Medicina para lidiar con las enfermedades de la ciudad, y el tifus, claro, fue gran protagonista en el evento, aunque sus orígenes permanecían esquivos. Se creía que los miasmas y su hedor fecal estaban relacionados con la enfermedad. Por ello, los más prominentes higienistas mexicanos recomendaban ventilación, lavar las vestimentas, el drenado de los lagos y de las aguas estancadas, así como la pulcritud en el hogar y la ropa de cama. Pero la causa del tifus aún era poco clara. Algunos médicos dudaban que los miasmas *per se* desembocaran en la enfermedad, si bien era claro que contribuían al debilitar a la población. Otros, como el prominente doctor José Lobato, avanzaron explicaciones infundadas pero muy de moda, basadas en las tesis del científico alemán Max von Pettenkofer, quien había sostenido que el tifus era el resultado del desbalance entre las reservas de agua en el suelo y el subsuelo. Por ende, para Lobato el tifus no era producido ni por una bacteria ni por un virus, como algunos sugerían en México, sino por “un miasma infeccioso que se generaliza periódicamente”.<sup>6</sup>

En resumen, no es que los doctores mexicanos simplemente siguieran las teorías europeas arcaicas sobre los miasmas, sino que experimentaban con todas las ideas disponibles. Jiménez, en lugar de seguir teorías bien establecidas, basó su argumento en observaciones, distinguiendo al tifus de

<sup>6</sup> Sobre el Congreso de 1876, ver: *Trabajos emprendidos para mejorar la salubridad del valle y de la ciudad de México, por una asociación de médicos*. Ciudad de México: Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios, 1877, p.15; Max von Pettenkofer, *Boden und Grundwasser in ihren Beziehungen zu Cholera und Typhus*. Múnich: Oldenbourg, 1869.

la fiebre tifoidea y sugiriendo la cualidad única del tifus mexicano en relación con el europeo.

En 1893, una colorida hoja suelta, con un grabado de José Guadalupe Posada, circulaba por las calles de la ciudad de México. En ella podía leerse: “Terrible y espantosa devastación, nacida de la falta de semillas y la horrible epidemia de tifus que ha causado tal conmoción en la ciudad de México”. En la ilustración de Posada se aprecia a gente llorando, la transportación de cadáveres por la ciudad y perros callejeros, a la vez símbolo del dolor humano y causa potencial de las enfermedades. Ese mismo año, el doctor Luis E. Ruiz, director del Hospital Juárez, observó un aumento en los pacientes que adolecían de tifus: de 1,471 en 1880, a 2,597 sólo en el primer semestre de 1893. Mientras que en todo el calendario de 1889 en el Hospital Juárez murieron 348 pacientes de tifus, la cuenta ascendió a 701 en el primer semestre de 1893. Como lo plantea Ruiz, si el tifus no era la enfermedad más “mortífera”, ciertamente era la más “devastadora... no sólo porque en los meses de invierno se torna más epidémica, sino también por el pánico que nace de su naturaleza contagiosa”. Para 1922, el tifus estaba enlistado como la causa número 21 de mortalidad en la ciudad; en 1937, era la 28 (aunque en términos de personas, en 1922 se reportaron 60 pacientes de tifus, mientras que en 1937 la cifra fue de 991). Para 1929, la enfermedad estaba en retroceso y las autoridades sanitarias declararon que ya era “cosa del pasado”. Hubo entonces un total de 432 casos en toda la ciudad (380 en 1926 y 268 en 1927). En una fecha tan tardía como 1922, sin embargo, 4.7 por ciento de la mortalidad de la ciudad se debía al tifus, mientras que en ciudades como Washington D.C. —no precisamente la más higiénica del mundo—, el mal era responsable del .0000009 por ciento de la tasa de mortalidad. Londres presentó 190 mil casos de tifus en 1862, pero para 1910 la enfermedad era virtualmente desconocida. Como sucedió en Londres o Washington, la victoria gradual sobre el tifus en México no fue producto de una vacuna o cura milagrosa, sino de una combinación de medidas sanitarias, descubrimientos médicos, insecticidas y educación.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Estos últimos dos párrafos tienen varias fuentes: Luis E. Ruiz, “El tifo de enero de 1889 a junio de 1893 en el Hospital Juárez” en *Public Health Papers and Reports*, vol. xii, presentado en la reunión número 21 de la American Public Health Association. Chicago, 1893; México. Consejo Superior de

A partir de la década de 1880, la paz y la estabilidad relativas permitieron el establecimiento o la resurrección de las instituciones necesarias para lidiar con las epidemias. Además de los investigadores del Hospital General, el Hospital Juárez y el Hospital Americano, dos instituciones se volvieron esenciales: el Instituto Patológico (creado en 1896 como un derivado directo del Museo Patológico) y el Instituto Bacteriológico Nacional (establecido en 1905). Estas instituciones –y sus sucesoras posrevolucionarias– comandaron la investigación del tifus desde la década de 1900 hasta la de 1930, y el elenco de sus personalidades, aunque generalmente desconocido, constituye una buena muestra de las figuras prominentes de la bacteriológica moderna: Ángel Gaviño, José Terrés, Manuel Otero, Gerardo Varela y Maximiliano Castañeda Díaz, además de dos bacteriólogos extranjeros en la ciudad de México: el francés Joseph Girard, y el suizo Hermann Mooser. Con ellos, o contra ellos, trabajaron otros importantes científicos entre 1909 y 1932.<sup>8</sup>

He aquí, pues, el escenario y sus personajes principales.

Salubridad, *Memoria de los trabajos ejecutados por el Consejo Superior de salubridad, en el año de 1902*. Ciudad de México: Tip. y Lit La Europea de J. Aguilar Vera, 1903. La comparación con Washington fue hallada en: México. Secretaría de Gobernación. Beneficencia Pública, *La mendicidad en México*. Ciudad de México: Beneficencia Pública, 1931; Miguel E. Bustamante y Álvaro Aldama, “Principales causas de muerte en México 1922-1937” en *Revista del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales*, vol. 1, septiembre, 1940; Ciudad de México. Departamento de Salubridad, *Memoria de los trabajos ejecutados por el departamento de salubridad del 1 de diciembre de 1920 al 31 de agosto de 1921*. Ciudad de México: Talleres Gráficos de la Nación, 1923; Ciudad de México. Departamento de Salubridad, *Memoria de los trabajos realizados por el Departamento de Salubridad Pública 1925-1928*, vol. 1. Ciudad de México: Ediciones del Departamento de Salubridad Pública, 1928; José G. Lobato, “Estudio higiénico sobre el tifo exantemático” en *Gaceta Médica de México*, vol. 12, no. 3, 1877; Everardo Landa, “La cooperación de la Academia Nacional de Medicina de México en el estudio del tifo exantemático” en *Gaceta Médica de México*, pp.23-36; Francisco Javier Meyer Cosío, “Epidemia de tifo exantemático en Guanajuato, México, 1892-1893” en *SECOLAS Annals*, vol. 29, 1998, pp.61-69; Celia Maldonado López, *Ciudad de México, 1800-1860: epidemias y población*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995; Claudia Agostini, “Popular Health Education and Propaganda in Times of Peace and War in Mexico City, 1890-1920” en *American Journal of Public Health*, vol. 96, no. 1, enero 2006, pp.52-61. En Londres, ver: Anne Hardy, *The Epidemic Streets: Infectious Disease and the Rise of Preventive Medicine, 1856-1900*. Oxford: Clarendon Press, 1993.

<sup>8</sup> Ernesto Cervera, “Cómo ha contribuido México al estudio del Tifo” en *Boletín del Instituto de Higiene*, vol. III, no. 1, mayo 1947, pp.5-11; Consuelo Cuevas Cardona, “Ciencia de punta en el Instituto Bacteriológico Nacional, 1905-1921” en *Historia Mexicana*, vol. LVII, no. 1, 2007, pp.53-89; Paul Michael Ross, “From Sanitary Police to Sanitary Dictatorship: Mexico’s Nineteenth-century Public Health Movement” (tesis de doctorado). Chicago: The University of Chicago, 2005; Natalia Priego, *Science, Culture and Society*, pp.80-91.

## ACTO I. 1910: EL MOMENTO DEL PIOJO

Corría 1910, era justo el momento en el que el tifus y el piojo se expandían por la urbe, y los científicos habían comenzado la investigación lejos de la ciudad de México. En 1909, en la antesala a una epidemia de tifus en Túnez, Charles Nicolle, el prominente pasteuriano, ingresó a un hospital lleno de pacientes con tifus y entonces, eureka: “...fue en ese preciso instante que vi la luz”. Allí, justo en ese momento, se percató: el piojo, el cochino artrópodo, era el agente que esparcía el tifus. Había resuelto el gran misterio de su amado Instituto Pasteur en Túnez. Fue hasta 1931, en México, cuando sostuvo que fue entonces, en 1909, a través de esta visión, que la clave para la prevención y la cura del tifus fue descubierta. De hecho, en 1909, el misterio aún no estaba resuelto, pero Nicolle ya había iniciado esa comedia de errores que duraría hasta mediados de la década de 1930.<sup>9</sup>

El descubrimiento de Nicolle aparentaba ser la primera transmisión de tifus de hombres infectados a monos a través de piojos. Pero su descubrimiento no fue la mítica iluminación científica que él –después de todo, también novelista– describió *a posteriori*. Fue, más bien, un experimento con suerte que se realizó varias veces antes; uno que no fue repetido sino hasta que doctores mexicanos y estadounidenses tuvieron éxito en México a principios de 1910. Muchos lo intentaron previamente, incluido el doctor Miguel Otero en San Luis Potosí, quien en 1906 experimentó con moscas, pulgas, piojos y, por ende, con perros, caballos y ratas, pero no pudo obtener una conclusión ya que identificó de manera errónea el germen del tifus con lo que llamó “amoeba mexicana patequialis”; Otero creyó que era exclusivo de México. Desde luego estaba equivocado, y no entendía del todo el papel de los piojos ni la función celular del agente del tifus. Sin embargo, tuvo razón al creer, como más adelante fue comprobado, que había algo totalmente mexicano en el

<sup>9</sup> Charles Nicolle y Hélène Sparrow, “Le typhus exanthématique mexicain” en *Bulletin de L’Institut Pasteur*, vol. 39, no 20, octubre 31, 1931, pp.945-959; H. da Rocha Lima, *Estudio sobre o tifo exantemático*, editado por Edgar de Cerqueira Falção, comentarios de Otto G. Bier. Sao Paulo, 1967; Kim Pelis, *Charles Nicolle: Pasteur’s Imperial Missionary. Typhus and Tunisia*. Rochester: University of Rochester Press, 2006.

asunto. Pero en 1909 ni siquiera Nicolle pudo aislar la bacteria o el virus que ocasionaba el tifus.<sup>10</sup>

También en 1909 hubo un brote epidémico de tifus en la ciudad de México, evento de capital importancia para la investigación global de la enfermedad. Después de casi tres décadas de estabilidad, la metrópoli se había transformado física e intelectualmente, y en 1910 el festejo del Centenario de la Independencia se acercaba. En este contexto, la interacción convencional que había existido entre la ciudad y la ciencia, por lo menos en las últimas dos décadas, se había convertido en un torbellino de historias interconectadas, la primera de las cuales es la saga de la intervención estatal en el terreno de la investigación científica a través de estímulos económicos, lo cual en 1901 llegó a niveles sin precedentes. La Academia Nacional de Medicina de México creó una comisión permanente durante los años de 1880 para brindar un premio de 500 pesos por “las observaciones que otorgaran conocimientos de la enfermedad en términos de su naturaleza, etiología, profilaxis y tratamiento”. La convocatoria para mandar propuestas se abrió en 1879, 1881 y 1882, y no hubo ganador. En 1891, en el contexto de la diseminación de las medidas para controlar los miasmas propuesta por el entonces prominente científico alemán Max von Pettenkofer, el estudio de Fernando Zárrega y Luis E. Ruiz obtuvo el galardón. El documento, que desde luego era erróneo, concluyó que en 1891 existía una correlación entre los cambios en los niveles de agua en el subsuelo y la frecuencia del tifus –mientras más bajos los niveles del agua del subsuelo, mayor incidencia del

<sup>10</sup> Miguel Otero, *Trabajos presentados en el primer congreso médico Mexicano*. San Luis Potosí: M. Esquivel, 1893; Miguel Otero, *Contribución al diagnóstico, pronóstico y tratamiento del tifo petequial basados en la bacteriología. Moralidad de la experimentación sobre seres humanos, con restringidas condiciones. Disertación leída en la sesión general científica, el 23 de septiembre de 1910, ante el IV Congreso médico nacional*. Ciudad de México: Aguilar Vera, 1910; Fernando Quijano Pitman, “La transmisión del tifo por el piojo: Dr. Miguel Otero (1906)” en *Gaceta Médica de México*, vol. 136, no. 2, marzo-abril, 2000, pp.169-169; Ana Cecilia Rodríguez de Romo, “La ciencia pasteuriana a través de la vacuna antirrábica: el caso mexicano” en *Dynamics*, 16, 1996, pp.291-316; José Terrés, “Informe de la comisión central para el estudio del tabardillo” en *Memoria y actas del segundo congreso nacional del tabardillo, verificado en la ciudad de México del 25 al 31 de diciembre de 1921, bajo el patronato del Departamento de Salubridad*. Ciudad de México: Imprenta y Encuadernación de Rosendo Terrazas, 1922; Everardo Landa, “La cooperación de la Academia Nacional de Medicina de México en el estudio del tifo exantemático”, pp.23-36; Francisco Fernández del Castillo, “El tifus en México antes de Zinsser” en *Gaceta Médica de México*, 1956, vol. 86 año 3, pp.181-187.

mal—. En 1909, el mismo Porfirio Díaz ofreció un primer premio de 50 mil pesos y un segundo de 20 mil por el descubrimiento del agente del tifus y su cura.<sup>11</sup>

En segundo lugar, se ubica la historia de la carrera científica internacional post pasteuriana por fama y prestigio, y la caza frenética de gérmenes de todo tipo, entre ellos, el del tifus. Por ende, con la epidemia de 1909 de la ciudad de México en puerta y con el premio anunciado a nivel internacional, cuatro equipos se pusieron a la cabeza en la ciudad de México: uno de los Servicios de Salud Pública de Estados Unidos, comandado por Joseph Golberger y John Anderson; otro de la Universidad de Chicago, conformado por Howard T. Ricketts y el estudiante Russell Wilder; uno más de la Universidad Estatal de Ohio, que incluía a E. McCambell y James Conneffe, y, finalmente, un grupo que, a diferencia de los demás, no estuvo presente en México en 1909, pero que aún así fue el motor del remolino de 1909-1910: Nicolle y la autoridad impuesta por sus descubrimientos, principalmente.

En tercer lugar, se ubica la narrativa de la comunidad mexicana de bacteriólogos que en 1909 estuvo dividida a causa de la competencia descarnada entre sus tres instituciones centrales: el Instituto Patológico, el Instituto Bacteriológico Nacional y la investigación realizada en tres nosocomios: el Hospital General, el Hospital Juárez y el Hospital Americano en la ciudad de México. Los actores principales, entre muchos, en esta batalla local eran, en 1909, Ángel Gaviño, Miguel Otero, Joseph Girard y Hermann Mooser.

Por último, existía otra corriente dentro de este torbellino: la historia de la ciudad, sus miasmas, cárceles, ratas y piojos. El resultado de este entretreído de historias fue una tragicomedia de errores, aunque con éxitos intermitentes.

Entre 1909 y 1910 la ciudad de México ofreció el escenario para una variada caza de piojos, ratas, moscas y tifosos en hospitales, prisiones y vecindades. Ángel Gaviño, un prominente, tal vez controversial, científico mexicano, fundador del Instituto Bacteriológico Nacional, había estado trabajando en la búsqueda por algún tiempo cuando las noticias de Túnez y el

<sup>11</sup> Max von Pettenkofer, *Boden und Grundwasser in ihren Beziehungen zu Cholera und Typhus*. Múnich: Oldenbourg, 1869; Everardo Landa, “La cooperación”; Natalia Priego, *Science, Culture and Society*, p.90.

agobio de los científicos llegaron a la ciudad. En la calle Gonzalo Sandoval, en Popotla –pasando la Calzada Verónica, el límite más al Norte de la ciudad en 1910–, Gaviño había conformado un equipo de científicos: entre ellos estaba su colaborador más cercano, Joseph Girard, a quien había contratado en el Instituto Pasteur de París.<sup>12</sup> En la década de 1900, en los albores de una acelerada transformación en las instituciones académicas de México, el gobierno porfiriano contrató a científicos extranjeros, Girard entre ellos, quienes trabajaron en el país de 1906 a 1913. Desde luego, para poder atraer a los hombres de ciencia extranjeros a la ciudad, México debía ofrecer suficientes piojos y enfermedades o cantidades significativas de dinero, o, mejor aún, ambas. El salario de Girard era casi cuatro veces mayor que el de sus colegas mexicanos.<sup>13</sup>

Gaviño y su equipo esperaban ganar la carrera del tifus y habían estado inmiscuidos en una lucha interna con el Instituto Patológico para así concentrar el prestigio, equipo y recursos necesarios para la investigación de la enfermedad. El doctor Ignacio Prieto, del Instituto Patológico, afirmó en 1909 haber encontrado el germen del tifus, pero Gaviño y Girard fueron incrédulos: simplemente se trataba de un tipo de estreptococo que nada tenía que ver con el tifus. La lucha entre Gaviño y Prieto era descarnada –una cuestión de ciencia y honor–. Prieto dijo que Gaviño: “Abunda en citas y opiniones, está en cambio ayuno de criterios científicos”. Gaviño, por su parte, exigió disculpas e involucró al doctor Antonio J. Carbajal y a algunas de las autoridades científicas más importantes de aquella época en su búsqueda por enmiendas morales. La máxima apuesta en esta pelea era el control de los recursos para combatir el tifus. Gaviño y Girard al final sí avanzaron en la investigación de la enfermedad pero, por desgracia, ambos escribieron en español y en publicaciones locales, lo cual se tradujo en pocas oportunidades de exposición internacional.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> En torno a Gaviño al contratar a Girard, ver: Archivo General de la Nación (AGN)-Instrucción Pública y Bellas Artes, Caja 139, Exp. 1. Sobre Girard y sus orígenes pasteurianos, ver: Natalia Priego, *Science, Culture, and Society*, pp.91-92 y Consuelo Cuevas Cardona, “Ciencia de punta en el Instituto Bacteriológico Nacional, 1905-1921”.

<sup>13</sup> AGN-Instrucción Pública y Bellas Artes, Caja 139, Exp. 1. Charles Nicolle y Hélène Sparrow, “Le typhus exanthématique mexicain” en *Annales de l’Institut Pasteur*, enero 27, 1932.

<sup>14</sup> AGN-Instrucción Pública y Bellas Artes, Caja 140, Exp. 4 e “Informe de labores 1906” Caja 140, Exp. 22. Ángel Gaviño y Joseph Girard, “Nota preliminar sobre el tifo experimental en los monos

Sin embargo, “no hay científico que aguante un cañonazo de 50 mil pesos”.<sup>15</sup> Las noticias del experimento de Nicolle en Túnez llegaron a México en los albores de una severa epidemia de tifus que involucró al gobierno mexicano como nunca antes: el premio de 50 mil pesos (en aquel entonces unos 25 mil dólares –en un momento en el que el salario anual de un profesor universitario de Estados Unidos era de dos mil dólares–) atrajo a muchos científicos. Gaviño y Girard, junto con otros científicos mexicanos en el Hospital Juárez (Luis Ruiz) y el Hospital General (F. Orvañanos y E. Escalona), parecían tener ventaja sobre los equipos extranjeros que llegaron a finales de 1909. Los equipos mexicanos tenían muchos pacientes, experiencia y suficientes piojos para replicar el experimento de Nicolle. Sobre todo, tenían inmunidad biológica y acceso a la terrorífica cárcel de Belén, un palacio de piojos, pulgas, enfermedades, pasiones y corrupción, el lugar donde historias como las de Miguel Cao Romero –contada por Heriberto Frías en 1891– ocurrían a diario: Cao, un hombre celoso, había matado a su amante, y vivió durante años en Belén, enfermo de amor por la mujer muerta; justo antes de terminar su condena, narró Frías, “el tifus le clavó sus garras... una enfermedad aguda llegó a la escena para acabar con el hombre que había amado a la mujer muerta”. Belén era, desde luego, una presa de pasiones y enfermedades, y aunque los doctores mexicanos también otorgaban acceso a Goldberger y Ricketts, sabían que era una jugada peligrosa para los extranjeros. Wilder describió Belén como un “hervidero de tifus”; aun así, Gaviño tenía la ventaja de la inmunidad hacia la enfermedad, misma que obtuvo gracias a años de convivencia con pacientes tíficos.<sup>16</sup>

inferiores”. Publicaciones del Instituto Bacteriológico Nacional, mayo 1910; “Nota Preliminar sobre ciertos cuerpos encontrados en la sangre de los individuos atacados de tifo (Tabardillo)”. *Publicaciones del Instituto Bacteriológico Nacional*, mayo 1910; “Tercera Nota sobre el tifo experimental de los monos inferiores”. *Publicaciones del Instituto Bacteriológico Nacional*, agosto 1910; “Cuarta nota sobre el tifo experimental en los monos inferiores”. *Publicaciones del Instituto Bacteriológico Nacional*, noviembre 9, 1910; “Estudio Experimental sobre el tifo exantemático”, Publicaciones del Instituto Bacteriológico Nacional, noviembre 12, 1911.

<sup>15</sup> Una perífrasis de la conocida frase de Álvaro Obregón: “No hay general que aguante un cañonazo de 50 mil pesos”.

<sup>16</sup> Heriberto Frías, *Crónicas desde la cárcel*. Ciudad de México: Breve Fondo Editorial, 1997, pp.52-56; Carta de Russell Wilder a Ludwig Hektoon, no está fechada: H. Rickett Papers, The University of Chicago.

Gaviño y Girard tenían suficientes pacientes y piojos, pero les faltaban los primates adecuados para experimentar. Los que trajeron de Tehuantepec (*Ateles vellerosus*) eran propicios para la vacunación con sangre de pacientes de tifus, pero no para experimentos que involucraran la inoculación con piojos de mono a mono. De todas formas, Gaviño y Girard trabajaron con estos simios y experimentaron con perros, caballos, puercos y, finalmente, con conejillos de indias, que probaron ser buenos portadores de la enfermedad. En su momento, en la década de 1920, la inoculación de los conejillos de indias probaría su gran importancia. En mayo de 1909, transmitieron la enfermedad a los monos a través de inyecciones. En agosto de 1910, reportaron que los conejillos de indias y los monos de Tehuantepec eran portadores del tifus, pero que habían fallado al aislar el microorganismo exacto que generaba la enfermedad. A principios de 1911, Nicolle reportó los hallazgos de un microorganismo en conejillos de indias infectados, y por ello Gaviño reclamó –en los años venideros– que fue su equipo, antes que Nicolle (junio 1909 y julio de 1911), el que probó por primera vez la transmisión de los monos a los conejillos de indias. De hecho, desde 1909, el equipo de Gaviño trató de comprobar el principio central de la hipótesis de Nicolle: la importancia de los piojos en la reproducción de la enfermedad, de recolectar muestras del cuerpo y el pelo de los piojos del otro lado del país y, finalmente, de encontrar una correlación entre la abundancia de piojos del cuerpo (en regiones templadas y frías) y el tifus. No lograron comprobar ni refutar la hipótesis del piojo de Nicolle, pero Gaviño continuó sosteniendo que su experimento se había llevado a cabo primero.<sup>17</sup>

Éste no fue el único sentimiento de traición expresado por Gaviño y su equipo entre 1901 y 1910, algo que, para los otros grupos que llegaron a México a finales de 1901, produjo un efecto dominó de resentimiento, celos y una cooperación internacional sin precedentes. Todos estos científicos interactuaron entre ellos; muchos extranjeros declararon públicamente que no sabían del premio, y todos sospechaban unos de los otros. Aun así, a los

<sup>17</sup> Reporte sobre los experimentos y cita en AGN-Instrucción Pública y Bellas Artes, Caja. 141, Exp. 1; colección de piojos y distribución geográfica en Caja 141, Exp. 9; reporte del experimento de mayo 20, 1910, que involucró a un mono inyectado con sangre de un paciente infectado con tifus en el Hospital Francés, *Ibidem*; Argumento de Gaviño sobre su exitosa inoculación de simios y conejillo de indias antes, mayo 1911, Nicolle, junio 1911, Caja 141, Exp. 17.

piojos y a la ciudad donde vivían poco les importaban las disputas de los científicos, sus simios –los equipos internacionales trajeron monos desde Chicago, Washington y Ohio–, y su avaricia: a mediados de 1910, todos estos doctores estaban infectados con piojos, y dos, Ricketts y Conneffe, habían fallecido.

E. McCambell contrató a Ricketts en noviembre de 1909 y le pidió que se le uniera en un viaje a México en pos del germen del tifus, en vista tanto de la gran recompensa económica como de los descubrimientos recientes de Nicolle, mismos que requerían mayor trabajo. En ese entonces Ricketts era bastante conocido por su investigación sobre la fiebre de las Montañas Rocallosas –mediante la cual descubrió el germen y el método de transmisión (garrapatas)–. Cuando fue contactado por McCambell, estaba esperando respuesta del gobierno de Montana para poder regresar al estudio de padecimientos similares a la fiebre maculosa. Más adelante, Ricketts y Wilder, su estudiante, al igual que los biógrafos de Ricketts, afirmaron que aun antes de enterarse del premio planeaban ir a la ciudad de México. De hecho, fue la carta de McCambell, junto con sus propios estudios sobre la fiebre maculosa y las noticias de los descubrimientos de Nicolle, lo que propició que Ricketts centrara su atención en la ciudad de México. Tal como escribió a su esposa Myra el 14 de diciembre de 1909, “sólo hay una manera de abordar este tipo de trabajo, y es de una forma cuidadosa y... de negocios”. En diciembre 15 escribió: “Si hallo el microbio me darán 10 mil por ello” (porque hubiera tenido que compartirlo con Wilder). Pero el hecho permanece, y antes de partir rumbo a México acordó colaborar con McCambell; estaba de acuerdo con que éste viajara primero al país.<sup>18</sup>

Goldberger y Anderson, de todas formas, habían burlado tanto a Ricketts como a McCambell. Se fueron a México antes, y para cuando Ricketts y McCambell discutían su colaboración, ellos ya llevaban cuatro semanas en México. Ricketts siguió de inmediato, se fue antes de lo acordado y no

<sup>18</sup> Dennis J. Pollack, *James Francis Conneffe, M.D., 1877-1910: Assistant Professor of Pathology and Instructor of Bacteriology, the Ohio State University*. Columbus: Ohio State University, 2003; Cartas de Hans Ricketts a Myra Ricketts, diciembre 14 y diciembre 16, 1909, Caja 4, Fólder 6; Carta de E.F. McCambell a Hans Ricketts noviembre 26, 1909, Caja 8, Fólder 1: Hans Ricketts Papers, The University of Chicago.

hizo más que enviarle una escueta nota a McCambell, lo cual disparó su rabia. Alrededor del 17 de diciembre, Goldberger y Anderson fueron ubicados en el Hospital General de México, Ricketts y Wilder acababan de llegar y McCambell y Conneffe estaban en camino. En este momento, desde luego, Gaviño y Girard estaban bastante adentrados en la competencia, no sin mencionar a Nicolle, quien para entonces ya había avanzado bastante en su candidatura para ganar el premio mexicano del tifus.

Goldberger no conocía la ciudad de México, pero había visitado Tampico en 1902, durante la campaña de la fiebre amarilla. Era un soldado recién desembarcado en la moderna armada de higienistas, burócratas y bacteriólogos que los gobiernos progresistas post pasteurianos habían reunido. Era judío, nacido en el Imperio austrohúngaro (llegó a Estados Unidos en 1883), y por tanto la carrera de inspector de salubridad fue más sencilla de acometer que aquella de un exclusivo doctor en la ciudad de Nueva York. Como Ricketts más adelante, Goldberger reconoció en público la ayuda de unos doctores mexicanos aunque en privado los desacreditaba. “Los mexicanos son demasiado educados como para ser rigurosos”, dijo sobre los investigadores de la fiebre amarilla de 1902.<sup>19</sup> Para él, la ciudad era un verdadero desastre higiénico y, sin embargo, estaba allí, trabajando con las instituciones mexicanas, con doctores mexicanos, tal vez tratando a pacientes mexicanos como meros conejillos de indias, como si estuviera trabajando en el Amazonas. Para la ciudad, él simplemente era otro combatiente del tifus encantado por sus problemas insuperables, sus instituciones o su vibrante vida urbana.

En vista tanto de la epidemia del tifus como del premio mexicano de 1909, Goldberger unió esfuerzos con John F. Anderson (director del Laboratorio de Higiene de la Universidad de Harvard), y volvió a contactar a su ex compañero de la universidad, el doctor A. Goldman, quien entonces era médico residente en Ferrocarril Nacional, y quien lo ayudó a encontrar un laboratorio, así como a recibir un permiso oficial. Por lo tanto, Goldberger y Anderson sostuvieron el haber sido los primeros en México (noviembre de

<sup>19</sup> Alan M. Kraut, *Goldberger's War. The Life and Work of a Public Health Crusader*. Nueva York: Hill and Wang, 2003. La opinión de Goldberger sobre los mexicanos a partir de las cartas a su esposa, cita en la p.54.

1909) en inocular monos con sangre de pacientes con tifus –aunque Gaviño y Gilbert insistieron en que ellos lo habían realizado casi de modo simultáneo–. “Por vez primera en la historia del Servicio –escribió Goldberger una vez de regreso en casa–, llegamos primero a donde se gestaba la acción”.<sup>20</sup>

Goldberger y Anderson lograron inocular a simios (*Macacus rhesus*) apropiados para el trabajo en laboratorio, los cuales trajeron desde Washington –y tal fue su ventaja sobre el equipo mexicano, aunque generosamente aceptaron el apoyo de prominentes científicos nacionales (Liceaga, Otero y Orvañanos, entre muchos otros)–. Así las cosas, los monos José, Adela y Andrea fueron inyectados con sangre extraída de pacientes con tifus. Más tarde, los científicos intentaron la transmisión de mono a mono. Experimentaron con pulgas y con piojos de cabello y cuerpo, y hallaron que los piojos del cuerpo eran los portadores del mal, pero no podían especificar cómo y no lograron aislar al agente o virus. Adela, José y Andrea, al igual que los dolientes de la prisión de Belén de quienes habían extraído las muestras sanguíneas, murieron.<sup>21</sup>

Como mencioné anteriormente, en cuanto supo de la presencia de Goldberger y Anderson en México, Ricketts dejó de inmediato Estados Unidos: necesitaba, como escribiría a su jefe en Chicago (el Dr. Ludwig Hekton), “entrar en el juego” tan pronto como fuera posible. A mediados de enero, Ricketts escribió a su esposa que Goldberger estaba a punto de regresar a Estados Unidos, enfermo de tifus, aunque Ricketts le mintió sobre la verdadera naturaleza de la enfermedad de Goldberger. Anteriormente, McCambell había enviado noticias del padecimiento de Conneffe, advirtiéndole a Ricketts y a otros que extremaran precauciones, a pesar de que no se caían bien. Por febrero de 1910, McCambell reportó a la Academia Mexicana de Medicina que su trabajo en el Hospital General y en el

<sup>20</sup> *Ibidem*, p.76.

<sup>21</sup> John F Anderson y Joseph Goldberger, “On the relation of Rocky Mountain spotted fever to the typhus fever of Mexico, preliminary note”; “A note on the etiology of “tabardillo”; “On the infectivity of tabardillo or Mexican typhus for monkeys and studies on its mode of transmission”; “The relation of so-called Brill’s disease to typhus fever”; “The transmission of typhus fever, with special reference to transmission by the head louse (*Pediculus capitis*)”; “Studies on the virus of typhus”; “Studies in immunity and means of transmission of typhus”. Todos publicados entre 1910 y 1911, todos incluidos en Joseph Goldberger y John F. Anderson, *Collected Studies on Typhus*. Washington D.C.: G.P.O., 1912, no. 86.

Hospital Juárez pudo transmitir el tifus a los monos, pero no reconoció que él lo hubiera hecho “como Goldberger, Anderson y Ricketts lo hicieron”. Dijo, pese a ello, que el tifus mexicano era idéntico al europeo. Los piojos eran los verdaderos culpables. Ricketts, por su parte, preparaba artículos tan rápido como le fuera posible, obsesionado con llegar a la raíz del problema y prestar poca atención a los descubrimientos y advertencias de McCambell.<sup>22</sup>

En abril de 1910, Ricketts escribió a Goldberger: “Soy un suertudo... ambos somos suertudos, muy suertudos... cuando piensas en el destino del hombre de Ohio, nosotros dos diferimos al haber estado allí durante tres o cuatro meses sin infectarnos.” Desde luego, “el hombre de Ohio”, Conneffe, murió de tifus en Columbus en enero de 1910, rodeado de tal temor que su ciudad natal, Filadelfia, se negó a aceptar el cadáver de regreso. Goldberger en verdad tenía suerte, no porque no se contagió, sino porque sobrevivió; Ricketts no tuvo el mismo destino.<sup>23</sup>

McCambell dio crédito a la colaboración de Orvañanos y Figueroa, López y Gerardo Escalona en su trabajo en el Hospital General. Goldberger reconoció a Gaviño y Escalona. Ricketts y Wilder reconocieron a Gaviño, Fernando López y Escalona. Todos fueron colaboradores de facto, en amistad pública, pero sumergidos en una fiera competencia en lo privado y, en la mayoría de las ocasiones, en un sentir de antipatía mutua. Ricketts no dejaría el laboratorio del Instituto de Bacteriología por miedo a que sus monos y su investigación fuesen robados o saboteados. De enero a abril de 1910, le escribió a Myra sobre sus temores y la ansiedad que le representaba el publicar sus hallazgos tan pronto fuera posible, en vista de la competencia, del constante “espionaje” de los científicos mexicanos. “Un grupo de impertinentes”, era la manera en la que describía a Gaviño y a sus colaboradores del Instituto. Según Ricketts, Gaviño y los doctores mexicanos

<sup>22</sup> E. F. McCambell, “Observation on Typhus Exanthematicus (Tabardillo) in Mexico”. Febrero 7, 1910, Reporte preliminar para la Academia Nacional de Medicina de México, mayo 1910; E.F. McCambell, “Notes of the University Expedition to Mexico” en *Ohio State University Quarterly*, 1910, pp.21-31. De acuerdo con Pollack, McCambell no tenía el respaldo oficial de la Universidad Estatal de Ohio. Dennis J. Pollack, *James Francis Conneffe*, Ohio State University, 2003.

<sup>23</sup> Cartas de Howard T. Ricketts a Joseph Goldberger, abril 14, 1910, Caja 8, Fólder 1: Hans Ricketts Papers, The University of Chicago; Dennis J. Pollack, *op. cit.*

eran culpables de transgresiones tan vergonzosas como el hacer preguntas y querer saber más de su investigación. El hecho de que estuviera en el laboratorio de Gaviño no le parecía suficiente excusa para la excesiva curiosidad del doctor mexicano. Ricketts y Wilder no dejaban sus notas en los escritorios del laboratorio, ni siquiera se iban a la hora de la comida. Ricketts creía que los mexicanos estaban robándole sus piojos y observando a sus simios. “[Nosotros] tenemos pocos amigos entre los médicos mexicanos –escribió en abril de 1910–, sé que el Instituto nos odia”. Ricketts estaba en lo correcto: los científicos mexicanos de 1910 no eran tan diferentes de los de la Academia de Estocolmo en cuanto a su preferencia por los científicos franceses sobre los americanos. Y aun así, Ricketts y Wilder recibieron todos los documentos oficiales y no oficiales y los honores que la ciudad pudo otorgarles. Fueron cobijados por sus instituciones, asistidos por criados mexicanos y colegas y, aunque no existe un registro directo de su vida social, al parecer gozaron del clima de la metrópoli, así como de sus restaurantes, museos, avenidas y reuniones con la alta sociedad. Ciertamente, la urbe mató a uno de ellos, pero tras leer las opiniones privadas de Ricketts en torno a la urbe y a sus habitantes, no puedo más que sentir cierto sentido poético de justicia en tanto a la revancha de la ciudad.<sup>24</sup>

La lucha de Ricketts tenía que ver con el descubrimiento del germen y la replicación del experimento de transmisión de Nicolle; la pelea de Gaviño era por el reconocimiento de la primera transmisión de piojos; Goldberger y Anderson luchaban menos contra Ricketts, Gaviño, McCampbell o Nicolle –aunque cuestionaron la interpretación de este último sobre la infección de los monos–, y más con Nathan Brill, científico de Nueva York que en 1910 había identificado una especie de fiebre en su ciudad, alegando que era diferente al tifus mexicano: un tipo en sí mismo. Goldberger y Anderson sostenían que habían demostrado que la “enfermedad de Brill, que en apa-

<sup>24</sup> Cartas de Howard T. Ricketts a Myra Ricketts: febrero 3, abril 5, 1910; Caja 4, Fóldeo 6, Howard T. Ricketts Papers, The University of Chicago. Ver también: “Mártir de la microbiología” en *MD en Español*, vol. 9, 1971, p.12; C. E. Medina de la Garza, “Howard Taylor Ricketts y el tifo epidémico en México” en *Medicina Universitaria*, vol. 1, no. 3, 1999, pp.149-152; Maximiliano Ruiz Castañeda, “A la memoria de Howard Taylor Ricketts” en *Gaceta Médica Mexicana*, 104, 1972, pp.257-63; E. Weiss y B. S. Strauss, “The life and career of Howard Taylor Ricketts” en *Review of Infectious Diseases*, vol. 13, 1991, pp.1241-42.

riencia era endémica a la ciudad de Nueva York, es idéntica a la fiebre del tifus de México”. La lucha continuó hasta las décadas de 1910 y 1920. Finalmente, se comprobó que la fiebre que Brill descubrió en Nueva York era, desde luego, tifus, pero de igual forma se demostró que sí existía una cepa exclusiva de México.

Durante estas disputas en Estados Unidos, la ciudad de México se utilizaba como un mero laboratorio, cualquier cosa producida por los científicos mexicanos era considerada secundaria y más como un tipo de material etnográfico en crudo que como un verdadero conocimiento científico. En cierto sentido, la relación de los científicos americanos con la investigación mexicana en 1909 y 1910 no estaba tan lejana del todavía común reclamo epistemológico a la autoridad, mejor ejemplificado en la frase: “Esto a la fecha no ha sido [dicho, discutido, descubierto, concluido] en inglés”. En 1910, la ciudad y sus habitantes eran datos en bruto, un escenario elegido al azar para las disquisiciones científicas, y nunca la principal *raison d’être* de sus trabajos o carreras.<sup>25</sup>

En abril de 1910, Gaviño, Ricketts y Wilder visitaban la prisión de Belén en busca de piojos. Confiaban en sus capacidades científicas, aunque el riesgo de infección era elevado. Si bien Gaviño continuó su trabajo en torno al tifus y desarrolló las primeras versiones de la vacuna durante la terrible epidemia de 1915 en la ciudad de México, en 1910 no publicó sus hallazgos ni ideas en revistas de divulgación respetables; mientras tanto, el convincente Ricketts logró publicar cuatro ensayos en cuatro meses (de enero a abril de 1910), la mayoría en el *Journal of the American Medical Association*. Tales fueron los resultados de los esfuerzos de Ricketts en México y la base de su sólida reputación. Dichos ensayos fueron la manera en que el científico marcó su territorio, el tifus, de una forma no tan diferente a la de un león o un perro. Se dijo que todos los hallazgos eran preliminares, que necesitaban mayor investigación y experimentación, lo cual –siempre fue claro– Ricketts y Wilder emprendieron en su debido momento.

El último acto, la transmisión del tifus a través del piojo, y su épica muerte el 3 de mayo de 1910, lo convirtieron en el héroe del turbulento

<sup>25</sup> Joseph Goldberger y John F. Anderson, “The Transmission of Typhus Fever, with Special Reference to Transmission by the Head Louse, ‘Pediculus Capitis’”.

momento en la investigación del tifus que marcó 1910. Cuando Henriqueta Rocha Lima finalmente identificó al germen del tifus en abril de 1916, le dio el nombre de *Rickettsia prowasekii* en honor a Ricketts y al doctor bohemio –y amigo de Da Rocha– Stanislas von Prowazek (quien murió al combatir a la enfermedad durante la primera Guerra Mundial). Dos héroes muertos en la historia del tifus. Pero lo que Ricketts y Wilder hicieron fue, en primer lugar, refinar los experimentos iniciales y las interpretaciones de Nicolle; en segundo, mostraron que lo que ocasionaba al tifus no era un germen normal ni fácil de aislar, y tercero, trataron de poner a prueba las sospechas de los doctores mexicanos en torno a las características únicas del tifus mexicano *vis à vis* el europeo. En sus primeros artículos sugerían que el factor de transmisión podía ser el piojo. En la segunda entrega comprobaron la transmisión por el piojo y argumentaron: “En tanto que estos experimentos sobre la transmisión sean considerados tan sustanciales como los de Nicolle, o si en realidad deben ser vistos como nuevas observaciones, dependerá de la identidad o no-identidad de tabardillo con el tifus del Viejo Mundo”. En su tercer artículo reconocieron que Gaviño, Gilbert, Goldberger y Anderson habían descrito organismos, pero alegaron que habían encontrado un agente que no podía cultivarse dentro de las condiciones normales de un laboratorio. Afirmaron que el tabardillo era diferente a la fiebre maculosa de las Montañas Rocallosas, pero no pudieron establecer si el tifus mexicano era idéntico al europeo. Y entonces Ricketts falleció.

El 29 de abril de 1910, Myra Ricketts recibió las primeras noticias sobre la enfermedad de su esposo por parte de Russell Wilder. Partió rumbo a la ciudad de México ese mismo día. Alrededor del 30 de abril, el estado de salud de su marido se había deteriorado, y murió el 3 de mayo en una tienda de campaña especial que fue construida, a su expresa petición y para evitar el contagio, en los jardines del Hospital Americano en la ciudad de México. El gobierno mexicano organizó una pomposa celebración para honrar al heroico doctor. El Ministerio de Educación y el embajador de Estados Unidos, al igual que Gaviño y Wilder, estuvieron a cargo de los honores. Una placa conmemorativa fue develada en el laboratorio donde Ricketts, Wilder, Gaviño y Gilbert trabajaron en la batalla contra el tifus en 1910. En su discurso, Wilder mencionó con orgullo que Ricketts viajó a México sin saber del atractivo premio ofrecido por el presidente Díaz, y

aseguró al final que “el mérito de autoría no es de importancia”, pues cada uno de ellos, científicos que laboraban en la ciudad de México, había colaborado. Gaviño fue tan generoso como Wilder, aunque claramente reveló sus sentimientos acerca de lo que Ricketts había significado para la lucha del tifus en 1910: “Deseaba llegar antes que otros investigadores a las fronteras de la verdad en el estudio del tifus. No pudo ver que se encaminaba a una muerte segura... sin hacer caso de los peligros que le rodeaban y negando los prudentes consejos de aquellos de nosotros que lo vieron tan lleno de autoconfianza”. Gaviño aceptó que colaboró con Ricketts de buena fe, y que estaba listo para ser el primero en aplaudir su éxito y lamentar su muerte. Como en cualquier guerra, aquella librada contra el tifus en 1910 había logrado su propia y convincente épica, con todo y sus héroes. Por ende, en 1945, en la Cuarta Reunión Interamericana de Tifus en la ciudad de México fue distribuida entre sus participantes una medalla grabada con los rostros de Ricketts, Nicolle y Hans Zinsser.<sup>26</sup>

La leyenda de Ricketts continuó, aunque el mismo Da Rocha nunca dejó de reclamar la autoría de los grandes descubrimientos relacionados con el tifus. Para Da Rocha, Ricketts fue uno de los muchos navegantes que precedieron a Cristóbal Colón; se creía él mismo el Colón del tifus, o por los menos así lo manifestó en 1951.<sup>27</sup> Por ello, ya entrados en la década de 1950, los científicos que habían otorgado a la rickettsia su nombre afirmaron que al final ni Nicolle ni Ricketts desentrañaron los misterios del mal. Asimismo, en los años cincuenta, el doctor mexicano Rubén Saucedo Fuentes escribió una novela inspirada en la vida de Ricketts. Allí afirmaba que los motivos de Ricketts no fueron monetarios y que mantuvo el desinterés a causa de su “grandeza de espíritu”. Saucedo Fuentes describió a un Ricketts ficcionalizado que se paseaba por la ciudad, y que cuando se topó con un sacerdote y éste se sumió en un diálogo con el sabio y severo científico, aprendió que las enfermedades no eran un castigo de Dios sino el de-

<sup>26</sup> Sobre la muerte de Ricketts ver Caja 5, Fólger 1, Howard T. Ricketts Papers, The University of Chicago; AGN-Instrucción Pública y Bellas Artes, Caja 141, Exp. 3; *Howard Taylor Ricketts y sus trabajos sobre el tabardillo (tifo de México) publicado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en cumplimiento del acuerdo relativo del Presidente de la República*. Ciudad de México: Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1910.

<sup>27</sup> H. da Rocha Lima, *Estudos*. p.38.

saño de Dios a la inteligencia humana. Ricketts encaró el reto –en la novela de Saucedo– con estoicismo franciscano. La leyenda continuó entonces.<sup>28</sup>

Aún así, a finales de 1910, y con el comienzo de la Revolución mexicana, las epidemias estaban a punto de llegar, y los únicos y verdaderos ganadores aún eran aparentemente los piojos y la ciudad, desatada. La refinada urbe porfiriana de entonces parecía un espejismo efímero de cosmopolitismo, pero bajo esta fachada había un pueblo salvaje que mataba gente y que otra vez estaba en camino a la violencia revolucionaria. Y aun así, a pesar de todos los males, que la ciudad porfiriana fuera la capital de un importante periodo en la investigación internacional del tifus no fue un espejismo sino una realidad en 1909 y 1913.

En febrero de 1911, la Academia Nacional de Medicina consideró las aplicaciones para el premio del tifus. Nicolle había enviado sus papeles fechados en 1909 y una carta donde explicaba por qué él había sido el primero el descifrar el misterio de la enfermedad. El panel mexicano estuvo compuesto por doctores prominentes –Toussaint, José P. Gayón, Octaviano González Fabela, Ernesto Ulrich y José I. Saloma–, quienes decidieron declarar el premio desierto. La decisión de la Academia fue imputada por Nicolle y por los doctores mexicanos en los años venideros. Nicolle solía referirse a la ignorancia de los doctores mexicanos, puesto que estaba convencido de que merecía el galardón. La Academia afirmó que –a pesar de que con el tiempo se comprobó que el agente transmisor era el piojo– el experimento de Nicolle realizado en 1909 no había ni identificado al germen activo ni evidenciado contundentemente la función del piojo –hechos comprobados de modo concluyente por Da Rocha en 1916–.<sup>29</sup>

Ya en 1931, cuando Nicolle estaba en la ciudad de México, sostuvo una vez más que en 1909 él había demostrado el papel del piojo en la transmisión del tifus y que había encontrado la solución definitiva al problema, y por tanto “despojado de todo valor los argumentos epidemiológicos de Terrés”. Nicolle se refiere aquí a José Terrés, quien en 1922 aún defendía

<sup>28</sup> Rubén Saucedo Fuentes, *Dr. Howard Taylor Ricketts, su vida y obra novela biografía*. Ciudad de México: spi., 1953.

<sup>29</sup> Francisco Fernández del Castillo, “La Academia y Charles Nicolle” en Francisco Fernández del Castillo, *Antología de escritos histórico-médicos del Dr. Francisco Fernández del Castillo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Medicina, sf., pp.517-537.

la decisión de la Academia de negar el rol del artrópodo en la enfermedad en 1911. Durante la década de 1930, otro doctor mexicano también defendía en prosa florida la decisión en contra de las demostraciones de Nicolle, y señaló que en 1909 “faltaban detalles en el laboratorio y en los ilustres razonamientos de los académicos; era como si el insecto vil los tuviera escondidos en sus tripas, negándose a permitir que los microscopios, cultivos e inoculaciones, junto con el conocimiento preexistente, los extrajese del escondite que durante siglos los ocultó con tanta cautela”. La Academia, entonces, fue tan sabia como el piojo traicionero. De todas formas, el hecho es que, en 1922, Terrés y otros aún negaban el papel del piojo, y que Nicolle todavía sostenía que él había resuelto el misterio en 1909. Todo esto es una prueba viviente de la sabiduría del piojo en el viejo refranero español: “El piojo puesto en altura, todo se le vuelve locura.” Al final, el premio Nobel de Medicina que Nicolle recibió el 1928 por su trabajo con el tifus, puso de manifiesto la estupidez de los doctores mexicanos allende 1909. Una vez más, confiemos en la sabiduría del piojo en el refranero: “Piojo que a persona asciende, no se acuerda que fue liendre.” Nicolle, en 1909, estaba lejos de resolver el misterio del tifus. En la vejez, liberado de los confines de la *politesse*, el prominente científico mexicano Maximiliano Ruiz Castañeda lo dijo claramente: “¡ [Nicolle] quería hacernos la vida imposible! Afortunadamente, lo redujimos”. Y claro que Ruiz Castañeda y Zinsser “redujeron” los primeros hallazgos de Nicolle, pero eso fue en 1931 y en la ciudad de México, cuando la urbe experimentó lo que el refrán predicía: “El piojo resucitado es el que más pica, porque coge sangre nueva y se desquita.”<sup>30</sup>

<sup>30</sup> Maximiliano Ruiz Castañeda, “Cincuentenario de Ricketts”, en Maximiliano Ruiz Castañeda, *Escritos y entrevistas*. Toluca: Serie José Antonio Alzate y Ramírez, Colección Testimonios del Estado de México, 1978, pp.11-24; Maximiliano Ruiz Castañeda, “Nicolle 1931” en *Escritos y entrevistas*. Toluca: Serie José Antonio Alzate y Ramírez, Colección Testimonios del Estados de México, 1978, pp.39-48; cita en la entrevista con M. Castañeda Ruiz incluida en *Escritos y entrevistas*. Toluca: Serie José Antonio Alzate y Ramírez, Colección Testimonios del Estados de México, 1978, p.71; Antonio Castillo de Lucas, ed. *Refranero médico, refranes de aplicación médica, seleccionados de clásicos autores de obras de paremiología y en parte directamente recogidos y anotados, por Antonio Castillo de Lucas*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato Menéndez y Pelayo, Instituto “Antonio de Nebrija”, 1944; Herón Pérez Martínez, *Refranero mexicano*. Ciudad de México: Academia Mexicana, Fondo de Cultura Económica, 2004; Julio Cejador y Frauca, *Refranero castellano*, 3 vols. Madrid: Hernando, 1928-1929.

## ACTO II. 1931: EL MOMENTO DE LA RATA

Alrededor de 1910 y de manera casi simultánea en México y en Túnez, los doctores Gaviño, Ricketts y Nicole lo vieron claro: era el piojo “blanco” –el de la ropa y piel– el culpable de la trasmisión masiva del tifus. Un gran avance que derivó en innumerables medidas y nueva investigación. Pero en la ciudad de México la enfermedad siguió siendo endémica y epidémica. Múltiples brotes epidémicos atacaron a la capital antes de que la enfermedad dejara de ser un asunto de salubridad pública. Después de 1910, la urbe experimentó la mayor epidemia en un siglo, durante los años revolucionarios de 1915 y 1916: fue, según Fernando Ocaranza, uno de los contagios masivos de tifus más serios en la historia de la ciudad, e infectó a más de 10 mil habitantes tan solo en 1916. Según el doctor Silvino Riquelme, entre noviembre de 1915 y mayo de 1917 se podían contar 21,344 infectados, y entre enero de 1916 y mayo de 1917, 2,119 individuos murieron a causa de este mal. Resultaba difícil para la ciudad revolucionaria lidiar con la enfermedad en 1915, aunque los viejos doctores e instituciones porfirianos trabajaban duro para mantener el brote bajo control en medio del caos y los antagonismos políticos. Gaviño, por ejemplo, fue acusado de colaborar con el régimen contrarrevolucionario de Victoriano Huerta, aunque luego reestableció su reputación, mientras que Girard regresó a París luego de sus confrontaciones con Gaviño.<sup>31</sup> Por otro lado, la ciudad insegura y violenta ya no era atractiva para los bacteriólogos internacionales durante este periodo. Además, la ciencia mundial empleaba todos sus recursos en la batalla contra el tifus en la primera Guerra Mundial. En esos años, la Comisión Epidemiológica (originalmente denominada Comisión del Tifus) fue creada con el propósito de combatir a los piojos en los ejércitos y campamentos.

Tras la revolución, entre 1925 y 1928, las autoridades de la ciudad se enfrascaron en una cruzada de desinfección contra los piojos y en una cam-

<sup>31</sup> Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*. Ciudad de México: El Colegio de México, 1996; Manuel Servín Massieu, *Microbiología, vacunas y el rezago científico de México a partir del siglo XIX*. Ciudad de México: Instituto Politécnico Nacional, Centro Interdisciplinario de Investigaciones y Estudios sobre Medio Ambiente y Desarrollo: Plaza y Valdés, 2000; Natalia Priego, *Science, Culture and Society*; y Consuelo Cuevas Cardona. “Ciencia de punta en el Instituto Bacteriológico Nacional”.

pañía educativa que incluía la distribución gratuita de volantes, carteles y la exhibición de películas con títulos como *Luchemos contra las ratas*, *El tifo* y *La tuberculosis*. Pese a todos estos esfuerzos, la enfermedad continuó siendo un problema, y en 1931 se dio otro brote epidémico: parece haber germinado en la infame prisión de Belén, para luego propagarse por la ciudad. Comparado con la epidemia de 1915-1916, el brote de 1931 fue menor, pero significó un suceso importante: se constituyó en la oportunidad y la atmósfera en que una nueva generación de cazadores de microbios, tanto mexicanos como extranjeros, finalmente resolvieron los últimos misterios de la enfermedad.<sup>32</sup>

Mientras que en el periodo 1909-1910, “el momento del piojo”, los esfuerzos se concentraron en encontrar la raíz de la epidemiología del tifus, en 1931 la protagonista fue la rata. El proceso de transmisión durante los brotes era conocido, si bien la pregunta persistía: ¿qué sucede con el factor que lo desencadena todo –ya sea un virus o bacteria– entre brote y brote? Esta cuestión básica pronto se convirtió en un asunto de identidad: ¿eran el tifus europeo y el mexicano el mismo padecimiento? De ser así, ¿a qué se debía el carácter endémico de la dolencia en la ciudad de México y no en otros lugares? De ser males diferentes, ¿era un asunto temporal entre momentos endémicos y epidémicos, o una diferencia más estructural, más biológica? Al lidiar con estas preguntas, las ratas de la prisión de Belén se convirtieron en las protagonistas de la historia de la enfermedad, la ciencia y la ciudad.<sup>33</sup>

<sup>32</sup> G. Gandara, *La destrucción de las ratas*. Ciudad de México: Sec. de Fomento, Imprenta y Fototipia de la Sec. de Fomento, 1912; Hermann Mooser, “Sobre la enfermedad producida por mordedura de rata (Soduku)” en *Gaceta Médica de México*, vol. 58, 1927, pp.123; *Memoria de los trabajos realizados por el Departamento de Salubridad Pública, 1925-1928*, 2 vols. Ciudad de México: Ediciones del Departamento de Salubridad Pública, 1928, Director del Departamento Bernardo J. Gastelum; ver también “Instrucciones sobre ratas y disposición de cadáveres por peste bubónica” en *Memoria de los trabajos ejecutados por el Departamento de Salubridad del 1 de mayo al 15 de noviembre de 1920*. Ciudad de México: Talleres Gráficos de la Nación, 1923; Fernando Ocaranza, “El tifo en el Distrito Federal en el año de 1921”; Silvino Riquelme, “La profilaxis del tifo”, junio 1917, *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, vol. 37, 1918, pp.129-135.

<sup>33</sup> Hans Zinsser, *Rats, Lice and History*; Hans Zinsser, *As I Remember Him. The Biography of R.S.* Boston: Little, Brown, and Company, 1940; sobre Zinsser ver W. C. Summers, “Hans Zinsser: a Tale of Two Cultures” en *The Yale Journal of Biology and Medicine*, vol. 72, no. 5, 1999, pp.341-47; Gerald Weissmann, “Rats, Lice, and Zinsser” en *Emerging Infectious Diseases*, vol. 11, no. 3, marzo 2005, pp.492-496; Kim Pelis, *Charles Nicolle: Pasteur’s Imperial Missionary*; Maximiliano Ruiz Castañeda, “Cincuentenario de Ricketts”.

Muchos de los científicos que lucharon contra el padecimiento durante la primera Guerra Mundial –entre ellos Nicolle, Zinsser y dos bacteriólogos polacos, Walbach y Hélène Sparrow– finalmente jugaron algún papel en este “momento de la rata”, de la misma forma en que los estudiosos del tifus que se encontraron juntos en la ciudad durante 1931 terminaron influyendo de alguna manera en la lucha contra la enfermedad durante la segunda Guerra Mundial, sobre todo en el desarrollo de vacunas. Durante la segunda gran guerra en Europa, por ejemplo, las vacunas Zinsser-Ruiz Castañeda y la Mooser-Varela (ambas basadas en ratas), fueron aplicadas en varias ciudades y campamentos militares del Viejo Continente.<sup>34</sup>

El momento de la rata de 1931 hace las de lente para observar cómo la interacción entre ciencia y ciudad transformó el entendimiento del tifus. Esta transformación gradual le da forma a las cuatro escenas que forman dicho momento. La primera escena la componen el largo proceso de prueba y error mexicano con la enfermedad y la ciudad; la segunda delinea la personalidad social de la rata de la ciudad de México; la tercera escena no es otra cosa que los conflictos culturales y científicos en torno a la solución final del tifus, y, finalmente, la escena última es aquella de la ciudad de México como el imán que atrajo, y el escenario que determinó, la interacción de varios personajes raros. Era como si el piojo, la pulga y la rata, al tanto de su indignidad, hubieran reclutado como sus cronistas no a espíritus austeros y predecibles, sino a almas exuberantes que acabaron no en simples científicos sino en suicidas ilustres, escritores o poetas.

<sup>34</sup> Ana María Carrillo, “Los comienzos de la bacteriología en México” en *Elementos*, vol. 8, no. 42, 2001, pp.23-27; Consuelo Cuevas Cardona, “Ciencia de punta en el Instituto Bacteriológico Nacional”; Juan José Saldaña y Luz Fernanda Azuela, “De amateurs a profesionales: las sociedades científicas en México en el siglo XIX” en *Quipu*, vol. 11, no. 2, mayo-agosto, 1994, pp.135-172; Juan José Saldaña y Natalia Priego, “Entrenando a los cazadores de microbios de la República” en *Quipu*, vol. 13, no. 2, mayo-agosto, 2000, pp.225-242; Luz Fernanda Azuela, *Tres sociedades científicas en el Porfiriato. Las disciplinas, las instituciones y las relaciones entre la ciencia y el poder*. Ciudad de México: Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, UNAM, 1995; Charles A. Hale, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*. Princeton: Princeton University Press, 1989; Laura Cházaro, editora, *Medicina, ciencia y sociedad en México, siglo XIX*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2002; Marta Aleksandra Balinska, “Assistance and not mere relief: the Epidemic Commission of the League of Nations, 1920-1923” en Paul Weindling, editor, *Cambridge History of Medicine, International Health Organization and Movements, 1918-1939*. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press, 1995; Paul Weindling, *Epidemics and Genocide in Eastern Europe, 1890-1945*. Oxford, Nueva York: Oxford University Press, 2000.

## EL LARGO PROCESO DE ENSAYO Y ERROR

En 1931, las visiones científicas y sociales de la ciudad y sus enfermedades tenían como referencia obligada al Segundo Congreso Nacional del Tabardillo, el cual tuvo lugar en la ciudad de México en diciembre de 1921.<sup>35</sup> Para ese año, las nuevas epidemias de tifus en la ciudad de México habían puesto a trabajar a los bacteriólogos de la capital una vez más, y el Congreso reavivó las luchas políticas y científicas entre los investigadores, involucrando a viejos y nuevos actores. Los efectos sanitarios de la guerra revolucionaria hicieron imperativo para los gobiernos revolucionarios la fundación de nuevas instituciones para lidiar con asuntos de salud; de ahí el Departamento de Salubridad Pública (1917), una agencia federal creada para encargarse de las regulaciones sanitarias y manejar las epidemias, y la Escuela de Salubridad (1922). Los viejos y nuevos esfuerzos de investigación en México se dieron cita en el congreso de 1921, sacando a relucir lo que había sido un largo proceso mexicano de ensayo y error, pero también los añejos celos y antagonismos.

Una vez que los debates sobre el tifus adquirieron un ritmo acelerado, entre 1928 y 1931, se regresó a las viejas reflexiones mexicanas sobre los misterios del mal. Maximiliano Ruiz Castañeda, el gran bacteriólogo mexicano del momento, recordaba en la década de 1950 que tras los experimentos realizados con formas de tifus atípicas, transmitidas por los piojos —comenzados en 1917 y realizados por Kenneth Maxcy en el Sur de Estados Unidos, M. H. Neill en Texas y Mooser en la ciudad de México— era claro que “ya en 1904 en México, se creía que las chinches podrían ser un vector del tifus, y Terrés dudaba que los piojos pudieran ser el único. En 1923, Federico Molás también destacó la correlación notable entre los casos de tifus y la abundancia de ratas en el centro mismo de la ciudad de México”. De igual forma, en 1928, en los albores de la nueva tendencia que más ade-

<sup>35</sup> Un primer congreso tuvo lugar el 1919, pero su visibilidad e importancia palidieron *vis-à-vis* el congreso de 1921, el cual fue parte tanto de las celebraciones por la conmemoración del Centenario de la Independencia de México, como de una situación política más estable, ver: *Memorias y actas del congreso nacional del tabardillo; verificado en la Ciudad de México del 14 al 21 de enero de 1919*. Ciudad de México: Imprenta Franco-Mexicana, 1919; y *Memoria y actas del segundo congreso nacional del tabardillo*.

lante establecería dos tipos de tifus y un par de vectores principales (los piojos y las pulgas de las ratas), Mooser describía el largo proceso mexicano de prueba y error (del que era en gran medida partícipe) y los nuevos descubrimientos internacionales, y lo hacía no en un texto académico sino en una carta dirigida a Hans Zinsser y redactada en inglés –misiva que también expresaba sus propios conflictos culturales con México–: “Las autoridades mexicanas en torno al tifus, si es que tal cosa pudiera realmente existir (sic), argumentaron por muchos años que el tabardillo y el tifus son enfermedades diferentes, y muchos de ellos no creen en la teoría de transmisión a través de los piojos. El doctor Maxcy, del Servicio de Salud Pública de Estados Unidos, también está convencido de que el tifus endémico de los estados del Sur no se transmite por los piojos”. En fin, opciones y teorías, de las que los mexicanos tenían una larga lista, volvían a ser reconsideradas.<sup>36</sup>

Pero también se abrieron viejas heridas. En el congreso de 1921, por ejemplo, el influyente médico José Terrés seguía negando de manera vehemente que los piojos fueran el vector principal en la transmisión de la enfermedad. Por supuesto, la negación de Terrés no era sólo materia científica, sino también personal: tenía que ver con el gran conflicto de 1910, cuando la Academia Nacional de Medicina había decidido declarar vacío el premio de marras de 50 mil pesos, negándole la gloria a Charles Nicolle, quien se creía acreedor al galardón por sus descubrimientos sobre el piojo. Así, en 1921, Lobato no sólo tenía una objeción científica, sino una defensa gremial qué hacer: negaba el papel del piojo para seguir definiendo la validez de la decisión de la Academia, su Academia. Y durante el resto de la década de 1920, Terrés siguió siendo el decano de los tifólogos mexicanos, frecuentemente en conflicto con Nicolle y los médicos jóvenes que rodeaban a Mooser y Zinsser.

Contrario a 1921, sin embargo, el año de 1931 representó un cambio paradigmático y generacional significativo en el proceso de prueba y error que rodeaba al tifus en México. Viejos bacteriólogos, incluyendo a la *bête noire* de Nicolle, José Terrés, habían nacido en la década de 1880, recibido

<sup>36</sup> Maximiliano Ruiz Castañeda, *Escritos y entrevistas*, pp.15; Carta de H. Mooser a Hans Zinsser, septiembre 18, 1928, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 88.

su entrenamiento en México y, a lo mucho, pasado breves periodos en Europa (especialmente en Alemania y Francia). La generación que lideró el momento de la rata en 1931 había nacido en los 1900 y se había capacitado en la ciudad de México, pero con largos estudios, y numerosas colaboraciones, en instituciones norteamericanas, en parte a través del apoyo tanto de investigadores estadounidenses como de la Fundación Rockefeller. En 1915, *The New York Times* reportaba hasta 30 mil casos de tifus en la ciudad de México, pero también anunciaba los esfuerzos conjuntos de la Cruz Roja internacional y la Fundación Rockefeller. En 1931, el gobierno de la ciudad había recibido fondos de los Rockefeller para establecer una administración de salud central y local (entre 1928 y 1933, se le destinaron unos 16 mil dólares). En 1933, Hans Zinsser pretendió ayudar tanto a la medicina mexicana como a sus amigos residentes en la urbe —en especial a Mooser y Ruiz Castañeda—, al emprender cabildeos con los Rockefeller (en medio de la Gran Depresión) para obtener fondos que permitieran investigar al tifus en México. De hecho, las enormes ayudas económicas que después de 1940 los Rockefeller dieron a México para hacer investigación sobre varias enfermedades y para el desarrollo de la agricultura han ensombrecido la filantropía temprana en el asunto del tifus; fue una especie de inyección de capital que puede ser evaluada más allá de la consideración común de filantropía versus imperialismo. Parece que, al contrario, fue el resultado de la formación de pequeñas redes de científicos en la ciudad de México, Nueva York y Boston: todos preocupados por las crisis sanitarias inmediatas en la capital mexicana y varias ciudades de la Unión Americana.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> Ana María Carrillo, “Los comienzos de la bacteriología en México” en *Historia de la salubridad y de la asistencia en México*, 5 vols., editado por José Álvarez Amézquita. Ciudad de México: Secretaría de Salubridad y Asistencia, 1960-; *NYT*. Diciembre 23, 1915; *The Rockefeller Foundation. Annual Report, 1931*. Nueva York: The Rockefeller Foundation, 1931, pp.339; *Rockefeller Philanthropy and Modern Biomedicine: International Initiatives from World War I to the Cold War*, editado por William H. Schneider. Bloomington: Indiana University Press, 2002; John Farley, *To Cast Out Disease: A History of the International Health Division of the Rockefeller Foundation (1913-1951.)* Oxford: Oxford University Press, 2004; Deborah Fitzgerald, “Exporting American Agriculture: The Rockefeller Foundation in Mexico, 1943-1953” y Joseph Cotter, “The Rockefeller Foundation’s Mexican Agricultural Project: A Cross-Cultural Encounter, 1943-1949”, ambos en Marcos Cueto, editor, *Missionaries of Science: the Rockefeller Foundation and Latin America*. Bloomington: Indiana University Press, 1994; Anne-Emanuelle Birn, *Marriage of Convenience: Rockefeller International Health and Revolutionary Mexico*. Rochester: University of Rochester Press, 2006; Marcos Cueto, “The Cycles of Eradication: The

Así, producto de un duradero proceso de prueba y error, desde las cenizas de la Revolución y con la ayuda de un nuevo patronazgo internacional, surgió una nueva generación de científicos nacionales. Se trataba de doctores jóvenes entrenados por el grupo prominente que alcanzó la madurez en 1910. Se enfrentaban a una ciudad, un país y un mundo muy diferentes: un México revolucionario que experimentaba una rápida industrialización, una ciudad en crecimiento que estaba por convertirse en una de las primeras y más grandes megalópolis del siglo xx, un mundo que contemplaba la aniquilación masiva. Es por ello inevitable que en 1931, los que estudiaban al tifus en la ciudad de México, ya sea mexicanos o extranjeros, fueran reclutados para confrontar a, y participar en, la trepidante transformación industrial de México y el surgimiento de la ciudad *qua* megalópolis, mientras se preocupaban, de manera simultánea, con el brote inminente de guerras y revoluciones en Europa. Contrario a la generación previa, entre los nuevos científicos mexicanos se encontraban varios que, conscientes de que su conocimiento sobre la ciudad y la enfermedad eran la llave de entrada a la comunidad científica global, se lanzaron a la escena internacional. Como resultado, aprendieron la nueva *lingua franca*, el inglés. Maximiliano Ruiz Castañeda y Gerardo Varela son los representantes más prominentes de esta tendencia. Ambos demuestran las ventajas y limitaciones de ser lo que eran: científicos en la ciudad de México.

Las carreras y visibilidad de los bacteriólogos mexicanos se encontraban, lógicamente, limitadas por su localización (la ciudad de México) y su idioma (español), pero, irónicamente, en el caso de la investigación sobre el tifus fue gracias a la urbe que se convirtieron en figuras internacionales. Eran hijos de las excelentes instituciones porfirianas, y la ciudad les regaló nuevas epidemias, ratas y, muy importante, la inmunidad biológica que los tornó indispensables para sus colegas internacionales. En septiembre de 1928,

Rockefeller Foundation and Latin American Public Health, 1918-1940” en *International Health Organizations and Movements, 1918-1939*, editado por Paul Weindling. Cambridge: Cambridge University Press, 1995; Armando Solórzano Ramos, *¿Fiebre Dorada o Fiebre Amarilla? La Fundación Rockefeller en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1997; Anne-Emanuelle Birn, “Wa(i)ves of Influence: Rockefeller Public Health in Mexico, 1920–50” en *Studies in the History and Philosophy of Biology and Biomedical Sciences*, vol. 31, 2000, pp.381–95; sobre el cabildeo de Zinsser, ver la carta de H. Zinsser a H. Mooser, octubre 27, 1933, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 88.

experimentando en Boston con ratas y la cepa mexicana de la dolencia, Zinsser contrajo el mal y, aunque sobrevivió, decidió no involucrar a más miembros de su laboratorio. Ésa fue la raíz, recuerda Zinsser en sus memorias, del regalo más grande que le hizo Hermann Mooser: su fiel colaborador Maximiliano Ruiz Castañeda.<sup>38</sup>

Pero fue también en la ciudad donde Varela y Ruiz Castañeda iniciaron su colaboración con Hermann Mooser en el Hospital Americano, y fue ahí donde, asimismo, trabajaron con ratas en la prisión de Belén y adonde tenían acceso a epidemias y suficientes pacientes con los que experimentar sin impunidad, y en algunos casos imprudentemente. A finales de 1929, por ejemplo, el médico mexicano José Zozaya, director del Instituto de Higiene, por un lado, y Mooser por el otro, inocularon a seres humanos con versiones tempranas de la vacuna. Los resultados obtenidos por Zozaya son desconocidos, pero los cuatro pacientes que Mooser inoculó estuvieron a punto de morir. “No tengo intención de volver a experimentar con seres humanos, sufrí un buen susto”, le escribió Mooser a Zinsser. Los doctores persistieron, sin embargo, en su utilización de la ciudad como laboratorio. El doctor Varela y muchos otros, por ejemplo, experimentaron –esta vez con éxito– con 23 pacientes del Hospital General, y con tres en el Hospital Nacional de Sanidad Mental, el manicomio.<sup>39</sup>

A contracorriente de los científicos de 1910, los nuevos bacteriólogos de 1931 alcanzaron el cénit de su disciplina: por un momento se creyeron parte de la comunidad científica global pero, al final, fueron devueltos a su provincialismo tanto por lo que México representaba en términos políticos, como por sus colegas extranjeros. Cooptados o distraídos por las nuevas políticas revolucionarias en la ciudad, y ninguneados por sus compañeros de la comunidad internacional, para la década de 1960 aquellos bacteriólogos mexicanos que se habían encontrado en el centro de la acción en los

<sup>38</sup> Hans Zinsser, *As I Remember Him*, p.333; entorno a los orígenes de la invitación a Ruiz Castañeda, ver las cartas: Hermann Mooser a Hans Zinsser, diciembre 6, 1929; Zinsser a Mooser, diciembre 9, 1929; Maximiliano Ruiz Castañeda a Hans Zinsser, diciembre 5, 1929; Zinsser a Ruiz Castañeda, diciembre 11 y 29, 1929, Hans Zinsser Papers, Caja, 2, Fólderes 88 y 70.

<sup>39</sup> Hermann Mooser a Hans Zinsser, diciembre 18, 1929, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 88; G. Varela, Everardo Landa, Francisco de P. Miranda, *et al*, “Estudio de suero contra tifo” en *Revista Mexicana de Biología*, vol 14, no 5, 1934, pp.171-179.

años de 1930 sonaban como heréticos desencantados de los templos del nacionalismo y de la ciencia cosmopolita.

A lo largo de 1931 y sus secuelas, la experimentación científica mexicana estuvo marcada no por la falta de científicos o por preocupaciones científicas, sino por la “grilla” establecida por el gobierno revolucionario como su *modus operandi*. Es decir: todo gran cambio en la cabeza del gobierno nacional o ciudadano traía consigo un relevo de personal en las universidades, consejos de salubridad y laboratorios. El poder en las instituciones académicas pasó a formar parte de la grilla a nivel nacional. 1931 fue un año particularmente auspicioso para la investigación sobre el tifus no sólo a causa de la epidemia, sino porque fue cuando el doctor Rafael Silva se convirtió en director del Departamento de Salubridad. Era un reconocido oftalmólogo entrenado en Europa, pero también un científico cosmopolita y un músico que alentó la colaboración internacional al invitar personalmente a Nicolle y a Zinsser a venir a México, seduciéndolos no sólo con la disponibilidad de ratas en la prisión de Belén, sino también con largas conversaciones y cenas en las que se discutía sobre música y literatura. Era, como lo describió Zinsser en sus memorias mientras era testigo del giro socialista (cardenista) en las instituciones mexicanas, un miembro de “la clase alta de México, que probablemente desaparecerá, será un caro sacrificio ofrecido al socialismo. Acomodado, cultivado y refinado, casi un músico profesional, pupilo de D’Albert, un compositor de logros considerables”.<sup>40</sup>

Los científicos mexicanos tuvieron que enfrentarse a cambios constantes en las instituciones, así como a la tentación de convertirse en parte de la familia revolucionaria. Es por ello que, en la madurez de su vida, Ruiz Castañeda recordaba sus primeros años en la ciudad como la época dorada en que trabajó en el Instituto de Higiene bajo la dirección del iluminado doctor José Zozoya (en 1928 y 1929). Cuando se nombró a un nuevo director, el único ingreso que le quedaba era el de su empleo vespertino, mal pagado, en el Hospital Americano, con Mooser. El nuevo director, recordó en la década de 1970 Ruiz Castañeda, lo acusó “de gastar los dineros de la nación en lavativas para piojos”. Y en efecto, cuando Ruiz Castañeda llega a los laboratorios de Harvard para trabajar con Zinsser, es conocido como el

<sup>40</sup> Hans Zinsser, *As I Remember Him*, p.344.

experto de la inoculación rectal de piojos. A finales de 1929, Ruiz Castañeda le escribió a Zinsser: el nuevo director “aparentemente no tiene inclinaciones científicas y se me ordenó ocuparme de algo más útil que el tifus y los piojos... Tengo la intención de dejar el país”.<sup>41</sup> La grilla, entonces, tanto como el ninguneo de los científicos extranjeros (como abajo nuestro), representó el mayor obstáculo para la prueba y error mexicanos.

#### CON USTEDES, LA RATA

Un recuento de los egos y los trabajos científicos no puede estar completo sin establecer primero el perfil de estos personajes famosos y poco deseados: las ratas de la ciudad de México.

Las ratas son para las ciudades lo que el fuego es al infierno. Su manifiesta y odiada presencia urbana ha alcanzado una tradición literaria, científica y popular. En la ciudad de México de 1915, eran tan comunes los reportes de infestaciones de ratas, salvajes e incontrolables, que el roedor devino en leyenda. En esa época, las autoridades se enfrentaban a los numerosos problemas de sanidad que plagaban a la ciudad revolucionaria: la recolección de basura, el tifus, la disposición de cadáveres, los perros y la rabia. Venustiano Carranza puso al ingeniero Alberto J. Pani a cargo de los problemas de salubridad de la urbe pero, como el gran maestro de la temprana grilla posrevolucionaria, Pani se mudó a otras posiciones de mayor influencia política (finanzas nacionales y relaciones con el extranjero) y económicamente beneficiosas (desarrollo urbano).<sup>42</sup> Cualquiera que haya sido la verdad del asunto, cuenta la leyenda que Álvaro Obregón intentó matar dos pájaros de un tiro: su programa pretendía eliminar tanto a las ratas como a la oposición católica, contra sus medidas anticlericales y en pro de los trabajadores – confiscó la iglesia de San Jerónimo y se la otorgó a organizaciones laborales radicales–. Así, ofreció recompensas monetarias por la captura de ratas vivas. La leyenda narra la ocasión en que las señoras de

<sup>41</sup> Maximiliano Ruiz Castañeda, *Escritos y Entrevistas*, p.88. Para leer más sobre las habilidades de “inoculación rectal” de M. Ruiz Castañeda ver la carta de Hermann Mooser a Hans Zinsser, diciembre 6, 1929, y la de Hans Zinsser a Hermann Mooser, marzo 3, 1930, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 88; Maximiliano Ruiz Castañeda a Hans Zinsser, diciembre 5, 1929, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 70.

<sup>42</sup> Alberto J. Pani, *La higiene en México*. Ciudad de México: Imprenta de J. Balleasca, 1915.

la Perpetua Congregación en el templo de San Jerónimo se acercaron al Palacio Nacional en señal de protesta, y Obregón ordenó la liberación de las ratas, desatando el caos entre las mujeres piadosas.

A pesar de las medidas de 1915, las ratas de la ciudad siguieron gozando de su Jerusalén libertada –la ciudad de México revolucionaria–, y se volvieron, mientras crecía la metrópolis, en un problema endémico equiparable al de cualquier gran ciudad. A inicios del siglo XIX había lugares en la urbe conocidos como “Callejón de las ratas”. Una “rata”, en el caló de la ciudad, se refería específicamente a un ladrón (referencia cercana al neologismo utilizado en las décadas de 1920, “carrancear”) o, de manera más general, a una persona repulsiva. Mientras crecía la metrópoli, las ratas protagonizaban escandalosas historias como la reportada a finales de la década de 1940 por el doctor Federico Gómez, del Hospital Infantil: un par de bebés gemelos llegaron al nosocomio con los rostros devorados por los enormes ejemplares que habitaban en los barrios bajos de la ciudad. Tan tarde como en la década de 1950, las ratas mantenían su estatus literario, por ejemplo, en las narraciones gráficas de Guadalupe Dueñas, cuyo cuento habla de un sepulturero proletario que describe una maraña de roedores y cadáveres en un cementerio de la ciudad:

Mire, es algo emocionante, sobre todo cuando llega un muertito. ¡Qué animales más inteligentes! Adivinan la hora exacta de la llegada de un cuerpo. Verá usted: inmediatamente que se cierra una fosa corre un rumor como si granizara; puede distinguirse que se atropellan en los laberintos subterráneos; como potros, se desbocan en el viaje despavorido para asistir al banquete que pregona la fetidez del aire. Vienen de todas partes, igual que la gente de las rancharías cuando sabe que algún compadre ha matado puerco. Puede oírse cómo pelean las hambrientas para defender su porción de carne manida. Crujen en ruido sordo las entrañas que desgarran sus colmillos... En los hocicos arrastran despojos de pelo, tiras de pellejo, residuos de tripas que vomitan empalagadas... Los animales pesados y lentos hacen su paseo al sol. Sus vientres hinchados, como las bolsas de lona rellenas de pesos, esperan digerir la podredumbre... Pasean por su imperio dueñas de la muerte; calvas y malignas se burlan de los hombres condenados a servir de pasto para su hambre eterna.<sup>43</sup>

<sup>43</sup> Federico Gómez S., *Escenas de hospital*, segunda serie, segunda edición. Ciudad de México: Hospital Infantil, 1955; Guadalupe Dueñas, *Las ratas y otros cuentos*, 1954.

Mientras que en el decenio de 1910 los piojos eran leyenda, en el de 1930 las ratas se transformaron en el oscuro objeto del deseo científico y fuente del ánimo anecdótico de hombres de ciencia, poetas y personas de todos los tipos. El sepulturero de Dueñas fue un regreso a las historias contadas en los treinta por Ruiz Castañeda (Macario) y Hans Zinsser (Gustavo): Macario Aguirre era guardián en Belén, y estaba familiarizado con las ratas y los prisioneros de la cárcel. En lugar de poner trampas en lugares específicos para atrapar a los roedores –como había hecho Ruiz Castañeda, sólo para percatarse de que eran robadas–, Macario decidió, en la lid de lo que hizo Obregón, pagar un peso por cada rata. El éxito de Macario capturando ratas aparentemente llevó a Mooser a contratarlo como asistente en sus empresas científicas. No había nada mejor que un verdadero *connaisseur* de la urbe para capturar a los cuadrúpedos, obtener piojos, e inocular a las personas en los barrios pobres de la ciudad, incluso si, en alguna ocasión, tuvo que esperar a que Macario saliera de prisión, ya que había “apaleado a su dulce suegra”. Al menos es lo que Mooser escribió a Ruiz Castañeda, con un toque de buena ironía mexicana. Por su parte, Zinsser narra la historia de Gustavo: su versión de la captura de las célebres ratas de la prisión de Belén en 1931. Con Zinsser, como el gran contador de historias y escritor de altos vuelos que era, no sabemos cuándo termina la licencia poética, pero su versión de la aprensión va así: Gustavo era el atrapa-ratas principal a las órdenes de Zinsser y Ruiz Castañeda. Con su característica mezcla de buena pluma y racismo, Zinsser argumenta que Gustavo tenía la apariencia de una rata y que se había inclinado por la caza de esos roedores, la profesión familiar por varias generaciones. Gustavo “entendía su psicología (de las ratas), las rutas que podrían tomar, y los lugares en dónde colocar la comida sin que pareciera sospechosa”. Para Zinsser, Gustavo era un típico “indio”, “muy grasiento”, y cuando Zinsser le preguntó a los locales si realmente podía cazar a estos animales, la respuesta fue: “¿El hijo de un pez puede nadar?”. O al menos es así como Zinsser cuenta la historia. Sea cual sea la verdad, se capturaron 18 ratas negras, infectadas. El color de los animales es importante, como se aclarará más tarde.<sup>44</sup>

<sup>44</sup> Maximiliano Ruiz Castañeda, *Escritos y entrevistas*, p.67; Hans Zinsser, *As I Remember Him*, p.332; Hermann Mooser a Maximiliano Ruiz Castañeda, noviembre 12, 1931, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 88.

Otra leyenda de las ratas de 1931 evoca el viaje que Ruiz Castañeda y Zinsser hicieron en el barco de vapor *Orizaba* de Boston a la ciudad de México, trayendo consigo ratas sanas, pero también algunas infectadas con la cepa del tifus que habían cultivado en Harvard. Se encontraban en camino para realizar el experimento que habían imaginado para el brote de tifus de ese año en la capital mexicana. La única manera de transportar la cepa, sin embargo, era en ratas vivas. El joven poeta Hart Crane, quien había conocido a Zinsser en una cena la noche anterior a que zarpara el *Orizaba*, se encontraba también a bordo. Crane estaba por arribar al país encantado que lo inspiraría a escribir el poema sobre la Conquista para el cual había recibido una beca de la Fundación Guggenheim. Pronto, Crane se encontraría en la ciudad de México, emborrachándose con un revolucionario irlandés, persiguiendo los favores sexuales de sirvientes y redescubriéndose a sí mismo, como escribió: "... desenvuelto, umbilicalmente renovado" ("...unraveled, umbilical anew").

Allí iban, tres amigos –Ruiz Castañeda, Zinsser y Crane– con personalidades disímiles, cada uno en búsqueda de un México distinto. Crane visitaba a las ratas en el camarote de los médicos, sorprendido por sus historias de piojos, pulgas y tifus. El exuberante Zinsser podía hablar con él sobre poetas ingleses, norteamericanos y alemanes, mientras que Ruiz Castañeda informaba a Crane sobre la vida cultural de la ciudad. Zinsser se sabía de memoria muchos de los poemas de Heine, y seguramente hizo la conexión del interés poético de Crane en la Conquista, con el "Vitzliputzli" (Huichilopoztli) de Heine: un largo poema sobre la Conquista en que Heine, como Crane en sus escritos, imaginó la venganza de los indígenas. Crane nunca terminó su poema, inmerso como estaba en el éxtasis místico y el tequila. Pero encontró en Ruiz Castañeda y en Zinsser la asistencia médica que demandaba su alcoholismo durante los meses que pasó buscando a su propio Vitzliputzli.

En contraste, Ruiz Castañeda simplemente regresaba a casa en pos de ratas en la prisión de Belén, y también para encontrarse no con un éxtasis exótico, sino con su prometida, una técnica dental mexicana. Zinsser, mientras perseguía a los roedores, buscaba también imágenes extrañas que nutrieran su prosa "flujo de conciencia". La amistad casi tiene un final trágico en el *Orizaba*, gracias, claro, a las ratas. Durante una escala en La Habana,

cenaron juntos y compraron Bacardi para continuar su charla. Cuando los científicos se percataron de que las ratas infectadas estaban al borde de la muerte, inyectaron a las sanas para mantener a la cepa viva, y procedieron a arrojar por la borda a los roedores moribundos. En medio de su borrachera, Crane vio a las ratas que nadaban, ya que, como lo describe Zinsser de manera vívida, “el contacto con el agua fría revivió a los animales, y podíamos ver sus cuerpos brillantes nadando contra la corriente, tratando de treparse a una de las cuerdas externas”. Atestiguando el nado de las ratas, Crane comenzó a repetir en voz alta y melodiosamente:

El doctor arrojó a las ratas en la costa de Habana.  
 El doctor lanzó ratas con tifus al agua.  
 ¡Habrà tifus en La Habana!  
 El doctor arrojó ratas al puerto.

*(The doctor has thrown rats into the harbor of Havana  
 The doctor has thrown typhus rats into the water  
 There will be typhus in Havana  
 The doctor has thrown rats into the harbor)*

Para fortuna de Zinsser y Ruiz Castañeda, al llegar a La Habana, la reputación étlica de Crane era bien conocida por la tripulación, que era ignorante de la existencia de las ratas de laboratorio. No prestaron atención a los gritos del estadounidense. La suerte quiso que Crane regresara a Boston un año después a bordo del mismo barco: se lanzó por la borda cerca de La Habana y se ahogó, justo como los roedores de los científicos. Crane, el poeta que cantara las glorias del Puente de Brooklyn, se suicidó porque, como escribió desde México a varios amigos, “se sentía atrapado como una rata en ratonera”. A casi un año del suicidio de Crane, mientras Ruiz Castañeda y su esposa viajaban de Boston a México a bordo del *Orizaba*, lanzaron flores al mar cercano a La Habana en honor al brillante y borracho poeta que se hizo amigo de Ruiz Castañeda, las ratas y Zinsser. Mientras se encontraba en la ciudad de México, Crane escribió “Havana Rose” (Rosa de La Habana), un poema en prosa en el que Zinsser, las ratas y La Habana se fusionan en imágenes en que los animales y los colores son empleados como alusión al tifus y la muerte: “Los poetas pueden no ser doctores, pero

los doctores son poetas de las rosas cuando las rosas saltan como ratas; y también cuando las ratas hacen boquillas de rosa, una muerte rosada alrededor de los dientes”. Claro, la licencia poética reinaba en las alusiones de Crane a la enfermedad, los científicos y su propio sentido de la tragedia. No menos poética, sin embargo, resultaba la licencia de Zinsser al describir la anécdota y la historia entera del padecimiento en *Ratas, piojos e historia* (1935), una narración casi épica sobre el tifus y los seres humanos, llena de circunloquios históricos, literarios y poéticos.<sup>45</sup>

Las muchas anécdotas que involucran a las ratas y que se escribieron alrededor de 1931 se combinaron con el perfil científico del roedor y su relación con la ciudad y sus enfermedades. Cierto: las ratas habían formado parte de la ciudad de México desde mucho antes que 1931. Más aún, las ratas, las enfermedades y las ciudades tienen una larga historia compartida. Las leyendas de las plagas y los barrios bajos llegan rápido a la mente. Los sueños bucólicos de espacios abiertos, aire fresco, lugares libres de ratas y gente ajena a las dolencias son ya parte del odio romántico y modernista en contra de los centros urbanos. Pero desde principios del siglo xx, y en particular entre la primera y la segunda Guerra Mundial, el tifus trajo consigo una redefinición científica de este vínculo bien establecido entre las ratas, las ciudades, los parias sociales y las enfermedades. Por ende, los pobres de la ciudad, las ratas, los judíos y los gitanos se volvieron la misma cosa, e inseparable del tifus, no sólo en su concepción lírica, sino en su *vis* científica. Las ratas, con sus pulgas y piojos, con sus mordidas potencialmente cargadas de rabia y su sobrecogedora predominancia en los guetos sucios y sobrepoblados, se volvieron inseparables de la noción de que existían portadores “naturales” de enfermedades; a decir, los sucios, los incivilizados, los pobres, la gente con características animales. En la Alemania nazi, esta asociación constituyó una industria en la ciencia, la literatura

<sup>45</sup> Hans Zinsser, *As I Remember Him*, p.8; Maximiliano Ruiz Castañeda, *Escritos y entrevistas*; Hart Crane, *The letters of Hart Crane, 1916-1932*, editado por B. Weber. Berkeley: California University Press, 1965; Paul Mariani, *The Broken Tower. The Life of Hart Crane*. Nueva York: Norton, 1999; George Hendrick, “Hart Crane Aboard the Ship of Fools: Some Speculations” en *Twentieth Century Literature*, vol. 9, no. 1, agosto 1963, pp.3-10. “Ship of Fools” se refiere a la novela de K. A. Porter. Porter fue el mejor amigo de Crane en la ciudad de México, hasta que Porter se separó de él tras un escándalo que tenía que ver con el alcohol, la servidumbre, peleas y sexo.

y la propaganda. Los judíos, los piojos y las ratas cayeron en la misma categoría. Durante la Segunda Guerra Mundial, el tifus se convirtió en un instrumento de lucha contra la Rusia bolchevique o contra los judíos. Era ya, ciertamente, como lo argumenta M.A. Balinska, una enfermedad ideologizada. Así, por mucho tiempo, suciedad, pelados, léperos, ratas y tifus de la ciudad de México fueron un solo concepto. Allí, en 1931, las ratas se volvieron importantes porque la intersección entre estos roedores y los centros urbanos reencarnó científicamente en esta creencia bien establecida.<sup>46</sup>

Pero las ratas también adquirieron importancia en 1931 gracias a una combinación aleatoria de factores ecológicos, epidemiológicos y sociales que llevó a los científicos a enfocarse de nuevo en la investigación del tifus. Esto tuvo que ver con tendencias de corta y larga duración. La de larga duración estuvo constituida por una guerra civil interna entre las ratas: luchaban las llamadas negras, o alejandrinas, contra las cafés. Este conflicto fue bien conocido en muchas partes del mundo: la rata café (*Rattus norvegicus*) terminó imponiéndose sobre la negra (*Rattus rattus*). Tal victoria asistió a la reducción del tifus, debido a los hábitos de anidación de la rata café. Por supuesto que bacteriólogos internacionales como Nicolle y Zinsser inicialmente prestaron poca atención a estas particularidades de la ciudad de México, ya que no tenían conocimiento de las diferentes especies locales y de sus hábitos específicos en el terreno urbano, en especial durante y después de 1915. Pero para los científicos locales como Maximiliano Ruiz Castañeda, algunas de las pistas para comprender la nueva ciencia del tifus en 1931 fueron las peculiaridades de las ratas y su interacción con la ciudad. Era sabido que tanto las ratas cafés como las negras eran portadoras potenciales de enfermedades humanas a través de las pulgas y los piojos, y como resultado de su constante proximidad a las personas. Pero Ruiz Castañeda

<sup>46</sup> Paul Weindling, *Epidemics and Genocide in Eastern Europe, 1890-1945*. Oxford, Nueva York: Oxford University Press, 2000; Robert Sullivan, *Rats: Observations on the History and Habitat of the City's Most Unwanted Inhabitants*. Nueva York: Bloomsbury, distribuido al gremio por Holtzbrinck Publishers, 2004; Robert Hendrickson, *More Cunning than Man. A Social History of Rats and Men*. Nueva York: Stein and Day, 1983; Carlos Macías, *La destrucción de las ratas*. Ciudad de México: Secretaría de Fomento, Dirección General de Agricultura, 1912; Marta-Aleksandra Balinska, "Le typhus: Une maladie idéologisée" en *La Revue du Praticien*, vol. 55, no. 14, 2005, pp.1619-1621.

detectó una relación más específica entre la ecología de la ciudad de México, sus condiciones revolucionarias y la guerra civil entre los roedores.

Las ratas cafés suelen construir sus nidos en el subsuelo. En la ciudad de México esto se traducía en que permanecían en lugares húmedos demasiado calientes en el verano, helados en el invierno y perpetuamente sucios. Por eso, no solían portar tantas pulgas, y como resultado eran menos propensas a convertirse en vectores para la transmisión del tifus. Por el contrario, la rata negra, proveniente del Viejo Mundo, construía sus nidos, a nivel de suelo, en ambientes frescos y menos sucios: así, en la ecología específica de la ciudad de México, esta rata se convirtió en el portador ideal de pulgas. La conexión de la rata negra con los humanos explicaba de esta manera el carácter endémico del tifus en la ciudad. En 1931, en las afueras de la cárcel de Belén, no se encontraron ratas negras –particularmente, no había especímenes con el cerebro infectado, donde el agente del tifus solía localizarse– excepto en una rata encontrada por el doctor Gerardo Varela en el Pabellón de Infecciones del Hospital General. Este hecho sugirió a Ruiz Castañeda que la prisión de Belén podría ser el último refugio de la rata negra en su larga lucha contra la café.

El centro correccional había sido fundado a mediados del siglo XIX en un viejo convento y escuela, y seguía siendo una prisión federal, incluso después de la inauguración, en 1900, de una cárcel moderna y panóptica en la ciudad de México. Siguió siendo prisión hasta 1933, cuando finalmente fue destruida. En 1931, como argumento más tarde, la relación específica entre las ratas y la ciudad llevó a Castañeda y otros científicos a arribar a una controvertida conclusión, de corte social y ambiental, acerca de Belén. Creyeron tener la suficiente evidencia como para concluir que la epidemia de tifus de 1931 se relacionaba a la supervivencia de la rata negra y sus hábitos específicos de anidación.<sup>47</sup>

Finalmente, la naturaleza de las ratas de la ciudad de México también se transformó en una cuestión de edades. Los científicos mexicanos esta-

<sup>47</sup> Gustavo Malo, *Historia de las cárceles en México. Etapa precolonial hasta el México moderno*. Ciudad de México: INACIPE, 1979; Miguel S. Macedo, “Los Establecimientos Penales en México” en *Criminalia*, vol. 20, 1954, pp.417-425; Guillermo Mellado, “Belén por dentro y por fuera,” *Criminalia*, vol. 25, agosto, 1959.

ban preocupados en definir si el ratón mexicano (*Microtus mexicanis*), cuya existencia precolombina había sido ya establecida arqueológicamente, era portador del tifus. De ser así, eso probaría la creencia mexicana de la pre-existencia de una especie de tifus en el territorio antes de la llegada de la variedad europea. En 1934, Gerardo Varela lo estableció con claridad: “*microtus mexicanis*... parece causar una enfermedad no aparente manteniéndose en el cerebro como hemos comprobado. Estos roedores están más adaptados al tifus murino, siendo en ellos más antigua la infección.” Las ratas mexicanas probaron, entonces, a Varela y a otros, lo que, desde los escritos del cronista del siglo xv, Bernal Díaz del Castillo, hasta los del científico del xix, Nicolás León, se había sospechado: que el mal existía en México antes de la llegada de los europeos. Los roedores mexicanos habían infectado a las ratas negras europeas, y así esparcieron el tifus mexicano, endémico, a lo largo del mundo. Lo que quiero resaltar es que estas infusiones de conocimiento local sobre las ratas se tradujeron en importantes conclusiones bacteriológicas.<sup>48</sup>

#### APARECEN LA CIUDAD, EL LABORATORIO Y LA CIVILIZACIÓN

El instante preciso en que se desdobló la labor científica, en aquel momento de la rata en 1931, puede explicarse como el resultado de los encuentros felices o destructivos entre la ciencia, la ciudad y sus habitantes. Más allá de las minucias de los muchos textos y experimentos, parecen emerger tres acercamientos diferentes. Primero, el antes mencionado y que, además de las modas científicas globales, tomó en consideración la peculiar ecología social y biológica de la ciudad de México (Gerardo Varela, Maximiliano Ruiz Castañeda y el último Hans Zinsser); segundo, un enfoque más encaminado a la investigación realizada en laboratorios, representada básicamente en esta historia por Hermann Mooser y Hélène Sparrow; y, finalmente, una perspectiva más centrada en la idea de civilización, una aproximación moral a la enfermedad (Charles Nicolle). Estos acercamientos se mezclaron, chocaron y colaboraron en diferentes ocasiones y de mo-

<sup>48</sup> Gerardo Varela, “Transmisión del tifo exantemático al *sigmodon hispidus* y al *microtus mexicanus*” en *Medicina*, vol. 17, marzo 1934.

dos variopintos. No se trataba de meras diferencias científicas: eran también asuntos culturales y luchas de egos.

La epidemia de tifus de la ciudad de México en 1931 ofreció una oportunidad única para probar muchas de las ideas que habían sido presentadas por dos bacteriólogos del Servicio de Salud Pública de Estados Unidos –M.H. Neill y Kenneth Maxcy–, al igual que una serie de nuevos descubrimientos producidos por Hermann Mooser en la ciudad de México entre 1928 y 1929. En diferentes estudios de enfermedades similares al tifus en el Suroeste de Estados Unidos, Neill y Maxcy propusieron nuevas ideas sobre, en primer lugar, la identidad de las fiebres –las identificadas por Brill– en aquella región respecto al tifus del tipo mexicano, y, en segundo, la posibilidad de que el tifus pudiese sobrevivir en la naturaleza en roedores capaces de transmitir el padecimiento a los humanos a través de las pulgas. En 1924, Zinsser había aislado casos de la fiebre de Brill, cepa de tifus que demostró ser de la variedad ocasionada por el piojo. Zinsser creyó que los casos de Brill en la ciudad de Nueva York eran una recrudescencia de infecciones adquiridas años antes por los inmigrantes europeos. Por ende, este modo silencioso de la enfermedad sirvió para mantener una continuidad al hacer más pequeños los huecos en la cadena de propagación humano-piojo-humano.

La clave de estos descubrimientos fue hallada en los experimentos con conejillos de indias: la cepa mexicana producía una hinchazón en el escroto de estos animales, la cual no era producida –por lo menos antes de 1932– por otras cepas de la enfermedad.<sup>49</sup> En 1928, en la ciudad de México, Mooser produjo una plétora de experimentos y textos en español, inglés y alemán: todos se centraban en la hinchazón del escroto de los conejillos de

<sup>49</sup> M. H. Neill, “Experimental Typhus Fever in Guinea Pigs. A description of Scrotal Lesion in Guinea Pigs Infected with Mexican Typhus” en *Public Health Report*, 32 (1917), pp.1105-1108; Kenneth F. Maxcy, “Clinical Observations on Endemic Typhus (Brill’s Disease) in the Southern United States” en *Public Health Report*, 41, 1926, pp.1213-1220; “An Epidemiological Study of Endemic Typhus (Brill’s Disease) in the Southeastern United States, with Special Reference to its Mode of Transmission” en *Public Health Report*, vol. 41, 1926, pp.2967-2995; Kenneth F. Maxcy y Charles Sinclair, “Mild Typhus (Brill’s Diseases) in the Lower Rio Grande Valley” en *Public Health Report*, 40, 1925, pp.241-252; “Typhus Fever in the United States” en *Public Health Report*, vol. 44, 1929, pp.1735-1742.

indias. Se trataba de un intento por identificar si el tifus mexicano era una forma peculiar de tifus endémico, hallada sólo en la naturaleza en las pulgas de las ratas. Esta fue la posibilidad que Zinsser le mencionó a Nicolle cuando lo felicitó por el Premio Nobel que ganó en 1928. Entre 1928 y 1929, Mooser publicó cuatro ensayos individuales y tres en colaboración (con Varela, Ruiz Castañeda y Sparrow); y tanto él como sus colaboradores fueron el centro de la revolución en la investigación del tifus en 1931.

Basado en observaciones detalladas hechas en el laboratorio, Mooser pasó poco a poco de meras suposiciones en torno a la identidad del tifus mexicano y la enfermedad de Brill en Estados Unidos, a una propuesta más radical, en la cual el tifus mexicano era una enfermedad única, completamente diferente a la del tifus europeo. Al hacer eso, se opuso a Nicolle y a muchos otros. Con base en los hallazgos de Nicolle, Wolbach, prominente bacteriólogo polaco, sostuvo que los tifus europeo y mexicano eran idénticos. Mooser, por su parte, dudó: había comprobado meticulosamente la existencia de la hinchazón en el escroto de los conejillos de indias infectados con el tipo mexicano. Sin embargo, a comienzos de 1928 en la *Gaceta Médico de México* aún sostenía: “Pero que quede claro, esta interferencia de ninguna manera indica que estemos lidiando con dos tipos de enfermedades diferentes.” Hacía el verano de 1928, realizó varios experimentos y confirmó que, efectivamente, existía una variedad de tifus americano (*Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*). En septiembre había identificado al peculiar “diplobacilo” intercelular en la “túnica vaginal de los conejillos de indias que reaccionan al virus del tifus mexicano (tabardillo). Un gran cúmulo de evidencia sostiene que este diplobacilo es el agente causante del tifus” (*The Journal of Infectious Diseases*). Y alrededor de 1929 repitió sus experimentos y enfáticamente afirmó la existencia de un tipo único mexicano (murino o endémico) de tifus, el cual pasa de las ratas a los humanos a través de las pulgas, y que puede adquirir entonces las características del tifus europeo (histórico) mismo que se transmite de humano a humano por el piojo, pero jamás regresa a su forma murina (*Sonderabdruck aus der Schweizerischen Medizinischen Wochenschrift*). Gerardo Varela y Ruiz Castañeda colaboraron con Mooser en estos experimentos de laboratorio, y al final todos llegaron a una hipótesis similar basada en prácticas similares, en la cual postulaban dos tifus diferentes, basados

en una perspectiva ecológica centrada en la ciudad de México sobre los orígenes del tifus en las ratas de aquella urbe.<sup>50</sup>

Varela y Mooser también dieron a conocer sus puntos de vista: “Entonces, ésta es la situación que tenemos en México: de ratas, de casos endémicos de tifus y de casos durante breves epidemias, sólo cepas murinas fueron aisladas; mientras que a partir de una seria y larga epidemia, las cepas que se obtuvieron corresponden a aquellas del tifus histórico del Viejo Mundo. Pero no todas las cepas de nuestra epidemia concuerdan en todo sentido con la cepa del tifus del Viejo Mundo de Nicolle... fue en México, desde luego, que el trabajo de Nicolle y de sus colaboradores sobre la infección de los conejillos de indias con tifus fue primero confirmada, y no es concebible que sus evidentes reacciones escrotales (características de todas las cepas murinas) hayan escapado a las observaciones de tantísimos investigadores.” Esta última parte, sobre la posibilidad ínfima de que Ricketts, y los científicos de 1910 no notaran la hinchazón, era una conclusión importante para los investigadores mexicanos, como se verá más adelante.

El descubrimiento de un tipo murino encaró una primera reacción de oposición de científicos tan importantes como Nicolle. El propio Mooser,

<sup>50</sup> T. E. Woodward, “Epidemiologic classics of Carter, Maxcy, Trudeau, and Smith” en *Journal of Infectious Diseases*, vol. 165, no 2, febrero 1992, pp.235-44; Hermann Mooser, “Contribución al estudio de la etiología del tifo mexicano” en *Gaceta Médica de México*, vol 59, no 4, 1928, pp.261-270; “Ein Beitrag zur Ätiologie des Mexicanischen Fleckfiebers” en *Archiv für Schiffs-und Tropic-Hygiene*, vol. 31, pp.261-268; “Experiments Relating to the Pathology and the Etiology of Mexican Typhus (Tabardillo). 1. Clinical Course and Pathologic Anatomy of Tabardillo in Guinea-Pigs” en *Journal of Infectious Diseases*, vol. 43, 1928, pp.241-250; “Experiments Relating to the Pathology and the Etiology of Mexican Typhus (Tabardillo). 2. Diplobacillus from Proliferated Tunica vaginalis of Guinea-Pigs Reacting to Mexican Typhus” en *Journal of Infectious Diseases*, vol. 43, 1928, pp.261-269; H. Mooser, Gerardo Varela y Hans Pilz, “Experiments on the Conversion of Typhus Strain” en *Journal of Experimental Medicine*, vol. 59, 1934, pp.137-57, 153-154; “American Variety of Typhus” en *Transactions of the Royal Society of Tropical Medicine and Hygiene*, vol. 22, no. 2, agosto 1928; “Über das Gewebsvirus beim Mexikanischen Fleckfieber” en *Sonderabdruck aus der Schweizerischen Medizinischen Wochenschrift*, vol. 59, no 23, 1929, 599-609; H. Mooser y Clyde Summer, “On the Relation of the Organism in the Tunica Vaginalis of Animals Inoculated with Mexican Typhus to Rickettsia Prowazeki and the Causative Agent of the Disease” en *The Journal of Experimental Medicine*, vol. 51, no. 2, febrero 1930, pp.189-199; 1930. Para ver la bibliografía completa del trabajo de Mooser (hasta 1959), acudir a *Pathologia et Microbiologia*, vol. 24, suplemento 1, 1961, edición especial dedicada a Mooser; S. Burt Wolbach y John L. Tood, “Note sur l'étiologie et l'anatomie pathologique du typhus exanthématique au Mexique” en *Archives de l'Institut Pasteur*, vol. 34, 1920, pp.153-158; Gerardo Varela, “Transmisión del tifo exantemático”.

en vista de su constante trabajo en el laboratorio, más adelante cambió de parecer, y llegó a insistir en la identidad entre las cepas mexicana y europea del tifus. Para 1932, luego de que Nicolle, Zinsser, Mooser, Ruiz Castañeda, Varela y Sparrow trabajaran juntos en México, Nicolle le escribió a Zinsser: “Por el momento me parece imposible que tus afirmaciones hagan justicia a la verdadera importancia de la rickettsia de Mooser... Las ratas no están lo suficientemente enfermas porque las pulgas las abandonaron y se fueron a morder a los hombres. Lo que es cierto es que la cepa del tifus mexicano (murino) existe en Europa”.<sup>51</sup>

Como señalé anteriormente, Ruiz Castañeda se fue a Boston, y estaba trabajando en los llamados cuerpos de Mooser. En la segunda mitad de 1930, justo antes de viajar a México, Zinsser y Ruiz Castañeda produjeron una serie de artículos que se convertirían en los fundamentos del experimento más importante de la ciudad de México en 1931. Estos documentos, al igual que los de Mooser y Varela, eran los elementos más importantes de la nueva investigación internacional del tifus. Zinsser y Ruiz Castañeda siguieron básicamente la pista de Mooser, y poco a poco llegaron a la hipótesis de un tifus mexicano y a determinar el papel que desempeñan las ratas y las pulgas en su transmisión. Pero, a diferencia de Mooser, quien en 1929 no tuvo problemas para atacar la hipótesis de Nicolle, Zinsser fue muy cuidadoso al manifestar sus dudas, procurando no molestar al Nobel francés. En 1930, Nicolle no sostenía la noción de las ratas y una forma endémica de la enfermedad: “Tal vez sea probable que en el curso de su atenuación progresiva, de su obliteración, las enfermedades infecciosas hayan pasado, pasan y pasarán, aunque en formas no aparentes... la primera y la última etapa en la vida de los padecimientos... enfermedades no aparentes es la represa insospechada de muchos males”. Para Nicolle, el centro de esta enfermedad era el piojo (su descubrimiento y la razón de su premio Nobel), lo cual también le dio armas para su conclusión “civilizacional” sobre la enfermedad. “La higiene occidental ha exiliado al piojo”, argumentaba en la década de 1920, y como resultado el tifus ha desaparecido de Europa; esto es, la amenaza de las “tendencias no civilizadas de naciones civiliza-

<sup>51</sup> Carta de Charles Nicolle a Hans Zinsser, marzo 23 y marzo 29 1932, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólder 90.

das” ya no existía en dicho continente, o por lo menos eso creía él. Ya que, mencionó, “el tifus se nos presenta como una plaga y como una lección moral. Nos recuerda que el hombre emergió hace poco de la barbarie”. En ese momento Nicolle era más que una “rata” de laboratorio; era un hombre de letras, una celebridad internacional que no daba la bienvenida a quien pusiera en duda sus hallazgos a través de minucias de laboratorio –para él simples obstáculos locales ante su espectacular misión civilizadora–.

Así, las ideas de Nicolle sobre México y el tifus reflejaban su trayectoria personal de científico y filósofo honorario de la civilización –para él, el rol de la medicina era tanto colonizar como civilizar–, y su papel de creyente de la razón que al final encontró refugio en la fe católica. En la ciudad de México en 1931, Nicolle aún estaba convencido de que la civilización humana no era más que naturaleza. Gracias al progreso, propulsado por la razón, la civilización había roto su equilibrio orgánico con el mundo natural. Tal vez entendía sus viajes, descubrimientos y fama como cosas de un genio destinado a restaurar el eslabón entre la civilización y la naturaleza. Sin embargo, para Nicolle los genios también eran algo natural, y no se encontraban entre las mujeres y ciertas razas, específicamente las mezcladas –las cuales producían, según su postulado, “esterilidad cerebral”–. En la ciudad de México en 1931, Nicolle debió haber creído que México y la investigación del tifus eran desviaciones aguardando al papel civilizador de Francia y a su propio genio. A mediados de los 1930, tras decepciones profesionales y personales, se desencantó del poder de la razón y buscó la fe. Aunque por razones diferentes, murió, al igual que su colega mexicano Ruiz Castañeda, desencantado con la ciencia y con las políticas de su gobierno. Falleció en 1936 como un católico devoto en su amadísimo Instituto Pasteur de Túnez.<sup>52</sup>

<sup>52</sup> Sumario de los hallazgos Rodolfo Sánchez Casco, “Tifo exantemático experimental en el hombre. Vacunación preventiva contra el tifo”, tesis, UNAM, 1932. El resultado de la colaboración entre Zinsser y Ruiz Castañeda se dividió así: Hans Zinsser y M. Ruiz Castañeda, “Studies on Typhus Fever II —Studies on the Etiology of Mexican Typhus Fever” en *The Journal of Experimental Medicine*, vol. 52, no. 5, noviembre 1, 1930, pp.649-660; Hans Zinsser y Albert Batchelder, “Studies on Mexican Typhus Fever I” en *Journal of Experimental Medicine*, vol. 51, no. 6, junio 1, 1930, pp.847-858; Hans Zinsser y M. Ruiz Castañeda, “Studies on Typhus Fever III-Studies of Lice and Bedbugs (*Cimex lectularias*) with Mexican Typhus Fever Virus” en *The Journal of Experimental Medicine*, vol. 52, no. 5, noviembre 18, 1930, pp.661-668; Hans Zinsser y M. Ruiz Castañeda, “Studies on Typhus

Dentro de este contexto antagónico, Zinsser y Ruiz Castañeda planearon sus experimentos durante la epidemia de tifus de la ciudad de México de 1931. Zinsser escribió a Mooser para decirle que tenían una idea para un experimento en la ciudad de México:

Nosotros [Zinsser y Ruiz Castañeda] quisiéramos incluir tu colaboración, no sólo porque valoramos tu ayuda y consejo, sino porque si esto sale bien queremos que quedes asociado a nosotros como una pequeño reconocimiento de tu generosa y constante actitud hacia quienes han trabajado en esta enfermedad... En el aire sigue la sospecha de que el tifus en la naturaleza aún vive –tal vez tú también lo has sospechado– ya sea en un roedor como la rata o el conejo o, tal vez, incluso en las garrapatas; que es transmitido de una reserva tan poco aparente a las chinches o garrapatas y de allí al hombre; y luego continuado en el hombre por el piojo. Por lo mismo necesitamos ir a México, donde el tifus ha sido tanto endémico como epidémico, para lograr atrapar ratas en la prisión de Belén e inyectar su cerebro licuado a los conejillos de indias.

En su biografía póstuma, Zinsser explicó sus acciones: “Nuestro trabajo en México consistió en trazar los focos de tifus en la ciudad, seleccionar casas en las que existían casos, y luego ponernos a cazar tantas ratas como nos fuera posible, también recolectar chinches locales, y cuando las ratas

Fever IV —Active Immunization against Typhus Fever with Formalized Virus” en *The Journal of Experimental Medicine*, vol. 53, no. 3, marzo 1, 1931; Hans Zinsser y M. Ruiz Castañeda, “Further experiments in Typhus Fever IV-Infections with Washed Mexican Rickettsiae and Immunity to European Typhus” en *Journal of Experimental Medicine*, vol. 53, no. 6, diciembre 1 1931, pp.865-872; también en 1934 Hans Zinsser y M. Ruiz Castañeda, “Active and Passive Immunization in Typhus Fever” en *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, vol. 20, no. 1, enero 15, 1934, pp.9-11. Ruiz Castañeda publicó por sí mismo: M. Ruiz Castañeda, “A New Strain for Rickettsia Bodies” en *Journal of Infectious Diseases*, vol. 47, noviembre 1930; M. Ruiz Castañeda, “A Study of the Relationship of the Scrotal Swelling and Rickettsia Bodies to Mexican Typhus Fever” en *Journal of Experimental Medicine*, vol. 52 no. 2, agosto 1, 1930; M. Ruiz Castañeda, “Estudio comparativo de la rickettsia prowaseki y de los cuerpos de Mooser” en *Medicina*, vol. 12, no. 183, noviembre 10, 1939; M. Ruiz Castañeda, “Recent Advances in Research on Typhus in Mexico” en *Proceeding of the Institute of Medicine, Chicago*, vol. 13, no. 7, octubre 15, 1940, pp.170-175; Charles Nicolle, *Naissance, vie et mort des maladies infectieuses*. p.19, citado en Kim Pelis. *Charles Nicolle: Pasteur’s Imperial Missionary*, pp.191-193; Maurice Huet, *Le pommier et l’olivier: Charles Nicolle: une biographie (1866-1936)*. Montpellier: Sauramps médical, 1995. Compara sus puntos de vista en: *Naissance, vie et mort des maladies infectieuses*. París: Alcan, 1930; en *Biologie de l’invention*. París: Alcan, 1932; en *La nature; conception et morale biologiques*. París: F. Alcan, 1934; y, finalmente, en su último libro: *La destinée humaine*. París: Presses Universitaires de France, 1941.

eran atrapadas las revisábamos cuidadosamente para buscar piojos y pulgas. El cerebro de la rata (donde encontraríamos el virus del tifus si el animal estaba infectado) era inyectado a los conejillos de indias; al igual que los cuerpos perfectamente molidos de chinches, pulgas y anexas”.<sup>53</sup>

Para el segundo semestre de 1931, la epidemia de tifus que había comenzado en la prisión de Belén se había esparcido por la ciudad. El mapa de la epidemia, elaborado por Varela, muestra la alta frecuencia de la enfermedad en el centro de la metrópoli, cerca de la prisión de Belén, y algunos otros sectores del resto de la urbe que, con certeza, seguían patrones de clase social, el paso de las ratas por el sistema de alcantarillas o cierto grado de azar. Como sugirió Ruiz Castañeda, la Revolución había cambiado la ecología social y biológica de la ciudad: durante los años revolucionarios la metrópoli se convirtió en una importante importadora-exportadora de enfermedades. Pero no sólo fue eso: para 1931, la capital había experimentado una fiebre de la construcción, se expandió horizontal y verticalmente, y eso tal vez produjo cambios en su sistema de alcantarillado, canales subterráneos y dentro de la población global de roedores. Ruiz Castañeda, Varela y Mooser se percataron de que la ciudad que habían elegido como sujeto de investigación era muy diferente a la urbe en la que trabajaron Ricketts y los científicos de 1910. En 1934, Zinsser, sorprendido, le escribió a Nicolle: “Tal vez viste un extenso artículo de Mooser y Varela en torno a la relación entre el tifus mexicano y el tifus clásico en el que una vez más regresan a la noción de que las dos variedades de la enfermedad son ocasionadas por un solo virus.” Y añadió con tacto profesional: “Por ahora, no comparto la misma opinión de Mooser. Creo, al igual que tú, que los dos virus derivan del mismo origen y que fácilmente uno cambia hacia la dirección del otro.” De hecho, lo que sucedía después de los descubrimientos realizados en la ciudad de México en 1931 era que, mientras que algunos como Wolbach creían en una variación temporal entre las cepas de tifus, Zinsser, Ruiz Castañeda y Varela (por lo menos hasta 1934) sostenían una diferencia estruc-

<sup>53</sup> Cartas de Charles Nicolle a Hans Zinsser, marzo 23, 1932; marzo 29, 1932, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólde 90; Hermann Mooser a Hans Zinsser, febrero 7, 1932, Hans Zinsser a Hermann Mooser, enero 28, 1931, Hans Zinsser Papers, Caja 2, Fólde 88. Hans Zinsser, *As I Remember Him*. p.339.

tural entre las variedades murinas y europeas. Después de 1931, Zinsser procuró el apoyo de Nicolle y, más adelante, reclutó al famoso científico francés al campo de las dos cepas.

En 1933 Mooser y Sparrow probaron de modo definitivo el contagio rata a rata en la naturaleza, y este significativo experimento de laboratorio ayudó a convencer a Nicolle; también tuvo que ver que Sparrow, colaboradora y amante de Nicolle, estuvo involucrada. Pero el experimentar de Mooser continuó, y a finales de 1934 había demostrado que con el tiempo ambos tipos producían reacciones escrotales en conejillos de indias inoculados. Nicolle rechazó las nuevas conclusiones de Mooser, precisamente porque éste había llegado a ellas en un laboratorio: era una solución forzada artificialmente por conejillos de indias que no eran portadores normales en la naturaleza. Zinsser estuvo de acuerdo: ambas formas sólo podían ser inducidas para imitar la una a la otra bajo condiciones experimentales, y únicamente de manera temporal.<sup>54</sup>

Alrededor de 1935, todos los científicos mexicanos creían en dos tifus distintivos; Varela y Ruiz Castañeda habían sido vitales en los descubrimientos que condujeron a tal conclusión. Esto fue, de todas formas, un difícil consenso entre los investigadores mexicanos, cansados de ver a México caracterizado por extranjeros a través de atávicos atributos civilizacionales y/o biológicos. Antes de los experimentos de 1928 de Mooser, en el Congreso del Tifus de 1921, el prominente doctor Ocaranza rechazó la insinuación de un joven doctor mexicano que consideraba la ecología única mexicana de la enfermedad. Han habido indicios, dijo, “de que el tabardillo mexicano no es el tifus que existe en otros países”, y añadió lacónica e irónicamente: “no estoy seguro de si el significado atribuido a este argumento es específico o racial”.<sup>55</sup> Ocaranza quiso prevenir a los doctores contra la catalogación convencional de los mexicanos. El éxito de la generación

<sup>54</sup> Cartas de H. Zinsser a Ch. Nicolle, febrero 5, 1934, Hans Zinsser Papers, Caja. 2, Fólder 90; H. Mooser y H. Sparrow, “Immunisations croisées entre un virus du typhus historique (souche tunisienne) et des virus du typhus d’origine mexicaine (souche murine et souche humaine)” en *Archives de l’Institut Pasteur du Tunis*, primera parte, vol. 22, no. 1, julio 1933, pp.1-8. Ver en el mismo volumen: H. Sparrow, “Transmission du typhus Murine du Mexique par les puces de rat à rat”, pp.10-12; ver también Kim Pelis, *Charles Nicolle: Pasteur’s Imperial Missionary*, pp.202-210.

<sup>55</sup> Fernando Ocaranza, “Papel que desempeña el piojo en la transmisión del tifo exántemático” en *Memoria y actas del segundo congreso nacional del tabardillo*, p.79

de 1931 de los bacteriólogos mexicanos yace precisamente en hallar el carácter único del tifus mexicano, no en el perfil racial o de civilización de los mexicanos, sino en las condiciones ecológicas y ambientales de la ciudad y sus ratas.

En 1935, Hans Zinsser publicó en *The Atlantic Monthly* la primera entrega de su biografía del tifus, *Ratas, piojos e historia*. Aunque para entonces muchos descubrimientos nuevos tanto en la profilaxis como en las vacunas estaban aún por llegar, Zinsser vio en el momento de la rata de la ciudad de México de 1931 la pieza final del rompecabezas del ciclo epidemiológico del tifus que, por tanto tiempo, había fascinado a los científicos al tiempo en que devastaba ciudades y campos de guerra. Finalmente, se acordó de la existencia del tifus murino y del epidémico, y de que ambos estaban interrelacionados en el círculo epidemiológico. Las preocupaciones ecológicas sostenidas por Zinsser, Ruiz Castañeda y Gerardo Varela demostraron su utilidad. El ciclo era claro, como Zinsser explicó en 1935: “Las ratas domésticas son portadoras de la enfermedad. En ellas se perpetúa por la transmisión de rata a rata a través de las pulgas de rata y los piojos de rata. Las pulgas de rata se alimentarán de los humanos en cuanto sientan la necesidad de buscar un nuevo anfitrión... De la mordida de las pulgas infectadas los humanos contraen el tifus. Esto explica lo esporádico de los casos endémicos. Si la víctima es piojosa, un grupo puede contraer la infección. Si vive en una comunidad infectada por piojos, la consecuencia es una epidemia.”<sup>56</sup>

Para los científicos mexicanos, de todas formas, el ciclo dio como resultado otras conclusiones. Como Ruiz Castañeda lo dijo en el cincuenta aniversario de la muerte de Ricketts: desde luego que las observaciones de Mooser en torno a la infección escrotal en los conejillos de indias comprobaron que el tifus mexicano era único y por tanto “nosotros”, como Ruiz Castañeda lo conjugó en una confusa tercera persona del plural (que pudo significar el propio Ruiz o el Laboratorio de Tifus del Hospital General fundado en 1936), “aislamos de forma simultánea ambas cepas de la infección y fuimos testigos de la desaparición gradual del tifus murino al punto de ser erradicado en la ciudad de México”. Sin embargo, para Ruiz Castañeda debió haber sido imposible en 1910 pasar por alto el tifus murino, puesto que era muy

<sup>56</sup> Hans Zinsser, *Rats, Lice and History*, p.166

difícil obviar la infección escrotal de los conejillos de indias. Por ende, razonó: “No sería arriesgado, por tanto, suponer que el tifus murino era algo extraño, y que sólo cobró importancia años después, coincidiendo con los grandes levantamientos de la Revolución.”<sup>57</sup> Esto es: aunque existía un consenso alrededor de la existencia de dos tipos predominantes de tifus, había dudas sobre los orígenes históricos de estas cepas en la ciudad de México.

Como expliqué anteriormente, los doctores mexicanos también comprobaron que el tipo murino existía en el viejo ratón mexicano: por lo tanto evidenciaron que el tifus se había presentado en México antes de la llegada de los españoles. El énfasis de los científicos mexicanos en la historia y su localización de la enfermedad permitió a los bacteriólogos concluir lo que Zinsser resumió en su biografía del tifus: “El hombre, en el sentido biológico, es un anfitrión reciente, y en él la invasión de la *rickettsia* despierta un resentimiento psicológico. La lucha entre el invasor y el anfitrión asegura la manifestación misma de la enfermedad”. Fue así que el argumento evolucionista fue completado.<sup>58</sup>

Hasta su muerte en 1940, Zinsser, junto con Ruiz Castañeda y otros, estuvo involucrado con la producción de vacunas contra el tifus. Pero *Ratas, piojos e historia* ya había marcado, con una clarividencia extraordinaria, los diferentes caminos que tomaría la lucha contra el tifus tras la segunda Guerra Mundial. Su autor apuntó a las campañas antipiojos como la clave para prevenir y así eliminar la enfermedad, utilizando al piojo como una justificación doble: de la guerra química contra él y de la lucha contra la Alemania nazi. “A diferencia de la pulga –argumentó–, (el piojo) no puede ni saltar ni vivir por un periodo separado de su huésped humano, posee cualidades como la persistencia obstinada y la paciencia diligente, mismas que despiertan admiración, discretamente enmascaradas por un odio pretendido, que los hombres sienten casi de igual manera hacia las razas que compiten, a las que temen y, por tanto, persiguen.” Y luego añadió, como para esclarecer su última frase: “Nos referimos al complejo del ario rubio.”<sup>59</sup>

<sup>57</sup> M. Ruiz Castañeda, “Cincuentenario de Ricketts” incluido en M. Ruiz Castañeda. *Escritos*, pp.19-20.

<sup>58</sup> Hans Zinsser, *Rats, Lice and History*, p.169.

<sup>59</sup> Hans Zinsser, *Rats, Lice and History*, p.170.

En 1940, cuando regresaba de China, Hans Zinsser se percató de que padecía leucemia. El doctor, poeta, escribió:

Ahora la muerte es piadosa. Por ello me llama,  
con gentileza calma mis temores y amistosamente  
me da consejos para prepararme:  
Antes de irme, debo besar tus lágrimas para que desaparezcan.  
Qué bien que ya viene el invierno, ¡moriré!

*(Now is death merciful. He calls me hence,  
gently, with friendly soothing of my fears  
but gives me kindly warning to prepare:  
before I go, to kiss your tears away.  
How good t'ere the winter comes, I die!)*

Conforme preparaba su muerte y legado –con notas de agradecimiento a su colaborador mexicano Maximiliano Ruiz Castañeda–, urgió a los científicos mexicanos, quienes habían desarrollado un laboratorio para la investigación del tifus, a acelerar la producción de la vacuna producida por él y su colaborador usando ratas. También defendió la autoría de esas vacunas, incluso contra Ruiz Castañeda, quien en 1939 recibió erróneamente el crédito por la invención de la vacuna. Ruiz Castañeda le contestó con este escrito: “Ahora me ocasiona un terrible dolor el sentir que en tus cartas me consideras el culpable de no dar el debido crédito a tu trabajo sobre el tifus. ¿Cómo es que puedes pensar algo así tras años de conocerme y de saber que en México y particularmente en mi laboratorio y en mi hogar eres idolatrado?” (sic). Pero el hecho es que, hacia 1939, en la papelería de Ruiz Castañeda y Zinsser se leía: “Departamento de Salubridad Pública” y el sello “Laboratorio de la vacuna del tifus Zinsser-Castañeda México, servicio de exportación”. Ruiz Castañeda informó sobre la exportación de 500 dosis a Sudáfrica y, en 1942, de una entrega gratuita de vacunas a Polonia –cuya producción fue pagada por la comunidad judía de la ciudad de México en colaboración con algunos judíos americanos–.<sup>60</sup> Pero la trayectoria de las

<sup>60</sup> Carta de Hans Zinsser a Maximiliano Ruiz Castañeda, julio 31, 1939; Maximiliano Ruiz Castañeda a Hans Zinsser, 5 de agosto, 1939; Maximiliano Ruiz Castañeda, “Hans Zinsser en el xxv aniversario de la vacuna contra el tifo”, originalmente en la *Gaceta Médica de México* (1956), incluida en *Escritos*.

vacunas fue interrumpida a causa del nuevo acercamiento a la enfermedad desarrollado durante la segunda Guerra Mundial y su repercusión: el uso masivo de insecticidas para acabar con los piojos.

Mientras que Zinsser y Ruiz Castañeda buscaban producir con rapidez una vacuna más económica y efectiva en la ciudad de México, en vista del inminente comienzo de una nueva guerra masiva, el Laboratorio de Virus de la Fundación Rockefeller trabajaba en una investigación sobre insecticidas para acabar con los mosquitos, piojos y pulgas. Esto resultó en la derrota final del tifus durante la segunda Guerra Mundial, cuando, como Ruiz Castañeda más tarde narró, “el hombre hipercivilizado”, para lograr obtener la destrucción masiva, hubo primero de derrotar al piojo. Pero eso se acabó a finales del conflicto armado. La historia del uso del DDT y de otros insecticidas durante la segunda Guerra Mundial y sus primeros experimentos en México en la década de 1940 va más allá de los confines de este recuento tragicómico. Baste decir que tras la muerte de Zinsser, el centro de la investigación se mudó de Harvard-ciudad de México al Laboratorio de Virus de la Fundación Rockefeller en Nueva York. John C. Snyder y William Davis dirigieron el esfuerzo y en 1943, otra vez en colaboración con Ruiz Castañeda, los estudios de campo del Laboratorio del Piojo se desarrollaron en México, lo cual condujo al exitoso desarrollo de un talco antipiojos que se utilizó de forma masiva durante y después de la segunda Guerra Mundial.<sup>61</sup>

<sup>61</sup> M. Ruiz Castañeda, “Hans Zinsser en el xxv aniversario de la vacuna contra el tifo”, p.35; Edmund P. Russell, *War and Nature: Fighting Humans and Insects with Chemicals from World War I to “Silent Spring”*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001; John H. Perkins, *Insects, Experts and the Insecticide Crisis: The Quest for New Pest Management Strategies*. Nueva York: Plenum Press, 1982; Darwin H. Stapleton, “The Dawn of DDT and its Experimental use by the Rockefeller Foundation in Mexico, 1943-1952” en *Parasitologia*, vol. 40, 1998, pp.149-58; Carlos Ortiz-Mariotte, Felipe Malo-Juvera y George C. Payne, “Control of Typhus Fever in Mexican Villages and Rural Populations through the use of DDT” en *American Journal of Public Health*, vol. 35, noviembre 1945, pp.1191-95; Darwin H. Stapleton, “A Lost Chapter in the Early History of DDT: the Development of Anti-Typhus Technologies by the Rockefeller Foundation’s Louse Laboratory, 1942-1944” en *Technology and Culture*, vol. 46, no. julio 2005, pp.513-534; Armando Solórzano Ramos, *¿Fiebre Dorada o Fiebre Amarilla?*, Armando Solórzano, “La influencia de la Fundación Rockefeller en la conformación de la profesión médica mexicana, 1921-1949” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 58, no. 1, enero-marzo 1996, pp.173-203; Anne-Emanuelle Birn, *Marriage of Convenience*; David Dorado Romo, documentos de las campañas antipiojos implementadas a los mexicanos en la frontera en 1917, ver: D. D. Romo, *Ringside Seat to a Revolution: An Underground Cultural History of El Paso and Juárez, 1893-1923*. El Paso: Cinco Puntos Press, 2005.

## APARECEN EL NINGUNEO Y LA VOLUNTAD POÉTICA

Dentro de los impresionantes logros de la investigación sobre el tifus, escribió Zinsser en 1935, “investigadores franceses, suizos, americanos, británicos, alemanes, mexicanos y polacos se sumieron en una especie de excitante, amistosa y entusiasta colaboración competitiva o en una competencia colaborativa que dio a nuestra profesión encanto, sabor, y una libertad de las triquiñuelas nacionalistas encontradas en algunos otros”. Para la década de 1970, Ruiz Castañeda, quien sobrevivió a su antiguo mentor y colaborador por más de 30 años, tenía una visión menos romántica en cuanto a su línea de trabajo científico, especialmente en lo referente a México: “El que diga que trabaja para la humanidad es un farsante”; esto, porque en México los científicos descubrieron cosas por pura curiosidad y por casualidad, ya que los esfuerzos institucionales tarde o temprano fueron interrumpidos por los cambios políticos y por los choques entre egos nacionales e internacionales. Para demostrar que la “competencia colaborativa” fue más allá de la armoniosa interacción descrita por Zinsser, uno no necesita adherirse al cinismo que Ruiz Castañeda manifestó en la vejez. Es cierto que todo tipo de prejuicios (nacionales, culturales, raciales) tuvo que ver con la investigación del tifus. Desde luego hubo egos involucrados, los cuales competían unos contra otros, y para asegurarnos uno debe considerar la atracción poética y la repulsión hacia la ciudad que muchos de los tifólogos sentían. Además, hasta los 1930 aún existía un problema aparentemente *oximorónico*... ¿Ciencia en México? ¿Científicos mexicanos? ¿Dirigir la ciudad de México desde un punto de vista científico, más allá de un manejo de crisis?<sup>62</sup>

La colaboración de Ruiz Castañeda, Varela, Mooser y Zinsser realizada entre la ciudad de México y Boston parecía la mejor prueba de que, a diferencia del equipo de Gaviño en 1910, los hombres de ciencia mexicanos finalmente se habían vuelto parte de la principal corriente de desarrollos científicos globales, con efectos locales e internacionales. Los textos realizados en conjunto son testamento de su causa común. En privado, Zinsser solía escribirle a Ruiz Castañeda para alabar su amistad. A su regreso a la ciudad de México, Zinsser escribió: “¿Puedo expresar una vez más mi in-

<sup>62</sup> Hans Zinsser, *Rats, Lice and History*, p.174; Maximiliano Ruiz Castañeda, *Escritos*, p.99.

agotable aprecio a la inteligencia y lealtad que siempre has demostrado al trabajar conmigo?” En 1937, incluso aseveró: “Estos años que hemos trabajado juntos siempre permanecerán en mi mente como unos de los más placenteros y productivos de mi carrera. Trabajamos en tan perfecta asociación que siempre veré todo este trabajo sobre el tifus como algo perteneciente a ambos.” Y aún en 1938: “Siempre te extraño y nunca olvidaré los cinco felices años que pasamos juntos, trabajando unidos como dos hermanos.”<sup>63</sup> Pero esta hermandad no superó el hueco “civilizacional” que, ante los ojos de los doctores extranjeros asentados en la ciudad de México en 1931, separaba a los mexicanos de los científicos.

En la correspondencia de Mooser y Zinsser, la colaboración con mexicanos adquiría un tono diferente. Mooser vivió en la ciudad de México hasta 1937, cuando regresó a Zurich. De hecho, en 1928, aceptó un trabajo en Cincinnati, pero regresó a su anterior puesto en el Hospital Americano de la ciudad de México, a pesar del salario bajo –no le gustaba el clima de Estados Unidos–. Hablaba y escribía un excelente español; además, a partir de los recuerdos de los científicos mexicanos, es muy claro que Mooser tenía un ingenio poco común en español, solía burlarse de Ruiz Castañeda en su idioma, de Zinsser en inglés o alemán y de Nicolle en francés. Una vez felicitó a Ruiz Castañeda por su boda (se casó a través de un poder notarial en la ciudad México mientras estaba en Boston) con la quintaescencia de la ironía del doble sentido mexicano: “Es mejor casarse por poder que divorciarse por no poder.” Y cuando Nicolle estuvo en la ciudad de México, Mooser no tuvo dificultad para burlarse de su oposición a los hallazgos de Mooser, Varela y Ruiz Castañeda, al entremezclar sus bromas con prejuicios bien establecidos sobre los mexicanos en Europa. Al viajar por Puebla, recordó Ruiz Castañeda, Nicolle preguntó a Mooser –a quien un bolero le estaba limpiando los zapatos en la plaza central– sobre el estatus de los leprosos en México. Mooser le explicó en francés a Nicolle que el bolero “era un caso típico de leproso con la característica *facies leonine* (cara leonina)”. Desde luego, la evidencia anecdótica accesible a los historiadores muestra a Mooser como un verdadero habitante –desde el punto de vista cultural e irónico– de la ciudad y su lenguaje.

<sup>63</sup> Hans Zinsser a Maximiliano Ruiz Castañeda, junio 23, 1933; julio 19, 1937; julio 19, 1938.

Pero su ironía no podría separarse del hueco civilizacional que Mooser percibía. Aunque había recomendado a Ruiz Castañeda a Zinsser, a finales de 1929 escribió a sus colegas y reveló cierta ambivalencia hacia los mexicanos: “(lo que Ruiz Castañeda) necesita es un mejor entrenamiento y mejores métodos. Pongo a hacer lo más insignificante al principio porque todos los latinos carecen de bases sólidas, especialmente los mexicanos. Después de estar un año en Estados Unidos o en el extranjero creen que saben lo más reciente de la naturaleza y la ciencia. Afortunadamente el doctor Ruiz no es de ese tipo.” Aun así no pudo abstenerse y se refirió a un perfil racial y cultural del mexicano. Lo mismo sucedió con Zinsser, cuyo respeto público hacia Ruiz Castañeda coexistía con un punto de vista racial sobre México profundamente arraigado. Cuando Mooser consideró el mudarse de forma permanente a Zurich, Zinsser le escribió expresando nociones de los mexicanos no tan alejadas de las del propio Mooser: “Desde cierto punto de vista tengo una alta estima hacia los mexicanos y un gran afecto por Ruiz, pero temo que su orgullo nacional procedente de un curioso complejo de inferioridad nunca les permita dar apoyo y reconocimiento entusiasta a un extranjero.”<sup>64</sup>

Lo que Zinsser mencionó sobre la xenofobia mexicana podría haber sido cierto, especialmente en la década de 1930, cuando existían movimiento antichinos, antiespañoles, antiamericanos y antijudíos en la ciudad, pero lo importante es su buen juicio compartido sobre los atavismos mexicanos. La ciencia en México en 1931 estaba inmersa en la lucha entre los antiamericanismos mexicanos, los puntos de vista raciales de México por parte de Estados Unidos y los europeos, y la mutua falta de confianza entre la ciencia americana y la francesa. Una comedia de errores que no entorpecía el avance científico, pero que sí producía barreras culturales entre la ciencia en –y para– México y ciencia en –y para– Estados Unidos y Europa.

Lo que Zinsser y Mooser pensaban de los mexicanos no tenía nada que ver con Ruiz Castañeda, Valera o la ciudad de México que los recibió en

<sup>64</sup> Hermann Mooser a Maximiliano Ruiz Castañeda, diciembre 2, 1932; Hermann Mooser a Hans Zinsser, diciembre 18, 1929; Hans Zinsser a Hermann Mooser, no fechada; Maximiliano Ruiz Castañeda, “Nicolle 1931, capítulo de memorias inéditas” incluido en Maximiliano Ruiz Castañeda. *Escritos*, p.44.

1931. Era una creencia bien establecida: ellos no encontraron estos atavismos en la ciudad de México en 1931, sólo los confirmaron allí y en ese momento. En sus memorias, Zinsser mezcló sus descubrimientos en la ciudad de México con sus creencias de antaño: “De hecho, la población indígena es México, y ésa es la razón principal por la cual no entiendo a los mexicanos. El desarrollo de su civilización comenzó con una base bastante diferente a la de nuestros anglosajones, fundamentalmente comercial.” Para Zinsser, la comida mexicana, sus habitantes, la latinidad y retórica... todo lo conducía a la vaguedad y al caos. No debe sorprendernos que, a pesar de toda colaboración, Zinsser siempre viera a los científicos mexicanos más como mexicanos que como científicos.<sup>65</sup>

Las perspectivas raciales de Mooser hacia a los mexicanos estaban a la par de sus sentimientos antifranceses. Por otro lado, como había sido el caso de Goldberger en 1910, para Mooser en 1931 los mexicanos eran demasiado latinos como para resultar rigurosos; mientras, Mooser percibía demasiada religiosidad en los norteamericanos. Era por esta razón, argumentaba, que los medios estadounidenses exageraban en relación con los poderes curativos de la vacuna de Ruiz Castañeda y Zinsser en 1930. “Encontrar una vacuna [para los norteamericanos] es un servicio para el hombre y para Dios”, pregonaban. Pero, irónicamente, Mooser se identificaba con doctores de América. Así, para él estaba claro que cualquier doctor en Estados Unidos o en el continente americano no tenía posibilidad de ser reconocido por la Academia de Estocolmo, o al menos es lo que le escribió a Zinsser en 1928 al enterarse del premio Nobel que sería entregado a Nicolle: “La demostración [de Nicolle] de que el tifus es transmitido por el piojo del cuerpo prolongó la guerra. También creo que Theobald Smith debe de ser finalmente honrado con el premio, porque fue el primero en demostrar que las enfermedades son transmitidas por artrópodos. Si fuera francés, se lo hubieran otorgado”.

La ironía y sentimientos antifranceses de Mooser estaban envueltos en la lucha de egos científicos: Mooser contra Nicolle, Mooser contra Ruiz Castañeda. A mediados de 1931, Mooser le escribió a Ruiz Castañeda para solicitarle la revisión de un sencillo ensayo publicado en la revista mexicana

<sup>65</sup> Hans Zinsser, *As I Remember Him*, p. 340 y ff.

*Medicina*, porque parecía tener como único autor a éste último, en vez de reportarse como una investigación hecha por Ruiz Castañeda, Zinsser y Mooser: ninguno de ellos, protestaba Mooser, tenía el derecho de publicar algo sin reconocer a los demás.

La defensa de sus respectivas autorías se combinó con la articulación de sus perspectivas culturales sobre México y, además, con una curiosa voluntad poética que parecía imparable en personajes como Mooser, Zinsser y Nicolle. “Mala situación económica”, escribió Mooser a Ruiz Castañeda haciendo un comentario sobre la ciudad de México durante la Gran Depresión. Pero después añadió una expresiva ilustración de su propia voluntad poética: “Me gustaría estar soltero y comer pan y cebollas como Sancho Panza, el inocentón. Ayer, leía *Don Quijote de la Mancha* en busca de la página en la que Sancho comenta que deben de estar acercándose al Ecuador porque los animalillos que rondaban su panza han desaparecido. No la encontré, pero he seguido leyendo para poder ilustrar mis historias sobre el tifus con literatura clásica. Saludos al jefe Juan Zinsser.” Es cierto: uno podría afirmar de Mooser lo que uno de sus colegas le escribió en su cumpleaños 80, en 1971: “*Literatur zu hohem Ansehen gebracht hättest.*”<sup>66</sup>

El mismo *collage* de rivalidades e impulsos literarios pueden ser encontrados en Zinsser y en Nicolle, quien introdujo a Zinsser a la obra de varios novelistas franceses (Balzac, Flaubert, Madame de la Fayette o l’Abbé Prevost). Zinsser viajó a París y a Túnez en 1932, en defensa de él mismo, de Ruiz Castañeda y de Mooser, para convencer al “genio” parisino –como

<sup>66</sup> Hermann Mooser a Hans Zinsser, enero 6, 1930; H. Zinsser a H. Mooser, octubre 30, 1928. Theobald Smith (1859-1934) fue el entomólogo más prominente de Estados Unidos hasta los 1920, dio a conocer el papel de los insectos en varias enfermedades; H. Mooser a M. Ruiz Castañeda, agosto 17, 1931; H. Mooser a M. Ruiz Castañeda, noviembre 13, 1931; H. Mooser a M. Ruiz Castañeda, febrero 2, 1931; A. Grumbacht, “Professor Dr. Dr. h.c. Hermann Mooser zum 80. Geburtstag” en *Pathologia et Microbiologia*, vol 37, 1971, p. 164. En su cumpleaños número 70 *Pathologia et Microbiologia* dedicó un número especial a Mooser; en él, Ruiz Castañeda incluyó: “On the Evaluation of Diagnostic Tests for Brucellosis”, y Gerardo Varela (en colaboración con R. Fournier) “Presencia de Rickettsia quintana en piojos *Pediculus humanus* de la ciudad de México Inoculación experimental”, ver la edición completa de *Pathologia et Microbiologia*, vol. 24, suplemento 1, 1961. Ruiz Castañeda en pp.40-44 y Varela en pp.149-151; H. Mooser, “El papel que jugó el descubrimiento del tifo murino en el estudio bacteriológico de las rickettsiosis” en *Memoria del congreso científico mexicano (IV Centenario de la Universidad de México, 1551-1951)*, vol. 9, p. 507. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1953.

Mooser le refería irónicamente— de la validez de los descubrimientos de las nuevas investigaciones sobre las pulgas y la ciudad de México. Nicolle, por su parte, consultó con Zinsser antes de su viaje a México. Rafael Silva invitó a Nicolle, pero él pidió que su amante y colaboradora, Hélène Sparrow, fuera también invitada. Ella trabajó en la ciudad de México y otros lugares con Nicolle, y de hecho resulta un personaje femenino intrigante e influyente en la historia del tifus; trabajó en el Instituto Pasteur de Túnez hasta que se retiró en 1960, pero la deuda intelectual de Nicolle con ella jamás fue reconocida.<sup>67</sup>

Antes de su viaje a la ciudad de México, Nicolle había estado en Uruguay y Argentina, donde fue recibido como el rey de Francia gracias a su premio Nobel. En México, fue engalanado con todos los honores oficiales científicos y políticos y, junto con Sparrow, se involucró en el trabajo de laboratorio en el Instituto Mexicano de la Higiene. No coincidieron con Zinsser, pero fueron huéspedes de Mooser, Varela y Ruiz Castañeda. En la ciudad, Nicolle podía explayarse con sus visiones culturales, exóticas y antiamericanas. Desde la ciudad de México, le escribió a su colega, el doctor y escritor Georges Duhamel, complementando sus visiones antiamericanas y raciales sobre México, motivadas por nociones de atavismo cultural: “*Mexico... grande ville peuplée d’indiens et de métis, plutôt sale*” (“México... gran ciudad poblada por indios y mestizos, bastante sucia”). En 1931, no había gente que no estuviera racialmente marcada ni personas limpias, a pesar del millón de habitantes, 2,185 médicos y casi 2,300 ingenieros. La ciudad también proveyó la ocasión para el exaltamiento del antiamericanismo de Nicolle, quien llegó al extremo de su añoranza por el imperio francés. En México... “los americanos son muy peligrosos. La expedición mexicana fue una idea brillante, pero fue mal llevada”. Para él, México volteaba la mirada a Francia sólo en los asuntos literarios, y ello se debía a una inoportuna competencia desde Estados Unidos. De hecho, propuso a las autoridades mexicanas la creación de un Instituto Pasteur con doctores mexicanos entrenados en Túnez y otros territorios franceses en África, obviamente en vista de que los incipientes laboratorios mexicanos, llenos de individuos

<sup>67</sup> Sobre Sparrow, ver Jean Lindernmann, “Women Scientists in Typhus Research During the First Half of the Twentieth Century” en *Gesnerus*, vol. 62, 2005, pp.257-272.

entrenados en Estados Unidos con apoyo de la Fundación Rockefeller. Para Nicolle, la competencia de la Unión Americana en México era “aún más peligrosa, ya que representa, para muchos jóvenes mexicanos, una civilización mejor adaptada a la vida moderna que la nuestra... los norteamericanos, en México, son admirados, temidos y odiados”. Sus visiones sobre México estaban tan marcadas por su sentimiento de provenir de una civilización superior, como de su opinión sobre el tifus: “Francia se opone tenazmente la hipocresía de Estados Unidos y su civilización materialista, con los objetivos humanitarios y el ideal de nuestra civilización.” Era tan antiamericano, y defendía tanto la superioridad de la civilización francesa, como su mentor en la labor literaria, Georges Duhamel, quien describía a los estadounidenses como una “*civilisation hargneuse dont la hideur défie toute description*” (“una civilización agresiva, cuya fealdad escapa a toda descripción”).<sup>68</sup>

Tanto Nicolle como Zinsser tenían grandes pretensiones literarias, y México se convirtió en uno de muchos *motifs*. El subtítulo de *Ratas, piojos e historia* ya marcaba la retórica tipo flujo de conciencia que hizo de Zinsser tanto anacrónico –ya que esta herramienta retórica era un regreso a la tradición ensayística inglesa del siglo XIX– como modernista –William James y Proust fueron inspiraciones obvias–. Por eso, su libro tuvo buenas ventas al popularizar la ciencia. El subtítulo era: *Siendo una biografía que, después de doce capítulos preliminares indispensables para la preparación del lector laico, lidia con la historia del tifus, también conocida...* Sus vívidas descripciones de pulgas y piojos remiten a la historia épica de todos aquellos que vivieron el momento de la rata en 1931 en la ciudad de México: “Mi cacería de insectos se ha enfocado principalmente en las chinches, los piojos, las garrapatas y las pulgas, aunque a últimas fechas también en los mosquitos. Pero los piojos y las pulgas me han traído la mayor satisfacción. Las chinches son

<sup>68</sup> Charles Nicolle a Hans Zinsser, marzo 4, 1931; mayo 31, 1930; *Atlas General del Distrito Federal. Geográfico, histórico, comercial, estadístico, agrario. Su descripción más completa, profusamente ilustrada con mapas, fotografías y gráficos. Su forma está ...* del Sr. Dr. José M. Puig Casauranc, Jefe del Departamento del Distrito Federal en la oficina de catastro, en 1929, vol 1. Ciudad de México: Talleres Gráficos de la Nación, 1930; *Entretiens d'humanistes. Correspondance de Charles Nicolle et Georges Duhamel, 1922-1936, présentée et anotée par le docteur J. J. Hueber*. Rouen: Académie des Sciences, Belles-Lettres et Arts de Rouen, 1996; Ana Cecilia Rodríguez de Romo, “La ciencia pasteuriana a través de la vacuna anti-rábica: el caso mexicano” en *Dynamis*, vol. 16, 1996, pp.291-316.

algo vulgar. Son bestias aburridas que ofrecen poco juego para las habilidades o la inteligencia. Es fácil escabullírseles y son dóciles cuando se les atrapa. Las pulgas son el contrincante más noble. Resultan veloces y elusivas, y a pesar de la evidencia mostrada por las pulgas de circo, no se les domestica con facilidad... es *savoir qui peut*. Con las pulgas es una cuestión de *toujours de l'audace*".

Con una prosa tal, no nos debe de sorprender que en 1934 Nicolle, el científico y novelista, le escribiera a Zinsser lo siguiente –tal vez discutiendo una traducción de su libro–: “Si estuviera cerca de ti, me pondría a tu servicio para ayudarte a mejorar tu francés. No sería difícil, debido a que ya posees el espíritu de tu lengua. El espíritu es lo esencial... al final, te convertirías un autor científico y literario en el idioma francés.”<sup>69</sup>

Nicolle fue el hombre cuyas historias exóticas, llenas de motivos orientalistas, fueron apreciadas por Duhamel. Como científico, parecía querer que su literatura complementara la aridez y vulgaridad de su campo de estudio –piojos, pulgas, ratas–; como escritor, quería que su ciencia lo convirtiera tanto en un investigador moderno, como en un hombre renacentista. En una de sus historias, una sombra femenina ficticia le dice al científico que hace las veces de Nicolle en sus escritos: “Amo tu espíritu meticuloso y preciso, algo rígido por momentos como resultado de tu escrupulosidad maniática... creo que me serás fiel. Confío en tu miedo a la decrepitud, un miedo que es testificado por cada palabra de tu escritura. Soy la juventud eterna, a la que nada puede marchitar, y que nunca se marchita por sí misma.” Esto era la ciencia como vocación literaria, y la literatura como un *Beruf* literario.<sup>70</sup>

Los científicos literarios tuvieron poco que ver con este fuego cruzado del nacionalismo y los sentimientos culturales de sus colegas extranjeros. Atrapados, por un lado, por la vida política y social de la ciudad y, por el otro, por el ninguneo de las ciencias internacionales, continuaron dando cara a cada nueva emergencia sanitaria como tal: crisis que necesitaban enfrentarse con prontitud. En 1938, el prominente médico Ignacio Millán

<sup>69</sup> Hans Zinsser, *As I Remember Him*, p.305; Ch. Nicolle a H. Zinsser, abril 2, 1934. Georges Duhamel. *Scenes*, pp.115-116.

<sup>70</sup> Charles Nicolle, “Comme au souvenir qui ne vieillit point.”

acusó a los viejos doctores de ejercer una “medicina individualista” que resultaba “una práctica remendona”. Hizo un llamado por el nacimiento de la medicina social. Pero incluso tras la creación de un vasto sistema de medicina de este tipo, la salud en la ciudad siguió siendo, por definición, remedial, campo para la improvisación y los parches. A inicios de la década de 1920, el caricaturista Ernesto García Cabral se burló de los doctores de la ciudad en un trabajo revelador: “Inútil todo afán, el mal yo soy.” La muerte reina sobre los esfuerzos de los psicólogos, cirujanos y bacteriólogos. Así, algunos de los tifólogos mexicanos están representados en el dibujo: José Terrés aparece tras la Muerte, mira con severidad a la representación con la guadaña, y un conejillo de indias aparece sobre los hombros de Fernando Ocaranza, quien también sostiene con una correa a un perro experimental. Los esfuerzos de los doctores de la ciudad fueron múltiples y abigarrados pero, en la ironía de la caricatura, inútiles, ya que una vez que la interrelación entre la ciudad y la ciencia se embarcó en el movimiento masivo y modernizador hacia la formación de la megalópolis, la interacción siguió ese dicho mexicano vulgar y lleno de sabiduría: “Encarrerado el peine, chinguen a su madre los piojos.” Y de hecho, a través de la extraña interacción entre la ciencia y la urbe en la ciudad de México, los piojos dejaron de ser un problema de salud pública, dejando que la ciudad enfrentara muchos problemas viejos, nuevos o renovados.<sup>71</sup> 

<sup>71</sup> Cfr., Marcos Cueto, *Cold War, Deadly Fevers, Malaria Eradication in Mexico, 1955-1975*, p.9. Ignacio Millán, “Necesidad de un nuevo tipo de médico en la República” en *Departamento de Salud Pública. Boletín del Instituto de Higiene*, vol. 6, no. 12, diciembre 1938, pp.165-172. Imagen: “Los Médicos Mexicanos en Caricatura” en *Revista de Revistas*, octubre 16, 1921, p.31.

---

# Una bibliografía aleatoria sobre epidemias

- Emily K Abel, *Tuberculosis and the Politics of Exclusion: A History of Public Health and Migration to Los Angeles. (Critical Issues in Health and Medicine)*. New Brunswick: Rutgers University Press. 2007.
- Claudia Agostoni, “Monuments of Progress: Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910”, en *The American Historical Review*, vol. 109, diciembre 2004, pp. 1613-1614.
- \_\_\_\_\_, *Curar, sanar y educar: enfermedad y sociedad en México: siglos XIX y XX*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Benemérita Universidad de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alonso Vélaz Pliego”, 2008.
- Charles-Edward Amory Winslow, *The Conquest of Epidemic Diseases: a Chapter in the History of Ideas*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1944.
- Warwick Anderson, “Colonial Pathologies: American Tropical Medicine, Race and Hygiene in the Philippines”, en *The American Historical Review*, vol. 112, diciembre 2007, pp. 1511-1512.
- Diego Armus, “Legados y tendencias en la historiografía sobre la enfermedad en América latina moderna”, en Diego Armus (comp.), *Avatares de la medicalización en América latina, 1870-1970*. Buenos Aires: Lugar Editorial, 2005.
- J. Arrizabalaga, J. Henderson y R. French. *The Great Pox: The French Disease in Renaissance Europe*. New Haven, 1997.
- Suzanne Austin Alchon, *A Pest in the Land: New World Epidemics in a Global Perspective*. Nuevo México: University of New Mexico Press, 2003.
- Jean-Noël Biraben, *Les hommes et la peste en France et dans le pays européens et méditerranéens*. París: Mouton, 1975, 2 vols.

- Ann Bowman Janetta, *Epidemics and Mortality in Early Modern Japan*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1987.
- Brothwell, D. R. y A. T. Sandison (editores), *Diseases in Antiquity: A Survey of the Diseases, Injuries and Surgery of Ancient Populations*. Springfield: Charles C Thomas Pub Ltd., 1967.
- Ana María Carrillo, “La patología del siglo XIX y los institutos nacionales de investigación médica en México”, en *LAB-acta. Historia de la ciencia y la tecnología*, vol. 13, núm. 1, 2001, pp. 23-31.
- L. Chevalier (editor). *Le Choléra; la première épidémie du XIXe siècle*. La Roche-sur-Yon, 1958.
- Vincent J. Cirillo, *Bullets and Bacilli: the Spanish-American War and Military Medicine*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2003.
- Samuel K. Cohn, “The Black Death: End of a Paradigm”, en *The American Historical Review*, vol. 107, junio, 2002, pp. 703-733.
- Contagion: Historical Views of Diseases and Epidemics*, colección digitalizada de todo lo que se encuentra sobre el tema en las bibliotecas de Harvard: <http://ocp.hul.harvard.edu/contagion>. Más de 500 mil páginas y material visual.
- Donald B. Cooper, *Las epidemias en la ciudad de México: 1761-1813*. México: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1980.
- Samuel K. Cohn, “The Black Death: end of a paradigm”, en *The American Historical Review*, vol. 107, junio 2002, pp. 703-733.
- Alfred W. Crosby, *Epidemic and Peace, 1918*. Westport: Greenwood, 1976.
- Marcos Cueto, *El regreso de las epidemias: salud y sociedad en el Perú del siglo XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1997.
- Marcos Cueto (ed.), *Salud, cultura y sociedad en América Latina*. Lima: IEP/ Organización Panamericana de la Salud, 1996.
- Miguel Ángel Cuenya, *Puebla de los Ángeles en tiempos de una peste colonial. Una mirada en torno del matlazahuatl de 1737*. México: El Colegio de Michoacán-Benemérita Universidad de Puebla, 1999.
- Consuelo Cuevas Cardona, “Ciencia de punta en el Instituto Bacteriológico Nacional”, en *Historia Mexicana*, núm. LVII, vol. 1, 2007, pp. 53-89.
- John Duffy, *Sword of Pestilence: the New Orleans Yellow Fever Epidemic of 1853*. Louisiana: Louisiana University Press, 1966.

- Myron Echenberg, *Plague Ports. The Global Urban Impact of Bubonic Plague, 1894-1901*. Nueva York: New York University Press, 2010.
- Gerald N. Grob, *The Deadly Truth: A History of Disease in America*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.
- Elizabeth A. Fenn, *Pox Americana: The Great Smallpox Epidemic of 1775–82*. Nueva York: Hill and Wang, 2001.
- F. Fenner, “History of Smallpox”, en *Microbe Hunters*, compilado por H. Koprowski y M.B. A. Oldstone, *Past and Present*, 1996, pp. 25-38.
- Enrique Florescano y Elsa Malvido (coords.), *Ensayos sobre historia de las epidemias en México*. México: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982, 2 vols.
- Mark Harrison, *Climates & Constitutions: Health, Race, Environment and British Imperialism in India, 1600-1850*. Nueva Delhi-México: Oxford University Press, 1999.
- David Iglar, “Diseased Goods: Global Exchanges in the Eastern Pacific Basin, 1770-1850”, en *The American Historical Review*, vol. 109, núm. 3, junio 2004, pp. 693-719.
- Jesús Artemio Izaguirre Torres, *La viruela en la Nueva España. El caso de San Luis Potosí, 1790-1810*, tesis de maestría en Historia. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2000.
- Robert H. Jackson, *Missions and the Frontiers of Spanish America: A Comparative Study of the Impact of Environmental, Economic, Political and Socio-cultural Variants on the Missions in the Rio de la Plata Region and the Northern Frontier of New Spain*. New Hampshire: Pentacle Press, 2005.
- David S. Jones, *Rationalizing Epidemics: Mean and Uses of American Indian Mortality since 1600*. Cambridge: Harvard University Press, 2004.
- Journal of Infectious Diseases*, Chicago University.
- Paul Kelton, *Epidemics and Enslavement: Biological Catastrophe in the Native Southeast, 1492-1715*. Nebraska: University of Nebraska Press, 2007.
- Mary Kilbourne Matossian, *Poisons of the Past: Molds, Epidemics and History*. New Haven: Yale University Press, 1991.
- David Killingray y Howard Phillips, *The Spanish Influenza Pandemic of 1918-1919. New Perspectives*. Nueva York: Routledge, 2003.
- Kenneth F. Kiple y Stephen V. Beck (editores), *Biological Consequences of the European Expansion, 1450-1800*. Aldershot, Brookfield: Ashgate/Variorum, 1997.

- Leslie K. Little (ed.), *Plague and the End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*. Nueva York: Cambridge University Press-The American Academy, 2007.
- Elsa Malvido, “Las epidemias: una nueva patología”, en *Historia general de la medicina en México. Medicina novohispana. Siglo XVI*. México: Academia Nacional de Medicina, UNAM, 1990.
- Ana Paulina Malavassi Aguilar, *Entre la marginalidad social y los orígenes de la salud pública: Leprosos, curanderos y facultativos en el Valle Central de Costa Rica (1784-1845)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003.
- Geoffrey Marks, *Epidemics*. Nueva York: Scribner, 1976.
- William Hardy McNeill, *Plagues and Peoples*. Nueva York: Anchor/ Doubleday, 1976. En español: *Plagas y pueblos*. Madrid-México: Siglo XXI, 1984.
- Carlos Eduardo Medina de la Garza, “Howard Taylor Ricketts y el tifo epidémico en México”, en *Medicina Universitaria*, vol. 1, núm. 3, pp. 149-152.
- Sergio Miranda Pacheco, “Conflicto político, salubridad pública y administración urbana, 1920-1924” en *Estudios*, invierno 2009, núm. 91, pp. 127-138.
- James C. Mohr, *Plague and Fire: Battling Black Death and the 1900 Burning of Honolulu’s Chinatown*. Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- América Molina, *La Nueva España y el matlazahuatl, 1736-1739*. México: CIESAS, El Colegio de Michoacán, 2001.
- \_\_\_\_\_, *Por voluntad divina: escasez, epidemias y otras calamidades en la ciudad de México, 1700-1762*. México: CIESAS, 1996.
- Lloyd A. Moote y Dorothy Moote, *The Great Plague: the Story of London’s Most Deadly Year*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 2006.
- R. J. Morris, *Cholera 1832: the Social Response to an Epidemic*. Nueva York: Holmes & Meier Pub., 1976.
- Richard Neustadt y Harvey Fineberg, *The Swine Flu Affair. Decision-Making on a Slippery Disease*. Durham: University Press of the Pacific, 2005.
- Salvador Novo, *Breve historia y antología sobre la fiebre amarilla*. México: La Prensa Médica Mexicana, 1964.
- Michael B. A., Oldstone, *Virus, peste e historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Lilia V. Oliver Sánchez, “La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna y la Junta Central de Vacunación de Guadalajara”, en *Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI-XIX*. Guadalajara-Zamora: Universidad de Guadalajara, El Colegio de Michoacán, 2006, pp. 205-234.
- \_\_\_\_\_, *Un verano mortal. Análisis demográfico y social de una epidemia de cólera. Guadalajara, 1833*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco, 1986.
- \_\_\_\_\_, *Salud, desarrollo urbano y modernización en Guadalajara, 1797-1908*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2003.
- Federico Ortiz Quezada, *Código AHINI. Diario de una pandemia*. México: Taurus, 2009.
- Hikmet Özdemir, *The Ottoman Army, 1914-1918: Disease and Death on the Battlefield*. Utah: University of Utah Press, 2008.
- Roger Porter, “Disease and the Historian”, en *History and historians in the Twentieth Century*, Peter Burke (ed.). Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 2004, pp. 165-180.
- Natalia Priego y John Fisher, “¿Quién era Joseph Girard? El Instituto Bacteriológico Nacional de México visto desde fuera (1905-1913)”, en *Revista Electrónica Latinoamericana de Estudios Sociales, Históricos y Culturales de la Ciencia y la Tecnología*, 2006, núm. 1.
- C. Quérel, *History of Syphilis*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1992.
- Susana Ramírez Martín, *La real expedición filantrópica de la vacuna en la Real Audiencia de Quito*. Quito: Abya-Yala, 1999.
- Susana María Ramírez Martín et. al., (deis.), *La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna. Doscientos años de lucha contra la viruela*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004.
- Mario Ramírez Rancaño, “La epidemia de la influenza española en México: 1918”, en *20/10. Memoria de las revoluciones en México*, núm. 4, 2009.
- Terence Ranger y Paul Snack, *Epidemics and Ideas. Essays on the Historical Perception of Pestilence*. Nueva York: Cambridge University Press, 1992.
- Brigg Reilley et. al., “SARS and Carlo Urbani”, en *The New England Journal of Medicine*, vol. 348, núm. 20, 2003.
- Daniel T. Reff, *Plagues, Priests and Demons: Sacred Narratives and the Rise of Christianity in the Old World and the New*. Nueva York: Cambridge University Press, 2004.

- Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, núm. 114, primavera 2008, vol. XXIX, *Epidemias de viruela en Nueva España y México, siglos XVIII y XIX*. Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 11-134.
- Juan Riera, *Epidemias y paludismo en la Ribera del Júcar: una topografía médica del siglo XVIII*. Salamanca: Universidad de Valladolid, 1988.
- Jacques Ruffié, *Les epidémies dans l'histoire de l'homme: Essai d'anthropologie médicale*. París: Flammarion, 1984.
- Marc Shell, *Polio and Its Aftermath: The Paralysis of Culture*. Cambridge: Harvard University Press, 2005.
- Irwing Sherman, *The Power of Plagues*. Washington, D.C.: ASM, 2006.
- Jesús Tapia Santamaría, "Identidad social y religión en el Bajío Zamorano. 1850-1900, el culto a la Purísima, un mito de fundación", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, Vol. VII, Núm. 27, 1986, pp. 43-74.
- Anderson Warwick, *Colonial Pathologies: American Tropical Medicine, Race, and Hygiene in the Philippines*. Durham: Duke University Press, 2006.
- Sheldon J. Watts, *Epidemics and History: Disease, Power and Imperialism*. New Haven: Yale University, 1997.
- Daniel J. Wilson, *Living with Polio: The Epidemic and Its Survivors*. Chicago: University of Chicago Press, 2005.
- John Withington, *Historia Mundial de los Desastres*. Madrid: Turner, 2009. 

---

# Violencia, guerra y paz

Pierre Chaunu\*

**E**ncargado de iniciar la sesión 1996-1997 del Centro de Altos Estudios sobre el Armamento (CHEAr, por sus siglas en francés), el autor, en la conferencia inaugural dictada el 10 de septiembre de 1996 en el Memorial de Caen, respondió a la pregunta planteada: “¿Es el armamento factor de paz o factor de guerra?”.

*Este artículo es el texto un tanto resumido de dicha conferencia. El autor hace un muy rápido examen —en otra parte lo hace de manera más extensa—<sup>1</sup> de las palabras contenidas en la pregunta planteada. Propone salir de la dualidad guerra y paz, y prefiere un planteamiento de tres factores: violencia, guerra y paz.<sup>2</sup>*

## LA VIOLENCIA

El adjetivo (1213) es un poco anterior al sustantivo (1215); proviene del latín clásico *vis*, que significa en primer lugar fuerza en acción, y cuyo sentido primario es pues positivo: sin *vis*, no hay vida y, en todo caso, no hay nada a no ser el cero absoluto, el cero energía, tan inconcebible como la nada; pero, en *violento* y *violencia*, *vis* deriva hacia el *exceso*: lo violento es por lo menos impetuoso, mal controlado. Si bien la violencia está en todas partes donde hay vida, es a la vez indisociable de la vida y la amenaza.

\* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

<sup>1</sup> El autor remite a dos coloquios que dirigió y presidió, y que fueron publicados en las ediciones PUF. *Les fondements de la paix* (coloquio del Memorial de los días 27 y 28 de febrero de 1992). París: PUF, 1993. *Les enjeux de la paix. Nous et les autres (du XVIIIe au XXI siècle)* (coloquio del Memorial, 8 y 9 de diciembre de 1994). París: PUF, 1995. También en *L'héritage, au risque de la haine*. París: Aubier/Flammarion, 1995.

<sup>2</sup> *Dictionnaire historique de la langue française*, dirigido por Alain Rey, *Le Robert*, 2 vol., París, 1992.

Para el orden social, la violencia representa la amenaza, el peligro omnipresente, que nunca deja de renacer, pero también le resulta una necesidad. Parece difícil hacer que reine el orden legal en la ciudad sin una fuerza capaz de limitar y decidida a hacerlo. Descontrolada, a menudo incontrollable, la violencia lleva por todas partes y sin parar el riesgo de matar. La violencia supera pues ampliamente a la guerra, que es una violencia con finalidad, utilizada por una *politie* para limitar al adversario a someterse, dice Clausewitz, a su voluntad.

## LA GUERRA

En francés, la guerra, surgida del fránico *werra*, registrado en formas muy parecidas en todas las lenguas germánicas, sustituyó al latín *bellum*. Esto corresponde a la germanización temprana de los ejércitos romanos. En aquello en lo que va a convertirse el francés, la guerra tiene como sentido primario “lucha armada entre grupos humanos o Estados” –los sociólogos dicen *politie*–. Así, la guerra supone un mínimo ya elevado de organización social. En la medida en que la guerra utiliza la violencia, la dirige, le da una finalidad, la delimita. Tiene un efecto láser.

## LA PAZ

Normalmente, en la lengua clásica, la paz se opone de manera habitual a la guerra. La pregunta planteada aquí tiene en cuenta esta dualidad propiamente histórica, puesto que resulta evidente en toda sociedad que se beneficie de un mínimo de coherencia. Desde el neolítico, vivimos casi necesariamente dentro de *polities*, y por ende en un estatuto social en el que paz y guerra se oponen muy naturalmente.

La *pax*, primero en su forma *pais*, que se convirtió (después de 950) en *paix* por adjunción de la *x* etimológica del latín *pax, pacis*, designa en primer lugar el hecho de establecer un acuerdo entre dos partes beligerantes. Nuestros diccionarios de la lengua clásica son más obra de juristas que de grandes teólogos: Furetière (1690), Trévoux (1743). “*Diferento* (sic) entre Estados o Príncipes soberanos que no puede terminar por medio de la justicia y que no tiene más guía que la fuerza.” Trévoux retoma y agrega

“rencilla y por la vía de las armas”. El siglo XIX (*Larousse*, 1872, *Litttré*, 1880) da entrada a los pueblos. “La vía de las armas empleada de un pueblo a otro y de un príncipe a otro para acabar con un diferendo”, dice de manera sobria y elegante el *Litttré*. “El fracaso de la justicia, la fuerza” desaparecieron. Se deduce que la paz ya sólo es aquello que pone fin a la guerra. Evitaré erigirme en árbitro entre los que consideran que la guerra es una interrupción de la paz y los que consideran que la paz es una suspensión momentánea y frágil de la guerra. No olvidemos que la paz va mucho más allá, en teología cristiana. Es don de Dios, en beneficio de la Encarnación en la paz del alma, como un regalo ofrecido en arras a la visión beatífica, eje de la vida eterna.

A mi maestro, Pierre-Paul Grassé (1895-1985), quien fue el más grande taxonomista de todos los tiempos, le gustaba decir: “En el transcurso de la evolución, nosotros [nuestros antepasados] hemos perdido nuestras conductas complejas instintivas. Se tuvo que hacer lugar en el código genético para que cupiera en él el plano de fábrica del cerebro, cada vez más grande, complejo y, por consiguiente, es tarea del córtex transmitir con las palabras de la cultura y transmitir mediante ‘ver hacer’ y ‘de oídas’ lo que ya no sabemos en la cuna.”

Darwin y sus émulos atribuyen a la lucha *interespecífica*, a la violencia (*vis*, fuerza en acción), el poder de hacer milagros a ciegas. *Violencia interespecífica, no intraespecífica*, con el instinto como protección de la especie contra sí misma. La violencia, entonces, nos resulta paradójicamente natural; la paz entre nosotros no puede ser sino cultural y, por ende, frágil.

#### “EN EL PRINCIPIO”

Los prehistoriadores llegan hoy a una casi certeza: el interminable paleolítico (menos de cuatro mil millones de individuos en tres millones de años) en camino hacia una prehumanidad es, al parecer, relativamente poco violento. Unas cuantas decenas de miles de bandas o tribus, de 30, 40 ó 50 individuos (cazadores, cosechadores, recolectores), tienen pocos contactos, salvo para el intercambio ritual de los sexos, y por lo mismo escasas ocasiones de enfrentarse, y también hay pocas cosas en juego. Los productos de la caza no se conservan, ni las bayas recolectadas. La humanidad se vuelve violenta al

acercarse el neolítico con el número, y por ende con las fricciones, y la recolección sistemática que prepara el camino hacia la ciudad (Jericó, mil individuos en un punto) y a la transformación agrícola y agropastoral (Caín y Abel). Con los graneros, el almacenamiento y la conservación de los víveres, aparecen las primeras cosas en juego. ¿Cómo apreciarlas? El estudio de los rastros de muerte violenta en los esqueletos, confirmado por la etnología, proporciona cantidades del orden del 10 por ciento de muertes accidentales provocadas. El incremento es rápido, de casi nada a un muerto de cada diez (rápido en el eje numérico, no temporal): 10 por ciento parece un máximo alcanzado con bastante frecuencia, pero nunca rebasado.

En cinco a 10 mil años, en toda la parte visible, delimitable, llegamos a una reducción que marca una tendencia del 10 al 1 por ciento, que fue la norma en los tres últimos siglos. En pocas palabras, la violencia regulada por la guerra en particular, en el seno de una *politie*, constituye una ganancia enorme en relación con la violencia anómica de principios del neolítico. Esto es lo que los historiadores pueden afirmar sin correr grandes riesgos de equivocarse.

Se deducen algunas reglas o casi leyes. La guerra<sup>3</sup> y la paz se oponen a lo largo de los dos últimos milenios, pero la paz, en el largo plazo, es globalmente lo que se opone a la violencia mortal. Y en cinco a 10 mil años, podemos saludar a la guerra, la guerra regulada, se entiende, entre *polities*, como el reductor tal vez más eficaz de la violencia que mata.

La violencia anómica, anterior o adyacente, es el asunto principal, la que mata, la que sangra. René Girard<sup>4</sup> está tan convencido de esto, que atribuye la noción de sagrado a la necesidad de detener el ciclo infernal de las *vendettas*, lo que me parece una simplificación. Con Mircea Eliade, yo asocio lo sagrado a la memorización del espacio, jalonado por *hierofanías*,<sup>5</sup> esos pronuntarios de algún arte antiguo de la memoria, anterior a las artes de la memoria que los retóricos enseñaban en la Antigüedad clásica a sus discípulos, las hierofanías que dieron origen a los *dioses poliados* que estructuran el suelo evidentemente sagrado de la Ciudad. Lo sagrado tiene pues un valor más

<sup>3</sup> André Corvisier, *La guerre, essais historiques*. París: PUF, 1995, pp. 9 y 357.

<sup>4</sup> René Girard, *La violence et le sacré*. París: Grasset, 1972.

<sup>5</sup> Término acuñado por Mircea Eliade en su obra *Tratado de Historia de las Religiones*. Se refiere a la toma de conciencia de la existencia de lo sagrado cuando éste se manifiesta mediante los objetos de nuestro cosmos habitual como algo completamente opuesto al mundo profano. (N. del T.)

ecuménico que aquel al que parece limitarlo René Girard, pero resulta claro que su misión, entre otras, es la de canalizar el riesgo vital que representa lo que yo llamo la violencia anómica.

Históricamente, esto ocurre en el momento de una mayor proximidad y de una (modesta) riqueza accesible, disponible, envidiada, fruto de un mayor esfuerzo marcado por la maldición/bendición del “ganarse el pan, el alimento, con el sudor de su frente”. Entonces estallan, de manera simultánea, la violencia anómica (primero sin reglas definidas) y la regulación, la idea de que esta violencia tenga una finalidad, un objetivo preciso. Este progreso es la guerra. La guerra, que es una violencia regulada, orientada, al servicio de un objetivo, con una finalidad. Así que les propongo que no se sumen al “condenemos la guerra” garibaldiano, sino al “condenemos la violencia y que la sustituya la guerra”.

Es necesario aprender a leer nuestros inicios. Terminamos verdaderamente de ser hombres cuando sabemos que vamos a morir. Este guión lo atestigua la tumba. Aparece con la primera transformación del número. Ubiquémonos en el paso del periodo de la cima del gran arte parietal, en la cúspide de la técnica de los microlitos y del neolítico (paso de siete-ocho a 50 millones de hombres); es entonces cuando surge la guerra, cuyo rastro se vuelve visible.<sup>6</sup>

#### LA GUERRA COMO ALGO “MEJOR”

De cualquier manera, una cosa es absolutamente segura: se trata de la lenta y oscilante caída del volumen de las pérdidas debidas a la violencia (anómica y regulada, no es posible establecer la distinción, en un principio) desde hace cinco a 10 mil años. Se deduce pues una segunda regla, complementaria de la primera (la guerra, violencia regulada, ordenada, con una finalidad, aparece históricamente como un modo eficaz de reducción de la violencia) —que planteo inmediatamente después—, el progreso del armamento desemboca (históricamente, en el mismo largo plazo) en la disminución de las pérdidas. En el largo plazo, digo, ya que de hecho, las dos proposiciones están estrechamente imbricadas. Hay que dar prueba de un poco de imagi-

<sup>6</sup> Pierre Chaunu, *L'axe du temps*. París: Julliard, 1994.

nación y considerar la heterogeneidad de las fuentes, de acuerdo con los lugares y los periodos. Es por eso que estas correlaciones escapan a los aficionados, a los tontos y a los fanáticos de toda especie.

Varios factores entran en consideración: el costo de las innovaciones, los fenómenos de histéresis, los valores en presencia, las escalas de la desigualdad fundamental de la información.

Pasamos de manera imperceptible de la violencia anómica a la guerra regulada entre *polities*, las sustituciones nunca son inmediatas, las diferentes formas, arcaicas y nuevas, siguen cohabitando. Tratemos de aclarar estas palabras abordando un punto técnico, a saber, el paso, en el enfrentamiento, del *golpe* al *lanzamiento*.

El *golpe* y el *lanzamiento*. O bien el guijarro sostenido con el muñón presentado del lado de la cintura va acompañado del brazo, o bien algo se lanza. El lanzamiento de la jabalina no es muy eficaz: poco alcance, fuerza de penetración rápidamente decreciente, fácilmente evitable.

Pero el *arco*, surgido de la jabalina, es el cohete intercontinental termónuclear en relación con los cañoncitos de la batalla de Crécy. Lo ubicamos al final del magdaleniano, es decir hace unos 10 a 11 mil años,<sup>7</sup> pero su aparición resulta difícil de precisar. El arco no se fosiliza. Así que sólo podemos contar con la representación parietal. No me es posible decir cuánto tiempo habrá sido necesario para que este instrumento, que aumenta la eficacia del cazador, sirviera para arreglar pequeños diferendos entre humanos.

Habrán sido necesarios varios milenios para que el *lanzamiento* (ese antepasado del *fuego*, incluidos el atómico y el termónuclear) supere al *golpe*. En el enfrentamiento de las grandes ciudades, hoplitas, falanges y luego legiones, el lanzamiento a pie o a caballo agota, pero el golpe zanja, domina, sangriento: 10 por ciento de muertos en el campo vencedor, de 40 a 50 por ciento en el campo vencido, luego de la ruptura y la huida. Tal es la razón por la que la ciencia del estratega consiste en elegir bien el terreno y el momento. Prueba de la supremacía del golpe, la parte largo tiempo restringida de la caballería. “En el ejército romano en tiempos de la República y del Alto Imperio, la caballería no representa nunca más que el 10 por ciento de los efectivos”.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Gabriel Camps, *La préhistoire. À la recherche du paradis perdu*. París: Perrin, 1982.

<sup>8</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), p. 78.

La domesticación del caballo, de hecho, no viene sino después de la del burro, al final de la carrera, en la última parte del neolítico, en Europa oriental, y en el calcolítico, en las orillas del Mediterráneo occidental, hacia 3000 a. C.<sup>9</sup> Contemos tres milenios para que tenga peso sobre el destino de los imperios. “A menudo estamos de acuerdo en ver en la batalla de Andrínopla, en 325 d. C.”, en la que el emperador Valens muere vencido por los godos, “la apertura de un milenio marcado por la preponderancia del caballo en Europa”.<sup>10</sup>

La innovación fundamental es el par silla-estribo, introducido por los árabes hacia 650. El punto débil durante mucho tiempo es la pata del caballo. Los galos habían encontrado la hiposandalia de cuero; la solución es la herradura, que surge hacia 850 y se extiende antes del año mil. En Poitiers (732), la caballería pesada de los cristianos supera a la caballería ligera y turbulenta de los moros (arabobereberes y auxiliares “hispani” tal vez cristianos).

Podemos concederle a André Corvisier que el empleo del caballo no sólo condicionó el arte militar, sino que también tuvo influencia en las estructuras de la sociedad feudal. En una palabra, desde nuestro punto de vista, la innovación tecnológica que acarrea y resulta de la entrada masiva del músculo animal más competente en el campo de batalla va a contribuir a una forma de guerra mucho menos sangrienta. “Es un arma costosa”, aquellos jinetes son el equivalente de los aviadores, el equipamiento del jinete es “el arsenal electrónico” y la maestría de esta nueva arma exige largo años de formación. Los jinetes cubiertos de hierro son invencibles; los mongoles, cuyos asaltos fracasan ante esta muralla viviente y metálica, se darán cuenta de esto en el siglo XIII. La cristiandad políticamente dispersa es más sólida que el imperio de China tras su muralla de piedra y tierra. Este armamento de lujo “contribuyó a la formación de una ética militar elitista que caracterizó a la caballería y a la práctica de la guerra”; en el siglo XIV se usará el término “guerreable”. La técnica entra en sinergia con los valores cristianos.<sup>11</sup> A la Iglesia cristiana le costó trabajo aceptar la guerra, incluso contenida, limitada.

<sup>9</sup> Gabriel Camps, *op. cit.*, (6), p. 282.

<sup>10</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), p. 79.

<sup>11</sup> Henri Dubois, “La paix au Moyen-Âge”, en *Les fondements de la paix, op. cit.* (1).

San Agustín cristianizó la antigua noción pagana de “guerra justa”, pero la guerra justa no funciona de entrada entre cristianos. La Iglesia multiplica los obstáculos. Desarma, civiliza la guerra, cuida que se limiten al máximo las pérdidas humanas. Y también tiende ya hacia el cero pérdidas y lo extiende a los dos campos enfrentados.

La guerra se vuelve tan sofisticada y tan “guerrearable” que llega a ocurrir que se encuentre un pretexto para rebasar los límites y ceder a la rabia de matar. La Guerra de los Cien Años corta la preponderancia de la caballería sobreprotegida. Entramos en un nuevo ciclo. El perfeccionamiento del arco (*long bow*) contribuyó a apresurar el retroceso de la caballería.

Una dificultad persiste, insuficientemente dominada... Al lado de la guerra real, sigue vigente la guerra privada. Deja pocos rastros en la documentación. Es la intermediaria entre el enfrentamiento de verdaderas *polities* y la violencia intertribal, más arcaica. A veces cuesta trabajo distinguirla del bandidaje. Aparentemente poco sangrienta, unitariamente, aunque abundante, implica fuertes pérdidas que sólo dejan pocos rastros. No produce archivos. El señor, jefe de una minúscula *politie*, con o sin autorización real o principesca, se entrega al incendio de las cosechas y de las casas en ruinas del adversario. ¿Cuántas víctimas de fuego pueden imputarse a esta violencia rampante que no es guerra por completo? El retroceso, y luego la eliminación, de la guerra privada de los siglos VIII-IX a los siglos XV-XVII son, en la cristiandad latina, el mayor reductor de la violencia. Francia e Inglaterra son las primeras en deshacerse de ella, y es algo ya patente a finales de los primeros treinta años del siglo XVI; las sigue España con más de un siglo de intervalo; Alemania, mucho después; y el espacio danubiano, sólo en el siglo XVIII.

La reprobación categórica que condena en Francia las guerras de religión –cuyas fases más sangrientas, como lo demostró Denis Crouzet, se sitúan en el decenio 1560-1570, antes de la organización de los dos bandos, más próxima pues de la Matanza de San Bartolomé (1572)– (además de la reflexión teológica sobre la motivación pretextada) se explica por el sentimiento de una regresión y del resurgimiento de un pasado rechazado. Las guerras de religión son como una forma de guerra privada salida de cenizas todavía encendidas. Pero ya no es sino un leve sobresalto.

## UNA GUERRA PUEDE ESCONDER OTRA

De manera más sutil, en el interior mismo de los ejércitos reales, dos tipos de guerras cohabitan y durante mucho tiempo permanecieron yuxtapuestas.<sup>12</sup> En el siglo XVI, el caballero va acompañado de un escudero, el piquero, ese caballero sin caballo, que aprendió las sutiles maniobras del “tercio”,<sup>13</sup> y que por su parte también se hacía acompañar, para cargar su pesado y costoso equipo, de un sirviente (*goujat*). Si bien el caballero y el piquero practican entre cristianos la guerra guerreable, los sirvientes practican entre ellos, en su beneficio, una forma de guerra mortal, en enfrentamientos y devastaciones de los bienes de los campesinos, una forma de guerra anexa, parásita, en la que la violencia encuentra muchas menos limitaciones.

El lanzamiento se transformó en fuego, la ballesta, de manejo delicado y que tiene mala fama, cede rápidamente su lugar al mosquete, antes de que con la piedra, el fusil no les lleve la delantera.<sup>14</sup>

En el siglo XVI, el *golpe* y el *fuego* conservan la jerarquización antigua de los valores. El prestigio del golpe respecto del fuego heredero del lanzamiento subsiste hasta el casquillo (generalizado hacia 1700) que, al juntar el fusil y la bayoneta, reúne en la misma arma el pasado prestigioso y el porvenir eficaz de un tiro cada vez más vigoroso, del que no tardan en aprender a protegerse. El prestigio del golpe, y de la proximidad cuerpo a cuerpo, de lo tangible, sigue siendo durante mucho tiempo un elemento básico del arte militar. Así, el piquero, en los siglos XVI y XVII, le lleva la delantera al mosquetero. El retroceso regular de la caballería se explica por el perfeccionamiento de la maniobra a pie. El tercio español, ese cuerpo de élite por excelencia, evoluciona en el campo mismo de batalla, con la precisión –y estoy tentado a decir la elegancia– de un ballet de la corte. Imposible alcanzar ese grado de perfección con caballos que se encabritan. El hombre obedece mejor.

<sup>12</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), p. 37.

<sup>13</sup> En español en el original. Cuerpo de infantería que en los siglos XVI y XVII equivalía al actual regimiento. Los tercios fueron la unidad administrativa y táctica de la infantería española de 1534 a 1704. (N. del T.)

<sup>14</sup> André Corvisier, *op. cit.*, (3), pp. 161 y 170.

En una palabra, pues, el único dato objetivo es el del volumen global de las pérdidas humanas, consecuencia directa o indirecta de una acción violenta, la que hace funcionar a la guerra. Esas pérdidas pueden evaluarse de manera desigual. Los efectos de las guerras reguladas entre *politíes* pueden medirse de manera relativa, los de la violencia difusa, la que escapa al control de las sociedades complejas, en el mejor de los casos pueden ser evaluadas. La resultante es difícil de alcanzar. Algo es seguro: dicha resultante es, en pocas palabras, decreciente. Proporcionalmente, la guerra mata menos; su objetivo no es matar, sino vencer. El progreso del armamento acompaña al de las sociedades y de los medios económicos disponibles. La nueva arma mata por sorpresa.

Así, las pérdidas son inversamente proporcionales al nivel de desarrollo del armamento. La historia no empieza verdaderamente sino en el neolítico. Se cuentan siete mil millones de destinos antes, en un periodo de tres millones de años, y ochenta mil millones desde entonces, en un periodo de diez mil años. Las primeras sociedades neolíticas pagan un tributo tanto más pesado cuanto que son menos complejas. La guerra regulada economiza la vida, pero el factor masivo de reducción de pérdidas humanas corresponde a los progresos del control estatal, cívico, sobre los territorios alejados del centro de decisión. Con una ventaja, rápidamente, del Oeste sobre el Este.

¿EL SIGLO XX HARÁ QUE NO SE CUMPLA LA REGLA?

Sería fácil escribir una historia que se detuviera en 1914. Les haré el esbozo de tal historia. Paso planetario de cerca del 10 a menos del uno por ciento de mortalidad violenta, que no contradicen algunas sacudidas notorias. Descenso, camino hacia menos del uno por ciento de pérdidas, en las zonas de población y de control directo europeo. En el espacio de Europa, la fase de construcción de los grandes Estados administrativos va acompañada de pesadas sangrías (Francia, en 1710, 400 mil hombres para las tropas reguladas, cerca de 600 mil, milicianos y guardias costeros incluidos, más pesado para la nobleza que para los plebeyos; con una tasa del 11 por ciento de pérdidas en relación con los efectivos). Nada prueba que dichas pérdidas excedan a las del siglo XVI y de la primera mitad del XVII, cuando se incluyen las pérdidas debidas a la violencia, a las revueltas y a las zonas todavía mal controladas.

La institucionalización de la guerra, de finales del siglo XVII al XIX, incluye efectos benéficos; la práctica de la guerra de masas en el siglo XX implica un retroceso pasajero, anunciado por el lamentable episodio revolucionario.

Si salimos del espacio europeo, notamos que el control colonial sobre las tres cuartas partes del planeta, luego de los efectos del golpe microbiano y viral sobre la América de las planicies, en la primera mitad del siglo XVI, redujo de manera considerable las pérdidas imputables a enfrentamientos ya sea internos propios de estructuras de Estado débiles (por ejemplo, en China, la rebelión de los taiping), ya sea a fricciones de carácter intertribal. El periodo de un siglo, de 1815 a 1914, corresponde al nivel mínimo de pérdidas planetario jamás alcanzado, más cercano que nunca al nivel cero.

Cañones de acero, cargados por la culata, cañones estriados, armas automáticas, submarinos (diesel eléctrico...), no es difícil apreciar el ritmo del progreso técnico en relación con lo que precede o con lo que sigue. Si la historia se detuviera en 1914, la respuesta a la pregunta planteada sería simple, inequívoca: un sí franco y masivo. El progreso del armamento en 10 mil años fue sin duda un factor de paz. La correlación es estrecha entre los progresos del armamento, la producción de armas y la disminución de las pérdidas debidas a la guerra, y de manera global más claramente debidas a la violencia (incluida la guerra).

#### LA VERDADERA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Las cosas se complican un poco con la segunda “guerra de treinta años” (1914-1945). El célebre argumento de los comerciantes de cañones belicistas, que repite hasta el cansancio el muy inepto “Imperialismo, última fase del capitalismo” de Lenin, no resiste la crítica. François Crouzet y François Caron, historiadores economistas, autoridades tanto en Francia como en los países anglosajones, han demostrado la insensatez del dicho. Los capitalistas saben que lo que enriquece no es la guerra sino la paz. En tiempos de paz, la parte de la industria de guerra es muy débil y, en tiempos de guerra, las ganancias netas del sector tienden a cero en virtud de las trabas y las sangrías. El argumento tiene un valor emocional. Ni la economía de la Alemania nazi ni la de la URSS funcionaban de acuerdo con las leyes del mercado... El periodo que comienza en 1933, de acuerdo con un estricto análisis

marxista, habría tenido que desembocar en un periodo pacífico, con pérdidas casi nulas. Es inútil perder el tiempo en refutar semejantes teorías.

Dos puntos delicados: 1914 y la instauración de la paz atómica de 1945 a 1991. Mi tesis cabe en dos o tres enunciados.

El desencadenamiento de la primera Guerra Mundial no es premeditado.<sup>15</sup> Nadie lo desea en realidad, al menos nadie responsable. La secuela de 1939 fue tan fatal como el desencadenamiento de 1914 fue casual. Es por esa razón que no hablo del desencadenamiento de la guerra de 1914-1918, sino de la guerra de treinta años de 1914-1945.

El objetivo del sistema de alianzas no es la guerra sino la paz. Las alianzas complementarias de 1895/1900/1914 son apenas menos eficaces que la cogarantía bismarckiana, más sutil. Fue necesario, para desencarrilarlo, un concurso muy improbable de circunstancias. La suma de errores es agobiante, con el gobierno imperial alemán como el que acumula la mayor cantidad.<sup>16</sup> De qué sirve la guerra cuando la paz le garantiza a uno estar en primera fila. Alemania publica desde 1900 más títulos que el Reino Unido, Francia y Estados Unidos juntos. Su economía le pisa los talones a la de Estados Unidos. La carrera por la supremacía naval fue un error. ¿De qué sirve provocar al Imperio Británico en el único plano en el que Inglaterra es invencible? En 1912, poniendo rumbo hacia la artillería y las armas automáticas, Alemania desacelera. El gobierno alemán piensa que esta voluntad de apaciguamiento no pasa inadvertida en Londres. El estado mayor comete entonces un triple error: sobreestimar a Rusia como enemigo principal, subestimar a Francia y no medir los riesgos en cuestión de política internacional del plan Schlieffen,<sup>17</sup> que diplomáticamente sólo resulta tolerable en el caso de una agresión deliberada de los francorrusos, en la hipótesis de un compromiso absoluto de Francia hacia Rusia, consecuencia de una agresión rusa evidente, no provocada.

<sup>15</sup> Georges Sountou, "1914: vers la guerre des trente ans. La disparition d'un ordre européen", en *Les enjeux de la paix, op. cit.* (1), pp. 55-80.

<sup>16</sup> Jean-Baptiste Duroselle, *La grande guerre des Français. 1914-1918*. París: Perrin, 1995.

<sup>17</sup> El mariscal Schlieffen elaboró progresivamente el plan de guerra llamado Plan Schlieffen, que consistía en contener una eventual embestida rusa al Este y en buscar la decisión en Francia mediante una maniobra giratoria, que implicaba la invasión de Bélgica para evitar los fuertes franceses en el Este; las fuerzas francesas debían ser perseguidas en dirección del Jura y aniquiladas. Este plan fue retomado por Moltke en 1914 y pareció tener éxito, hasta la batalla del Marne.

1914, o un ejemplo patente de lo que puede designarse como “la lógica de lo imprevisible”, definida por la suma de los errores acumulados y de las desviaciones de apreciación, cuando no se cuenta con referencias verdaderas. En agosto de 1914, exceptuando a Grey en Londres, a Bethmann-Hollweg paradójicamente en Berlín, y pronto a Benedicto XV en Roma, nadie consideró la posibilidad de una guerra prolongada.

Error de apreciación también psicológico. Pocos fueron en efecto los que apreciaron el poder del sentimiento nacional que va a permitir movilizaciones de una amplitud y de una duración, así como una suma de sacrificios aceptados, que nadie había considerado. Rusia resultó ser la más frágil; Francia –lo que resulta una sorpresa– e Inglaterra gobernadas por regímenes parlamentarios demuestran ser las más aptas para pasar la prueba. Alemania se acerca a ellas. Austria-Hungría, por su parte, también da la sorpresa. El ejército de este país multinacional se sostiene mediante el vínculo dinástico.

Errores sobre las incidencias del nuevo arsenal. Al parecer se es más hábil en la fabricación de las nuevas armas en serie (es un juego para la nueva industria) que en la apreciación exacta de su incidencia sobre el complejo militar. Las espantosas bajas, sobre todo del lado francés, provienen de una subestimación del fuego. La respuesta, posteriormente, se organiza y la disminución de pérdidas, desde 1915, y sobre todo 1916, es regular y progresiva.

¿Por qué fracasa el concierto europeo, concierto que, desde el Congreso de Viena (1815), había logrado perfectamente evitar la extensión de los inevitables conflictos? Ni la unidad italiana, ni el conflicto franco-prusiano de 1870 tuvieron jamás malos resultados. Varias rivalidades coloniales, por ejemplo la anglo-francesa y la anglo-rusa, sólo desencadenaron tensiones diplomáticas, incluidas las de los dos conflictos marroquíes de 1905 y 1911. El concierto europeo funcionó en 1911, pero también lo hizo durante numerosos conflictos balcánicos, lo que, ciertamente, dejó rastros. De hecho, es en una herida austro-rusa (balcánica) y una herida franco-alemana reavivada por la crisis de 1911\* donde se ubica la falla.

Sabemos hoy que ni la opinión francesa ni los responsables políticos consideraron jamás seriamente una guerra para recuperar Alsacia-Lorena; agre-

\*Berlín concede una autonomía relativa a Alsacia-Lorena, hasta entonces administrada directamente por Prusia (nota de la redacción).

guemos que el estatuto de 1911, ciertamente incompleto, y la consternación de los alsacianos y lorenos ante la histeria, con apariencia de anticlericalismo, cada vez más anticristiana, de los republicanos radicales en el poder en Francia había tendido, con el tiempo, a transformar el irredentismo alsaciano en aspiración a una verdadera autonomía (es claramente distinto para la mitad francófona de Mosela). Sabemos también que el pangermanismo bravucón de una parte de la prensa alemana absolutamente libre no toca más que a minorías muy reducidas. Incluso cuando el canciller Bethmann-Hollweg, en 1912, habla de un conflicto entre *Deutschtum* y *Slawentum*, es necesario hacer que voten las confianzas; nos arrastra la retórica parlamentaria, pero la cosa no llega muy lejos en el ámbito de los responsables civiles. La vulnerabilidad de Alemania proviene no del peso excesivo del Estado, sino de su debilidad. Alemania es una sociedad poderosa, agitada, pero gobernada con laxitud.

La autonomía del Estado Mayor forma parte de este complejo. El Estado Mayor alemán, sin lugar a dudas el mejor en 1914, impondrá soluciones técnicas a situaciones políticas que no logra apreciar de manera adecuada. Imaginar que Inglaterra no reaccionará ante la violación de la neutralidad belga es una metida de pata gigantesca. Una de las claves de la paradoja de esta guerra no deseada, y sobre todo mal prevista, que impuso su lógica absurda a los que se suponía que la iban a conducir, proviene a mi entender de la debilidad de la información.

A la cabeza de Alemania encontramos a una figura débil y acomplejada, el emperador Guillermo II, al que se da más poder del que en realidad ejerce. En noviembre de 1913, el barón Beyens, ministro de Bélgica en Berlín, notable francófilo, da a Jules Cambon<sup>18</sup> una noticia inquietante, a saber las palabras de Guillermo II a Alberto I, de visita en Postdam: “Una guerra con Francia es inevitable y está próxima, [...] y cuestiona [...] la actitud del gobierno y el espíritu de revancha del pueblo francés.” Alberto I protesta con firmeza. Moltke está presente y pondera a su emperador y rey. Consciente de su superioridad y de una relación coyuntural favorable, un partido en el seno del Estado Mayor desea que un error del adversario proporcione un *casus belli* plausible. Cambon previene adecuadamente a Poincaré. El gobierno francés no cometerá el error, que más bien recae en el gobierno

<sup>18</sup> Jean-Baptiste Duroselle, *op. cit.* (14), p. 17.

alemán empujado por su Estado Mayor. Una vez más, la suma de errores de apreciación es sorprendente. Sobreestimación de la fuerza rusa, subestimación de Francia fragilizada por la debilidad de la natalidad y la amplitud de la ruptura entre laicistas agresivos y católicos acosados, fantástica sobreestimación del peligro paneslavo y de la amenaza serbia, subestimación de la fidelidad dinástica de los católicos croatas y de su odio hacia los serbios, subestimación de la determinación del Reino Unido. Se entiende que militares hayan podido subestimar el rechazo inglés de todo control sobre Bélgica y de la violación demasiado ostensible de la firma en la parte final de un tratado. Lo más sorprendente es el enorme agujero negro del 28 de junio a las 18:00 horas, fecha del envío del ultimátum austrohúngaro aprobado por Alemania.<sup>19</sup> Tres semanas se perdieron, tres semanas para movilizar el concierto europeo. Lo político existe, pero su parálisis es grave. Seis potencias: Francia está debilitada, es la única república, lo que es una desventaja; Francisco José es un viejo sin fuerzas; Nicolás II, una suave réplica de Guillermo II; sólo Inglaterra tiene un gobierno, pero imperial; Alemania tiene industriales, generales y científicos; por último, Italia está fuera de la jugada. A Europa le hace falta un Metternich, un Luis Felipe o un Bismarck. Veintiséis días de inacción y diez días para demoler lo que un siglo había edificado, o mejor aún, terminado.

La historia vista desde Sirio está hecha de tendencias y corrientes, pero el acontecimiento existe para los terrícolas. El observador de Sirio distingue tres fases: incremento de la violencia del guijarro reventado en el neolítico; retroceso en 10 mil años por *polities* canalizadoras y guerra regulada; ruptura de equilibrio y ciclo corto que confirma la regla planteada y verificada de la correlación trazada entre progreso del armamento y disminución de las pérdidas.

No les relataré esta segunda guerra de 30 años. Se le imputan 106 millones de muertos directos o indirectos, un nivel vertiginoso, debido no a las armas sino a las matanzas en frío. Por vez primera desde el siglo XVII, las pérdidas civiles sobrepasan con mucho (en 1939-1947) a las pérdidas estrictamente militares.

<sup>19</sup> ¿Pero aprobado por quién? Por Guillermo II, quien no lee bien, y por Bethmann, quien se da cuenta pero no tiene voluntad para hacer que su prudencia prevalezca.

Ni la solución final ni las hecatombes del gulag o de las hambrunas científicamente organizadas en Ucrania son imputables al armamento. Datos entre mil: durante la guerra de 1914-1918,<sup>20</sup> Francia perdió el 25 por ciento de los hombres movilizados, y Alemania, el 22; de 1939 a 1945, Alemania perdió el 35 por ciento de sus movilizados y el 8 de sus civiles.

Comunismo y nazismo, los dos grandes asesinos, son productos y actores de esta nueva guerra de tres décadas. Los errores de los tratados de 1919 y 1920, la entrada en juego de los aprendices de brujo de la política terminan de programar la segunda fase, de lejos la más devastadora.

De 1945 a 1950, toda persona, por poco sagaz que fuera, considera que la tercera fase ha empezado. Es entonces cuando se produce el milagro de la bomba atómica. Lo debemos a la carrera desenfrenada por el átomo, de la fisión a la fusión, del avión al cohete. El paréntesis de los gases quedó cerrado luego de la primera fase, porque añadía un aumento intolerable de sufrimiento para una apuesta que se anula. La energía atómica es el episodio de los gases al cuadrado. Resulta claro que la bomba atómica apresura la formación del duopolio que revela ser eficaz en un punto... la tercera Guerra Mundial no tuvo lugar. Y, con mayor razón, después de 1991, ya que por el momento es impensable que Estados Unidos, solo en la lid, se haga la guerra a sí mismo. Luego de la supresión de las apuestas, asistimos a la desaparición *de facto* del adversario.

Ahí es donde reside la dificultad y donde da inicio un nuevo ciclo de la historia de la violencia, que describiré a grandes rasgos.

Habría que estar loco para lamentar el duopolio, el riesgo que implicaba y... con mayor razón, para lamentar que el armamento atómico haya frustrado a los politólogos de la tercera Guerra Mundial. No todo lo hemos perdido... Vean a Bosnia, a Ruanda, a Burundi, conflictos con armas que se consiguen a crédito y de segunda mano, y que matan. Esas pequeñas guerras (como las guerras privadas medievales) son chupadoras de sangre, ya que mantienen antiguos odios en el fuego lento de los siglos.

Así, los 50 años de no guerra mundial están marcados masivamente por una transferencia de la violencia interestatal de los grandes a la violencia intraestatal. El comunismo por violencia intraestatal sigue siendo, hasta

<sup>20</sup> André Corvisier, *op. cit.* (3), p. 174.

nuevo aviso, la mayor ideología asesina de la historia. Esa violencia era programada, organizada y, en este sentido, relativamente regulada, salvo quizá en China durante la revolución cultural, que hacía que en el Oeste se extrañaran de gusto las almas sensibles y las cabezas ligeras.

La violencia se presenta hoy en dos formas. Una es la que acabo de mencionar, la de las guerras tribales debidas a la retirada rápida de los arbitrajes y controles coloniales, así como a viejas rencillas etnotribales reguladas con un armamento “industrial”, e incluso “posindustrial”, a precios regalados y mal administrado. Otra forma, aún más infinitamente difícil de controlar, es la fantástica llamarada de violencia verdaderamente anómica en el seno de centros urbanos y periurbanos de las sociedades industriales de alta tecnología. Estas violencias se deben a la pérdida de los sistemas de valores de exhaustas sociedades de conciencia<sup>21</sup> muy antiguas. Se trata de todo un sistema de valores que se encuentra hecho jirones.<sup>22</sup>

Podría aportar un gran número de ejemplos y de cifras. Bastará con remitirse a la excelente comunicación de Denis Szabo,<sup>23</sup> sociólogo criminalista de talento que dirige el instituto de investigación correspondiente de la Universidad de Montreal. Como siempre, Norteamérica se anticipa, pero por poco. La crisis no la excluye: “Los crímenes de violencia se multiplicaron cinco veces entre 1960 y 1992: se estima que ocho norteamericanos de cada diez serán víctimas de este tipo de crímenes al menos una vez en su vida... dos asesinatos de cada cinco nunca serán identificados. El número de policías (500 mil) no ha cambiado desde 1960, un millón y medio de guardias privados garantizan la protección de los más pudientes. Los homicidios, en 1960, eran de origen mayoritariamente doméstico, hoy, son en su mayoría crímenes de desconocidos que siembran el terror”. La solución no es técnica, es política, ética, y sobre todo ontológica. Lo único que hace falta es voluntad.

Sin embargo, a decir verdad, todo cabe en una sola pregunta. ¿Tiene la vida humana el valor suficiente para que aceptemos a veces “perderla para salvarla”? ❧

<sup>21</sup> El término es de Alain Peyrefitte, *La société de confiance*. París: Odile Jacob, 1995.

<sup>22</sup> Su inversión, que paraliza a la policía y la justicia, fue descrita de manera pertinente y profética en Alain Peyrefitte, *Les chevaux du lac Ladoga*, 1981, retomado en *La France*. París: Omnibus, 1996.

<sup>23</sup> Denis Szabo, “Intégration normative et évolution de la criminalité”, pp. 202-230, en *Valeurs et modernité autour d'Alain Peyrefitte*, dirigido por Raymond Boudon y Pierre Chauvin. París: Odile Jacob, 1996.

---

## Dos cartas

Pedro Espinosa y Dávalos

**E**l 17 de enero de 1861, el presidente Benito Juárez ordenó la expulsión del delegado apostólico en México, Monseñor Luigi Clementi, y de los prelados mexicanos que habían colaborado con el gobierno conservador: el arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros, el obispo de Michoacán, Clemente de Jesús Munguía, el obispo Pedro Barajas de San Luis Potosí, y el obispo de Guadalajara, Pedro Espinosa y Dávalos. Tras ser recibidos a pedradas en Veracruz el 27 de enero, los obispos partieron al destierro siguiendo diferentes rutas. Mientras que el arzobispo se dirigió a Cuba, Barajas y Espinosa optaron por viajar primero a Nueva York, desde donde se embarcarían hacia Europa. Así, ambos tendrían finalmente la oportunidad de conocer Estados Unidos, la nación más admirada por los liberales triunfantes en la Guerra de Reforma.

Dirigidas al arzobispo de la Garza y fechadas en Nueva York el 17 de mayo y el 29 de junio de 1861, las cartas de Pedro Espinosa que se reproducen a continuación muestran el gran entusiasmo de los obispos exiliados frente a la vitalidad de la Iglesia Católica en Estados Unidos. La fecha no es asunto menor: Espinosa escribe apenas dos años después de la separación Iglesia-Estado en México, y a unas cuantas semanas del ataque confederado a Fort Sumter en Carolina del Sur. El obispo de Guadalajara prácticamente no hace mención de la recién comenzada Guerra Civil, ni de las simpatías de Lincoln por los liberales mexicanos. Antes bien, presenta a Estados Unidos como una tierra de libertades en la que el catolicismo había podido florecer espectacularmente: en menos de un siglo, la Iglesia norteamericana contaba con más de cuarenta diócesis, varias provincias de religiosos, y centenares de centros de culto, monasterios y casas de educación, donde se educaban “innumerables niños y niñas, hasta de los protestantes”. Fascinado por la devoción de los creyentes norteamericanos, Espinosa tampoco registra los ecos del tradicional anticatolicismo pro-

*testante, que mezclaba el rechazo a los inmigrantes irlandeses, franceses y alemanes, con el miedo a una conspiración “papista” para acabar con la república (un ejemplo elocuente de este anticatolicismo es el bestseller de Samuel F. Morse, Foreign Conspiracy Against the Liberties of the United States, publicado en 1834). Si no lo hace, es en parte porque reconoce la clave fundamental del florecimiento católico en Estados Unidos: el régimen de libertad religiosa derivado de la separación Iglesia-Estado. Por más protestantes que hubiera, en Estados Unidos la Iglesia gozaba de una “absoluta libertad e independencia”, al grado que ni siquiera debía notificar la celebración de concilios provinciales a la autoridad civil. Mientras que en México algunas legislaturas se empeñaban en crear una “Iglesia católica apostólica mexicana”, en Estados Unidos el gobierno no se creía con derecho a “hablar una sola palabra” en materias religiosas.*

*Este par de cartas, entonces, son importantes no sólo porque permiten ver a Estados Unidos a través de ojos extranjeros (una larga y fascinante tradición, que pasa por Tocqueville y todo el republicanismo hispanoamericano), sino, sobre todo, porque muestran que la separación Iglesia-Estado, en su versión norteamericana, no fue siempre una opción intolerable para los prelados mexicanos. De hecho, pese a su imperialismo de primera hora y su firme convicción de que México era una nación “exclusivamente católica”, varios obispos terminarían por preferir la solución juarista a las propuestas regalistas de Maximiliano. Valdría la pena recordar este interesantísimo antecedente ahora que tanto se discute sobre el futuro del Estado laico y la libertad religiosa en México. (Pablo Mijangos y González)*

Archivo Histórico del Arzobispado de México  
Sección: Secretaría Arzobispal. Serie: Correspondencias  
Caja: 103. Núm. Expediente: 18  
[Primera carta de Espinosa al arzobispo de México]

Illmo. Sr. Dr. D. Lázaro de la Garza  
New York, Mayo 17 de 1861

Venerable hermano y señor de toda mi consideración y aprecio,

Hoy para V.S.I. y mañana para nosotros se cumplen cuatro meses de habérnosos intimado la orden de destierro, y a la Divina Providencia debemos el conservarnos con salud, a pesar de la diferencia de clima, alimentos y méto-

do a que estábamos acostumbrados: espero de Su Majestad que a V.S.I. haya concedido el mismo beneficio sin que ese mal temperamento le haya ocasionado alguna enfermedad.

Por la carta pastoral que en 6 de Marzo dirigí a mi Diócesis desde New Orleans, y de la que le remití a la Habana un ejemplar, se impondría V.S.I. de los institutos religiosos que hay en aquella ciudad, a ciencia y paciencia del gobierno y sin que éste intente disolverlos o cerrarles sus noviciados. El 6 de Abril a las 6  $\frac{1}{4}$  de la tarde salimos de allí; embarcándonos en el vapor *Magenta* y después en el *Telegraf*, y navegando por el inmenso río Missisipi y el Ohio: la navegación es de 1.400 millas y duró hasta el día 13 a la 1  $\frac{1}{2}$  de la madrugada, en cuya hora llegamos a Cincinnati; pero el día anterior nos detuvimos cuatro horas en Louisville, visitamos al Sr. Obispo quien nos llevó a ver su Catedral (poco más larga que la de Guadalajara), y por la brevedad del tiempo no nos llevó como quería al establecimiento de las hermanas de la caridad. En Cincinnati nos detuvimos hasta el 19 a las siete de la mañana, tomamos el ferrocarril y llegamos a Philadelphia el 16 a las cinco de la tarde, habiendo caminado 885 millas. El 22 a las 12 del día salimos por el ferrocarril y en tres horas tres cuartos llegamos a New York, donde permanecemos hasta ahora.

He tenido el honor y la satisfacción de conocer a los Ilmos. Prelados de Louisville, Cincinnati, Philadelphia, New York, Pittsburgh y Buffalo: los dos últimos han emprendido viaje de más de 300 millas sin más objeto que el de saludarnos, los otros nos han obsequiado hasta donde han podido, y manifestándonos el sentimiento y amargura de su corazón al vernos desterrados y al considerar los trastornos de la Diócesis de México. Por acá no se sabe ni la octava parte de lo que por allá ha pasado, y sin embargo por lo poco que ha llegado a su noticia nos encomiendan a Dios N.S. con tanto empeño, que las religiosas del Sagrado Corazón, a orillas de esta ciudad, estuvieron por un año ayunando todos los viernes.

Cuando en México han acabado con los religiosos y están acabando con las monjas, aquí, que es un país protestante, hay seis o siete provincias de Jesuitas, abadía de benedictinos cuya comunidad es de ciento cincuenta, otra de trapenses en número de sesenta y cuatro, provincias de dominicos y franciscanos, hermanos de la doctrina cristiana, redentoristas, lazaristas y paulinos, y todos con varios establecimientos: y de religiosas unas de votos

solemnes y otras de simples, hay del Sagrado Corazón, ursulinas, de la Merced, dominicas, carmelitas, de la Santa Cruz, de Nuestra Señora, del Buen Pastor, de la Caridad y no sé cuántas otras; por todas partes tienen sus monasterios y casas de educación, y a su cargo y al de los religiosos se ven innumerables niños y niñas hasta de los protestantes: esto me da mucho gusto y también envidia de que no sea lo mismo en nuestra patria.

Como debo alegrarme de que la verdadera religión florezca en todas partes, procuro hacerme de todas estas noticias (que tal vez algún día me servirán) y estos Ilmos. Prelados me las dan con mucho gusto y aún añaden otras. Por SS. Ilmas. sé que de los 200.000 habitantes de New Orleans, 20.000 son católicos y tienen 17 templos: de 250.000 que tiene la ciudad de Cincinnati 80.000 son católicos y tienen 22 templos: Boston es población de 160.000, y de ellos 85.000 son católicos: Philadelphia tiene 500.000 almas, 100.000 son de católicos, y además 160.000 en el resto del Obispado: New York tiene 700.000 almas, y son católicos de 280.000 a 300.000, son 27 templos. Esto es para dar gracias al Soberano Dador de todo bien, porque hace que su religión santa florezca y se aumente el número de católicos, y mucho más si se atiende a que este número aumenta, no solamente por la continua inmigración de católicos, sino también por lo que dice a Su Santidad el 2º Concilio provincial de Cincinnati celebrado en 1858 “*Quod vero videntes gaudemus, ingens rei christianae hisce nostris in terris incrementum, hoc... partim, quod nobis quidem longe jucundius, ex praejudiciorum é protestantium mentibus obliteratione. Quo factum est ut qui prius quidquid catholicum sonoret odio prosequerantur, ii in praesentiarum in animum inducerint ut sua aequae ac catholicorum argumenta ad trutinam revocarent; cujus rei ille sua natura beneficentissimus est effectus, ut quam veritatem hinc inde scrutari conati sunt, eam hilari tandem anima invenerint, inventaeque, Dei gratia suffulti, adhaeserint tenacissime*”.

¡Ojalá y pueda algún día decirse otro tanto de los que en México persiguen la santa religión de nuestros padres! Pero por ahora no tengo sino motivos de aflicción y de congoja. En mi Diócesis tuvo también lugar el inicuo decreto de reducción de conventos de religiosos, haciéndose pasar las de Jesús María a Santa María de Gracia, las de Santa Teresa a Santa Mónica, y las Capuchinas de Lagos a las de Guadalajara. Del Cabildo eclesiástico han sido desterrados el Sr. Nieto arcediano, el Sr. Orozco prebendado, y anda escondiéndose en los ranchos el Sr. Camarena doctoral. En la cárcel

pública han estado el referido Sr. Arcediano antes de su destierro, varios párrocos y otros sacerdotes, no pocos desterrados, y otros ocultándose en los montes y barrancos. Secularizados los Colegios de niñas de S. Diego y de Santa Clara, la casa de Misericordia, Belén y San Juan de Dios. El Seminario Conciliar arrojado de su casa (la cual sirve ahora para instituto), despojado de su biblioteca y de las máquinas y demás instrumentos de la cátedra de física, y hasta de los vasos y demás utensilios de refectorio. Ocupada la casa episcopal por el Gobierno mientras no se edifique de nuevo el palacio del Estado, y que ni siquiera se empieza ni aún se piensa en eso; y entre tanto el Provisorato y las otras oficinas del Obispado en casas particulares. Y tantas otras cosas que allí pasan y que no refiero por no alargarme más, todas son para llorar. Dios N.S. se digne abrir los ojos a esos infelices que persiguen a la Iglesia y a todo lo que le pertenece, y a nosotros toda la fortaleza necesaria para sufrir y llevar en paciencia lo que podemos.

Suplico a V.S.I. se sirva dar mis afectuosas expresiones a los Sres. Cedi- llo y Lic. Molina, recibir las de Ignacio García, Dr. Arias y P. Parra, y mandar a su afmo. hermano, amigo y servidor que atento B.S.M.

Pedro, Obispo de Guadalajara  
[Segunda carta]

Illmo. Sr. Dr. D. Lázaro de la Garza  
New York, Junio 29 de 1861

Mi venerable hermano, estimadísimo amigo y señor,

Por la muy apreciable de V.S.I. que acabo de recibir, veo que se conserva V.S.I. con salud, por lo que doy gracias a Dios N.S. y le pido se la conserve todavía muchos años. El Sr. Barajas y yo, lo mismo que Ignacio García y demás eclesiásticos que nos acompañan, estamos buenos, aunque temiendo lo que pueda sucedernos en la navegación, que dará principio el 17 del que entra con dirección a Liverpool, iremos a Roma y de allí a Sevilla que dicen es temperamento parecido al de México: esto es lo que pensamos hacer, a no ser que Dios N.S. disponga otra cosa.

A más de las confirmaciones que hice a mi tránsito por Cincinnati, las he hecho aquí el 23 de Mayo en la Iglesia de S. José, confirmando a 545, el 26

del mismo en la de San Vicente de Paúl a 99, el 28 en la de San Juan a 211, el 30 en la de Santa Cruz a 396, el 13 del corriente en la de San Francisco Xavier a 600, el 16 en la de San Pedro a 452, el 23 en el Colegio de San Juan a 100, y para mañana y pasado mañana las voy a hacer en otras iglesias. El Sr. Barajas las está haciendo en otros templos, y tenemos el gusto de ocuparnos en algo de nuestro ministerio, y de ayudar siquiera en eso poco a este Sr. Arzobispo que no goza la mejor salud. Admiro el orden y recogimiento que guardan aquí los fieles en las confirmaciones: los que no se confirman ocupan las tribunas altas y los asientos inmediatos a las paredes, quedando en los del centro los niños que van a confirmarse, a un lado los varoncitos y al otro las mujeres: sus respectivos directores los ensayan antes, y cuidan de que vayan todos con los ojos bajos y las manos juntas al pecho, llegándose de dos en dos a los pies del Obispo sin hacerse bolas y sin detenerse: concluidos los niños siguen los recién convertidos, y después en el mismo orden las niñas, vestidas todas de blanco y coronadas de flores, y últimamente las recién convertidas. Aquí hay la costumbre de reservar la confirmación para el día en que el niño hace su primera comunión: en ese día se canta una Misa solemne dentro de la cual comulgan los niños, acabada la Misa sigue la plática preparatoria y luego las confirmaciones, aunque una u otra vez se dejan para la tarde después de cantar Vísperas y concluye todo con la bendición que se da con el Santísimo. Yo desearía que V.S.I. presenciara uno de estos actos tan devotos, que no pueden menos de hacer profunda impresión en el pueblo.

Voy ahora a hablar del 2º Concilio provincial de New York, cuya apertura fue el domingo 2 del corriente, y su clausura el domingo 9. Desde como quince días antes el Sr. Arzobispo nos había manifestado su deseo de que asistiésemos al Concilio, y contestándole yo que no éramos de esta Provincia eclesiástica, me replicó que aunque no tuviésemos voto decisivo, podíamos tenerlo consultivo. En la noche víspera de la apertura uno de los Maestros de ceremonias vino a invitarnos a nombre de todos los Padres, para que a las 9 ½ de la mañana siguiente fuésemos al palacio arzobispal, de donde saldría la procesión para la Catedral (dos cuadras de distancia). Nos pareció muy conveniente presentarnos a la invitación, y en efecto fuimos al Arzobispado; allí todos tomamos amito, capa pluvial y mitra, y el Sr. Arzobispo tomó además báculo alba y estola: vinieron también de Catedral bajo cruz y

ciriales, tres presbíteros de pluvial, diez y seis de casulla, cuatro de dalmática, veintiséis acólitos, y además en número como de doscientos los de la Conferencia de S. Vicente de Paúl con escudos grandes al pecho. Se formó luego la solemne procesión, cantando a coros el salmo *Miserere*, en medio de un gentío inmenso que guardaba el mayor silencio, y en el que hasta los protestantes se quitaban el sombrero (excepto unos cuantos que fueron rarísimos). Luego que llegamos a catedral y tomamos en el presbiterio asientos los Obispos, Presbíteros y Acólitos, cantó la Misa el Sr. Arzobispo, después predicó el Sr. Obispo de Buffalo, se hizo lo prevenido en el Pontifical, y volvió la procesión al Arzobispado. En los días siguientes fueron las sesiones a que ni el Sr. Barajas ni yo creímos poder asistir, hasta el día 9 de la clausura para la que se nos invitó, y cuya solemnidad fue enteramente igual a la del día 2, excepto la del Pontifical que debía diferenciar, y el predicador que fue el Sr. Obispo de Albany.

[...]

Lo que más me ha llamado la atención tanto en este Concilio como en el que pocas semanas antes se celebró en Cincinnati, es la absoluta libertad e independencia de la Iglesia. Sin pasar siquiera un simple aviso a la autoridad civil ni aún por las circunstancias de la guerra, el Arzobispo convoca a sus sufragáneos, estos se reúnen, celebran su Concilio con toda solemnidad, y la autoridad civil no se cree con derecho a hablar una sola palabra: esto es para dar infinitas gracias a Dios N.S.

El Sr. Verea estuvo aquí dos días escasos, de tránsito para Roma: consagró el jueves santo en Brownsville los santos óleos para Guadalajara, San Luis Potosí, Monterrey, y no sé qué otras Diócesis. Esto es lo que sobre el particular puedo decir a V.S.I.— En Santa Bárbara de Tamaulipas ha ocurrido la desgracia siguiente. El párroco se presentó a la Legislatura del Estado pidiendo se legitimasen tres hijos que tenía de un amasiato: la Legislatura accedió, y publicó toda la discusión: el Sr. Verea luego que lo supo suspendió al cura de oficio y beneficio: exasperado éste reunió a 36 vecinos, y con ellos estableció las bases de la Iglesia católica apostólica mexicana, declarando contrario a la naturaleza el celibato, válido el matrimonio contraído ante la autoridad civil, nulos los cánones opuestos a las leyes de reforma dadas en México o que se dieran en lo sucesivo, y por último se declara Pontífice con plenitud de facultades, y que solamente reconocerá al Sr.

Verea cuando S.S.I. reconozca las leyes de reforma: no sé lo que hará el Sr. Vereas cuando le llegue la noticia de lo que ha seguido a la suspensión.

Del *Guía del viajero en los Estados Unidos* Año de 1859, y del *The Metropolitan Catholic Almanac* Año de 1861, he formado una tabla comparativa de que remito a V.S.I. copia: por ella se conoce cuánto ha progresado la Religión católica en los Estados Unidos, y esto sin contar con el Canadá donde también ha hecho progresos admirables. Algún día se acordará también de los pobres mexicanos nuestro misericordiosísimo Dios y Señor.= Remito también a V.S.I. por este mismo correo dos ejemplares de cada una de las dos pastorales que se imprimieron en Nueva Orleáns.

Mucho me alegro que se haya allanado en Roma el asunto del Sr. Covarrubias, y que N. Smo. Padre haya conocido a un eclesiástico tan benemérito.

Si a V.S.I. no le sirve de molestia, le suplico dar mis expresiones al Sr. Cediillo y al Lic. Molina, y mandar a su afmo. hermano, amigo y servidor Q.B.S.M.

Pedro, Obispo de Guadalajara

[Anexo: documento en el que se exponen estadísticamente los]

Progresos del catolicismo en los Estados Unidos

En 1781 se celebraron por primera vez en Nueva York oficios católicos con tal cual regularidad, aunque para una congregación muy reducida, encima de una carpintería cerca de Barclay Street. En 1786 se puso la primera piedra de la primera Iglesia católica de esta ciudad, que fue concluida y adornada gracias a la munificencia de Carlos III y a algunas limosnas colectadas en México. En 1808 se erigió la primera Diócesis, y desde ese año hasta el en que estamos, el progreso se manifiesta con la tabla siguiente.

1808		1861
1	Diócesis y Vicariatos apostólicos	48
80	Iglesias	2.517
	Además se están construyendo	124
	Capillas y estaciones	1.278

68	Sacerdotes	2.317
2	Institutos eclesiásticos	49
	Estudiantes en carrera para ordenarse	499
	Institutos religiosos de hombres	100
	Institutos religiosos de mujeres	173
1 colegio	Institutos literarios para jóvenes	99
2	Academias para niñas	212
	Escuelas parroquiales gratuitas para niños	333
	Número de niños	27.940
	Escuelas parroquiales gratuitas para niñas	327
	Número de niñas	29.671
	Asilos de huérfanos	102
	Número de huérfanos	6.893
	Hospitales	28
	Institutos de caridad y beneficencia	100
	Periódicos católicos (de los que diez y nueve son con aprobación del Ordinario)	26

En 1858 (no sé en el presente año) ascendía el valor de la propiedad eclesiástica a: 25.000.000

En el mismo era la población católica: 4.500.000 

---

# Historia, Historiografía y Estudios Subalternos

Ishita Banerjee

**E**l presente ensayo es una invitación a un diálogo, a una conversación comenzada desde hace tiempo por historiadores y que trata sobre los modos y métodos de la historia. Para lograr que abarque diferentes continentes intento bosquejar una breve introducción al nacimiento de los Estudios Subalternos en el Sur de Asia: una corriente crítica dentro de la disciplina histórica en general y de la historiografía del Sur de Asia en particular. En el transcurso de la última década los trabajos del colectivo *Estudios Subalternos* han adquirido una creciente relevancia en América Latina gracias a sus innovaciones epistémicas; su afán de romper con el paradigma ilustrado, colonial, permite nuevas y mayores concepciones de lo político y cuestiona de manera crítica tanto el nacionalismo como la modernidad, proveyendo de una nueva agenda a las historias post coloniales y haciéndolas de un especial atractivo para académicos latinoamericanos.

La historia como disciplina es un proceso constante de autoreflexión. Esto porque habita en una tensión constitutiva –aquella entre el evento y su narración, en otros términos, entre el “qué ocurrió” y el “qué se dice ocurrió”–. En voz de Michel-Rolph Trouillot: “En términos vernáculos, la historia significa tanto los hechos ocurridos como la narrativa de esos hechos... El primer significado poniendo mayor énfasis en el proceso socio-histórico, y el segundo en nuestro conocimiento de ese proceso o en la historia (*story*) de ese proceso” (Trouillot, 1995: 2). Esta tensión se encuentra articulada en las tradiciones principales de la historiografía occidental, vigente desde el siglo XVIII, la analítica (científica) y la hermenéutica (interpretativa) (Kelley, 1998: 262).

El siglo xx fue testigo de la creciente popularidad de la tradición interpretativa entre aquellos que practican la disciplina. En palabras de un celebrado historiador estadounidense, la historia “nunca es, en todo sentido de la palabra, la cruda inmediatez de lo ‘ocurrido’, sino la complejidad más detallada de lo que desentrañamos ocurrió, así como todo aquello que conectamos con los mismo”. Esto hace que los historiadores operen en “ciclos de interpretaciones históricas” que tienen como producto final una interpretación más sofisticada del pasado (Henry James citado en Levine, 1993: 4).

Sin embargo, este saludable acuerdo sobre el significado del método no resolvió el desacuerdo sobre cuál debía de ser el contenido de la historia. Este problema destacó en los años sesenta y setenta del siglo xx, cuando varios grupos buscaron superar los límites de la historia al añadir nuevas dimensiones a la forma de su contenido y método. La “historia desde abajo” en Inglaterra y Francia, la *Alltagsgeschichte* en Alemania y la Microhistoria en Italia son algunos ejemplos de esta búsqueda de nuevos enfoques y líneas metodológicas en la investigación histórica. Los Estudios Subalternos formaron parte de esta indagación.

El proyecto o “escuela” de Estudios Subalternos, como se ha llegado a conocer, tuvo su inicio a principios de la década de los ochenta como una búsqueda de nuevos criterios metodológicos para la escritura de la historia: una historia teóricamente consciente, combativa pero auto-reflexiva. Se proponía, pues, una nueva forma de pensar la disciplina histórica misma.

## LOS PRIMEROS PASOS

En varias ocasiones se ha señalado la influencia de la corriente marxista de la historia inglesa –la historia desde abajo–, así como del estructuralismo y post estructuralismo, en los Estudios Subalternos (Said, 1988: x). En ocasiones, la influencia de la “historia desde abajo” se ha exagerado para hacer de los Estudios Subalternos una mera extensión de esta escuela, complementada con “sensibilidades tercermundistas”. En palabras de Arif Dirlik, las aportaciones de los trabajos de los historiadores de Estudios Subalternos, tales como las tipificaciones de clases en la historia india, la imagen de la nación como una categoría confrontada, las advertencias de que la historia

del capitalismo debe ser entendida en relación con las consecuencias fragmentarias de la resistencia local y nacional a éste, “no representan un cataclismo de innovaciones conceptuales...”, sino que “...estos acercamientos representan la aplicación, en la historiografía de India, de tendencias de la escritura de la historia que ya eran muy conocidas en los setenta, con el impacto de historiadores sociales como E.P. Thompson, Eric Hobsbawm, y una gran variedad de otros” (Dirlik, 1996: 302).

No hay duda de que el proyecto fue inspirado, hasta cierto punto, por la “historia desde abajo”; sin embargo, no fue una simple transmisión o importación de ideas o líneas iniciadas en otro lugar a la India, pues la experiencia del colonialismo y la preocupación con la recién creada nación de India independiente, confirió al proyecto un carácter singular. Como señala Dipesh Chakrabarty en *A Small History of Subaltern Studies*, desde el principio, los Estudios Subalternos intentaron despojarse de la herencia colonial respecto a la manera en que se pensaba acerca de la nación y se escribía la historia. Un proyecto imposible, según Chakrabarty, porque se intentaba contestar y confrontar al terreno mismo del que surgió –el terreno de la historiografía– (Chakrabarty, 2002: 3-19).

La riqueza de Estudios Subalternos como iniciativa metodológica, según Ranajit Guha, fundador de esta nueva corriente, reside en su pluralidad, la cual se concreta con la participación de dos generaciones de intelectuales, la de Guha y la de sus discípulos, quienes trabajaron en conjunto aportando cada uno sus propias particularidades.

Guha expresa elegantemente el nacimiento de la iniciativa, e indica que surgió de un sentimiento de desilusión e insatisfacción (Guha, 1997, xxii-xxiii). La desilusión era con la forma en la que el Estado-nación independiente de India se había conducido hasta ese momento –por ejemplo, la guerra con China en 1962 y la declaración del “estado de emergencia” durante el primer periodo del gobierno de Indira Gandhi entre 1975 y 1977, que marcaron momentos de crisis para la nación–.

Para la primera generación (la de Ranajit Guha), la fuente de la desilusión era la falla de las promesas hechas por el movimiento nacionalista contra el régimen británico, mientras que para la generación más joven (nacida después de la independencia), la desilusión surgía del desencanto ante el Estado-nación. De ahí su deseo de interrogar tanto al pasado colonial y su

relación con el nacionalismo, como a aquellos que habían creído en los valores nacionalistas. Lo que unió a ambas generaciones fue la crisis de la izquierda, particularmente por la derrota del movimiento Maoísta (Naxalbari) a principios de los años 1970.

Por otra parte, la insatisfacción se manifestaba con las corrientes prevalecientes dentro de la disciplina histórica. De manera comprensible, dado que se trataba de un Estado-nación que había adquirido recientemente su independencia (1947), los temas del colonialismo y nacionalismo predominaban en la investigación y el debate históricos en los sesenta y setenta. Dos tesis extremas simbolizaban este debate. Una de ellas, la de la escuela de Cambridge, la cual eliminaba por completo las ideas y el idealismo del movimiento nacionalista. Éste se analizaba como la obra de una minúscula elite india educada a la manera occidental, que primero colaboró con los británicos, para poco a poco procurar competir con ellos en la búsqueda de poder y privilegio.<sup>1</sup> De esta forma, colonialismo y nacionalismo fueron manejados como fenómenos interrelacionados e interdependientes.

La otra tesis extrema fue presentada por el historiador indio Bipan Chandra. Tomando como base al marxismo y las teorías latinoamericanas de la dependencia y el subdesarrollo, Chandra presentó al colonialismo como una fuerza regresiva que distorsionaba todo crecimiento en la sociedad india. Por el contrario, el nacionalismo era una fuerza regeneradora que unía y producía al “pueblo indio”, al movilizarlo en la épica batalla contra los británicos (Chandra, 1966, 1971, 1984).

Serios problemas emergieron respecto a ambas propuestas a partir del surgimiento de nuevas investigaciones, en proceso durante la década de 1970. Una generación joven de historiadores se sentía cada vez más insatisfecha, no sólo con la escuela de Cambridge, sino también con la marxista-nacionalista que obviaba los conflictos entre la elite nacionalista y sus seguidores subordinados. Estudios Subalternos surgió en este ambiente de inquietud y descontento.

<sup>1</sup> Véase por ejemplo: Anil Seal, *The Emergence of Indian Nationalism: Competition and Collaboration in the Later Nineteenth Century*. (Londres: Cambridge University Press, 1968), John Gallagher y Anil Seal (ed.), *Political Change in Modern India, Essays on Indian Politics*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1968); y John Gallagher, Gordon Johnson y Anil Seal (ed.), *Locality, Province and Nation: Essays on Indian Politics 1870-1940*. Cambridge: (Cambridge University Press, 1973).

A fines de los años 1970 un pequeño grupo de jóvenes historiadores del Sur de Asia concentrado en Inglaterra, se congregó alrededor del destacado historiador marxista Ranajit Guha, quien enseñaba historia en la Universidad de Sussex.<sup>2</sup> El propósito de sus debates era encontrar una nueva manera de hacer historia, una historia que reconociera la centralidad de los grupos subordinados –actores históricos legítimos pero desheredados– en el recuento del pasado, para contrapesar a la historiografía elitista.<sup>3</sup>

### ¿CÓMO HACER UNA NUEVA HISTORIA?

En una de las primeras declaraciones acerca del programa de trabajo de este grupo, Ranajit Guha definía el objetivo de Estudios Subalternos como un esfuerzo “para promover un examen sistemático e informado de temas subalternos en el campo de estudios surasiáticos para rectificar el sesgo elitista de gran parte de la investigación y del trabajo académico” (Guha, 1982a: VII-VIII). Con esta motivación, el proyecto emprendió la elaboración de la categoría de lo subalterno –que tiene el significado “de rango inferior”–, derivada de los escritos de Antonio Gramsci como una metáfora para los atributos generales de la subordinación en la sociedad india. La subordinación, en este sentido, es una condición cuyo espectro de definición es muy amplio, por lo que se expresará en términos de casta, clase, edad, género, ocupación o en cualquier otra forma.

Pero, ¿cómo llevaron a cabo la tarea de recuperar a los grupos subalternos como sujetos de la historia? Los primeros estudios reconstruyeron las trayectorias y las diversas formas de consciencia de subordinación, reflejadas en los movimientos de grupos campesinos y tribales, para enfatizar o

<sup>2</sup> Es importante recordar que el trabajo de Ranajit Guha, *A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement*. (París: Mouton, 1963), fue considerado un texto de suma importancia para la historia económica de India.

<sup>3</sup> Para una discusión detallada de la formación del grupo y un análisis crítico de su trabajo véase: Saurabh Dube, “Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes” en Saurabh Dube, *Sujetos Subalternos: Capítulos de una historia antropológica*. (México: El Colegio de México, 2001, pp. 39-89), y Saurabh Dube, “Introducción: temas y e intersecciones de los pasados poscoloniales” en Saurabh, Dube, (ed.), *Pasados poscoloniales: colección de ensayos, sobre la nueva historia y etnografía de la India*: (México: El Colegio de México, 1999, pp. 20-25 en particular).

subrayar la condición de agente (*agency*) y la autonomía de esas comunidades. Así, los primeros volúmenes de *Estudios Subalternos* se dedicaron a recuperar la historia de los subordinados en distintas dimensiones. Una línea fue investigar movimientos que nunca fueron reconocidos como de naturaleza política y tomar en cuenta la resistencia de distintos grupos dominados a la incursión del estado colonial en su vida cotidiana.<sup>4</sup> Otra era ver a la historia del movimiento nacionalista con la perspectiva de los subalternos. Aquí me refiero en particular al fascinante trabajo de Shahid Amin acerca de las percepciones de Gandhi y las diversas formas en que su mensaje fue aprehendido por parte de los grupos dominados, quienes le otorgaron el epíteto de *Mahatma* (alma grande). Este tipo de trabajos expresaron con claridad los choques y tensiones entre la esfera formal elitista y la informal, subordinada a la política, así como el intento por parte de los líderes del Partido de Congreso Nacional Indio (Indian National Congress) de incorporar o controlar la esfera autónoma de los subalternos (Amin, 1984, 1996).<sup>5</sup>

Hay que aclarar que al hablar de “elites” se pretendía hacer referencia a las historias dominantes, ya fuera extranjeras o indígenas. Así, todos los esfuerzos académicos del colectivo estuvieron marcados por la insistencia respecto a explorar las distintivas manifestaciones de la cultura y conciencia subalterna en la práctica cotidiana.

Por otra parte, el trabajo de la “recuperación” de los subalternos como sujetos de historia exigió a Estudios Subalternos enfrentar un fenómeno especial en el caso de la India: el del campesino, no el proletario, como el subalterno clásico—. Esta especificidad y la voluntad del grupo de comprender al campesino como un sujeto consciente y político distinguieron, desde el principio, a este proyecto de la tradición marxista de la historia desde abajo, como menciona Chakrabarty.

<sup>4</sup> Por ejemplo, el trabajo de David Hardiman, acerca de los *adivasis* (habitantes originarios) en India occidental o de David Arnold, sobre la hambruna en la conciencia campesina o las connotaciones de la cárcel colonial, o de Gautam Bhadra, acerca de los rebeldes locales en la revuelta de 1857. Véase los primeros cinco volúmenes de Ranajit Guha, (ed.), *Subaltern Studies: Writings on South Asian History and Society*. (Delhi: Oxford University Press, 1982-1985).

<sup>5</sup> Véase también, los capítulos de Gyanendra Pandey, y Sumit Sarkar, en los primeros cuatro volúmenes de *Subaltern Studies*.

## EL CAMPESINO COMO ACTOR POLÍTICO

Para desarrollar esta problemática, voy a enfocarme en el trabajo seminal de Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (Aspectos Elementales de la Insurgencia Campesina en la India Colonial) (Guha, 1983, 1999). Vale la pena aclarar que varios de los puntos que Guha menciona en este libro también los señala, de manera concisa, en su ensayo en el primer volumen de *Estudios Subalternos*: “Sobre algunos aspectos de la historiografía colonial de la India” (Guha, 1982b: 1-8). En *Aspectos Elementales*, Guha mostró cómo incluso movimientos insurgentes de campesinos que correspondían a sus propios problemas, y en gran medida precedían movimientos organizados por el Congreso Nacional Indio<sup>6</sup> o por los socialistas, fueron incorporados a la meta historia como pre-historias del nacionalismo o el socialismo en India –ya fuera como un problema de legalidad y orden durante el Raj (periodo de colonización británica) o como parte de los movimientos nacionalistas o socialistas–. En ambos casos el campesino era integrado dentro de una historia global dominante, negándole así el derecho a ser sujeto de su propia historia. Guha califica esta historiografía como ahistórica, porque no supo reconocer la “política del pueblo”.

Como proceso de rectificación de la perspectiva elitista, Guha introdujo dos temas que resultaron cruciales para el desarrollo del colectivo y de la historia en general. El primero fue la redefinición de lo político. Guha demostró que existieron dos esferas dentro de la acción política en la India colonial. Una ligada a la elite, mucho más formal, apegada a la institución británica y vertical en cuanto a la movilización para la intervención política –es decir, se movilizaban a los grupos sociales subordinados desde arriba a seguir a los líderes políticos, en este caso del Partido Nacional del Congreso–. La otra esfera, que no era reconocida por la historia elitista, era la autónoma, independiente de las instituciones políticas coloniales. Esto es el ámbito de los grupos subalternos, en el cual las solidaridades al momento de intervenir políticamente son horizontales: de casta, clan o parentesco, es decir, no impulsadas por líderes que vinieran desde fuera para organizar a unas “masas” pasivas e inconscientes. El punto más importante de esta in-

<sup>6</sup> Este partido se cambió su nombre a Congress Party después de la independencia.

tervención de la esfera informal y autónoma, según Guha, era una clara oposición a la dominación.

Usando en su análisis estructuralista el binario antinómico de dominación-subordinación, Guha dio el siguiente paso clave: afirmó que el campesino (como representante ideal de los grupos subalternos en India) era consciente y político. Era su condición de ser dominado lo que le hacía consciente y político. Pero esta consciencia era negativa en el sentido de que tomaba al otro –el dominador– como punto de referencia. A partir de un examen de más de cien rebeliones campesinas entre las últimas décadas del siglo XVIII y fines del siglo XIX, Guha señaló las maneras específicas en que los insurgentes invirtieron, por ejemplo, los códigos discursivos de vestimenta y de conducta de los grupos superiores; ya que uno de los primeros actos de los insurgentes era reclamar, destruir o adoptar los símbolos de poder y privilegio. Otro caso concreto fue el cambiar las formas para dirigirse a un superior, reemplazando el “usted” (*apni* en bengalí) por el más informal “tú” (*tui*).

A través de trabajos detallados, Estudios Subalternos procuró denunciar los prejuicios de la historiografía elitista y colonial, al tiempo que cuestionaba la simplista creencia marxista de que la economía y la sociedad surasiáticas podían ser entendidas en términos de divisiones de clases claramente delimitadas.

Asimismo, tanto Guha como otros miembros del colectivo demostraron claridad, sensibilidad y sofisticación al subrayar las brechas, lapsos y obstáculos a los que se enfrentaba la construcción de la alternativa subalterna. También afirmaron que las historias subalternas y elitistas, aunque diferentes y separadas, se traslapan y son curiosamente interdependientes. Edward Said explica este fenómeno sucintamente: “La alternativa subalterna es una forma de conocimiento integral, precisamente por todas las brechas, lapsos e ignorancia de los que es tan consciente. Su propuesta es que por ser subalterna puede ver el todo de la experiencia de la resistencia india al colonialismo, de forma más comprensiva que las historias parciales ofrecidas por unos cuantos líderes nativos dominantes o por historiadores coloniales” (Said, 1988: viii).

Resulta fundamental rastrear las implicaciones del trabajo del colectivo desde su primera fase. La revalorización de los grupos marginados como

sujetos políticos y conscientes no solamente apuntaba la diferencia con la visión marxista y de la historia desde abajo –que presentaba a los campesinos como “pre-políticos” o atrasados–, sino que también eliminaba la división de la historia en etapas, normalmente entendida como el paso de lo pre-político a lo político. Más importante aún, la definición de los campesinos como sujetos completamente conscientes implicaba que ellos eran tan parte de la modernidad como la élite, lo cual equivale a afirmar que existieron distintos tipos de modernidad en la India colonial. La significación mayor de esto no es solamente que la modernidad india es diferente, sino que “en general la modernidad es diversa”. De allí el nexo de Estudios Subalternos con los recientes estudios poscoloniales y de crítica literaria.

#### NUEVAS PROPUESTAS TEÓRICAS

Gayatri Chakravorty Spivak, miembro durante varios años del colectivo y co-editora de *Selected Subaltern Studies*, analizó las implicaciones teóricas del proyecto en su fase más temprana. Estudios Subalternos, según Spivak, ofreció una teoría del cambio donde la agencia (*agency*) se situaba en el insurgente (Chakravorty Spivak, 1985: 330-363). Este cambio no era una simple transición del feudalismo al capitalismo que inauguraba la “politización” del colonizado: la contribución verdaderamente significativa era explicar el cambio como un fenómeno plural y analizarlo como una trama de enfrentamientos. Esto implica que el cambio estuvo marcado por un giro funcional en el sistema de signos, es decir, un desplazamiento discursivo. El elemento clave de las explicaciones de este desplazamiento discursivo, por parte del grupo de Estudios Subalternos, radica en visualizar el error de una burguesía nacionalista interesada, que rechazó considerar la importancia de un campesinado politizado. Los análisis de la historiografía nacionalista por parte del grupo de Estudios Subalternos muestran que la narrativa de esa historiografía está constituida por cambios cognitivos en los sistemas de signos, que van de crimen a insurrección, de siervo a obrero, entre otros. Sin embargo, el grupo no establece ninguna distinción entre deslices, cambios o manipulaciones conscientes o inconscientes. La contrapolítica del grupo de Estudios Subalternos fue ver el acceso hegemónico de las elites a la “conciencia” como un *constructo* a ser interpretado. La ma-

niobra más interesante en el rastreo de estos cambios cognitivos es entonces el examen de la producción de “evidencia” y la atomización en las mecánicas de construcción de la consolidación de otro –el insurgente y la insurgencia–.

Para poder entender cabalmente la evolución de los Estudios Subalternos, es importante recordar que desde sus inicios los trabajos han sido plurales pero con perspectivas e inquietudes similares. El esfuerzo de validar al subalterno como un sujeto histórico motivó al colectivo no sólo a analizar, ampliar y democratizar del concepto de lo político y a examinar críticamente la lucha nacionalista anticolonial y sus articulaciones de poder, sino también a reflexionar sobre el concepto de metáfora de la nación misma. Además, se intentó entender este proceso en India como un fenómeno autónomo y no sólo como una consecuencia de la expansión capitalista en tanto que fenómeno global. Se buscaba, más bien, analizar el impacto de este proceso en la historia del capital apuntando a una comprensión crucial de lo moderno y de la modernidad.

Estudios Subalternos supone un desafío al contenido, método y perspectiva de la investigación histórica. Respecto a cómo procedieron los miembros de este colectivo en sus investigaciones como historiadores, cabe señalar que excepto Partha Chatterjee, quien viene de la ciencia política, todos los miembros en la primera fase han sido historiadores.<sup>7</sup> La pregunta acerca del método de la investigación nos lleva a la cuestión relativa a las fuentes o el archivo a ser utilizado, es decir, a la problemática de poder-conocimiento. Evidentemente, la tarea del colectivo era difícil porque la mayor parte de la información acerca de los movimientos insurgentes campesinos provenía y proviene de fuentes gubernamentales. Pese a ello, esto no los disuadió, sino que los instigó a procurar la búsqueda de nuevos documentos. Más importante aún fue el hecho de que desarrollaron una estrategia para leer los archivos de otras maneras y generar así conocimiento “nuevo”, por “precario” que este fuera. Estas estrategias permitían al historiador trascender los prejuicios de la elite, para contar una historia diferente de la

<sup>7</sup> Los primeros miembros del colectivo de Estudios Subalternos y del comité editorial fueron Ranajit Guha, Shahid Amin, David Arnold, Gautam Bhadra, Dipesh Chakrabarty, Partha Chatterjee, David Hardiman, Gyanendra Pandey y Sumit Sarkar.

que ya había sido contada. También se consideraba necesario analizar la *textualidad* de estos documentos para arrojar luz sobre las historias de poder que los produjeron. De lo contrario el/la investigador/a terminaría replicando las mismas formas de representación que las elites usan para dominar a los subalternos.

¿Cómo analizar la textualidad? Con nuevas formas de aproximarse a, y leer, los archivos existentes –*leer* entre líneas y aprehender los prejuicios que generaron los silencios– con el fin de hacer que el mismo documento cuente otra historia. *La prosa de contrainsurgencia* de Ranajit Guha es un buen ejemplo de este empeño. El trabajo de Gyanendra Pandey, *Encounters and Calamities*, ofrece un brillante ejemplo de las divergencias en la percepción de la “historia” entre la historiografía colonial y los recuentos regionales, lo cual plantea preguntas cruciales respecto a lo que constituye un “evento” en sentido histórico (Pandey, 1984: 231-270). Igualmente, se han hecho esfuerzos propicios para la lectura de documentos judiciales desde el punto de vista de los subalternos –las víctimas que fueron inscritas como criminales por la mediación del poder–.<sup>8</sup> Como explica Shahid Amin, su esfuerzo en *Event, Metaphor, Memory* ha sido el de “interrogar a los interrogadores. Para no escribir como el juez, he intentado descubrir cómo escribió el juez” (Amin, 1996). Aquí es fácil notar la similitud en los problemas abordados por Michel Foucault y el colectivo en cuanto a la creación de los archivos.

Me gustaría añadir otro punto relacionado con las fuentes que hasta ahora no ha sido mencionado. Desde el principio, el grupo reflexionó acerca del eurocentrismo inherente en las tácticas y herramientas de las ciencias sociales y humanidades, y han procurado no caer en la misma trampa. Si bien los miembros han derivado inspiración de pensadores occidentales, también han tratado de renovar un diálogo con eruditos de diversas tradiciones indias. Por ejemplo, en *Elementary Aspects*, Guha recurre no sólo al lingüista estructuralista Saussure sino también a Panini, un gramático sán-

<sup>8</sup> Por ejemplo, Shahid Amin, “Approvers testimony, judicial discourse: The case of Chauri Chaura” en Guha, Ranajit (ed.), *Subaltern Studies V: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1988, pp.166-203; Ranajit Guha, “Chandra’s death” en Ranajit, Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader*, pp.34-62.

crito de India antigua. En todos sus análisis de “la mentalidad de la subalternidad” o de la consciencia histórica de grupos subordinados, se han analizado textos vernáculos, muchas veces poco conocidos, y se ha intentado teorizar con base en estos textos.<sup>9</sup> Este impulso de desalojar al Occidente del lugar predominante de poder y conocimiento se ha llevado a cabo con sutileza y sofisticación en trabajos recientes, en particular de Dipesh Chakrabarty.<sup>10</sup>

## EL GIRO POST COLONIAL

Al plantear la pregunta “¿quién habla en nombre de los pasados indios?” su ensayo “La poscolonialidad y el artilugio de la historia: ¿Quién habla en nombre de los pasados ‘indios?’”, Chakrabarty abre el debate respecto a la silenciosa pero irrevocable presencia de “Europa” como el sujeto teórico de la disciplina académica de la historia, para su reflexión crítica. La designación de las historias de otras partes del mundo, tales como la de India o China o Kenya como “historia india”, “historia china”, etcétera; en lugar de historia *per se*, muestra que estas son “variaciones a la narrativa maestra que podría ser denominada ‘historia de Europa’”. Aclarando que Europa e India son términos subjetivos e hiperreales, cuyos referentes geográficos se encuentran indeterminados, Chakrabarty los toma como categorías dadas por sentado para poder demostrar la relación de dominación y subordinación que existe entre Europa, como el sitio de lo moderno, y el resto. La presencia de Europa como un referente silencioso resulta evidente para Chakrabarty en la necesidad que sienten los historiadores del Tercer Mundo de referirse a los trabajos sobre historia europea, así como en la falta de

<sup>9</sup> Unos de los mejores ejemplos son Gautam Bhadra, “The mentality of subalternity: *Kantanama or Rajdharama*” en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies VI: Writings on South Asian History and Society*. (Delhi: Oxford University Press, 1992, pp. 54-91), y Partha Chatterjee, “Claims on the past” en David Arnold y David Hardiman (ed.), *Subaltern Studies VIII: Essays in Honour of Ranajit Guha*. (Delhi: Oxford University Press, 1994, pp. 1-49).

<sup>10</sup> Véase, por ejemplo, Dipesh Chakrabarty, “Postcoloniality and the artifice of history: Who speaks for ‘Indian’ pasts?” en Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader*, pp. 263-293, en español, “La poscolonialidad y el artilugio de la Historia: ¿Quién habla en nombre de los pasados ‘indios?’” en Dube (ed.), *Pasados poscoloniales*, pp. 623-658”; Dipesh y Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. (Princeton: Princeton University Press, 2000).

esta misma necesidad por parte de los historiadores de Europa. Este problema de “ignorancia asimétrica” refleja “una mucho más profunda condición teórica según la cual el conocimiento histórico se produce en el tercer mundo” (Chakrabarty, 1997: 265). El clarividente supuesto por parte de los filósofos y pensadores europeos respecto a la condición de la historia europea como el sitio de la razón universal, ha sido retado mediante la aplicación de estas teorías por parte de las ciencias sociales del Tercer Mundo, para entender sus propias sociedades. Este retar los supuestos fundamentales del pensamiento europeo es llevado hacia adelante en el proyecto *Provincializing Europe*, que intenta remarcar los vínculos entre el imperialismo europeo y su empeño de apropiación y auto-proyección de sí misma como moderna, para escribir en la historia de la modernidad “las ambivalencias, las contradicciones, el uso de la fuerza y las tragedias e ironías de las que hizo uso” (*Ibid.*: 288).

Resulta claro, por lo que he expuesto, que Estudios Subalternos ahora forma parte de lo que grosso modo puede ser denominado “pensamiento post colonial”. Gyan Prakash, quien se unió al colectivo en la década de los 1990, es el más consistente expositor y defensor de los Estudios Subalternos como un discurso post colonial (Prakash, 1994: 1475-1494). Prakash ve en este discurso una repudiación a todas las narrativas maestras, ya que la crítica post colonial ha obligado a repensar las identidades sociales autorizadas y creadas por el colonialismo, así como el conocimiento emanado de éstas. Es postfundacional en el sentido de que cuestiona la hegemonización espacial y la teleología temporal, haciendo de las identidades tercermundistas “relacionales más que esenciales”. Lo post colonial, para Prakash, “existe como el resultado, como un después –después de haber sido trabajado por el colonialismo–. La crítica formada en este proceso de enunciación de los discursos de dominación, ocupa un espacio que no se encuentra ni dentro ni fuera de la historia de la dominación occidental, sino en una relación tangencial con ella” (Prakash, 1992: 8). Es esto lo que le permite superar los problemas del pensamiento fundacional y esencialista.

Otra vertiente de los análisis post coloniales es representada por Gayatri Chakravorty Spivak, quien señala el problema de la representación del subalterno. No sólo es el de reconocer su ausencia en las narrativas coloniales, sino también cuestionar las formas en que es posible recuperar su histo-

ría cuando se les ha negado (a las mujeres en particular) su posición-de-sujeto desde la cual hablar. Para ella, este silenciamiento marca los límites del conocimiento histórico (Chakravorty Spivak, 1988: 271-313). ¿Acaso el/la historiador/a tiene la autoridad de hablar en nombre de los subalternos?

#### COMENTARIOS FINALES

Estudios Subalternos ya tiene más de 25 años como proyecto y ha visto la publicación de doce volúmenes. Habiendo empezado con una reconstrucción de la trayectoria de los grupos subordinados en la India para destacar la autonomía y la condición de agentes de estas comunidades, los ejercicios más recientes del proyecto han examinado las múltiples mediaciones –de naturaleza social y epistémica, de carácter cultural y discursivo– que sostienen la producción de sujetos subalternos, convirtiendo lo subalterno en una perspectiva y en una metáfora para interrogar las formas dominantes del conocimiento del imperio y la nación. Dicho de otro modo, ha habido cierto desplazamiento de la atención del ámbito político sobre los grupos subordinados hacia la arena de las imaginaciones y negociaciones de la modernidad colonial. Son esas intervenciones teóricas las que han vinculado a Estudios Subalternos más estrechamente con el pensamiento post colonial, con los estudios culturales y el feminismo, y han impulsado a estudiosos de América Latina a adoptar la subalternidad como perspectiva (Das, 1992: 310-324).

Los debates y críticas respecto a los Estudios Subalternos han cambiado en concordancia con su evolución. Aquí, vale la pena señalar que las tendencias que surgen como combativas son propensas a generar una reacción crítica. Mientras los primeros volúmenes de *Estudios Subalternos* fueron criticados por su cualidad esencial, por generar una imagen romántica del subalterno y por obviar las especificidades en su ingenuo uso de la muy general oposición binaria élite-subalterno,<sup>11</sup> sus desarrollos recientes son cuestionados por permitir una volátil heterogeneidad que se ha entendido como

<sup>11</sup> Una crítica considerada pertinente con respecto a los primeros volúmenes de *Subaltern Studies* puede verse en: Rosalind O’Hanlon, “Recovering the subject: *Subaltern Studies* and the histories of resistance in colonial South Asia”, *Modern Asian Studies*, 22, 1988, pp.189-224.

una fragmentación de la historia y una desviación de la empatía y preocupación por los subalternos (Sarkar, 1998: 82-108). Estudios Subalternos es visto como un proyecto que tuvo un buen inicio como una extensión de la “historia desde abajo”, pero que luego perdió su iniciativa al adoptar una nueva dirección, regida por estudios post modernos, post coloniales y post-estructuralistas. Por otra parte, también ha sido visto como un proyecto que empezó tentativamente y lleno de incertidumbres, pero que ha logrado evolucionar para ganar madurez y confianza.<sup>12</sup>

Más allá de las críticas, las intervenciones dentro del proyecto continúan encontrando nuevos significados para lo subalterno como una categoría analítica y una perspectiva crítica, y como una metáfora histórica y una verdad teórica. Como menciona Chakrabarty, y se ha indicado anteriormente, no ha habido ninguna ruptura completa entre los primeros esfuerzos y los más recientes. Desde el principio el proyecto ha sido plural y ha tratado de democratizar tanto la historia como disciplina como las maneras de pensar la historia.

Una muestra de su constante intento de evitar la clausura o la rigidez fue la renuncia de Guha como coordinador de los volúmenes después del VI, lo que implicaba la invitación a estudiosos más jóvenes a contribuir capítulos en *Estudios Subalternos* y formar parte del colectivo y, en fin, a dedicar los últimos dos volúmenes (XI y XII) a temas de comunidad, género, violencia y a las minorías y grupos marginados (Chatterjee y Jagannathan, 2000; Mayaram, Pandian y Skaria, 2005). Además, los elementos percibidos como nuevos siempre han existido de manera latente. Lo que hizo y sigue haciendo Estudios Subalternos, en palabras de Chakrabarty, es: (a) separar la historia del poder de la historia universal del capital; (b) lanzar críticas hacia la forma Estado-nación, y (c) interrogar la relación entre poder y conocimiento. Si Estudios Subalternos inició con la desilusión respecto a la forma en que la India independiente se había conducido hasta el momento, a “el fracaso de la burguesía india en su intento de hablar a nombre de la nación”,<sup>13</sup> con el tiempo se ha volcado más y más hacia los modos hegemónicos y de exclusión de la construcción de la nación, en parte exacerbados

<sup>12</sup> Como se ha mencionado anteriormente, Gyan Prakash es representante de esta opinión.

<sup>13</sup> Como lo dice Ranajit Guha en “Sobre algunos aspectos de la historiografía...”, Op. Cit., p.29.

por el auge de la derecha hindú en India y la construcción del musulmán como el “otro” desde finales de los ochenta y principios de los noventa.<sup>14</sup>

Las exploraciones imaginativas pero críticas de la modernidad y su lugar, una “Europa” imaginada pero “hiperreal” que ha marginado y deslegitimado otros procesos de la modernidad y de pensamiento (Chakrabarty, 2000), constituyen nuevos modos de delinear los impulsos críticos del inicio.

Para concluir, el conjunto de trabajos de Estudios Subalterno abrió nuevas vertientes de pensamiento y reflexión. Al proponer a los grupos subalternos en general, y a los campesinos en particular, como sujetos conscientes y políticos, desecharon la noción de “etapas” en la historia y llegaron a teorizar la modernidad no como un monolito, sino fracturada y plena de tensiones, partiendo de la idea de que el campesino habita un mundo simultáneamente “encantado” y “desencantado”. La implicación más importante que esto tuvo fue el cuestionamiento al “desencanto” de la modernidad; especialmente a los procesos de secularización cristalizados en la separación entre religión y poder, como uno de los mitos fundadores de la modernidad. Aunque este importante impulso aún no ha sido trabajado de manera sistemática dentro del proyecto, ha inspirado a las generaciones posteriores a continuar reflexionando respecto a las implicaciones de vincular religión y poder/política, tanto como a considerar a la religión *como* poder y política. Todo esto, en conjunto con exploraciones de la relación entre poder y construcción del archivo, nos permite pensar en formas alternativas de articular los significados de nación y estados de pensamiento, culturas coloniales y otras modernidades. En pocas palabras, nos ha instado a volver a pensar la historia desde hoy. ❧

<sup>14</sup> Esto es particularmente cierto de Gyanendra Pandey. Véase, “In defense of the fragment: Writing about Hindu Muslim riots in India today” en Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader*, pp.1-33, en español, “En defensa del fragmento: Escribir la lucha hindo-musulmana en la India actual”, en Dube (ed.), *Pasados poscoloniales*, pp. 553-592; y Gyanendra Pandey, *Remembering Partition: Violence, Nationalism and History in India* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001). Véase también; Partha Chatterjee, *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories* (Princeton: Princeton University Press, 1993).

## REFERENCIAS

Shahid Amin

“Gandhi as Mahatma: Gorakhpur District, Eastern Up, 1921-2”, en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies III: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1984.

“Approvers testimony, judicial discourse: The case of Chauri Chaura”, en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies V: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1988, pp.166-203.

*Event, Metaphor, Memory: Chauri Chaura 1922-92*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1996.

Shahid Amin y Dipesh Chakrabarty (ed.), *Subaltern Studies IX: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1996.

David Arnold, “Famine in peasant consciousness and peasant action: Madras 1876-8”, en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies III: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1984, pp. 62-115.

David Arnold y David Hardiman (ed.), *Subaltern Studies VIII: Essays in Honour of Ranajit Guha*. Delhi: Oxford University Press, 1994.

Gautam Bhadra

“Four rebels of 1857”, en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (ed.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, 1988, pp. 129-175.

“The mentality of subalternity: *Kantanama* or *Rajdharama*”, en Ranajit Guha (ed.) *Subaltern Studies VI: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1989, pp. 54-91.

Gautam Bhadra , Gyan Prakash y Susie Tharu (ed.), *Subaltern Studies X: Writings on South Asian History and Society*. Nueva York: Oxford University Press, 1999.

Dipesh Chakrabarty

“Postcoloniality and the artifice of history: Who speaks for ‘Indian’ pasts?”, en Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997, pp.263-293.

*Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press, 2000.

“A small history of subaltern studies”, en D. Chakrabarty, *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 2002, pp. 3-19.

Gayatri Chakravorty Spivak

“Subaltern Studies: Deconstructing historiography”, en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies IV: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1985, pp. 330-363.

“Can the subaltern speak?”, en Cary Nelson y Lawrence Grossberg (ed.), *Marxism and Interpretation of Culture*. Urbana: University of Illinois Press, 1988, pp. 271-313.

Bipan Chandra

*The Rise and Growth of Economic Nationalism in India: Economic Policies of Indian National Leadership*. Nueva Delhi: People’s Publishing House, 1966.

*Modern India*. Nueva Delhi: National Council of Education and Research Training, 1971.

*Nationalism and Colonialism in Modern India*. Nueva Delhi: Orient Longman, 1984.

Partha Chatterjee, “Claims on the past”, en David Arnold y David Hardiman (ed.), *Subaltern Studies VIII: Essays in Honour of Ranajit Guha*. Delhi: Oxford University Press, 1994, pp. 1-49.

*The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Bipan Chandra y Pradeep Jagannathan (ed.), *Subaltern Studies XI: Community, Gender and Violence*. Delhi: Permanent Black y Ravi Dayal Publisher, 2000.

Veena Das, “Subaltern as perspective”, en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies VI: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1989, pp. 310-324.

Arif Dirlik, “The postcolonial aura: third world criticism in the age of global capitalism”, en Padmini Mongia (ed.), *Contemporary Postcolonial Theory: A Reader*. Londres: Arnold, 1996, pp. 294-320.

Dube, Saurabh

“Introducción: temas y e intersecciones de los pasados poscoloniales” en S. Dube, (ed.), *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos, sobre la nueva*

- historia y etnografía de la India*. México: El Colegio de México, 1999, pp. 17-98.
- Pasados poscoloniales: Colección de ensayos, sobre la nueva historia y etnografía de la India*. México: El Colegio de México, 1999.
- “Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes” en S. Dube, *Sujetos Subalternos. Capítulos de una historia antropológica*. México: El Colegio de México, 2001, pp. 39-89.
- John Gallagher y Anil Seal, ed., *Political Change in Modern India, Essays on Indian Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.
- John Gallagher, Gordon Johnson, y Anil Seal, ed., *Locality, Province and Nation: Essays on Indian Politics 1870-1940*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.
- Ranajit Guha
- A Rule of Property for Bengal: An Essay on the Idea of Permanent Settlement*. París: Mouton, 1963.
- “Preface”, en *Subaltern Studies I: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1982a, pp. vii-viii.
- “On some aspects of the historiography of colonial India”, en Ranajit Guha (ed.) *Subaltern Studies I: Writings on South Asian History and Society*, 1982b, pp. 1-8.
- Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Delhi: Oxford University Press, 1983. Re-edición: Durham: Duke University Press, 1999.
- ed., *Subaltern Studies I-VI: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1982-1989.
- “Introduction” en Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader 1986-1995*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997, pp. ix-xxii.
- “Chandra’s death”, en Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader*, pp. 34-62.
- David Hardiman, “Adivasi assertion in south Gujarat: The Devi movement of 1922-3”, en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies III: Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press, 1984, pp. 196-230.
- Donald R. Kelley, *Faces of History: From Herodotus to Herder*. Nueva Haven y Londres: Yale University Press, 1998.
- L. W. Levine, *The Unpredictable Past: Explorations in American Cultural History*. Nueva York: Oxford University Press, 1993.
- Shail Mayaram, M.S.S. Pandian y Ajay Skaria, ed., *Subaltern Studies XI: Muslims*,

*Dalits and the Fabrications of History*. Delhi: Permanent Black y Ravi Dayal Publisher, 2005.

Rosalind O'Hanlon, "Recovering the subject: *Subaltern Studies* and the histories of resistance in colonial South Asia", *Modern Asian Studies*, 22, pp. 189-224.

Pandey, Gyanendra

"Encounters and calamities: The history of a North India *Qasba* in the nineteenth century", en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies III: Writings on South Asian history and society*. Delhi: Oxford University Press, 1984, pp. 231-270.

"In defense of the fragment: Writing about Hindu Muslim riots in India today", en Ranajit Guha (ed.), *A Subaltern Studies Reader*, 1997, pp. 1-33.

*Remembering Partition: Violence, Nationalism and History in India*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Gyan Prakash, "Subaltern Studies as postcolonial criticism", *American Historical Review*, 99, 1994, pp. 1475-1494.

"Postcolonial criticism and Indian historiography", *Social Text*, 31/32, 1992, pp. 8-19.

Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, comp., *Debates poscoloniales: Una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Historis-Sephis-Aruwiyri, 1997.

Edward Said, "Foreword", en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak, (coord.), *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, 1988, pp. v-xii.

Sumit Sarkar, "The decline of the Subaltern in *Subaltern Studies*", en S. Sarkar, *Writing Social History*. Delhi: Oxford University Press, 1998, pp. 82-108.

Anil Seal, *The Emergence of Indian Nationalism: Competition and Collaboration in the Later Nineteenth Century*. Londres: Cambridge University Press, 1968.

Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press, 1995.

---

# Juan Bosch y las visiones geopolíticas del Caribe

Jorge Rodríguez Beruff

No es la geografía sola la que hace la historia;  
es el hombre que engendra la historia en la geografía.

Jorge Mañach, 1961.

La geopolítica ha sido un punto de vista compartido por autores en diversos países y regiones culturales del Caribe, recurrente en distintos momentos del desarrollo histórico regional desde, al menos, el siglo XIX. De hecho, varias de las historias generales sobre el Caribe en el siglo XX, como las de Erick Williams, Juan Bosch, y W. H. Parry y Philip Sherlock, por mencionar algunas, incorporan una perspectiva geopolítica. Más que una categoría discreta o excluyente, la perspectiva geopolítica podría verse como un paradigma que atraviesa diversas temáticas y escuelas de pensamiento, y en la cual no es fácil encajonar a los pensadores y sus obras.

El historiador puertorriqueño Pedro San Miguel plantea que las obras de enfoque geopolítico constituyen una de las tres corrientes de análisis en la historiografía regional.<sup>1</sup> Bajo esa categoría clasifica a un grupo de historiadores de varios países. El tema de las perspectivas geopolíticas en los estudios sobre el Caribe lo había explorado Richard Morse a fines de los sesenta, lo cual indica la persistencia de esta corriente de pensamiento.<sup>2</sup> El autor trini-

<sup>1</sup> Su cuestionamiento de las perspectivas geopolíticas se hace evidente, no sólo en su implicación de que representan la adopción de una “mirada imperial”, sino también en su comentario sobre Juan Bosch, quien alegadamente convierte “la geografía en una divinidad”. Según él, las otras dos corrientes son la de la identidad y la de las estructuras económicas y la dependencia. Pedro San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel: ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*. San Juan: Ediciones Vértigo, 2004, pp. 32-39.

<sup>2</sup> Richard Morse, “The Caribbean: Geopolitics and Geohistory”, en Sybil F. Lewis y Thomas G. Matthews eds., *Caribbean Integration...* Río Piedras: Institute of Caribbean Studies, 1967, pp. 157-173.

tario Anthony Maingot recalca la vigencia de la perspectiva geopolítica en la introducción de su reciente libro sobre las relaciones entre Estados Unidos y el Caribe. El autor sentencia categóricamente en la introducción que:

Si tuviera que seleccionar una sola palabra para encapsular la historia del Caribe, esa tendría que ser “geopolítica”, que trata de la relación entre la geografía y las relaciones internacionales. El aspecto más importante de la geografía caribeña ha sido el mar que, históricamente, en vez de un “lago interno” según el cliché, fue un complejo de avenidas marinas que unen la región con el resto del mundo. Es por estas “autopistas” que el Caribe nunca estuvo aislado.<sup>3</sup>

Las visiones geopolíticas caribeñas, aunque vinculadas generalmente a proyectos nacionalistas, han servido para sustentar prescripciones políticas muy diversas. A diferencia de América del Sur, las formulaciones geopolíticas no han estado asociadas a la derecha autoritaria o al pensamiento militar.<sup>4</sup> Debemos aclarar que por geopolítica entendemos las formulaciones sobre el poder y las relaciones internacionales que ponen énfasis en los intereses y acción de los Estados, y toman en cuenta factores de localización geográfica y relaciones espaciales, o que están sustentadas en consideraciones sobre el espacio geográfico. No nos referimos a una doctrina o unos contenidos particulares.

#### LA GEOPOLÍTICA COMO RUPTURA EN EL PENSAMIENTO DE BOSCH

En este ensayo me propongo examinar la perspectiva geopolítica que Juan Bosch adopta luego de los dramáticos eventos de 1965 en la República Dominicana –la Revolución Constitucionalista, la invasión estadounidense y el ascenso de Joaquín Balaguer al poder–, principalmente en su libro

<sup>3</sup> Anthony P. Maingot, *Estados Unidos y el Caribe: retos de una relación asimétrica*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2005, p. xvii.

<sup>4</sup> Sobre la geopolítica latinoamericana puede consultarse: Lewis A. Tambs, “Latin American Geopolitics: A Basic Bibliography”, *Revista Geográfica* (México), No. 73 (dic. 1980), pp. 71-105; y John Child, “Geopolitical thinking in Latin America”, *LARR*, Vol. 14, No.2 (1979), pp. 81-111. Para un análisis de las perspectivas geopolíticas mexicanas sobre el Caribe véase: Laura Muñoz, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior: México y el Caribe en el siglo XIX*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.

*De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial*, ubicándola en el contexto de las corrientes historiográficas y del pensamiento político caribeño. Nos referiremos también a *El pentagonismo, sustito del imperialismo*, un texto relacionado y escrito en la misma coyuntura, que se inscribe en otra corriente de análisis, a saber, la de los estudios críticos sobre la militarización de los Estados Unidos en el período de la posguerra, pero que esclarece la visión del autor sobre la coyuntura geopolítica regional. En ese momento post 1965 Bosch escribe también el polémico texto *Dictadura con respaldo popular* y *Composición social dominicana*, que no discutiremos aquí, donde expone sus prescripciones políticas a la luz de su lectura del contexto internacional en que se encuentra el Caribe a fines de los sesenta.<sup>5</sup>

Proponemos que los eventos de 1965, y los años inmediatamente subsiguientes, provocaron una ruptura y radicalización en el pensamiento de Bosch, basadas en la percibida imposibilidad de que Estados Unidos apoyara proyectos democráticos en la región en el marco de la Guerra Fría y en el diagnóstico que hizo sobre la transformación interna que había ocurrido en ese país, la cual denominó la *pentagonización* de la sociedad. Pablo Mariñez se refiere a esa transformación en el prólogo del libro *Temas internacionales*, que recoge artículos de Bosch.<sup>6</sup> La experiencia de esos años de la segunda mitad de los sesenta lo llevó a ubicarse en dos corrientes de pensamiento de las que se nutrió y a las cuales aportó con sus escritos.

La primera corriente fue la historiografía caribeña, sobre todo la cubana, que le asignaba gran peso a factores geopolíticos al analizar la trayectoria histórica de la región en el siglo xx. Esa corriente de pensamiento geopolítico le asignaba mucha importancia al papel de las potencias europeas y los Estados Unidos en la región como condicionante de la trayectoria histórica de las sociedades y estados caribeños. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial* se inscribe en esa vertiente de análisis.

<sup>5</sup> Sobre las circunstancias en que escribe esos textos, ver: Juan Bosch, *El PLD, un partido nuevo en América*. Santo Domingo: Alfa & Omega, 1989, pp. 102-110. Sobre *Composición social dominicana* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* dice el autor lo siguiente: “Para mí lo que importaba era que los dominicanos no sólo cuáles y cuántos hechos históricos se habían producido a lo largo de los siglos que tenía nuestro pueblo, sino cómo y por qué se produjeron esos, hechos, cuáles fueron las fuerzas que los formaron” (p. 103).

<sup>6</sup> Juan Bosch, *Temas internacionales*. Santo Domingo: Fundación Juan Bosch, 2006, pp. 44-45.

Por otro lado, *El pentagonismo* se ubica en otra corriente de pensamiento: la de los estudios críticos sobre la militarización de la sociedad estadounidense en la posguerra, que encuentran su antecedente más cercano en la llamada hipótesis del “estado guarnición” formulada por el destacado científico político Harold Lasswell en 1941<sup>7</sup> y desarrollada en 1956 por el sociólogo C. Wright Mills en *La elite del poder*, así como el debate sobre el complejo militar industrial que estaba planteado en los años sesenta al calor de la guerra de Vietnam.<sup>8</sup>

#### VISIONES DECIMONÓNICAS: EL FIEL DE LA BALANZA Y EL MEDITERRÁNEO AMERICANO

Antonio Gaztambide ha analizado las perspectivas geopolíticas decimonónicas sobre el Caribe, o más bien, las Antillas, de Eugenio María de Hostos y José Martí, entre otros pensadores. En ellos ya se expresa una visión de la región que pone énfasis en su posición geográfica intermedia entre la América sajona y la latina. Hostos, y no Martí, es quien acuña en 1870 la expresión el “fiel de la balanza”, como metáfora que explicaba la peculiar situación internacional de las Antillas. Pero el “fiel de la balanza” no tenía en Hostos el sentido posterior martiano, sino que transmitía la idea de las Antillas como lugar de fusión de razas e ideas entre el Norte y el Sur, “el verdadero lazo federativo de la gigantesca federación del porvenir...”. Vale la pena citar el pasaje de Hostos:

Pienso que es necesario que América complete la civilización, sirviendo a estas dos ideas: unidad de la libertad por la federación de las naciones; unidad de las razas por la fusión de todas ellas. A este trabajo han de concurrir todos los miembros del continente; tierra firme e islas: la tierra firme ha entrado en fusión... fuera de la esfera de acción americana, intentando entrar en ella, las Antillas. ¿Qué son las Antillas? El lazo, el medio de unión entre la fusión de tipos y de ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres dispares que

<sup>7</sup> Harold Lasswell, “The Garrison State and the Specialists on Violence”, *American Journal of Sociology*, No. 47, 1941, pp. 455-68.

<sup>8</sup> Para un análisis de esos debates véase (particularmente los capítulos 3 y 5.): V. R. Berghahn, *Militarism, The History of an International Debate, 1861-1979*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

penosamente realiza Colombia (la América Latina): medio geográfico natural entre una y otra parte del Continente, elaborador también de una fusión trascendental de razas, las Antillas son, políticamente, el fiel de la balanza, el verdadero lazo federativo de la gigantesca federación del porvenir; social, humanamente, el centro natural de las fusiones, el crisol definitivo de las razas.<sup>9</sup>

Según explica Gaztambide, para 1884 Martí tenía una visión cercana a la expresada por Hostos. Como director de la publicación *La América* se proponía como observador de los intereses “de la América Latina en la América Sajona [y], el explicador de la mente de los Estados Unidos del Norte ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, los Estados Unidos de la América del Sur...”. Su destacado escrito de 1891, “Nuestra América”, puede verse como un llamado a un proyecto latinoamericano frente a todo mimetismo colonial, quizás una respuesta antillana al planteamiento de Sarmiento en *Civilización y barbarie*, pero no una visión geopolítica del Caribe como muro de contención frente al expansionismo estadounidense.

Es a partir de 1894, que Martí claramente redefine la metáfora hostosiana del “fiel de la balanza” para argumentar que el equilibrio de América y el mundo dependía de la suerte de las Antillas, o aun de Cuba, de su capacidad de afirmar su independencia frente al expansionismo del Norte:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, mero fortín de la Roma americana; –y si libres– dignas de serlo por el orden la de la libertad equitativa y trabajadora –serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del norte...

Y en su muy citada carta a Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895, su último escrito, donde dice: “Ya estoy todos los días en peligro de dar

<sup>9</sup> Hostos, Diario, 28 de marzo de 1870, Obras Completas, I, pp. 284-285, citado en Antonio Gaztambide-Géigel, *Tan lejos de Dios... Ensayos sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos*. San Juan: Ediciones Callejón, p. 68. Énfasis en el original de Hostos.

mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.<sup>10</sup> Podríamos argumentar que entre Hostos y Martí se produce un tránsito del liberalismo al nacionalismo radical.

Para el momento en que Martí escribe este texto, y otros en que reitera la idea de equilibrio continental y las Antillas como frontera disputada o muro de contención, estaba en ascenso en Estados Unidos una visión geopolítica expansionista sobre la región. El principal arquitecto de esa visión geopolítica imperial de fines del siglo XIX lo fue el geoestratega Alfred Thayer Mahan, quien había planteado en su libro *The Influence of Seapower upon History*, publicado en 1890, lo siguiente sobre el Caribe:

*Furthermore it [the Mediterranean] has at the present time a very marked analogy in many respects with the Caribbean Sea, –an analogy which will be still closer if a Panama canal-route be completed. A study of the strategic conditions of the Mediterranean, which have received ample illustration, will be an excellent prelude to a similar study of the Caribbean, which has comparatively little history.*<sup>11</sup>

Mahan elabora en 1897, poco después de la muerte de Martí y el año antes de la inicio de la guerra con España, esa visión geopolítica del Caribe como el “Mediterráneo americano” en el ensayo “The Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean Sea”.<sup>12</sup> Él compara la posición de Estados Unidos en el Caribe con la de Roma o Gran Bretaña en el Mediterráneo, y propone un esquema para el dominio naval de la región que presuponía, entre otras cosas, el control de Cuba, que se hacía imperativo para defender desde sus accesos un futuro canal en Panamá. Su visión estratégica estaba sustentada también en un argumento sobre la superioridad cultu-

<sup>10</sup> José Martí, *Obras Completas*, Vol. 20. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 161.

<sup>11</sup> A. T. Mahan, *The Influence of Seapower upon History, 1660-1783*. Boston: Little, Brown and Co., 1890, p. 33.

<sup>12</sup> A.T. Mahan, “The Strategic Features of the Gulf of Mexico and the Caribbean Sea”, *Harper’s New Monthly Magazine*, octubre, 1897.

ral y política de los Estados Unidos.<sup>13</sup> La geopolítica navalista *mahaniana* condicionó la óptica sobre el Caribe por parte de Estados Unidos por varias décadas, resurgiendo con fuerza en momentos de crisis o guerra internacional.<sup>14</sup> Se convirtió en un referente importante para las formulaciones geopolíticas de historiadores y autores caribeños.

#### LA PERSPECTIVA GEOPOLÍTICA DE LA HISTORIOGRAFÍA CUBANA

La visión geopolítica martiana influyó en los intelectuales e historiadores cubanos, al menos desde la década del veinte. Un sector de la intelectualidad cubana, agrupado principalmente en torno del influyente “Grupo Minorista”, articuló la visión de que un factor decisivo para el fracaso del proyecto republicano cubano había sido la injerencia estadounidense, plasmada en la Enmienda Platt.<sup>15</sup> El “minorismo” también postuló el retorno al proyecto político martiano contenido en el *Manifiesto de Montecristi*. Este movimiento, políticamente heterogéneo pero de marcado acento nacionalista, agrupó a intelectuales como Jorge Mañach, Calixto Masó, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring y Rubén Martínez Villena.<sup>16</sup> Roig de Leuchsenring denunció los designios geopolíticos estadounidenses sobre Cuba en obras como *Historia de la Enmienda Platt, una interpretación de la realidad cubana* (1935), *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* (1950) y *Martí antimperialista* (1953). Los “minoristas” ejercieron influencia no sólo en el campo intelectual, sino también en diversos movimientos políticos.

Aunque no estuvo asociado al “minorismo” y fue funcionario del gobierno de Gerardo Machado, Ramiro Guerra y Sánchez produjo una de las obras más importantes de corte geopolítico, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y los países hispanoamericanos*, en el con-

<sup>13</sup> Véase Jorge Rodríguez Beruff: “Cultura y geopolítica: un acercamiento a la visión de Alfred Thayer Mahan sobre el Caribe”, en Antonio Gaztambide Geigel, Juan González Mendoza y Mario R. Cancel (eds.), *Cien Años de sociedad, los 98 del Caribe*. San Juan: Ediciones Callejón, 2000, pp. 27-42.

<sup>14</sup> Jorge Rodríguez Beruff, “Puerto Rico and the Caribbean in US Strategic Debate on the Eve of the Second World War”, *Revista Mexicana del Caribe*, Año I, Núm. 2, 1996, pp. 55-80.

<sup>15</sup> Un ejemplo de ese diagnóstico es el ensayo de Jorge Mañach titulado “Revolución en Cuba” en *Pasado Vigente*. La Habana: Editorial Trópico, 1939, pp. 234-253.

<sup>16</sup> Ana Cairo, *El Grupo Minorista y su tiempo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

texto de la revolución de 1933 y de las actividades intervencionistas de Sumner Welles y la administración Roosevelt en Cuba. Constituye un relato pormenorizado del expansionismo estadounidense desde sus inicios, de cuya lectura sólo se puede colegir el peligro inminente que se cernía sobre Cuba y las precarias repúblicas del Sur. Fue una obra de denuncia y expresión de un nacionalismo asediado: “Esta es, en síntesis, la historia del conflicto entre ‘yanquis’ y ‘latinos’, desde hace cerca de siglo y medio en América... El cuadro de conjunto de esta enconada rivalidad es una historia dolorosa y lamentable para los vencidos, siempre los mismos.” Menos conocida es otra obra suya de enfoque geopolítico, *En el camino de la independencia: estudio sobre la rivalidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba*.<sup>17</sup>

Otros historiadores cubanos como Herminio Portell Vilá, Emeterio Santovenia, Julio Le Riverend y José Luciano Franco, para mencionar algunos, también adoptaron una perspectiva geopolítica.<sup>18</sup> Portell Vilá, por ejemplo, destaca los esfuerzos cubanos por evitar la anexión en su monumental obra de 1939, *Historia de Cuba, en sus relaciones con los Estados Unidos y España*.<sup>19</sup> La historiografía de corte geopolítico fue una de las corrientes de pensamiento que sustentó el nacionalismo cubano y encontró expresión política en las revoluciones de 1933 y 1959.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> Ramiro Guerra y Sánchez, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y los países hispanoamericanos*. La Habana: Editorial Nacional, 1964; y *En el camino de la independencia: estudio sobre la rivalidad de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba*. La Habana: Ciencias Sociales, 1974.

<sup>18</sup> Herminio Portell Vilá, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, Cuatro Tomos. La Habana: Jesús Montero Editor, 1938-1941; Emeterio Santovenia, *Armonías y conflictos en torno a Cuba*. México: Fondo de Cultura Económica, 1956; y José Luciano Franco, *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas, 1554-1830*. La Habana: Casa de las Américas, 1975; *La batalla del Caribe, revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe 1789-1854*. La Habana: Instituto de Historia, Academia de Ciencias, 1965; *Historia de la revolución de Haití*. La Habana: Academia de Ciencias, 1966.

<sup>19</sup> Herminio Portell Vila, *Historia de Cuba, en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, tomo II (1853-1878). La Habana: Jesús Montero Editor, 1939, p. 8.

<sup>20</sup> Rafael Rojas critica esa corriente como parte de una “cultura de la queja” en *La isla sin fin, contribución a la crítica del nacionalismo cubano*. Miami: Ediciones Universal, 1998, pp. 126-127. El analista conservador Mark Falcoff señala: “The centrality of Cuban nationalism to Cuban historiography hardly requires emphasis. Indeed, the two are virtually inseparable.” “The Cuba in Our Mind”, *The National Interest*, 1 de junio, 1996.

Es interesante que el filósofo Jorge Mañach, luego de su exilio en Puerto Rico, escogiera el terreno del discurso geopolítico para deslindar sus diferencias con el proyecto político que se había impuesto en Cuba en 1959.<sup>21</sup> En *Teoría de la frontera*, argumenta que una frontera marca un confín, pero también un lugar de contacto y comunicación. Mañach distingue entre varios tipos de frontera y formula el concepto de “frontera cultural” para aplicársela a Puerto Rico. Según él, estar en la frontera provoca dos reacciones extremas: “cierto antagonismo hosco, resentido del poder ajeno y de la propia impotencia” o “una sumisión blandengue... que en la jerga política suele llamarse ‘entreguismo’”.<sup>22</sup> Mañach utiliza el concepto de frontera para referirse al Caribe varios años antes que Bosch, en los meses cercanos a la invasión de Playa Girón, pero desde una perspectiva de un nacionalismo moderado que busca alternativas al enfrentamiento entre los Estados Unidos y Cuba.

#### OTRAS VISIONES CARIBEÑAS

El importante autor puertorriqueño de los treinta, Antonio S. Pedreira, le atribuyó el *insularismo* o “aislamiento centenario” de Puerto Rico a la falta de interés de España en su posición geográfica.

La espléndida posición geográfica que en nuestros días es motivo de propaganda, ofreciéndose como punto de apoyo en el tráfico aéreo entre Norte y Sur América, y como posible puente entre las dos culturas novomundanas, no recibió favores que en otros tiempos dispensaron a Cuba y a Santo Domingo los gobiernos españoles por estas antillas hermanas más asequibles e importantes al desarrollo colonial. Nosotros quedamos al margen de las rutas europeas, empujados en un aislamiento centenario que siempre entorpeció nuestras ansias de vinculación indoamericana.<sup>23</sup>

La segunda Guerra Mundial significó una expansión sin precedentes del poder regional de Estados Unidos, abarcando su influencia a todos los

<sup>21</sup> Jorge Mañach, *Teoría de la frontera*. Río Piedras: Editorial Universitaria, 1970. El libro de Mañach fue calificado por una autora cubana como una “diatriba contra la Revolución Cubana”. Véase Ana Cairo, *El grupo minorista y su tiempo*. La Habana, 1978, p. 220.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>23</sup> Antonio S. Pedreira, *Insularismo*. Río Piedras: Editorial Edil, 1985, p. 109.

territorios bajo control colonial de las potencias europeas. El Caribe se convirtió en uno de los escenarios del conflicto global. Los intelectuales que se formaron en la década del cuarenta tomaron nota del peso que tenían factores estratégicos y geopolíticos en el destino de los estados y territorios caribeños.

Humberto García ha analizado el pensamiento geopolítico en la formación intelectual y la obra del historiador y político trinitario Eric Williams. Su primer libro, *The Negro in the Caribbean*, fue el resultado inmediato de un viaje en 1940, a comienzos de la segunda Guerra Mundial, por Cuba, Haití, la República Dominicana y Puerto Rico. En Cuba conoció la obra de Ramiro Guerra y Herminio Portell Vilá. Williams asume plenamente, con notable hipérbole, el discurso geopolítico de la época sobre el Caribe.

*For the Caribbean is one of the most important seas, strategically speaking, in the world. Who commands the Caribbean commands the Panama Canal... The Caribbean islands are, in fact, a vital link in the chain of hemisphere defense. The Caribbean has become for the United States "our sea", the "American Mediterranean" with Puerto Rico as its Gibraltar.*<sup>24</sup>

Luego, en *From Columbus to Castro, The History of the Caribbean 1492-1969*, su historia general sobre el Caribe, Williams reitera la visión geopolítica utilizando la metáfora de la gallera: "*The Caribbean islands began their association with modern society as the pawn of European power politics, the cockpit of Europe, the arena of Europe's wars hot and cold.*"

Sin embargo, como Humberto García señala, la geopolítica de Williams, aunque vinculada en su pensamiento a un nacionalismo pancaribeño e integracionista, nunca lo llevó a plantearse una ruptura radical con los Estados Unidos, como ocurrió en el caso de Cuba. Debemos añadir que Williams no fue un caso aislado en el Caribe angloparlante. Historiadores como Fitzroy André Baptiste y Ken Post, particularmente el primero, adoptaron

<sup>24</sup> Eric Williams, *The Negro in the Caribbean*. Washington D.C.: Associates in Negro Folk Education, 1942), pp. 7, 8. Citado en Humberto García Muñiz, "Geopolitics and Geohistory in Eric Williams Discourse on Caribbean Integration", Brian Moore and Swithin Wilmot (eds.), *Before and after 1865: Papers on Education, Politics and Regionalism in the Caribbean*. Kingston: Ian Randle, 1999.

un enfoque geopolítico en sus escritos sobre el período de la segunda Guerra Mundial en el Caribe.<sup>25</sup>

También se debe notar que la historia general de la región de Parry y Sherlock, publicada en 1956, más de una década antes de la de Williams y Bosch, ya expresaba un acercamiento geopolítico que tomaba distancia de la formulación estadounidense de Alfred Thayer Mahan. Para estos autores, la ubicación del Caribe, en la encrucijada de importantes rutas marítimas, lo había convertido en un corredor o zona de tránsito, que lo vinculaba externamente con el mundo Atlántico y Pacífico, pero lo fragmentaba internamente.

*The Caribbean has sometimes been likened, in its historical role, to the Mediterranean; but the likeness is superficial. The Mediterranean is an enclosed sea which for millennia linked, in peace or war, the cities, the empires, the cultures of the peoples living round its shores; and for millennia those peoples had no need to look beyond the boundaries of their sea. The Caribbean has been less a meeting and crossing place than a corridor. The gravitational pull of Europe to the east was balanced by a corresponding pull to the west. The islands, for much of their history, were valued not as citadels or dwelling places for their own sake, but as the outlying barbicans of a gate...*

*The Caribbean waterways have linked Europe with Latin America, Spain with the Philippines, New England with California. They have divided the Caribbean islands, shore from shore and island from island; and most of the traffic passing through has passed the islands by.*<sup>26</sup>

El historiador puertorriqueño Arturo Morales Carrión también inició su carrera en los albores de la segunda Guerra Mundial y participó, como Williams, en los proyectos de colaboración caribeña impulsados por los Estados Unidos en las décadas de los cuarenta y los cincuenta, como la Comisión Anglo Americana del Caribe (1943-1946), que luego se convirtió en la Comisión del Caribe (1948-1955).

<sup>25</sup> Fitzroy André Baptiste, *War, Cooperation and Conflict, the European Possessions in the Caribbean, 1939-1945*. Nueva York: Greenwood 1988. También Ken Post, *Strike the Iron: A Colony at War*, 2 vols. Atlantic Highlands, NJ, y La Haya: The Institute of Social Studies, 1981.

<sup>26</sup> W.H. Parry and Philip Sherlock, *A Short History of the West Indies*. Londres: Macmillan Caribbean, 1971, pp. vi-vii.

En un ensayo de 1940, Morales Carrión plantea que el dilema histórico de Puerto Rico ha sido la lucha entre dos tendencias principales que denomina “la fortaleza” y la “ciudad”. “La fortaleza” es emblemática de la transformación gradual de Puerto Rico para proteger al Caribe de “intrusos externos”, o lo que llama “*the military determinism of its geography*”, mientras que la “ciudad” representaba “*the emergence of a civilized community*”. En 1940, Puerto Rico era gobernado por un almirante estadounidense y se impulsaban frenéticamente los planes defensivos para la guerra.<sup>27</sup>

La principal obra de Morales Carrión, *Puerto Rico and the Non Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism*, publicada en 1952, está escrita desde una perspectiva geopolítica. Allí el autor afirma que el área antillana “es el producto de una intensa lucha por el poder entre los estados marítimos”. También refuta la tesis sobre el “insularismo” planteada en los treinta por Pedreira, recalcando el carácter abierto y poroso de toda la región.

El área antillana es un complejo mosaico entrecruzado por los más diversos rasgos étnicos y culturales. Históricamente es el producto de una intensa lucha por el poder entre los Estados marítimos, una lucha encarnizada en la cual se disputó y se retuvo cada isla y cada cayo con tenaz obstinación. No hubo comunidad alguna que se desarrollara en plácido aislamiento sin ser perturbado por el oleaje de grandes conflictos bélicos o imperialistas. El mar era una gran avenida abierta por donde afluía toda clase de viajeros para entrar en las islas: exploradores y conquistadores de España, traficantes de esclavos portugueses, piratas franceses e ingleses, contrabandistas daneses y, años más tarde, corsarios americanos.<sup>28</sup>

Según Morales Carrión, la “camisa de fuerza” del sistema colonial español llevó al contrabando de Puerto Rico con el Caribe no hispánico y, luego, a un fuerte vínculo económico con los Estados Unidos: “La última fase del

<sup>27</sup> Arturo Morales Carrión, “Puerto Rico: the fortress or the city?”, *InterAmerican Quarterly* (July, 1940) pp. 36-46. Sobre el contexto de este escrito ver, Jorge Rodríguez Beruff, *Strategy as Politics, Puerto Rico on the Eve of the Second World War*. San Juan: Editorial Universitaria, 2007.

<sup>28</sup> Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico y la lucha por la hegemonía en el Caribe, colonialismo y contrabando, siglos XVI-XVIII*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995, p.1. Versión española de la edición original de 1952.

exclusivismo español en Puerto Rico, presenció, en medio de la devastación de la época revolucionaria, el aumento de la dependencia comercial de Puerto Rico en los Estados Unidos.”<sup>29</sup> De ahí que el ascenso del poder de Estados Unidos se presenta como un proceso secular y gradual, que tuvo sus orígenes económicos en el momento de la independencia de ese país. Morales Carrión va a promulgar, en otros escritos, un “nacionalismo cultural” destinado a preservar los rasgos distintivos de una nacionalidad puertorriqueña, dentro del arreglo político de posguerra representado por el Estado Libre Asociado (ELA).

*Puerto Rico and the Non Hispanic Caribbean* se publicó, significativamente, en el año 1952, coincidiendo con la promulgación de la Constitución del ELA, en plena Guerra Fría, y en un punto muy alto del poder regional e internacional de los Estados Unidos. El autor tendrá una destacada participación política como asesor de Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico, para temas internacionales y funcionario de la administración Kennedy, entre otros importantes cargos que ocupó.

#### JUAN BOSCH: DEL ARCHIPIÉLAGO DE LAS DICTADURAS A LA FRONTERA IMPERIAL

En *Póker de espanto en el Caribe*, escrito en 1955, Juan Bosch describe a la región como un archipiélago de dictaduras. Aunque el fenómeno era regional, cada una de esas dictaduras tenía sus particularidades en cuanto a sus estilos de ejercer el poder. El énfasis de su análisis estaba puesto en los factores internos y no había un esfuerzo sistemático por conectar la proliferación de los regímenes dictatoriales de posguerra con la política militar o exterior de los Estados Unidos. De hecho, descarta al imperialismo estadounidense como la causa de las dictaduras criollas.

En los últimos tiempos se ha propagado mucho la tesis de que el imperialismo es el responsable de que el Caribe se encuentre apestado de tiranías. Mas he aquí que las agresiones políticas y armadas de los Estados Unidos en esa zona no toman cuerpo sino a partir de 1898, y ya a esa época los pueblos caribes co-

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 183.

nocían despotismos tan prolongados y tan crueles como los regímenes del indio Carrera en Guatemala o de Ulises Heureaux en Santo Domingo, o como el de Henri Cristophe en Haití y el de Guzmán Blanco en Venezuela.

Un análisis exhaustivo de las causas que producen las tiranías en el Caribe aconseja dejar a un lado la costumbre de buscar la razón única. Hay muchas razones entrelazadas. Lo que sí aparece claro a los ojos del estudioso es que las tiranías del Caribe se producen por ciclos, y cada ciclo corresponde al momento en que debe producirse un cambio en la estructura social.<sup>30</sup>

El corolario político de *Póker de espanto* era que la lucha por la democracia en el archipiélago de las dictaduras requería de un movimiento democrático a escala regional, lo cual correspondió con su práctica política de esa época. Se trataba de hacer alianzas con las fuerzas democráticas en Centro América y el Caribe para construir un archipiélago de democracias. La otra implicación de su análisis era que se requería cambiar las estructuras sociales internas que generaban las condiciones para los regímenes despóticos.

Sin embargo, hay ideas que Bosch plantea en este texto que guardan continuidad con su perspectiva en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro...* Por un lado, se refiere a un pasado de lucha constante por la libertad: “La lucha de los pueblos es constante; nacen mártires donde muere uno, florecen las ideas allí donde las persiguen; un pasado heroico cuajado de nobles nombres, estimula a los jóvenes e ilumina el porvenir.” Por otro, desarrolla un concepto del Caribe muy cercano al de “Cuenca del Caribe”, que será el que utilizará en esa obra posterior: “El Caribe tiene forma de un toro echado. La cabeza parece mirar hacia el Pacífico, por encima de las llanuras de Yucatán; el pescuezo y el espinazo están formados por las Antillas Mayores; el anca, por las Menores. Pueden verse sus patas delanteras dobladas en las rodillas siguiendo el curso de las costas de Nicaragua, Costa Rica y Panamá; y pueden verse las traseras y el vientre descansando en las orillas de Venezuela y de Colombia”.<sup>31</sup> Esta visión caribeñista lo va a diferenciar de la perspectiva de Ramiro Guerra, quien usa el concepto de “países hispano-americanos”. Su definición también tiene un enfoque claramente político, ya que el Caribe lo constituyen las diez repúblicas cuyas costas baña el Mar

<sup>30</sup> Juan Bosch, *Póker de espanto en el Caribe*. México: UNAM, 2009, p. 34.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 209.

Caribe, en un momento en que buena parte de las sociedades caribeñas vivían bajo arreglos coloniales.

El golpe de estado de 1963 no altera radicalmente su visión sobre los condicionantes internos de las dictaduras caribeñas. Bosch aún no rompe sus vínculos con los sectores liberales en los Estados Unidos. En un texto publicado en 1991 sobre la revolución constitucionalista de 1965, Bosch subraya la excepcionalidad del período de John F. Kennedy: “Con la excepción de los años de Kennedy, la política exterior norteamericana en la América Latina ha sido la de entenderse con los grupos de poder y usar la fuerza para respaldar esos grupos... Fue John Fitzgerald Kennedy quien transformó los viejos conceptos y puso en práctica una nueva política, pero desaparecido él, volvió a imponerse el criterio de que el poder se ejerce sólo a través de la fuerza.”<sup>32</sup>

Debemos recordar que fue el gobernador Luis Muñoz Marín quien envió un avión a recogerle en Guadalupe y le ofreció refugio en Puerto Rico. Jaime Benítez lo acogió en la Universidad de Puerto Rico. Desde Puerto Rico mantuvo abiertos canales de comunicación con los sectores liberales de la administración Kennedy, aunque esas relaciones se tornaron cada vez más difíciles y tensas, y se rompieron a raíz de la revolución constitucionalista y la decisión de invadir el país. George Ball dice en sus memorias que Bosch era “...*unrealistic, arrogant and erratic*”. Bosch, por su parte, ataca a Adlai Stevenson y Dean Rusk en *El pentagonismo* como parte de un grupo sin liderato y sin principios.

*Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* fue escrito en su exilio de Puerto Rico en 1964, poco después de haber sido derrocado por el golpe de 1963.<sup>33</sup> En ese texto, Bosch hace referencia de nuevo a causas internas y factores estructurales de la sociedad dominicana para explicar el golpe de estado y dice que su libro es continuación del anterior, *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*. Su explicación se sustenta en la persistencia del trujillismo y en que “muchos antitrujillistas eran, en realidad, aspirantes

<sup>32</sup> Juan Bosch, “La debilidad de la fuerza” en *Temas internacionales*, op. cit., p. 600.

<sup>33</sup> Juan Bosch, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1999.

a sustituir al tirano, no a liquidar su régimen”.<sup>34</sup> Al final plantea una pregunta que demuestra el escepticismo que ya sentía sobre un apoyo externo a la restauración de la democracia en la República Dominicana.

Hay, pues, gente para construir la democracia en la República Dominicana. Pero antes de poner a levantar otra vez la casa de la libertad y la justicia, esa gente mira hacia su pasado, mira hacia toda la América y pregunta: “¿Vale la pena volver a edificar para que nos roben lo que hacemos? Rusia ayuda a Cuba, y a nosotros, ¿quién nos ayudará?”.<sup>35</sup>

Juan Bosch publica *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial*, una de las obras más representativas de la perspectiva geopolítica, en 1970, pocos años después de la invasión estadounidense de la República Dominicana de 1965 y el ascenso a la presidencia de Joaquín Balaguer al año siguiente.<sup>36</sup> El autor formula la metáfora del Caribe como “frontera imperial”, como escenario secular de las luchas entre imperios, concluyendo su relato, no con los trágicos eventos de 1965 que le había tocado vivir de cerca, sino con la victoria de Fidel Castro en la batalla de Playa Girón de 1961.

La historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales.<sup>37</sup>

Bosch se refiere en el primer capítulo, “Una frontera de cinco siglos”, a eventos recientes en el Caribe que sirven como telón de fondo de su obra:

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 8-9.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 231.

<sup>36</sup> Llama la atención que Bosch solamente destacara la obra de un autor cubano, José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud de los Indios en el Nuevo Mundo*. La Habana: Cultural, 1932. Pero reconoce la aportación del historiador dominicano Emilio Cordero Michel en su obra *La revolución haitiana y Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora Nacional, 1968.

<sup>37</sup> Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial*. Santo Domingo: Fundación Juan Bosch, 2005, p. 12.

## la Revolución Cubana, los conflictos de 1964 en Panamá y la Revolución Constitucionalista en la República Dominicana.

Santo Domingo es un país del Caribe y el Caribe seguía siendo en el año de 1965 una frontera imperial, la frontera del imperio americano... Pues una frontera –como se sabe– es una línea que demarca el límite exterior de un país, y todo país tiene derecho a defenderse si es atacado. Y pues Santo Domingo es parte de la frontera imperial, a los ojos del imperio y de sus partidarios era lógico y justo que ese pequeño país padeciera su sino de tierra fronteriza.<sup>38</sup>

De ahí que, aunque por el Caribe pueden haber pasado las fronteras de otros imperios a través de la historia, la que importaba ahora era la frontera imperial de los Estados Unidos. Ya no se trata de una lucha por la libertad contra los despotismos criollos, sino su adhesión a un proyecto regional antimperialista, para lo cual busca en el pasado caribeño los asideros históricos que se puedan convocar como fuerzas de resistencia en ese conflicto.

La aportación de la historiografía cubana a la perspectiva geopolítica de Juan Bosch no es evidente en la bibliografía citada en esa obra. Destina su obra a un amplio público que, según él, encuentra engorrosa la referencia a las fuentes. Apenas menciona la obra de José Antonio Saco *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo* y la *Historia de la nación cubana*, obra en diez volúmenes, editada por Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio S. Santovenia. Sin embargo, Bosch era un lector acucioso que vivió por un largo período en Cuba, inmerso en la vida política e intelectual del país, por lo que debió conocer también otras obras como el libro de Ramiro Guerra sobre el expansionismo estadounidense y los escritos de otros historiadores importantes de enfoque geopolítico como Herminio Portell Vilá y Emilio Roig de Leuschenring.

*El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, otro influyente texto que Bosch escribió en la misma época, complementa los argumentos desarrollados en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*. En *El pentagonismo...*, el autor dominicano argumenta que la política exterior de Estados Unidos se ha militarizado y que, por lo tanto, América Latina y el Caribe no se enfrentan ya

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 14-15.

al imperialismo en el sentido leninista, sino a un Estado “pentagonizado”, es decir, crecientemente controlado por el poder militar. Según él, “La República Dominicana, [es] el primero de los países de la América Latina que cayó bajo el poder pentagonista...”.<sup>39</sup>

El corolario político de su análisis es que los Estados Unidos, independientemente del partido que estuviera en el poder, no apoyaría proyectos democráticos en la región por la militarización de su política exterior, proceso que había comenzado en el Caribe. El predominio del poder militar se comenzó a gestar desde dentro de la administración Kennedy, y ya estaba firmemente asentado al llegar Lyndon Johnson a la presidencia. Bahía de Cochinos y la invasión dominicana de 1965 fueron dos instancias de su ascenso. Sobre los sectores liberales que le habían apoyado, Bosch dice lo siguiente:

El sector liberal norteamericano, cada vez más pequeño, es ya una flor exótica, producto de una sociedad liquidada. Quedan algunos liberales que sobreviven por razones biológicas, debido a su edad avanzada. La expresión natural de una sociedad de masa en un régimen de libre competencia es el pentagonismo, no el liberalismo.<sup>40</sup>

Bosch continuó cultivando el enfoque geopolítico en otros escritos sobre la región y la situación mundial.<sup>41</sup> Además, tuvo sus seguidores, particularmente el sociólogo e historiador Gerard Pierre Charles. Éste afirmó, en un libro publicado en 1981 que, en el Caribe, “la primera mitad del siglo xx se caracterizó por el dominio irrestricto de los Estados Unidos” y que “en el período posbélico, el Caribe se convierte en una avanzada del imperio, entonces en la fase óptima de su desarrollo”.<sup>42</sup>

La perspectiva geopolítica caribeña constituyó una respuesta a la geopolítica imperial que reducía la región a una zona valiosa para la seguridad de

<sup>39</sup> Juan Bosch, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 2000, p. 126. Un comentario nuestro sobre ese texto se puede encontrar en: [www.caribenet.info/pensare\\_06\\_rodriguez\\_beruff\\_pentagonismo.asp?l=-](http://www.caribenet.info/pensare_06_rodriguez_beruff_pentagonismo.asp?l=-).

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 102.

<sup>41</sup> Juan Bosch, *Temas internacionales*, *op. cit.*

<sup>42</sup> Gerard Pierre Charles, *El Caribe contemporáneo*. México: Siglo XXI Editores, 1981, p. 25.

Estados Unidos, y definía a los países y territorios como “lugares” de valor estratégico a controlar o para enclavar bases militares. Juan Bosch y otros intelectuales caribeños contribuyeron a la comprensión de los álgidos momentos del expansionismo estadounidense y de la confrontación global en el marco de la Guerra Fría.

El fin de la Guerra Fría y la transformación del sistema internacional han marcado cambios notables en la región del Caribe. Aunque persisten algunas líneas de conflicto de períodos anteriores, el Caribe se ha tornado más complejo con la presencia de nuevos actores internacionales y nuevos retos a la viabilidad de sus sociedades. Ciertamente requerimos nuevos enfoques que den cuenta de las circunstancias actuales de la región y su ubicación en el sistema internacional, y que nos permitan desarrollar estrategias eficaces para “vivir en la frontera”. 

---

# Cambio político en Japón

Isami Romero Hoshino

**E**n las primeras semanas de abril de 2001, justo cuando iniciaba mis estudios en Japón, uno de los catedráticos de mi universidad me preguntó por qué un mexicano como yo había decidido venir a estudiar a su país. Sin pensarlo demasiado, le contesté que me interesaba mucho la forma en que se había “consolidado” la democracia en el decenio de los cincuenta y cómo se erigió el sistema de partido predominante de la posguerra. Además, le recalqué que las pautas de dominio impuestas por el Partido Liberal Demócrata (PLD) dentro de la arena política japonesa, se asemejaban mucho a la hegemonía que ejerció el “Partido de la Revolución” sobre mi país durante 71 años, por lo que me sentía familiarizado con la política de Japón.

Después de escuchar mi respuesta, hizo una pausa y me dijo: “No sé nada sobre México, pero usted tiene suerte. ¿Sabe? Vino en un momento único, ya que se avecinan vientos de cambio”. Estaba en lo correcto. La situación que prevalecía en esos años en Japón conminaba a una transmutación definitiva. En los albores del siglo XXI, la economía japonesa experimentaba una profunda crisis. La mayoría de los grandes bancos había perdido sus reservas y el gobierno japonés enfrentaba un terrible problema de números rojos en sus finanzas. Además, cientos de empresas se habían ido a la quiebra y miles de japoneses habían perdido sus empleos; las medidas correctivas implementadas por el PLD y sus compañeros de coalición no habían tenido el éxito esperado.

Entonces, para seguir nuestra amena charla le dije: “Tiene razón, son tiempos de cambio, pero para que eso ocurra, es necesario que acontezca una alternancia”. Mi comentario estaba basado en lo que había leído antes de viajar a Japón y en los encabezados que veía en esos días en algunos

medios sensacionalistas, los cuales apuntaban que había llegado la hora del juicio final para el PLD y que en poco tiempo la primera oposición, el Partido Demócrata Japonés (PDJ), tomaría las riendas de la entonces “segunda economía mundial”.

Al oír mi respuesta, él me contestó: “Usted necesita estudiar más sobre la política de mi país. El PDJ es una organización interesante, pero no van a ganar nunca las elecciones generales. La única forma de que se ocurra un cambio profundo en Japón, es que esta transmutación venga desde arriba, como ocurrió en 1868 con la Regeneración Meiji”. Tenía razón de nuevo. Si bien después de las elecciones de la Cámara Baja del 2000 esta fuerza había aumentado su presencia, lo anterior no había sido suficiente para intimidar al PLD. Para vencer a un monstruo de tal magnitud, el PDJ tenía que ganarse la confianza de la tradicional clientela conservadora (los dueños de las grandes emporios, las organizaciones de agricultores y de pequeñas empresas), algo que se veía muy complicado para una organización que se había formado en 1996. Asimismo, para que ésta pudiera consumir la alternancia, tenía que solucionar los problemas de cohesión interna que existían desde su fundación. Dentro del PDJ convivían grupos demasiado antagónicos: ex peledistas que se había escindido en 1993; neoconservadores que apoyaban una reforma constitucional; ex socialistas que estaban en contra de cualquier modificación a la “constitución pacifista”; miembros de sindicatos laborales que abogaban sólo por los intereses de sus organizaciones; y liberales que buscaban implementar reformas que permitieran mayores derechos a los extranjeros y a los grupos minoritarios.

La charla terminó ahí y, curiosamente, tres semanas después sucedió lo que él había vaticinado (después me confesaría que ni él mismo había contemplado que ocurriese un cambio tan inmediato). Pero, ¿qué fue lo que aconteció? La cúpula peledista consideró que ya era imposible seguir apoyando a la incompetente gestión del primer ministro Yoshiro Mori (2000-2001) y convocó a una elección presidencial extraordinaria para elegir a un nuevo líder. En un inicio la mayoría de los diarios indicaron que el ex primer ministro Ryutaro Hashimoto iba ser el ganador, pero el triunfador resultó otro: un lobo solitario llamado Jun'ichiro Koizumi, quien a la postre se convertiría en uno de los gobernantes más populares de la historia de la posguerra.

Ahora, ¿qué había hecho tan atractivo a este hombre? Lo que a muchos japoneses agradaba era su físico y peinado ondulado, poco usual en un político de su talla, pero también los conmovieron sus discursos tan espontáneos y el eslogan que manifestó después de asumir el poder: “¡Si mi partido no acepta mis reformas (neoliberales), lo destruiré!” Muchos japoneses no estaban tan convencidos de sus palabras, pero sí se encontraban hartos del estilo que había impreso el largo gobierno del PLD. Por lo tanto, vieron con simpatías las amenazas de Koizumi.

Cabe destacar que su popularidad hizo que muchos analistas nacionales e internacionales lo vieran como un populista de derecha, mientras que otros lo comenzaran a comparar con Shigeru Yoshida, el legendario mandatario conservador que dirigió las riendas de esta nación asiática durante la ocupación estadounidense (1945-1952) y estableció las pautas para la recuperación económica de Japón, así como su regreso al sistema internacional bajo una alianza militar con Estados Unidos. Una comparación exagerada: probablemente nadie podrá superar su legado. Empero, esta equiparación demostraba la gran fuerza que había impreso en esos años Koizumi en la mente de los japoneses.

Todo indicaba, entonces, que el cambio venía desde arriba y no por el lado de la oposición, tal y como me lo había subrayado aquel profesor. Sin embargo, no se podía desdeñar su existencia. Habían, sin duda, algunos elementos que hacían atractivo al PDJ. Su líder, Yukio Hatoyama, era miembro de una de las familias políticas más importantes de la posguerra. En especial, su abuelo había sido un líder excepcional: en 1954, Ichiro Hatoyama logró arrebatarse el poder a Shigeru Yoshida y, bajo su gobierno, Japón restableció las relaciones diplomáticas con la URSS —lo en que en esos momentos parecía imposible debido a la negativa de Estados Unidos—, y consiguió la incorporación de su país a las Naciones Unidas.

De este modo, si Yukio tenía las cualidades de su abuelo, el PDJ podía hacer historia. Empero, en los meses subsecuentes la presencia de Hatoyama en los medios desapareció y todos los reflectores fueron acaparados por Koizumi, quien intensificó sus reformas neoliberales, en especial la privatización del servicio postal. Finalmente, en diciembre de 2002, después de una dolorosa derrota en una elección local y tras un fallido intento de fusionar al PDJ con el Partido Liberal (organización conservadora escindida del

PLD en 1993), Hatoyama renunció, dejándole el puesto al líder de la facción liberal, Naoto Kan.

Lo anterior dejó a la deriva a la primera oposición, por lo que Kan emprendió dos estrategias. Una fue emular el estilo del Partido Laborista británico y proclamar un manifiesto electoral que delineara tanto la dirección estratégica como el bosquejo de una legislación futura en caso de ganar las elecciones generales; la otra fue buscar nuevos aliados, en especial replantear un nuevo acercamiento con el Partido Liberal, algo en lo que Hatoyama había fracasado. Finalmente, a pesar de la negativa de las facciones ex socialistas, en septiembre de 2003 Kan y el presidente del Partido Liberal, Ichiro Ozawa, firmaron un acuerdo que fusionaría a las dos organizaciones. Lo anterior fortaleció al grupo político, pero lo tornó más conservador. En la cuestión económica, el PDJ comenzó a analizar seriamente el aumento de los impuestos y establecer una política de corte neoliberal.

De este modo, los demócratas lograron aumentar su presencia en la Dieta y en los comicios generales de 2003 ampliaron sus escaños en la Cámara Baja, pero no pudieron revertir en ningún momento la balanza del poder que había dentro de la arena política. Posteriormente, en mayo de 2004, debido a sus errores políticos, Kan renuncia y el joven conservador Katsuya Okada asumió la presidencia del partido. El nuevo líder buscó establecer una mayor crítica hacia Koizumi, logrando un avance sustancial en los comicios de la Cámara Alta de 2004, pero en las elecciones generales de 2005 el avance electoral que había mantenido el partido desde 1996 llegó a su fin.

El PLD, junto con su compañero de coalición, el Partido del Gobierno Limpio (Komeito), triunfaron en las elecciones y obtuvieron casi las dos terceras partes de la Cámara Baja, mientras que PDJ conseguiría tan sólo 115 curules (23.95 por ciento). Una diferencia abismal para un sistema parlamentario democrático como el japonés. Okada no tuvo otra opción que renunciar y todo indicaba, entonces, que los demócratas estaban condenados a ser una “oposición ceremonial” como le sucedió al Partido Socialista Japonés (PSJ) durante toda la Guerra Fría. Este partido mantuvo siempre más del 33 por ciento de los escaños en las elecciones generales, impidiéndole al PLD reformar la Constitución japonesa que proscribe el derecho de beligerancia, pero jamás pudo obtener la mayoría.

Sin embargo, el PDJ resultó ser un “hueso difícil de roer”. A pesar de las grandes desventajas que enfrentaban, los demócratas comprendieron que no se podía seguir con una directriz neoliberal y que era necesario diferenciarse del PLD, apoyando la intervención del Estado en la economía y fortaleciendo el estéril sistema de estado de bienestar. Esta situación se reforzó con mayores bríos cuando Ichiro Ozawa sustituyó al inexperto Seiji Maehara en la presidencia del partido en abril de 2006. El nuevo líder utilizó toda la experiencia adquirida en sus años como peledista y buscó emular la maquinaria electoral de su antiguo partido, acercándose a la clientela conservadora que en esos años sufría los estragos de la larga recesión.

Aunado a lo anterior, la debacle que comenzó a experimentar el PLD, después de la renuncia de Koizumi, resultaría fundamental para el resurgimiento de los demócratas. En septiembre de 2006, el popular lobo solitario dejó voluntariamente el poder y otro renombrado joven conservador, Shinzo Abe, asumió el poder. El nieto de Kishi Nobusuke (primer ministro durante los últimos años de la década de los cincuenta) era el heredero de un proyecto nacionalista que buscaba cambiar no sólo la “constitución pacifista”, sino también el lugar de Japón en el área Asia-Pacífico. Así, aprovechando que tenía una grotesca mayoría, alistó los preparativos para poder reformar la cláusula pacifista de la Constitución japonesa. Empero, en el manejo de la economía Abe demostró muchas carencias. Su gobierno perdió la brújula cuando salió a la luz pública que los datos de los fondos de retiro de millones de japoneses se habían perdido por la negligencia de los funcionarios del gobierno. De inmediato, la popularidad de Abe decreció y en las elecciones de la Cámara Alta de julio de 2007, el PLD perdió la mayoría y la oposición comanda por el PDJ logró el control de este cuerpo legislativo, generándose una situación de gobierno dividido.

A pesar de este descalabro, no dejó su cargo de inmediato y manifestó su intención de seguir en el gobierno, pero en septiembre de 2007, aludiendo a problemas de salud, anunció su retiro. Todo indicaba la cercanía de nuevas elecciones generales. Pero el longevo Yasuo Fukuda (hijo de Takeo Fukuda, primer ministro que gobernó en la segunda mitad de los años setenta), quien sustituyó a Abe en el poder, se negó a disolver la Cámara Baja y convocar a nuevos comicios. Lo anterior incrementó las tensiones entre la oposición y la coalición gobernante y muchas iniciativas de

ley se estancaron. Finalmente, en agosto de 2008, sin poder hacer nada, Fukuda renunció, dejándole las riendas al popular Aso Taro, nieto de Shigeru Yoshida.

Los principales medios impresos consideraron que al PLD no le quedaba otra opción: tenía que aprovechar la popularidad de Aso y su capital político convocando a elecciones anticipadas, pero al asumir el poder, el nuevo mandatario señaló que no lo haría y que su gobierno se concentraría en solventar la crisis económica en que estaba sumergido Japón debido a la quiebra de la compañía global de servicios financieros estadounidense Lehman Brothers. Sin embargo, Aso mostró una política titubeante y lo anterior generó un aumento del sentimiento antipledista, en especial dentro de la tradicional clientela del PLD, la cual comenzó a depositar sus esperanzas en los demócratas.

De este modo, al inicio de 2009, los sondeos de los principales periódicos japoneses señalaron que la ciudadanía votaría en los próximos comicios por el PDJ, indicando que se avecinaba un cambio histórico. Pero en marzo, uno de los hombres más cercanos de Ichiro Ozawa fue arrestado por un presunto caso de corrupción. Lo anterior trajo una disminución del apoyo hacia los demócratas y, sin más remedio, en mayo del mismo año Ozawa renunció, dejándole el mando del partido a Yukio Hatoyama: esto permitió sobrepasar la crisis.

Finalmente, en los comicios del 30 de agosto de 2009, Hatoyama venció a Aso. Curiosamente se volvía a repetir la historia de 1954, cuando Ichiro Hatoyama obligó a renunciar a Shigeru Yoshida. Además, los demócratas triplicaron su presencia, consiguiendo 308 diputaciones (64.16 por ciento), mientras que los conservadores alcanzaron sólo 119 (24.8 por ciento) y el Komeito casi desapareció. Asimismo, era la primera vez en la historia de Japón que un partido de oposición le arrebatara el poder a un partido en el poder por medio de una elección democrática.

La pregunta obligatoria, entonces, es: ¿hubo realmente un cambio después de los comicios? Considerando quiénes fueron los actores principales de la alternancia –Hatoyama y Aso–, podemos decir que no. Además, muchos japoneses votaron por el PDJ no porque sus propuestas políticas hayan sido atractivas o porque Hatoyama fuera un tipo carismático: lo hicieron porque estaban hartos de los errores políticos que había cometido el PLD du-

rante muchos años. Es por ello que este voto de castigo se le podría revertir a los demócratas en cualquier momento. Sin embargo, a pesar de lo anterior, nadie puede negar que las elecciones de 2009 representan un punto de inflexión dentro de la historia contemporánea japonesa.

¿Qué le depara el futuro a la política japonesa? ¿Qué diría ahora aquel profesor con quien hablé hace ocho años? No he tenido tiempo de charlar con él y creo que es prematuro decir qué pasará. Sin embargo, muy probablemente comenzará una realineación tanto de derecha como de izquierda dentro de la arena política. Los grandes perdedores, los conservadores, tendrán que elegir entre dos opciones: dejar el PLD y unirse a los demócratas o bien fungir como una oposición constructiva (algo que creo es mucho pedir para un grupo de políticos que ha gobernado durante casi 54 años de manera arrogante). Por lo que toca a las fuerzas de izquierda, representadas por el Partido Socialdemócrata Japonés y el Partido Comunista Japonés, estos grupos tendrán que decidir entre apoyar al PDJ o deslindarse de él.

Por otro lado, cabe destacar que algunos analistas han equiparado el triunfo de los demócratas con el cambio político que trajo la Regeneración Meiji de 1868. Hablan de un cambio de régimen, mientras que otros han considerado que finalmente Japón ha “consolidado” su sistema democrático. No creo que el triunfo de los demócratas pueda parangonarse con uno de los acontecimientos más importantes de la historia japonesa. Además, es un error pensar que esta alternancia sea el clímax de la “consolidación” de la democracia en el país asiático. Como lo ha demostrado John Dower en su obra *Embracing Defeat*, la “consolidación” de la democracia comenzó en los albores de la posguerra, cuando los japoneses interiorizaron su derrota en la segunda Guerra Mundial y vieron que ése sistema político era la única forma para dirigir las riendas de su país. Pero bueno, veamos qué pasa...

A guisa de conclusión, quisiera decir lo siguiente: independientemente de lo que digan los especialistas, es un hecho innegable que la alternancia fue un suceso trascendental y lo anterior nos obliga a los estudiosos de Japón a emprender un cambio en nuestro análisis de esta nación asiática, menospreciada por nuestras autoridades y cuerpos académicos. Así, para aquellos que se han concentrado en el estudio del PLD y han despreciado la fuerza de la oposición, es necesario renovar el análisis sin olvidar la acumulación del conocimiento sobre esta organización, ya que aunque ha tenido

una disminución significativa, sigue siendo uno de los actores fundamentales de la política japonesa. Para los que se han dedicado al estudio de los demócratas es necesario establecer mejores herramientas analíticas para comprender una realidad tan contemporánea y no caer en los señalamientos anacrónicos. No cabe duda que para cualquier lado, el estudio de la historia será fundamental. ❧

---

## Cajón de sastre

Apenas había unos siete mil neandertales en Europa, comentan Carlos Lalueza Fox y Antonio Rosas en la revista *Science* del 17 de julio de 2009.

Una Venus antigua, de 35 mil años, fue exhumada en Alemania. La figurilla, tallada en marfil de mamut, es la más antigua representación de un ser humano conocida hasta hoy (Conard en *Nature*, 15 de mayo de 2009).

Canibalismo masivo en el neolítico. El descubrimiento de miles de osamentas humanas con marcas de carnicería, encontradas en el sitio neolítico de Herxheim, cerca de Spire, en Alemania, manifiesta la existencia, hace siete mil años, de prácticas antropofágicas todavía inexplicadas (*Le Monde*, 7 de marzo de 2009; *Horizons Sciences*: p.16).

Los hombres son altruistas porque son militaristas: los compañeros de armas se tornan compañeros en muchas otras cosas. Tal es la tesis que desarrolla, en la edición de *Science* de la primera semana de junio 2009, Samuel Bowles, del Santa Fe Institute de Nuevo México. En la misma entrega Mark Thomas y sus colegas del University Collage de Londres afirman que la sofisticación cultural necesita de un mínimo de densidad demográfica, tesis que formuló hace muchos años Pierre Chaunu. Por cierto, Bowles le da también la razón cuando dice que la violencia entre los cazadores-recolectores causaba del 12 al 16 por ciento de la mortalidad. Lean el ensayo “Violencia, guerra y paz”, de Chaunu, en la sección Textos recobrados de esta edición.

“Mi libro es leído por nuestros soldados allende del mar y hasta en Bretaña la gente cita mis palabras. ¿Y qué? No saco un centavo de esto”, clama Marcial, poeta romano del primer siglo de nuestra era. Mary Beard, autora de *The Fires of Vesuvius*, escribe en *The New York Times Review of Books* (19 de abril de 2009: p.27) que muchas cosas nos son familiares del mundo literario romano: libreros que ganan bien, autores explotados...

Los manuscritos del Mar Muerto en el tribunal. El 5 de marzo de 2009, la policía irrumpió, cerca de Washington Square, en Nueva York, en el departamento de Raphael Golb, hijo del profesor Norman Golb, de la Universidad de Chicago, autor de *¿Quién escribió los manuscritos del Mar Muerto?* Arrestado por decisión del procurador del distrito, el hombre es acusado de haber usurpado la identidad del colega y rival de su padre, el profesor Lawrence Schiffman, presidente del Departamento de Estudios Hebraicos y Judíos de NYU. Raphael habría mandado por Internet decenas de mensajes, firmados por Schiffman, reconociendo haber plagiado a Norman Golb... El proceso está en curso después de la queja del profesor Schiffman.

La dimensión griega del cristianismo aparece de manera magistral en el hermoso libro de Bruno Delorme *Le Christ grec. De la tragédie aux Évangiles* (París: Bayard, 2009).

Más castas que genes. Los grupos sociales indios se formaron hace más de un milenio a partir de dos poblaciones ancestrales: el genoma ancestral Norte, emparentado a los de Oriente Próximo y Europa; y el genoma Sur, específico de India y predominante en las castas bajas. El genetista David Reich y sus colaboradores de Harvard y del Centro de Biología Molecular y Celular de Hyderabad han examinado 130 muestras de 15 estados de la India con hablantes de seis familias lingüísticas dispares (*El País*, 24 de septiembre de 2009, p. 33).

*The Man Who Believed He Was King of France* (Chicago, 2009) de Tommaso di Carpegna Falconieri, traducido del italiano, cuenta la historia fantástica del mercader de Sienna Gianino di Guccio, convencido en 1354, durante la

Guerra de los Cien Años, que era el rey de Francia, Jean I, muerto a temprana edad. Durante años recorrió Europa en búsqueda de reconocimiento.

Los historiadores reescriben la Batalla de Azincourt (“Agincourt” para los ingleses y acontecida el 25 de octubre de 1415), famosa victoria de Enrique V contra un ejército francés clásicamente presentado como cinco veces más numeroso, victoria inmortalizada por Shakespeare y luego por el cine. Hoy se habla de una superioridad numérica francesa de dos contra uno. Ann Curry, de la Universidad de Southampton, dice que “no es más que un mito, pero un mito que forma parte de la psique británica” (*New York Times*, 25 de octubre de 2009).

Luce López-Baralt rescata, en 704 páginas, *La literatura secreta de los últimos musulmanes de España* (Madrid: Trotta, 2009). Esta obra clandestina abarca todos los géneros, con obras insólitas, a veces de gran calidad literaria. Los moriscos hablaban contra el enemigo, en la lengua del enemigo...

Serge Gruzinski, conocedor de la Nueva España indígena y especialista del mestizaje, nos ofrece su más reciente libro, cuyo título retoma el de la hermosa película del taiwanés Tsai Ming-liang: *Quelle heure est-il là-bas? Amérique et Islam à l'orée des Temps modernes* (París: Seuil, 2009, 228 pp.). Dos textos, escritos casi al mismo tiempo en 1580 por un anónimo de Estambul –sobre América– y por Heinrich Martin, impresor e ingeniero alemán instalado en México –sobre el mundo otomano–, sirven de punto de partida para el autor. “El surgimiento imprevisto de otros universos, la repentina preocupación por el allende, el brutal estrechamiento de las distancias, la confrontación de mundos, pero también la irreductibilidad de las temporalidades, la incomunicación de los pasados y de las memorias.” Por eso el título *¿Qué hora es allá?*

En la misma época nació la *Leyenda negra*, como se titula el más reciente libro de Joseph Pérez, traducido del francés por la editorial Gadir en 2009. El gran especialista de la España de los siglos XVI y XVII analiza la política de los Austrias y su peso en España y Europa. No fue España la que gobernó el mundo, sino una rama de los Habsburgo que se hizo cargo, desde Castilla,

de sus amplios dominios. “Todo empieza cuando Felipe II pone un precio a la cabeza de Guillermo de Orange, el príncipe protestante de Flandes, que reacciona recusando su legitimidad. No era habitual en aquellos tiempos cuestionar la autoridad real, así que para armarse de argumentos el flamenco desarrolla una apabullante propaganda que subraya (y exagera) lo peor de su gran enemigo. La leyenda negra se construye para debilitar a la Casa de Austria, pero cuando viene su declive, a partir de la Paz de Westfalia (1648), el argumento es el de una España rendida al oscurantismo del Papado frente al progreso de las Luces.” Los filósofos franceses retoman y modernizan la leyenda que permitió a los anglosajones despreciar a los latinos.

El historiador austriaco Alexander Randa habló de una “Commonwealth católica”. “Sería la aportación del hispanismo a una cultura mundial definida de manera europea. Su rasgo característico no sería la plutocracia, sino la idea de que en el gran teatro de Dios todos los papeles tienen que desempeñarse razonablemente, y que, si bien hay ricos y pobres, todos están integrados en una gran partitura divina. En esto habría un potencial pacificador. Todo lo que contribuye a que el ser humano de alguna manera tolere e interprete positivamente la desigualdad ayuda a la pacificación. Lo provocador e intolerable es todo aquello relacionado con una arrogante noción de selección”, comentó Peter Sloterdijk (*El País*, 12 de abril de 2004).

Maurice Lever escribió una biografía de Beaumarchais en tres amplios volúmenes. Luego, generosamente, la condensó en poco más de 400 páginas que la editorial neoyorquina Farrar, Straus, and Giroux acaba de publicar en inglés: *Beaumarchais. A Biography* (2009).

En 1803 Friedrich Schlegel funda el primer periódico, titulado *Europa*.

A la hora de los bicentenarios latinoamericanos, el gran historiador inglés John Lynch, después de darnos una biografía de Bolívar, publica *San Martín. Soldado argentino, héroe americano* (Barcelona: Crítica, 2009, 416 pp.).

Una mañana de marzo de 2009, un chino, un japonés, un americano, tres ingleses y dos franceses, un sueco y un italiano, todos famosos catadores,

saborearon en la casa de champagne Terrier-Jouët unos 20 mililitros de antología: la botella más antigua era de 1825 y resultó... ¡genial! (*Le Figaro*, 19 de marzo de 2009: p.31). Unos meses antes, Tilar J. Mazzeo había publicado *The Widow Clicquot. The Story of a Champagne Empire and the Woman Who Ruled It* (Nueva York: HarperBusiness, 2008, 288 pp.). Viuda a los 27 años, Barbe Clicquot Ponsardin sabía que en una sociedad de varones, sólo las viudas podían tener la libertad social de dirigir sus negocios. Lo hizo y muy bien. En plenas guerras napoleónicas fue capaz de entregar en el puerto de Koenigsberg, en Prusia Oriental, diez mil botellas del año 1811. Cuando el zar Alejandro probó el vino y sus burbujas, juró que en la vida tomaría champagne que no fuese de la Viuda Clicquot.

Jules Michelet: “Hay que hacer hablar a los silencios de la historia.”

Ernest Renan: “Falsificar la historia es esencial en la formación de una nación.”

Charles Darwin nos cuenta su sistema de trabajo: “Primero hago un grosero esquema en dos o tres páginas y luego uno más extenso en algunas más, en el que pocas palabras o una sola representan toda una disquisición o una serie completa de datos. A su vez, cada uno de estos títulos es ampliado y a menudo cambiado de lugar antes de escribir *in extenso*. Como en algunos de mis libros he utilizado muchísimos datos observados por otros y, además, siempre he tenido entre manos varios temas totalmente diferentes, diré que guardo de treinta a cuarenta grandes carpetas en armarios de estantes marcados, en las cuales puedo colocar al instante una referencia o una nota suelta. He comprado muchos libros y al final de cada uno hago una ficha completa de todos los datos que se relacionen con mi trabajo, o, si no son míos, escribo un resumen aparte, y tengo un gran cajón lleno de tales resúmenes. Antes de adentrarme en cualquier tema repaso todas las fichas cortas y hago una ficha general y clasificada, y recurriendo a la o las carpetas idóneas tengo toda la información recogida a lo largo de mi vida lista para usar.” Lo fabuloso es que Alejandro Solzhenitsyn trabajaba del mismo modo para escribir sus novelas.

París a 20 de julio de 1871

Yo, Henry Barbet de Jouy, conservador del Museo de los Soberanos y de los objetos de la Edad Media y Renacimiento, reconozco haber recibido de manos del Sr. Cresson, antiguo prefecto de policía, los dos objetos que se encontraban en su posesión, en los términos siguientes.

1. Un gran reloj despertador en una caja negra sobre la cual, en una placa de cobre, se leen estas palabras grabadas: “Despertador del gran Federico conquistado en Potsdam por el gran Napoleón; de Santa Elena pasó en herencia a Madame Mère.”
2. Una cajita de cobre amarillo cuya cara superior es de cristal, enmarcado en esmalte azul; sobre el cristal se puede leer pintado en blanco: “Hueso del brazo derecho de Carlomagno.” Debajo del cristal se ve una osamenta detenida por un papel blanco (E.Cresson, *Cent jours du siècle à la préfecture de police*. París: Plon, 1901, pp. 364-365). ❧

Rafael Rojas, *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. México: Taurus, 2009.

Pablo Mijangos y González

Uno de los avances más significativos de la historiografía reciente ha sido la recuperación de la “tradición republicana” en Hispanoamérica. Tradicionalmente, las turbulentas primeras décadas del siglo XIX habían sido interpretadas a la luz del conflicto ideológico entre liberales y conservadores, o de antinomias similares: federalismo/centralismo, progreso/reacción, civilización/barbarie. Lejos de tales simplificaciones, lo que la nueva historiografía ha revelado es la existencia de un complejísimo laboratorio político en el que se mezclaron lenguajes y prácticas provenientes lo mismo del “antiguo régimen” que de las revoluciones francesa y americana. En este laboratorio tuvo un papel decisivo el imaginario republicano, pues permitió albergar la utopía de un “Estado libre” sostenido por ciudadanos virtuosos e ilustrados: un ideal antiguo que buscó echar raíces en sociedades post coloniales profundamente heterogéneas y divididas. Como observa Rafael Rojas, antes que liberales, conservadores o nacionalistas románticos, los primeros estadistas hispanoamericanos fueron en su mayoría fervientes re-

publicanos, y en su trayectoria vital puede rastrearse la transformación de esta utopía originaria en un oscuro desencanto frente al gobierno representativo. *Las repúblicas de aire*, obra ganadora del I Premio Internacional de Ensayo Isabel Polanco, aborda precisamente “los dilemas intelectuales de los primeros republicanos de Hispanoamérica”, es decir, de aquella generación “que encabezó la guerra de independencia contra España, que defendió la autonomía de los reinos de Ultramar en las Cortes de Cádiz y que intervino en la edificación constitucional y política de los nuevos Estados, entre 1810 y 1830”. A esta generación le tocó enfrentar el desafío de construir repúblicas y “gobiernos perfectos” sin contar con ciudadanos “en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos”, en palabras de Simón Bolívar. Al final, frustrados por el fracaso de estas “repúblicas aéreas”, muchos de estos republicanos optarían por soluciones paternalistas y autoritarias (el caso paradigmático de Bolívar), o por un abandono de las esperanzas en la propia nación: son los casos de Lorenzo de Zavala y sus proyectos utópicos de colonización en Texas, o de los patriotas cubanos que soñaron con una independencia cobijada por la gran república imperial norteamericana. Pero no todo es utopía y desencanto en el ensayo de Rojas.

Mientras narra las historias de Simón Bolívar, Andrés Bello, fray Servando Teresa de Mier, Lorenzo de Zavala, Félix Varela, José María Heredia y Vicente Rocafuerte, el autor nos ofrece un retrato exquisito del mundo político e intelectual de aquellos republicanos, de sus exilios, sus redes afectivas, sus lecturas y traducciones.

Al igual que otras obras de Rafael Rojas, este libro se compone de ensayos entrelazados que pueden leerse de manera independiente. El primero trata de las fronteras simbólicas de la utopía republicana en Hispanoamérica. Aquí la discusión gira en torno a la ausencia de “modernas identidades nacionales” en la región, ausencia que hizo posible el diálogo con la América anglosajona y el planteamiento de proyectos confederales a nivel continental. Rojas subraya que la “América septentrional” de los insurgentes distaba mucho de una comunidad étnica y cultural en el sentido nacionalista. La nación americana de Morelos, por ejemplo, consistía en una comunidad de ciudadanos unidos por su fe católica, pero sobre todo por su adhesión a las prácticas y virtudes republicanas. En este sentido, el verdadero enemigo de las nuevas naciones surgidas de la Independencia no era Estados Unidos, sino Fernando VII y el proyecto de reconquista enarbolado por la Santa Alianza. Durante la década de

1820, la del monroísmo y los Congresos de Panamá y Tacubaya, Estados Unidos era visto aún como un aliado y como el modelo de república por excelencia: su federalismo, pensaba fray Servando, era “el colmo de la perfección social”, un arreglo tan perfecto como irrealizable en un contexto de fragmentación territorial y creciente inestabilidad política. La insistencia en un destino republicano común fue menguando conforme las jóvenes naciones hispanoamericanas cayeron en un ciclo interminable de conflictos internos. Así, fue hasta la década de los 1830 cuando se comenzó a pensar seriamente en la necesidad de fortalecer la frontera en tre las dos Américas. Dicho fortalecimiento, según el guayaquileño Vicente Rocafuerte, sólo podría realizarse mediante la instauración de la tolerancia de cultos y la subsiguiente fundación de colonias de inmigrantes europeos (preferiblemente protestantes) en el Norte de México; en otras palabras, sólo una república próspera, libre y “blanqueada”, podría frenar la expansión continental de Estados Unidos.

Rojas explora a lo largo de varios capítulos el modo en que los primeros republicanos hispanoamericanos interpretaron y tradujeron las “ideas ilustradas, republicanas y liberales que se producían en Europa y Estados Unidos”. Un primer ejemplo es el de los patriotas

criollos Félix Varela y Manuel de la Bárcena, quienes defendieron tempranamente los ideales de soberanía popular y gobierno representativo utilizando el lenguaje del pactismo monárquico y el constitucionalismo gaditano. Siguiendo a Nettie Lee Benson y José María Portillo, Rojas afirma que la cultura jurídica indiana era lo suficientemente maleable como para traducirse en “prácticas de representación regional dentro de un federalismo moderno”. Sin dicha tradición previa, concluye, resultaría inexplicable la rápida transición política del virreinato de la Nueva España a la primera República Federal. Este proceso de “traducción” de lenguajes políticos se intensificó durante los años en que la primera generación de republicanos coincidió en el puerto de Filadelfia. Según Rojas, esta vibrante ciudad de impresores y comerciantes sirvió de “puente” entre las revoluciones hispanoamericanas y la revolución de independencia estadounidense. En efecto, fue desde allí que los exiliados hispanoamericanos divulgaron el *Sentido común* de Thomas Paine, los artículos de *El Federalista*, la Declaración de Independencia, la Constitución de 1787 y el *Manual de práctica parlamentaria* de Thomas Jefferson. Su renovada fascinación por Estados Unidos –cuyo progreso era tangible en los canales, navíos, museos, bibliotecas y teatros de Filadelfia–, así como su participación en los círculos masónicos y periodísticos de la ciudad, llevó a estos exiliados a imaginar una “homologación política” del continente centrada en “la soberanía popular, el gobierno representativo, la electividad de la primera magistratura y los derechos ciudadanos”. Los de Filadelfia fueron entonces los años del optimismo y de la utopía de una gran “fraternidad americana” de signo republicano.

El sexto y séptimo capítulos vuelven al tema de los encuentros entre las dos Américas, pero esta vez desde la perspectiva norteamericana. Rojas escoge al embajador Joel R. Poinsett y a la escritora sureña Cora Montgomery para ilustrar las paradojas de “un republicanism [el norteamericano] que es, a la vez, emancipador e imperial”. Tradicionalmente descrito como un conspirador “demoniaco y sutil”, Poinsett resulta ser más bien un hombre marcado por su temperamento protestante, su formación ilustrada y su profundo antimonarquismo. Nacido en Carolina del Sur y educado en Nueva Inglaterra y Europa, Poinsett condujo las misiones diplomáticas de Estados Unidos en Chile y México entre 1810 y 1830, y abogó intensamente ante el Congreso para que se extendiera el reconocimiento oficial de las independencias hispanoamericanas. Sus preocupaciones cen-

trales fueron tanto estratégicas como ideológicas: por un lado, deseaba reducir la influencia comercial y política de Gran Bretaña en Hispanoamérica y el Caribe; por el otro, despreciaba la herencia monárquica y católica de las antiguas colonias españolas, y aspiraba a transformarlas según el credo ilustrado y republicano. Esto le llevó a sellar una firme alianza con el político yucateco Lorenzo de Zavala y con el sector más radical de la masonería mexicana (los *yorquinos*), junto a quienes impulsó el federalismo, la abolición de la esclavitud (excepto en Texas), la tolerancia religiosa y el hostigamiento contra la elite económica peninsular. La relación de Poinsett con México fue siempre problemática mas no por ello distante: aunque detestaba las corridas de toros y la “superstición” del populacho, el embajador fue un apasionado estudioso de la sociedad y la naturaleza mexicanas. Tanto le fascinaba nuestra flor de nochebuena que la trasplantó desde Taxco a las playas de Charleston y la bautizó con su propio apellido: *poinsettia*.

Cora Montgomery, por su parte, tuvo un papel destacado en la formación de las colonias de exiliados hispanoamericanos en Nueva York y Nueva Orleans durante las décadas de 1840 y 50. En esta última colonia habrían de coincidir Melchor Ocampo, Benito Juárez y los defensores de la anexión cuba-

na a Estados Unidos, todos hermanados por su “sociabilidad masónica” y por su odio al conservadurismo monárquico español. El sincero republicanismo de estos liberales, subraya Rojas, no les impidió acercarse a madame Montgomery, quien ya era conocida por sus numerosos artículos y panfletos en defensa de la esclavitud sureña y del expansionismo norteamericano en el Caribe. La obra de Montgomery refleja nuevamente las paradojas del republicanismo imperial: si bien criticaba al gobierno conservador de Félix Zuloaga por su intención de “esclavizar al pueblo” mexicano, también consideraba “sabia y bondadosa” la incorporación de Cuba al “pacto de la Unión”, pues permitiría “someter a la tosca y subdesarrollada familia negra al crisol de la emancipación gradual”.

Ciertamente, los miembros de la colonia de Nueva Orleans estaban ya muy lejos del optimismo de la década de 1820. Sarmiento en Argentina y Ocampo en México pertenecen a una joven generación de “liberales románticos” que anhelaba terminar con los vestigios del antiguo régimen español. Dos de los mejores capítulos de *Las repúblicas de aire* están dedicados precisamente a explorar las diferencias y conflictos entre dicha generación y los veteranos del primer republicanismo hispanoamericano, ejemplificados ahora por

Andrés Bello y José María Heredia. Respecto del primero, es bien conocida su “pasión por el orden” y su crítica de los excesos del liberalismo y la democracia. Sin caer en el conservadurismo de Lucas Alamán, el Andrés Bello de mediados de siglo sugería tomar en serio la historia y olvidarse de las teorías abstractas sobre el gobierno perfecto: desde su punto de vista, una “comprensión serena” de la herencia colonial era indispensable para imaginar un nuevo orden capaz de superar la “anarquía” y la “exaltación” de los primeros experimentos republicanos en Hispanoamérica. Al igual que Bello, el cubano José María Heredia llamó a preservar las instituciones liberales por medio de “la moderación política, el orden legal y la virtud ciudadana”. Heredia resulta un personaje difícil de ubicar en el espectro político. En su juventud participó en la fracasada conspiración independentista de los “Soles y Rayos de Bolívar”, tras lo cual partió al exilio en Estados Unidos y México. En nuestro país se incorporó a la logia *yorquina* y ejerció diversos cargos públicos. Sin embargo, su hartazgo frente a “las pasiones rencorosas y la efervescencia de los partidos” le distanció de los radicales y le empujó a fundar en Toluca el periódico *El Conservador* (1831-32), en el que propuso la creación de una “nueva cultura basada en el patriotismo republicano”,

similar a la religión cívica de Estados Unidos. Su frustración política y su retraimiento de la vida pública se acentuaron tras su salida del Congreso mexicano en julio de 1833. Tres años después expresaría dramáticamente su desencanto al capitán general de la Isla de Cuba, Miguel Tacón:

Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habría sacrificado gustoso mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando desde hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.

El capítulo final analiza más ampliamente los vínculos entre este profundo desencanto y la “deriva despótica” del primer pacto republicano en Hispanoamérica. Inevitablemente, el personaje central del capítulo es Simón Bolívar, quien denunció con mayor claridad la imposibilidad de una democracia republicana en una América “ingobernable”, donde lo único que puede hacerse es “emigrar”. Ya desde 1812 Bolívar criticaba a los “buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo

la perfectibilidad del linaje humano”. Según el “Libertador”, los irredentos pueblos de Hispanoamérica eran el resultado de tres siglos bajo el “triple yugo de la ignorancia, la tiranía y el vicio”. Por tal razón, los nuevos Estados requerían “de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra”, esto es, de instituciones fuertes capaces de imponerse sobre los caudillos, las provincias, las facciones y las clases populares. El proyecto bolivariano de un presidente vitalicio con derecho a nombrar a su sucesor (un verdadero monarca en traje republicano) no fue precisamente aplaudido por los liberales de América y Europa. En las últimas páginas del libro, Rafael Rojas reproduce las duras críticas que hiciera Benjamin Constant a Bolívar en 1829, como insinuando los paralelos entre las tentaciones autoritarias de ayer y hoy. Dice Constant, por ejemplo, que el “Libertador” Bolívar ha terminado por convertirse en un “usurpador”, pues invocando su pasado heroico y la poca ilustración de sus conciudadanos “se ha adueñado de todos los poderes sancionando su dictadura con ejecuciones y asesinatos”. La verdadera amenaza para las repúblicas, insiste el liberal francés, no se encuentra en la inmadurez de la ciudadanía, sino en la concentración ilimitada del poder personal:

En nuestra actual organización, la dictadura es un crimen. Si un pueblo no es lo bastante instruido como para ser libre, no será la tiranía la que le traerá la libertad. Por otro lado, la apreciación de la sabiduría de un pueblo no deberá confiarse a quienes tienen interés en tildarlo de ciego y estúpido. No será la primera vez que se calumnia a las naciones para esclavizarlas.

El fino análisis de Rafael Rojas tiene una indudable actualidad en un momento en el que las democracias hispanoamericanas oscilan justamente entre el desencanto ciudadano y la nostalgia autoritaria. Pareciera que al narrar la trágica fundación de nuestras repúblicas, el autor nos recuerda la imposibilidad de acceder a la democracia por decreto, sin fortalecer antes el ejercicio cotidiano de los derechos, el pluralismo y la igualdad. En este pasado de ilusiones y desencantos, nos advierte Rojas, pudiera estar nuevamente nuestro futuro. Desde una perspectiva estrictamente historiográfica, *Repúblicas de aire* destaca por su elegante prosa, por la solidez de la investigación y por su exitosa confección de una historia verdaderamente transnacional. El republicanismo aparece en esta obra como una gesta de dimensiones atlánticas, en la que los hispanoamericanos fueron tan protagonistas como los franceses o los norteamericanos. En este último punto, sin

embargo, se echa de menos una mayor presencia de los contemporáneos estadounidenses de Bolívar, Heredia y fray Servando. Al principio del último capítulo, Rojas apunta que “utopía y desencanto... son estaciones mentales de la construcción republicana, tanto en Estados Unidos como en Hispanoamérica”. La afirmación queda suficientemente probada en el segundo caso, mas no en el primero. Aunque Rojas dedica abundante espacio a Poinsett y Montgomery, o a la experiencia de los exiliados en Filadelfia y Nueva Orleans, prácticamente no hace mención del desencanto y los dilemas por los que también atravesó el experimento republicano en Norteamérica. El énfasis, en todo caso, se centra en la transición del monroísmo a la doctrina imperialista del Destino Manifiesto. Aquí cabría rescatar, por ejemplo, el fascinante estudio de Drew R. McCoy sobre los últimos años de James Madison, el padre de la Constitución de 1787.<sup>1</sup> Según McCoy, Madison vivió en carne propia la dificultad de conciliar los principios de la revolución americana –gobierno popular, libertad e igualdad– con su férrea defensa de la estabilidad social y la moderación política frente a los estados

esclavistas del Sur. De hecho, la imposibilidad de resolver pacíficamente este dilema probaría ser el talón de Aquiles del pacto republicano de Filadelfia, sobre todo tras la incorporación de Texas y los territorios arrebatados a México en 1848.

Mi mayor crítica a la obra tiene que ver con la poca atención que presta el autor a la dimensión religiosa del republicanismo hispanoamericano. Una de las premisas del libro es la diferenciación entre este primer republicanismo y los liberalismos y conservadurismos de mediados del siglo XIX: “en síntesis –apunta Rojas–, podría afirmarse que el republicanismo originario no propuso enfrentar [la] heterogeneidad [social] por medio de estrategias anticorporativas contra el clero, el ejército o los cabildos, a la manera liberal, ni por medio de una reconfiguración estamental de las sociedades, a partir de esos mismos cuerpos del antiguo régimen, como intentaron algunos gobiernos conservadores”. Este republicanismo, añade más adelante, asumió como un hecho inevitable la exclusividad confesional del Estado; la inclusión de la tolerancia religiosa en el programa republicano se trata en realidad de un fenómeno tardío, que Rojas menciona por vez primera al examinar los proyectos de colonización de Zavala en Texas. ¿Por qué se quebró el consenso religioso entre los republi-

<sup>1</sup> Drew R. McCoy, *The Last of the Fathers: James Madison and the Republican Legacy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

canos durante y después de la década de 1830? ¿Cuál fue la causa del agudo conflicto entre Iglesia y Estado que tendría lugar en toda Hispanoamérica durante la segunda mitad del siglo XIX, y que contribuiría decisivamente a la formación de los partidos liberales y conservadores? Es bien sabido que las controversias sobre el patronato tuvieron mucho que ver en esto, pero mi impresión es que las causas de la ruptura fueron mucho más profundas de lo que normalmente se asume: ¿cómo podían coexistir un credo político que demanda la lealtad ciudadana al Estado con otro credo religioso que antepone la ley de Dios a las leyes de la república? ¿Cómo enfrentaron este dilema los primeros republicanos? En este conflicto de lealtades, en esta imposibilidad de la utopía de una república católica, se halla quizá una de las semillas fundamentales del desencanto que analiza Rojas en este por demás extraordinario libro.

Congreso sobre minorías étnicas de China:  
El Colegio de México, 17 y 18 de septiembre  
de 2009

María Teresa Rodríguez y Rodríguez

Las actividades académicas sobre lo que está sucediendo en China se multiplican día con día en México, al igual

que, seguramente, en muchos países del mundo. Podría decirse que el interés está enfocado principalmente en la evolución de la economía china durante las últimas tres décadas, y en su inserción tan rápida en las corrientes de comercio y financieras mundiales, generalmente examinadas en conexión con las reformas económicas introducidas en aquel país a principios de los años ochenta. En todo caso, se busca determinar las relaciones existentes entre la aplicación de políticas económicas derivadas de esas reformas, y los cambios habidos en la economía y en la sociedad.

Pero para que el estudio de la evolución socioeconómica de China se aborde de manera integral, tiene que ir más allá de lo meramente económico; es decir, hay que incursionar en los ámbitos político, social, cultural e incluso religioso, temas todos que desde luego son objeto de estudio sistemático de los especialistas pero que, a diferencia de los económicos, reciben una atención discontinua y limitada del público en general, misma que resurge o se acrecienta cuando sucede algo considerado como relevante, por ejemplo las protestas de tibetanos a principios de la primavera de 2008, y las de integrantes de la minoría Uigur en julio de 2009. Es entonces que todos queremos saber lo que está sucediendo al respecto en China.

El Congreso Internacional sobre Minorías Étnicas en China,<sup>2</sup> que se celebró en El Colegio de México los días 17 y 18 de septiembre de 2009, respondió con creces a la necesidad de información sobre hechos recientes en conexión con las minorías nacionales de China, pero su propósito no era, por lo menos no de manera prioritaria, el brindarnos detalles sobre protestas sociales ocurridas en zonas donde vive una alta proporción de tibetanos y/o de uigures. Este congreso respondió de manera fundamental al interés profundo, por parte de los especialistas, de sostener un diálogo fructífero sobre los orígenes, el desarrollo al presente, y lo que se espera sea la evolución futura de las minorías étnicas de China, todo ello examinado en el contexto del Estado-nación llamado República Popular China, donde se encuentran inmersas, y la cual se precia de ser una sociedad multiétnica.

Entre las características relevantes de este congreso está el hecho de que reunió a académicos venidos de lugares tan lejanos como Almaty, en Kazajstán, y de China misma, con sus contrapartes mexicanas de El Colegio de México, así como de los Institutos de Estudios Sociales y de Estudios Históricos de la UNAM, y del

ITAM, y que se trataron aspectos muy diversos sobre el tema central ya mencionado: los orígenes, la evolución al presente y las perspectivas de desarrollo futuro de esas minorías étnicas, cuyos integrantes son además ciudadanos chinos.

Se analizó el significado de “minoría étnica” desde diferentes enfoques, por ejemplo el de considerarlas como una concepción creada de manera artificial al momento de la formación de los Estados-nación (Federico Navarrete),<sup>3</sup> los que como fundamento para su consolidación requirieron del consenso, voluntario o forzado, de las facciones minoritarias ubicadas dentro de su territorio; es decir, grupos humanos que por sus circunstancias se consideraban ligados al territorio, y autónomos en el sentido de contar con tradiciones propias, que pudieran conservar solamente a partir de su incorporación a una entidad nacional en la que pasaron a ser, como el nombre lo dice, minorías, en gran medida supeditadas a las decisiones del grupo mayoritario bajo cuya iniciativa se formó el Estado-nación.

Para el caso de China, podría decirse que el proceso comenzó por la identificación de la mayoría étnica, los Han, una forma de distinguirse de los no Han, ello en un contexto de convivencia de las di-

<sup>2</sup> Las minorías étnicas de China: Política cultural y narrativas de identidad en la República Popular China.

<sup>3</sup> Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

ferentes etnias asentadas en el territorio de Zhongguo, o Reino del Centro. Para algunas de las minorías étnicas dentro de China, por ejemplo los tibetanos y los uigures, lo anterior significó también su identificación con relación a un otro, sin que hasta la fecha ello las haya llevado a la adopción de las tradiciones Han. En el caso de los manchúes otra es la situación, porque esta minoría étnica entró a China como conquistadora, y formó una dinastía que duró 268 años, durante los cuales su convivencia con los Han fue de tal naturaleza que la llevó a ser asimilada culturalmente, lo que de forma posterior facilitó su integración al país que es China. Fueron los mismos manchúes quienes de manera temprana en el tiempo desecharon su organización tradicional, tribal, para convertirse en una comunidad de minoría étnica; y solamente en épocas posteriores, ya como parte de la RPCh, comenzarían nuevamente a identificarse a sí mismos como descendientes de un tronco común (Yao Dali).<sup>4</sup> Cabe señalar que la dinastía Qing (manchú) dominó la mayor extensión territorial de la historia de China, al anexas a la soberanía china, a fines del siglo XVIII, el altiplano tibetano y el Noroeste habitado por uigures y otros grupos túrqui-

cos, al que desde entonces se le dio el nombre de Xinjiang (nueva frontera).

En el congreso ya mencionado se habló también de las circunstancias económicas de las diferentes etnias, encontrándose que existe una diferenciación marcada en cuanto a grado de desarrollo entre los Han y los no Han, a favor de los primeros, lo que algún investigador caracterizó como un problema político, de apoyo deliberado a los Han asentados en zonas de minorías nacionales (Carlos Mondragón);<sup>5</sup> y sin embargo, las protestas recientes, más que a lo económico, fueron atribuidas a problemas de gobernabilidad y a un vacío de poder, que resultan de falta de legitimidad de las autoridades, eso para el caso específico de Tíbet (Tsering Shakya).<sup>6</sup>

Por otra parte, en algún momento se recordó que los grupos económicamente marginados entre los Han también están expuestos al atraso económico, lo que convertiría ese problema en uno de falta de capacitación de los grupos marginados, o simplemente de ausencia de mecanismos compensatorios de la inequidad en la distribución de los beneficios del crecimiento.

<sup>5</sup> Profesor-investigador del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

<sup>6</sup> Especialista en estudios tibetanos, históricos y contemporáneos, del Instituto de Investigación en Asia, Universidad de British Columbia, Vancouver, Canadá.

<sup>4</sup> Investigador del Centro de Investigaciones de Historia y Geografía de la Universidad de Fudan, Shanghai, RPCh.

Cuando se habló de migraciones para el caso de los uigures (William Clark),<sup>7</sup> se les asoció también a circunstancias del ámbito político, primero en la antigua Unión Soviética, de donde familias completas emigraron hacia China para escapar la represión estalinista; ese mismo proceso se presentaría en sentido contrario, tanto durante la hambruna de 1960-61 en China, consecuencia directa de la desastrosa campaña del gran salto adelante, como durante la revolución cultural, cuando familias uigures, muchas de ellas todavía poseedoras de documentos soviéticos, viajarían de regreso a la URSS, huyendo de los efectos de esos movimientos de masas. El que una etnia tan representativa como los Uighur se encuentre asentada a los dos lados de la frontera China-Rusia, desde luego es causa de preocupación para el gobierno de la República Popular China, sobre todo en momentos de inestabilidad social como los que se vivieron en julio de 2009.

Los aspectos culturales también ocuparon un lugar preponderante en este congreso, por ejemplo una presentación sobre el *nüshu* (Flora Botton),<sup>8</sup>

fenómeno que se desarrolló con mayor fuerza en la provincia de Hunan, una escritura para la comunicación exclusiva entre mujeres –las que representan una especie de minoría en el sentido de supepeditación a los varones en el seno de la familia–, quienes siempre estuvieron excluidas de los ritos ancestrales; o el *tise* (María Elvira Ríos),<sup>9</sup> un sistema matrilineal de descendencia, consistente en el control de los hijos totalmente por la madre y las mujeres de su familia, con desprendimiento casi total de los mismos respecto al padre biológico, práctica común dentro del grupo Mosuo, que se encuentra disperso en pequeñas comunidades en las provincias de Sichuan y de Yunnan, y al que se asocia con los mongoles; finalmente, se habló del paso de la “ortopraxis” –el cumplimiento de los rituales tradicionales como forma de fortalecimiento de la identidad, práctica común a todas las etnias de la antigua China– a la “ortodoxia” (Laura Rubio),<sup>10</sup> en este caso la establecida por los comunistas a su llegada al poder, lo que obligó a las etnias, en particular a las minorías, a la búsqueda

<sup>7</sup> Especialista en temas Üigures, adscrito al Instituto de Estudios Orientales de la Academia Kasaja de Ciencias, en Almaty, Kazajstán.

<sup>8</sup> Profesora-investigadora del Centro de Estudios de Asia y África, área de China, de El Colegio de México.

<sup>9</sup> Estudiante de Doctorado del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

<sup>10</sup> Profesora-investigadora en el Departamento de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), y coordinadora del Programa de Estudios de Asia Pacífico de dicho instituto.

da de una nueva identidad, esfuerzo todavía en proceso.

Sin duda, este congreso internacional fue una experiencia muy positiva para los que tuvimos la suerte de participar, en mi caso solamente como asistente, y a ese respecto habría que señalar que se trató de una iniciativa de los estudiantes del posgrado de Asia y África, lo que le da un mayor mérito al esfuerzo de organización. Eventos de esta naturaleza contribuyen a la mejor comprensión del proceso de consolidación de una nación de las dimensiones de China, el que no depende únicamente de los logros económicos, sino de el balance dentro de la sociedad, uno de cuyos pilares es la integración “armoniosa” entre las 56 etnias existentes en China, desde luego respetando las respectivas identidades, y la diversidad que de ahí resulte.

L/ISTOR: RUSIA-URSS-RUSIA. I.

ANTES DE 1917

Jean Meyer

Vera Tolz, *Russia. Inventing the Nation*. Londres: Arnold, 2001, 307 pp.

El libro es una contribución mayor al debate sobre cómo ha evolucionado a lo largo de los tres últimos siglos la concepción que los rusos tienen de sí mismos: pasar del imperio multiétnico, religioso y

cultural –sea el de los zares o el de los bolcheviques– a la construcción del Estado-nación no ha sido fácil. Y el paso no ha terminado por completo. Tolz enfoca su trabajo sobre los intelectuales, políticos y poetas que idearon y emprendieron la edificación de un Estado nacional sobre el modelo de sus contrapartes europeas, sus rivales políticos y militares.

El mesianismo internacionalista de la URSS ofreció una ideología que parecía más apta a conservar el imperio que la ortodoxia del siglo XIX que no podía atraer a las importantes minorías católica, judía y musulmana. La herencia soviética pervive hasta la fecha en una Federación de Rusia que no ha encontrado su identidad.

Marshall T. Poe, *A People Born to Slavery: Russia in Early Modern European Ethnography, 1476-1748*. Nueva York: Columbia University, Cornell University Press, 2000, XI + 293 pp.

\_\_\_\_\_, *The Russian Moment in World History*. Princeton: Princeton University Press, 2003, xv + 116 pp.

El primer libro se concentra en el cliché europeo de un imperio ruso con un déspota tiranizando a un pueblo de esclavos, para luego desmentirlo desde una perspectiva revisionista que el autor lleva demasiado lejos y para la que escribe esta breve reseña. En 1995, M.T. Poe

había publicado *Foreign Descriptions of Muscovy* y mencionaba la existencia de 600 (!) descripciones escritas entre 1450 y 1700. Ahora bien, cuando afirma, en 2000, que estos viajeros estaban totalmente equivocados y que no entendieron nada, cae en la exageración. Su eslavofilia es tan simpática como errónea.

En *The Russian Moment*, Poe afirma que hasta fines del siglo XV Rusia no sonaba en el concierto internacional, pero que del siglo XVI hasta 1991 se transformó en un actor mayor, para regresar a una situación marginal después de la desaparición de la URSS, cuando su territorio vuelve a ser el del siglo XVI. Pierre Chaunu había contestado de manera admirable, en su síntesis sobre el siglo XVII europeo, a las dos preguntas que se plantea Poe: ¿por qué Rusia ocupa frecuentemente una posición marginal? ¿Por qué se volvió una potencia mayor durante tres o cuatro siglos? Ese breve libro ofrece al no especialista un resumen útil de 500 años de historia de Rusia.

▮ Tamara Kondratieva, *Gouverner et nourrir: Du pouvoir en Russie (XVI-XX siècles)*. París: Les Belles Lettres, 2002, 274 pp.

De la alimentación como una forma constitutiva del poder estatal, así como de la guerra. Especialista reconocida de la antigua “Rus” y de la Rusia moderna, Tamara Kondratieva arma un intere-

sante paralelismo entre la Rusia moscovita y la URSS. Utiliza todos los recursos de la antropología cultural, de la historia de la cultura material y del consumo, para sostener que el sistema soviético resucitó elementos de la cultura política de la Gran Moscovia. Si uno piensa que devolvieron a Moscú su rango perdido de capital e hicieron de nuevo del Kremlin el sitio del poder, su hipótesis no deja de seducir al lector. La revolución bolchevique, como revolución astronómica, regresa al punto de partida... “*La fonction nourricière*” del Estado ha sido efectivamente un elemento permanente del imaginario cultural soviético, que remite a la Rus de los grandes príncipes de Moscovia. “Gobernar es poblar”, pero gobernar para poblar es también alimentar: el Estado como padre de familia que da de comer a los hijitos... o los mata de hambre.

Este libro ambicioso y bien logrado es uno de los trabajos más estimulantes e imaginativos publicados en los últimos años sobre la historia de Rusia en la larga duración.

▮ Barbara Alpern Angel, *Women in Russia, 1700-2000*. Nueva York: Cambridge University Press, 2003, xxviii + 275 pp.

A partir de la bibliografía sobre el tema publicada en los últimos 35 años, la au-

tora ofrece una valiosa síntesis y un estado de la cuestión. Lo puede hacer porque ella misma fue pionera en los estudios de género en Rusia. No deja de llamar la atención la rápida conquista en educación y empleo de las mujeres a partir de 1850, así como su participación muy activa en la esfera pública, militancia política, cultura y ciencia. La primera guerra y la revolución aceleraron el movimiento al ofrecer más oportunidades a las mujeres, incluso en el ejército zarista. A partir de 1930 la apertura pierde de su fuerza: en el mundo del trabajo se reservan para las mujeres los puestos bajos y se les otorga un salario inferior.

Wolfram von Scheliha, *Russland und die orthodoxe Universalkirche in der Patriarchatsperiode, 1589-1721*. Wiesbaden: Libre Universidad de Berlín, Harrassowitz, 2004, 545 pp.

Resultado de una tesis de doctorado, el libro estudia las relaciones entre la Iglesia Ortodoxa de todas las Rusias y el patriarcado ecuménico de Constantinopla, desde la creación del patriarcado de Moscú en 1589 hasta su liquidación por Pedro el Grande. Para los historiadores de la Iglesia rusa, la lectura de Scheliha es necesaria para entender mejor los aspectos teológicos, ideológicos y culturales. Como no pretendía tratar las di-

mensiones institucionales, económicas y sociales –por cierto poco abordadas en general por los historiadores de la Iglesia–, sería absurdo reprochárselo. Por lo demás es una obra enciclopédica que pone a nuestra disposición trabajos prácticamente inaccesibles, publicados en revistas rusas del siglo XIX que uno no encuentra en Princeton, Harvard o Columbia.

André Berelowitch, *La Hiérarchie des Egaux : La noblesse russe d' Ancien Régime (XVIe – XVIIe siècles)*. Paris: Seuil, 2001, 438 pp.

Este libro trata de una etapa crucial en la historia de Rusia: cuando este país arcaico, a la periferia de Europa, hace su entrada en el escenario internacional. Los éxitos militares y diplomáticos que empieza a cosechar son el resultado de un largo proceso de transformación que arranca en los reinados de Iván III y su sucesor, Basilio III. Es cuando, por primera vez, los territorios rusos, casi en su totalidad, se encuentran incorporados en un Estado único, en vía de rápida mutación. La evolución acaba en 1689 cuando el joven zar Pedro (en el futuro conocido como “El Grande”) establece su poder personal, ya convencido de la necesidad de metamorfosear a la “Rus” en un imperio moderno. El siglo XVII es, pues, la fase terminal del periodo “moscovita”

(1462-1689). Berelowitch trata los problemas generales de la naturaleza del Estado moscovita y las peculiaridades de su historia a través de una clase social, la nobleza... 20 mil varones en edad de combatir, a principios del siglo xvii, 40 mil, al final: una nobleza comparable a sus homólogos de Europa y Asia. Y sin embargo muy diferente.

John P. LeDonne, *The Grand Strategy of the Russian Empire, 1650-1831*. Oxford, Nueva York: Oxford University Press, 2004, xv + 261 pp.

A lo largo de estos 150 años el Imperio Ruso cosechó victorias y territorios, extendiéndose hasta el Pacífico y la Prusia oriental, desde Finlandia hasta la vertiente sur del Cáucaso, acabando con la gran confederación Polonia-Lituania, despojando a Suecia y a los imperios otomano y chino. Según el autor, tal expansión no debe nada al accidente o al oportunismo: fue el resultado de una “gran estrategia”, de un plan maestro para movilizar todos los recursos humanos y materiales a fin de lograr la meta política concientemente definida. Es decir, dominar la Eurasia toda, desde las riberas del Elba hasta las playas del Pacífico. Pedro el Grande racionalizó la “gran estrategia”, cuyos elementos funcionaban desde 1650, a lo largo de la

gran guerra del Norte (1700-1721) con el rey de Suecia Carlos XII.

De manera interesante, el autor interpreta como una “retirada estratégica” y no como una victoria total, el reparto de Polonia a fines del siglo xviii, porque Rusia tuvo que compartir el pastel con Prusia y Austria. El otro freno a la expansión, mejor dicho a la velocidad de la expansión, fue interno: las debilidades económicas del imperio.

Al final de su libro, LeDonne señala que la URSS siguió la misma trayectoria y acabó muriendo de sobre-extensión.

Serguei Pushkarev, *Rossiya, 1801-1917, Vlast i obshchestvo*. Moscú: Posev, 2001, 672 pp.

Serguei Pushkarev, historiador inmigrante, había publicado este libro hace 60 años, en Nueva York, para los estudiantes estadounidenses y canadienses. Ahora los rusos lo pueden leer en su lengua materna.

Ernest A. Zitser, *The Transfigured Kingdom. Sacred Parody and Charismatic Authority at the Court of Peter the Great*. Ithaca: Cornell University Press, 2004, 280 pp.

Antes de llegar al poder y mucho más a partir de 1689, Pedro rompió de manera

ostensible y provocadora con la etiqueta imperial y con la práctica religiosa. No se sabe qué pareció más horrible a sus sujetos, si el hecho de que trabajaba con sus manos, viajaba al extranjero, fumaba pipa en público, no llevaba barba, se rodeaba de “infieles” o se divertía en parodias litúrgicas que el patriarca consideraba sacrílegas. Su meta era destruir los tabúes de una sociedad ritualista para modernizar Rusia sobre el modelo europeo. Antes mismo de emprender tal modernización, empezó por el ataque contra las creencias, todas o parte de ellas. Así se ganó la fama de ser el Anticristo.

Zitser nos ofrece un soberbio intento de descifrar los mensajes crípticos contenidos en los rituales burlones, que rayaban en la blasfemia, minuciosamente elaborados por el emperador (Pedro abandonó el título de zar).

James Cracraft, *The Petrine Revolution in Russian Culture*. Cambridge: Harvard University Press, 2004, 560 pp.

El autor ya había estudiado lo que llama la “Revolución cultural pedrina” para la arquitectura y las artes; ahora pasa al campo de la “cultura verbal”. Pedro inició una transferencia masiva de conocimiento desde Europa hacia Rusia, algo que cambió profundamente la mentali-

dad de la élite, una pequeña minoría que no rebasaba el tres o cuatro por ciento de la población. Esa revolución contribuyó a separar a la elite del resto de la nación, cisma que se fue agravando hasta finales del siglo XIX. Así, en tiempos de Pedro, nace una nueva lengua, con un vocabulario considerablemente ampliado con palabras francesas, alemanas, inglesas, latinas y griegas, escrita en un alfabeto simplificado para la imprenta.

Antes de 1700 la Moscovia no tenía más de 500 libros impresos, casi todos relacionados a la devoción. En las dos décadas siguientes se imprimieron 1,300 títulos, en su inmensa mayoría sobre temas no religiosos. Para 1800, hay 10 mil títulos. Tanto Zitser como Cracraft han sucumbido al ‘*charme*’ del emperador Pedro el Grande y eso los lleva a una exagerada e indulgente benevolencia.

Marc Fumaroli, “Petite anthologie de la prose française (VIII)”, en *Commentaire*, otoño 1994, pp. 675-683.

Marc Fumaroli presenta y publica unas cartas de Catalina II “La Grande” a Voltaire. “Catalina tiene una ortografía deficiente (la ajusté) pero su vitalidad, grandeza de ánimo, su espíritu a la vez vigoroso y seductor opera maravillas en un idioma, el francés, que, después de

todo, no era más que su tercera lengua, después del alemán y el ruso.”

Laurence Kelly, *Diplomacy and Murder in Tehran*. Londres: Tauris, 2002, 314 pp.

Se trata de la primera biografía en inglés del gran autor Alexander Griboyedov, amigo de Pushkin que encontró una muerte trágica, en 1829, en Teherán, cuando una multitud enardecida masacró al personal de la embajada rusa en Persia.

Sergei I. Zhuk, *Russia's Lost Reformation: Peasants, Millennialism and Radical Sects in Southern Russia and Ukraine, 1830-1917*. Baltimore y Londres: Woodrow Wilson Center, John Hopkins University Press, 2004, xx + 457 pp.

En sus últimos 70 años, el imperio ruso conoció una vida religiosa efervescente y eso vale tanto para la mayoría ortodoxa como para la importante minoría musulmana, y las numerosas sectas derivadas de la ortodoxia y del protestantismo. Sergei I. Zhuk centró su trabajo sobre el Sur de Rusia y Ucrania porque esta región fue, entre todas, la más marcada por un confesionalismo vibrante. Su libro interesa a todos los estudiosos de la religión y no solamente en el imperio ruso, porque sitúa a la “Reforma radical” en el

contexto de los movimientos milenaristas, mesiánicos y utópicos en el mundo entero. Conecta estos movimientos religiosos con las identidades nacionales en gestación o definición. Ahí está toda la cuestión de una Ucrania oriental ortodoxa frente a una Ucrania occidental (Galitzia) greco-católica unida a Roma. Ahí entra la violenta política de rusificación de Ucrania, inseparable de la voluntad de destruir a los greco-católicos, patriotas ucranianos calificados despectivamente de “uniatas”.

Otro tema apasionante es la interpretación de la conversión a una secta protestante (el Estado califica esa gente de “disidentes”) como voluntad de cambio y modernidad. Estos conversos abandonan el traje campesino tradicional, regional o nacional, y adoptan vestimentas modernas como señal de una nueva identidad supranacional, informal y moderna.

El libro descansa en un enorme trabajo de archivos y ofrece espléndidas fotografías.

Chris J. Chulos, *Converging Worlds: Religion and Community in Peasant Russia, 1861-1917*. DeKalb: Northern Illinois University Press, 2003, xv + 201 pp.

Para el autor la Ortodoxia es, durante esa época (1861-1917), “el principal

mantenedor cultural de la vida patriarcal pueblerina”, de modo que la religión es el elemento central en la Rusia rural. Utiliza las categorías de Max Weber y Benedict Anderson para aplicarlas a la provincia de Voronezh en la Rusia europea del Centro Sur. Así va a contracorriente tanto de los intelectuales occidentalistas del siglo XIX, como de los académicos soviéticos y muchos de sus colegas europeos del siglo XX.

Denuncia su “arrogancia” y “desprecio ingenuo” para la “fe rústica”. Para el historiador de México, es algo bien conocido y la experiencia no es diferente. Chulos pone a la antropología clásica de cabeza: donde ella encontraba “supervivencias arcaicas”, él identifica vitalidad religiosa, evidencia de una espiritualidad cristiana que permea la vida cotidiana. Un punto sorprendente y fascinante es la demostración documentada por el autor según la cual, contra las estadísticas oficiales de analfabetismo rural, la lectura y la escritura son muy difundidas entre los campesinos para definirse vigorosamente como ortodoxos. He encontrado un fenómeno semejante para los campesinos mexicanos de la generación de la Cristiada (1926-1929), también en los archivos parroquiales y diocesanos llenos de peticiones, cartas, reclamos presentados por gente calificada de “analfabeta” y “superficialmente cristiana”.

Cathy A. Frierson, *All Russia Is Burning! A Cultural History of Fire and Arson in Late Imperial Russia*. Seattle: University of Washington Press, 2002, x + 318 pp.

Hermoso libro-compendio de historia rural total, como le gustaba a Georges Duby. Una historia del fuego y del incendio: incendio instrumental agrícola, del tipo quema-tumba-roza de nuestro trópico americano, incendio instrumental también, pero para fines sociales, el famoso “gallo rojo” de los campesinos rusos, lanzado contra el vecino, el pueblo vecino, el gran propietario. El libro se desarrolla en tres partes: el papel del fuego en la vida rural cotidiana, como lumbre, luz y fogón, para la cocina, la cama, el horno, contra el frío y las tinieblas, y para la agricultura: los campesinos como “maestros del fuego” y también como sus víctimas cuando el incendio no es voluntario o escapa a todo control.

La segunda parte trata del “gallo rojo”, el equivalente del Captain Swing inglés: su papel en el control de la comunidad, en su lucha con las comunidades vecinas, los hacendados, el gobierno; como arma en los conflictos, la rebelión y la revolución, y, más terrenalmente, en la criminalidad rural.

La tercera parte presenta la contestación del estrato educado a la amenaza que el fuego representa en toda socie-

dad rural preindustrial. La autora estudia a fondo la obra de los “zemstvo”, esas asambleas provinciales tan admiradas por Alexander Solzhenitsyn: seguros contra el incendio, brigadas de bomberos, reglamentos de construcción y urbanismo...

Benjamin Nathans, *Beyond the Pale: The Jewish Encounter with Late Imperial Russia*. Berkeley: University of California Press, 2002, xvii + 424 pp.

Nathans estudia a un grupo de judíos que no han sido privilegiados por los historiadores, los llamados “asimilacionistas”, los que por su educación universitaria o por su riqueza mercantil recibieron permiso de abandonar la “Reserva” (“Pale”, significa territorio cercado), esas provincias occidentales del imperio, antiguamente parte del “commonwealth” lituano-polaco. El autor habla, con razón, de “integración selectiva” en la medida que estos judíos escaparon a las leyes y reglamentos discriminatorios. Estudia, a partir de los archivos imperiales, las políticas del gobierno, a San Petersburgo como el espacio mayor de tal integración (siempre incompleta, siempre dolorosa), el mundo universitario, las asociaciones de abogados. La *intelligentsia* judía, apoyada y financiada por los notables judíos

de San Petersburgo –alianza sorprendente subrayada por el autor–, no olvidaba a los judíos de la “Reserva”, sino que trabajó en organizar y movilizarlos para su defensa y solidaridad.

Giovanna Cigliano, *Liberalismo e Rivoluzione in Russia: Il 1905 nell'esperienza di M.M.Kovalevskij*. Nápoles: Liguori Editore, 2002, x + 501 pp.

La implosión de la Unión Soviética en 1991 ha llevado a los historiadores a redescubrir el liberalismo ruso anterior a la toma de poder por los bolcheviques. En los primeros años de la segunda república rusa, bajo la presidencia caótica de Boris Yeltsin, se buscaron en el pasado elementos para entender el presente y construir un futuro democrático y constitucional; por lo tanto, había que entender el fracaso de la revolución de febrero 1917, del liberalismo y también de la social-democracia.

En un brillante trabajo la historiadora italiana estudia a Maxim M. Kovalevsky –tuve la suerte de conocer en París a tres de sus hijos, el obispo ortodoxo Jean, el historiador Pierre y el liturgo y musicólogo Maxim–. M.M. Kovalevsky –historiador, sociólogo y constitucionista– ha dejado una obra tan vasta como profunda. Demócrata convencido, trabajó científica y políticamente para pro-

mover los derechos del hombre, el imperio de la ley, el parlamentarismo y la descentralización legislativa. Aportó mucho a los temas esenciales, que siguen siendo ley, justicia y constitución.

Cigliano estudia su vida y su obra, su largo exilio parisino, el regreso a Rusia en 1905, a la hora de la revolución, cuando ya ha adquirido todos los variados conocimientos que hicieron de él un maestro de la historia comparada. Analizó la revolución de 1905 y su fracaso relativo, relativo porque obligó al zar a conceder un régimen semi-constitucional, evocando a las dos revoluciones inglesas y a las revoluciones francesas.

Luego reconstruye su participación a los acontecimientos revolucionarios y su lucha tenaz contra la autocracia, a favor de un sistema representativo, con un poder legislativo electo, sobre el modelo inglés o francés.

Iain Lauchlan, *Russian Hide-and-Seek: The Tsarist Secret Police in Saint Petersburg, 1906-1911*. Helsinki: Sociedad Finlandesa de Literatura, 2002, 405 pp.

Si uno creía saberlo todo sobre la policía secreta del zar, la famosa Ojrana, al leer a Lauchlan no tardamos en darnos cuenta de la equivocación. Aporta mucha información nueva sobre su organi-

zación y funcionamiento y, además, la compara con sus hermanas de los principales Estados modernos. Resulta que no hay mucha diferencia... No es la Ojrana la que dio al régimen su cara de sombra, violencia e ilegalidad, sino al revés. El autor insiste sobre el hecho de que no era omnipotente y opina que hizo bien su trabajo, que consistía en defender al régimen: hasta la Revolución de Febrero en 1917, que la dismanteló, fue capaz de neutralizar a las amenazas mayores y de "liquidar" algunas otras. Su desaparición dejó inerme a la primera república y al gobierno provisional frente a sus adversarios revolucionarios. Lenin la resucitó inmediatamente bajo el acrónimo famoso de la CHEKA, muchas veces con los mismos hombres que utilizaron las mismas estructuras y valiosos ficheros.

Frederick C. Corney, *Telling October: Memory and the Making of the Bolshevik Revolution*. Ithaca: Cornell University Press, 2004, xvi + 301 pp.

Lauchlan dice que la supresión de la Ojrana por la Revolución de Febrero permitió la de Octubre. La historia legendaria de la de Octubre alcanzó la grandeza de mito fundacional de la Unión Soviética y pertenece al patrimonio épico mundial. El autor demuestra

que el mito del encuentro maravilloso entre la espontaneidad de las masas y la sabiduría conciente del gran Lenin ha sufrido muchas variaciones a lo largo del tiempo, hasta la “imposición de una narrativa acabada sobre la tabula rasa de la población”.

Durante los diez primeros años, la versión bolchevique fue tenazmente criticada y puesta en duda, pero con la victoria definitiva de Stalin triunfó la “Vulgata” de un Octubre leninista y bolchevique, sin ningún Lev Bronstein, alias Trotsky. En siete capítulos, Corney estudia la construcción de una memoria de dos maneras, por acumulación de informaciones y censura ideológica: memoria y documentación pasan por la criba de un Partido que se instala al centro de Octubre. Algún día un historiador realizará un trabajo semejante sobre la “memoria” castrista y el mito fundacional de la Revolución Cubana alrededor de la figura de Fidel Castro.

Serhii Plokyh, *Unmaking Imperial Russia: Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History*. Toronto: University of Toronto Press, 2005, xvi + 614 pp.

El gran historiador ucraniano M. Hrushevsky (1866-1934) tuvo una larga trayectoria bajo los regímenes zarista y soviético, hasta que el segundo desa-

pareció su trabajo y lo liquidó físicamente. Un destino trágico, con victorias póstumas, como la independencia (¿precaria?) de Ucrania en 1991, y la edición en curso de sus obras completas en su patria. Un caso ejemplar de participación del historiador a la creación de una identidad nacional moderna, basada en una narrativa, una interpretación histórica.

En el imperio zarista, Mykhailo Hrushevsky puso en duda la versión rusa de un imperio de “todas las Rusias”, una versión histórica panrusa en la cual la Gran Rusia, la Pequeña Rusia (Ucrania), Bielorrusia y la Rusia roja (Besarabia subcarpática, hoy ucraniana) forman un todo desde tiempos inmemoriales, desde el principado de Kiev, cuna de la rusidad. Sin embargo, sus ensayos demoledores fueron publicados en 1904 por la Academia Rusa Imperial de Ciencia... Las autoridades de la Unión Soviética no manifestaron la misma tolerancia; tampoco los dirigentes actuales de Rusia que no pueden atacar a un historiador difunto, pero sí a su obra. ❧

## DOSSIER

Mauricio Tenorio Trillo

Doctor en historia por la Universidad de Stanford, es profesor-investigador afiliado del CIDE y miembro de la Facultad de Historia de la Universidad de Chicago. Su libro más reciente es *Historia y celebración. México y sus centenarios* (México: Tusquets, 2009; Colección Centenarios 1).

## USOS DE LA HISTORIA

Ishita Banerjee

Doctora en historia por la Universidad de Calcuta, es profesora-investigadora del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México. Su libro más reciente es *Ancient to Modern: Religion, Power, and Community in India* (Nueva Delhi: Oxford University Press, 2009; en coautoría con Saurabh Dube).

## NOTAS Y DIÁLOGOS

Jorge Rodríguez Beruff

Doctor en ciencias políticas por la Universidad de York, es profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Su libro más reciente es *Strategy as Politics: Puerto Rico on the Eve of the Second World War* (San Juan: Universidad de Puerto Rico, 2007).

## VENTANA AL MUNDO

Isami Romero Hoshino

Doctor en estudios internacionales y sociales por la Universidad de Tokio, es egresado de la Licenciatura en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales del CIDE (1999). Actualmente es profesor asistente de la Escuela Internacional de Estudios Liberales de la Universidad de Waseda.

---

## Fe de erratas

La pureza editorial es elusiva y pifias, gazapos y erratas mayores son como los piojos y las ratas que, de pronto, emergen a la superficie, luego de idas y vueltas de los textos entre autores, traductores, correctores, editores. Nuestro número anterior no está exento de ellas, y hay un caso particular que nos llama a la disculpa con su autora. En relación con su texto sobre el escándalo Ortega-Narváez, Delphine Lacombe nos escribe: “[H]ay un error que modifica sustancialmente el sentido del texto (abuso/transgresion) y otro que altera el titulo de una publicacion en la bibliografia.” Así las cosas, reproducimos aquí sus correcciones: página 92, línea 26: donde dice “transgresiones sexuales” debe decir “abusos sexuales”; página 92, línea 27: debe decir “las formas” y no “los formas”; página 95, línea 19: debe decir “existencia” en vez de “exixtencia”; página 107: debe decir, en la referencia a Sofía Montenegro, “pp. 223-227” y no “pp. 223-2s27”, y, finalmente y allí mismo, el libro de Patrizia Romito es *Un silence de mortes* que no *Un silence de mort*. Por nuestra parte, detectamos algunos dedazos y rebaba menor a lo largo del número 41, y mencionamos sólo una errata relacionada con un nombre propio: en la página 34 debe decir “Melville J. Herskovits” y no “Melvilla J. Herskovits”. Finalmente, nos faltó incluir la bibliografía del texto de Alban Bensa, sito en la página 108, misma que reproduciremos en línea para quien desee consultarla. ❧

# ISTOR

---

*números anteriores*

NÚMERO 37, VERANO DE 2009:

Colombia

NÚMERO 38, OTOÑO DE 2009:

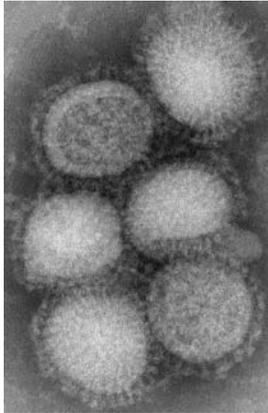
1809 en el mundo

NÚMERO 39, INVIERNO DE 2009:

Historia antártica

NÚMERO 40, PRIMAVERA DE 2010:

Dos revoluciones:  
Cuba y Nicaragua



# ISTOR

año XI, número 41, verano de 2010, se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2010 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), calzada de San Lorenzo 244, 09830, México, D. F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos. El tiro fue de 1500 ejemplares.